

FERNANDO LÓPEZ MONÍS

**TROZOS SELECTOS**

==== DE ====

**AUTORES FRANCESES**

8

5618/84

~~9559~~

3978

---

9559

TROZOS SELECTOS  
DE  
AUTORES FRANCESES



5618/84

Fernando López Monís.



# TROZOS SELECTOS DE AUTORES FRANCESES

PRECEDIDOS DE UN BREVE RESUMEN HISTÓRICO

DE LA

## LITERATURA FRANCESA

Y SEGUIDOS DE UNA BREVE COLECCIÓN

DE CURIOSIDADES LITERARIAS



MADRID

EST. TIP. "SUCESORES DE RIVADENEYRA"

Paseo de San Vicente, núm. 20.

---

*Es propiedad del autor.  
Queda hecho el depósito  
que marca la ley.*

*Todos los ejemplares van  
numerados y contraseña-  
dos.*

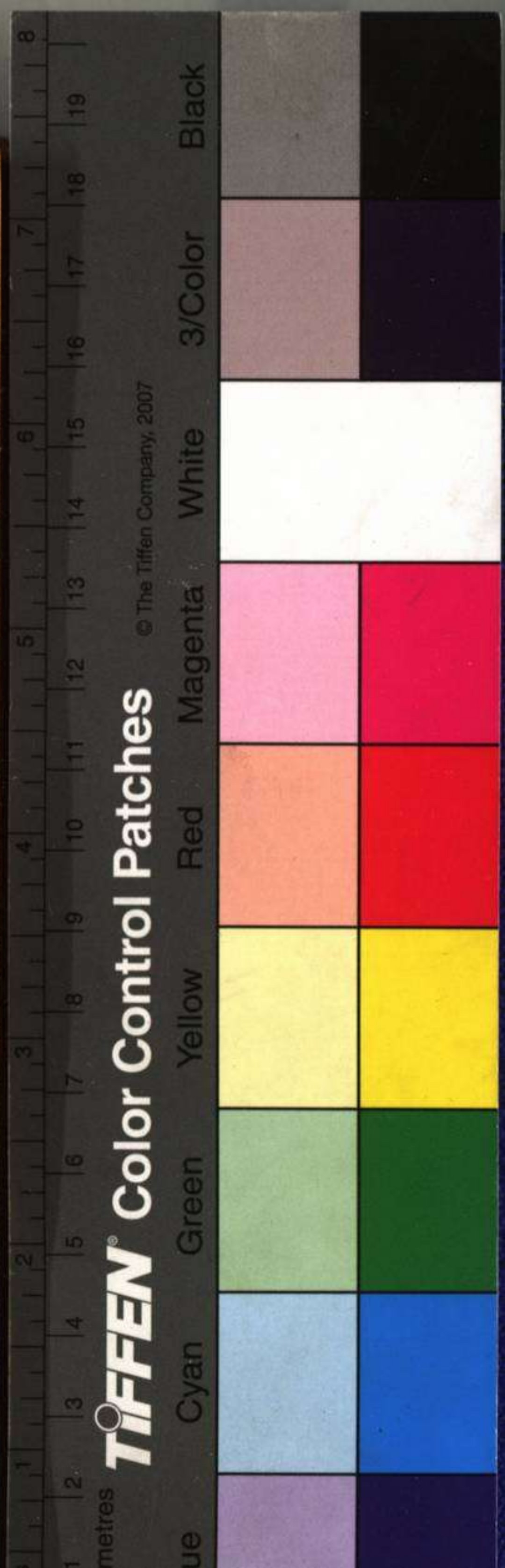
---

**2996**



*Destinado este modesto trabajo á ser utilizado como material pedagógico, hemos procurado que los trozos escogidos respondan al indicado objeto, concediendo mayor espacio á los de autores modernos. Al buen juicio de los que, dedicándose á la ingrata labor de la enseñanza, nos hagan el honor de emplear nuestra recopilación, encomendamos la necesidad de procurar que la materia de traducción ofrezca á los alumnos una dificultad progresiva.*

*Habremos podido equivocarnos en el criterio de elección, y pronto estamos á atender cuantas indicaciones se sirvan dirigirnos nuestros comprofesores en el sentido de rectificar, modificar y mejorar nuestra obra; pero estamos seguros de haber acertado al llevar á la práctica el deseo de sustraernos en este punto á una desacreditada rutina, y al tratar de ennoblecer y elevar aquellas ideas llamadas á grabarse en la memoria de los jóvenes, familiarizándolos con las obras de los autores consagrados por el voto unánime de la cultura. Y para completar el cuadro y facilitar un índice que pueda orientar á los que encuentren en la literatura francesa terreno donde desenvolver ulteriores iniciativas, hemos dado cabida á los autores antiguos y hemos hecho preceder nuestra publicación del breve resumen histórico que la encabeza.*





---

---

# INTRODUCCIÓN

---

Al adoptar los galos las leyes, las costumbres, las instituciones, la religión de los romanos vencedores, adoptaron también su lengua. La invasión de los francos en el siglo V aportó un nuevo elemento de formación lingüística; unos centenares de palabras y nuevas leyes tónicas y sintácticas descompusieron el latín popular, dando origen al romance, del cual se derivaron, merced á las influencias especiales de raza, suelo, estado de cultura y clima, cuatro lenguas principales: el italiano, el castellano, el provenzal y el francés, paralelamente á los cuales nacieron y se desarrollaron con diversa intensidad varios dialectos.

Formáronse en el territorio francés dos lenguas distintas, que toman su nombre de la palabra empleada para expresar la afirmación: la lengua de *oc* y la de *oïl*, cuyo territorio separaba, poco más ó menos, el Loira.

Predominó la lengua de *oïl*, hablada al Norte de este río, y de todos sus dialectos el francés, hablado en el ducado de Francia, por la razón de haberse afianzado la

unidad política que concentró el poder real en el territorio de la isla de Francia, que tenía á París por capital.

En cuanto á la lengua de *oc*, rica y floreciente en un principio, quedó pronto reducida á la categoría de dialecto popular, á lo cual contribuyó poderosamente la tremenda cruzada de los albigenses.

Además del territorio de Francia, se habla en Europa el francés en Bélgica y parte de Suiza; en África, en Argelia, Madagascar, en el Congo francés, en la costa francesa del Oeste de África (Senegal, Guinea, costa de Marfil, Dahomey) y en Túnez; en América y Oceanía, en el Canadá, en Guadalupe, en la Guyana francesa, La Martinica, San Pedro y Miguelón, la Nueva Caledonia, islas Marquesas, Tahití y otras; en Asia, en los estados de la Indochina, Cochinchina, Cambodge, Tonkin, Arman y Laos.

Con estos datos y teniendo en cuenta que el francés se emplea también como idioma oficial en el lenguaje diplomático, es inútil encarecer la importancia de su estudio, que figura como germen de cultura general en la enseñanza de todos los países.

### Monumentos más antiguos del idioma francés.

Retiénese ordinariamente como el primer monumento literario de la lengua francesa *Les serments de Strasbourg* (842); pero este texto, conservado por Nithard, referente á la alianza concertada en Estraburgo entre Luis *el Germánico* y su hermano Carlos *el Calvo*, está realmente en romance, aun cuando pueden encontrarse en él las bases de la construcción francesa.

*La cantilène de Sainte Eulalie* y *La Vie de Saint Léger* (siglo X), de 29 y 240 versos, respectivamente, y *Le frag-*

*ment de Valenciennes*, tienen únicamente valor histórico para el estudio de la literatura francesa, cuyos verdaderos monumentos primitivos deben buscarse en las primeras manifestaciones de la poesía épica.

La versificación romance se fundó en la medida, indicando por un acento seguido de una cesura cada trozo de la unidad métrica; en la asonancia de estos trozos se encuentra la base de la rima.

En la poesía épica francesa considéranse comúnmente tres *ciclos*, entendiéndose por ciclo el grupo de poemas épicos que tienen un centro común, un círculo formado alrededor de un hecho épico. Estos tres ciclos son el *francés*, el *bretón* y el *antiguo*.

**Ciclo francés.**—Los poemas que forman parte del ciclo francés se llaman *canciones de gesta*, poesías heroicas que cantaban las hazañas reales é imaginarias de Carlo Magno y sus barones, y están escritas en versos de diez sílabas. Estas canciones se dividen en reales y feudales, tomando estos nombres de la figura principal que celebran. La más popular es la llamada *Chanson de Roland* (siglo XI), de autor desconocido, pudiendo citarse al lado de ésta la que lleva el título de *Voyage de Charlemagne à Jérusalem et à Constantinople*. Las canciones de gesta están escritas en versos de diez sílabas.

**Ciclo bretón.**—La conquista de la Gran Bretaña por los normandos es el campo del llamado *ciclo bretón*, cuyos poemas, escritos en versos de ocho sílabas, dieron origen á la novela caballeresca.

El más importante de los poetas de este ciclo es **Chrétien de Troyes** (1140), y sus principales poemas son *Cligès*, *Le Chevalier au lion*, *Érec et Énide*, *Lancelot de la Charrette* y *Perceval le Gallois*. Los poemas bretones se

extendieron por Europa, y en todas partes se imitaron tales aventuras de paladines galantes y esforzados, convirtiéndose en fuente de numerosos trabajos literarios este ideal de perfección caballeresca. El héroe dominante en los poemas es el rey *Artur* que simboliza el genio de la raza bretona y que instituyó la Orden de los Caballeros de la Tabla Redonda. Al lado de este personaje figuran otros héroes: *Merlin*, *Yvain*, *Lancelot du Lac*, *Tristan*, *Galaad* y *Perceval*, suprema encarnación de la castidad inmaculada.

**Thomas** (1170) y **Béroul** (1150) contaron las patéticas aventuras de **Tristán é Isolda** (*Tristan et Iseult*).

**Ciclo antiguo.**—Los poemas de este ciclo cantan las aventuras de los héroes griegos y romanos y tienen escaso valor literario. Citemos, entre otros, *Le Roman de Troie* y *Le Roman d'Énée*, atribuidos á **Bénoit de Saint-More**.

*Le roman d'Alexandre* (siglo XII), compuesto en versos de doce sílabas, puede considerarse como el mejor de este ciclo, ya que *Le roman de Thèbes*, de autor desconocido y *Le roman de Jules César*, paráfrasis de una traducción de Lucano, tampoco se distinguen por el acierto ni por la inspiración.

**La poesía satírica, alegórica y didáctica.**—Contrastando con las citadas manifestaciones de la poesía épica, desarróllase la poesía popular, que tiene en la sátira su más genuina personificación, y en los llamados *fabliaux* ó *fableaux* su forma característica en la Edad Media.

El *fabliau* es un cuento vivo, familiar, breve, las más de las veces picaresco y aun licencioso, escrito en versos pareados de ocho sílabas para ridiculizar en apariencia los vicios del clero en sus grados más modestos, y, en

general, de hombres y mujeres de humilde condición; pero respondiendo realmente á esa jovialidad francesa, á esa imaginación pronta y á ese espíritu cáustico y burlón que ya informaba las costumbres de la época y tenía su trasunto natural en la literatura.

Entre los mejores de estos poemas satíricos, cuyo número se eleva á más de ciento cincuenta, podemos citar *Le vilain Mire*, en el que Molière inspiró su *Médecin malgré lui*; *Le chevalier au barisel*, *Estula*, *Le vilain qui conquiert paradis par plaid*, *Le tombeur Notre-Dame*, *Saint Pierre et le Jongleur*, *Le Tablier*, *La Housse partie* y *Le voleur qui voulut descendre sur un rayon de soleil*. El representante más genuino de la sátira en este período es, sin duda, **Rutebeuf**, autor de estilo mordaz y agresivo, que esgrimió contra los nobles, los teólogos, papistas y las órdenes monásticas.

El *fabliau* más célebre es el llamado *Roman de Renart*, pintura grotesca y satírica de la vida feudal, en la cual aparecen bajo el aspecto de animales casi todos los personajes de la sociedad de la época. Se cree que es debido á varias plumas y aun á varias generaciones. Sus principales personajes son *Goupil* (el zorro) é *Isengrin* (el lobo), y la tendencia del poema bien pudiera ser una burla de la moral caballeresca recogida en las epopeyas de que queda hecho mérito.

La obra didáctica más importante en esta época es el *Roman de la Rose*, dividido en dos partes completamente distintas entre sí. La primera es debida á **Guillaume de Lorris** (1260), y puede ser considerada como una psicología del amor; la segunda se debe á **Jean de Meung** (1318), y puede considerarse como una enciclopedia satírica. *Le Roman de la Rose* fué hasta los tiempos de *La*

*Pléyade* la obra más importante de la poesía francesa.

No debe omitirse entre los poetas didácticos á **Philippe de Thaon**, autor de un *Comput* (especie de almanaque) y un *Bestiaire* ó tratado de animales, ni á **Marie de France**, autora de fábulas y de *lais*. Los llamados *dits* y *castoiments* (*châtiments*) son trataditos de moral.

**Poemas históricos.**—Las crónicas en verso, entre las cuales figuran la *Vie de Saint Thomas de Cantorbéry*, debida á **Garnier de Pont-Sainte-Maxence**; los *Romans de Brut et de Rou*, debidos á **Wace**; la *Vie de Guillaume le Maréchal*, de autor desconocido, y las *Grandes Chroniques de Saint Denis*.

Dos importantes monumentos literarios de valor histórico y escritos en prosa, deben ser citados especialmente en el siglo XIII: las *Mémoires* escritas por **Villehardouin** (1160-1213), el cual tomó parte en la cuarta cruzada, y cuenta en sus Memorias los episodios de la conquista de Constantinopla, mostrando admirables condiciones de historiador, que se distingue, sobre todo, por el exacto juicio de personas y sucesos y por el colorido de sus narraciones.

El otro monumento, á que antes aludimos, está formado por las *Mémoires* debidas á **Joinville** (1224-1319). el cual acompañó á San Luis en la primera cruzada.

**La poesía lírica.**—Ya dijimos que la poesía lírica fué cultivada en el Mediodía de Francia al mismo tiempo que la épica en el Norte. Sus géneros principales son la *Chanson*, la *Sirvente* y la *Tenson* (canción, sátira y disputa), y sus primeros cultivadores los *troubadours* (trovadores), entre los cuales podemos citar como el más antiguo á **Guillaume IX**, Conde de Poitiers; á **Renaud de Martell**, **Alphonse d'Aragon** y **Bertrand de Born**.



En el siglo XIII debemos citar á **Thibaut de Champagne**, Rey de Francia; **Gace Brûlé** y **Colin Muset**. Thibaul de Champagne fué el primero que mezcló las rimas *masculinas* y *femeninas*, lo cual constituye desde entonces una característica de la versificación francesa.

## SIGLO XIV

El siglo XIV representa una época de acentuada decadencia literaria, reflejo de las tristes vicisitudes políticas. Por otra parte, en este siglo se señala el comienzo del francés moderno.

En poesía sólo dos autores merecen los honores del recuerdo; son éstos **Cristine de Pisan** y **Eustache Deschamps**. Débense á la primera (1360-1430) la *Louange de Jeanne d'Arc*, algunas *baladas* y una obra en prosa titulada *Livre des faits et bonnes mœurs de Charles V*, de escaso valor y grandes pretensiones de erudición.

**Deschamps**, llamado **Morel** (1320-1410), dejó entre otras composiciones un poema satírico sobre el matrimonio y algunas *baladas* y *fábulas* de sabor histórico y de estilo gracioso y colorista.

El único escritor en prosa digno de elogio en este período es **Froissart** (1337-1410), el cual también se distinguió como poeta. Escribió la *Chronique de France, d'Angleterre, d'Écosse et d'Espagne*, en un estilo florido y con marcada tendencia anglófila.

En esta época deben ser citados con elogio los sermones en francés de **Jean Charlier**, más conocido por **Gerson** (1363).

## SIGLO XV

El siglo XV es indudablemente tan pobre de obras literarias dignas de estudio como el anterior. Solamente unas cuantas producciones dramáticas aventajan á las del siglo XIV, y suponen respecto de ellas algún progreso.

POESÍA. — En poesía se distinguen los nombres de **Alain Chartier** (1386-1449), más conocido que por sus versos por ser autor del *Quadrilogue invectif*, inspirado por el patriotismo después del tratado de Troyes; **Charles d'Orléans** (1391-1465), hijo del príncipe Luis y de Valentina Visconti, que fué hecho prisionero en la batalla de Azincourt y vivió muchos años en Inglaterra, donde compuso la mayor parte de sus poesías, fáciles y elegantes; y **Francois Villon**, nacido en 1431, dos veces condenado á muerte, autor de «*Petit et Grand Testament*».

PROSA.—En prosa sólo merecen consignarse los nombres de los historiadores y entre éstos el de **Pihilippe de Comines** (1445-1509), autor de unas Memorias publicadas doce años después de su muerte que abrazan los reinados de Luis XI y Carlos VIII, y están escritas sencilla y lógicamente.

Podemos citar con elogio á **Antoine de la Salle**, autor de las obras *Quinze joies du mariage*, *Petit Jehan de Saintré* y *Cent Nouvelles nouvelles*, en las cuales se nota la influencia de los cuentistas italianos.

### Primeras manifestaciones de la poesía dramática.

Antes de que se formase el drama profano existió un drama litúrgico en el que al principio se mezclaron el latín y el francés, por medio del cual se ofrecían al pueblo en forma que mejor hiriese su imaginación, las pom-

pas y ceremonias de la Iglesia. Estas representaciones fueron separadas más tarde de los oficios religiosos y celebradas en las plazas de los pueblos bajo el nombre de *Miracles* y *Mystères*.

Los milagros figuraban escenas de la Historia Sagrada. Durante el siglo XIII se señalan el milagro de *Saint Nicolas*, de Jean Bodel y el de *Théophile*, por Rutebeuf; y durante el XIV *Les Miracles de Notre-Dame*, en número de 42, de autores anónimos. En el siglo XV aparecen estas representaciones bajo el nombre de *misterios* escritos en versos de ocho sílabas, pareados, sobre asuntos referentes al Antiguo y Nuevo Testamento y más especialmente sobre historias de santos. De entre las numerosas asociaciones de actores constituídas para representar los misterios, la más importante es la llamada *Confrérie de la Passion*, que se organizó en París en 1402. Los misterios fueron de escasísimo valor literario.

El Teatro cómico se desarrolla bajo otras formas, entre las cuales descuellan las llamadas *farces*, *moralités* y *sotties*. Las primeras eran debidas á la cofradía llamada de la *Basoche* (forma vulgar de *basílica*), constituída por empleados de la curia; las segundas eran piezas en las cuales personajes alegóricos calcados de los del *Roman de la Rose* ponían de relieve los vicios y abusos de la sociedad, citándose entre las farsas más famosas las del *Franch-Archer de Bagnolet*, la de *Cuvier* y sobre todo la de *L'avocat Pathelin*.

Las *sotties* tenían algo de la *farce* y de la *moralité*; consistían en comedias satíricas de argumento licencioso y florecieron en el reinado de Luis XII. Entre las más notables figura la del *Vieux Monde* y *L'Homme obstiné*, debida á Pierre Gringoire.

## SIGLO XVI

### El Renacimiento.

En el siglo XVI, uno de los períodos más felices de la literatura francesa, se produce ese hermoso despertar del espíritu clásico que influye tan poderosamente en el genio de los autores, los cuales templan su espíritu en el estudio de los escritores griegos, latinos é italianos.

Los nombres de Clément Marot y Ronsard, entre los poetas, y de Rabelais y Montaigne, entre los prosistas, representan dignamente una época que señala orientaciones pujantes en el gusto literario y deja ver ya la influencia que la Reforma ejerció en el orden espiritual.

**Poesía.**—Ya el poeta **Jean le Maire** puede ser considerado como un precursor del Renacimiento; pero el primer nombre realmente digno de pasar á la historia de las letras francesas en este período, es el de **Clément Marot** (1495-1544), el cual significa una transición entre la Edad Media y el Renacimiento. Se distinguió por su traducción de los salmos, *Le Temple de Cupido*, *L'Enfer*, sátira contra la prisión del *Châtelet*; por sus epigramas imitación de Marcial, por su *Églogue sur la naissance du fils du Dauphin* y por numerosas elegías, idilios, baladas y aun sonetos imitados de los autores italianos. Fué perseguido y encarcelado varias veces por sus simpatías hacia el protestantismo. El discípulo más aventajado de Marot fué **Mellin de Saint Gelais**.

Como precursores de Ronsard son generalmente considerados el original **Scève** y el delicado **Héroët**.

**Pierre de Ronsard** (1524-1585) fué el más ilustre entre un grupo de poetas enamorados de los modelos griegos

y latinos, que lucharon con denuedo por dar á Francia una literatura que igualara la de aquellos genios admirados. Ese grupo se llamó á sí mismo *La Pléiade*. Las obras principales de Ronsard son las *Odes*, *Amours de Cassandre*, *Hymnes*, *Amours de Marie*, *Élegies*, *Bergeries* y la *Franciade*, noble intento de poema épico nacional.

Los siete escritores de *La Pléiade* fueron, además del fecundo Ronsard, **Baïf**, autor de los *Passe-temps*; **De Bellay**, autor de la *Défense et illustration de la langue française*, *L'Olive*, *Antiquités*, *Regrets* y *Jeux rustiques*; **Beauzeville**, autor de *Petites Inventions*; **Daurat**, **Jodelle** y **Ponthus de Tyard**.

Entre los poetas de este siglo, posteriores á *La Pléiade* y más ó menos influídos por ésta, merecen cita especial, el autor de *Amours* y *Bergeries*, **Philippe Desportes** (1546-1606), el cual se distinguió por su estilo elegante; **Vauquelin de la Fresnaye** (1536-1608), quien parafraseó la Epístola á los Pisones en su *Art poétique*, después de haber escrito graciosas *Satires*; **Du Bartas** (1544-1590), autor de *Judith* y de la *Première semaine*; **Agrippa d'Abigné** (1550-1630), notable por sus *Tragiques*, divididos en siete libros, y su *Historie universelle*, en cuyas obras revela un espíritu complejo é inclinado á la sátira acerba.

Al lado de éstos deben figurar los nombres de **Mathurin Regnier** (1573-1613), sobrino y discípulo de Desportes, autor de sátiras dotadas de una precisión, una riqueza y una fuerza extraordinarias, que contrastan en algunos momentos con la licencia del lenguaje.

**François Malherbe** (1555-1628) fué considerado por Boileau como el restaurador del buen gusto y el reformador de la lengua. Sus *Odes* y sus *Stances* son las obras que ha legado, inspiradas en un afán de corrección que

llegó á alcanzar en muchas de ellas. Algunos sonetos suyos pueden ser señalados como modelos.

**Prosa.**—Entre los principales prosistas del siglo XVI podemos indicar con elogio los nombres de **Amyot**, **Brantôme**, de **la Boétie**, **Rabelais** el mismo **Agrippa d'Aubigné**, de quien ya nos hemos ocupado entre los poetas, **Calvin**, **Bodin**, **Montaigne**, **Saint François de Sales** y los autores de la *Satyre Ménippée*.

**Amyot** (1513-1592) tradujo á Plutarco, rejuveneciéndolo con un estilo fresco y limpio, y caracterizando estas traducciones y otras de obras clásicas con un sello personal y con una pureza de lenguaje que Boileau y Vaugelas encomiaron extraordinariamente.

**Brantôme** (1540-1614) es conocido por sus obras *Vie des hommes illustres et grands capitaines* y *Vie des dames illustres*. Si como moralista é historiador no raya á gran altura, su talento de observación y su expresiva sencillez son dignas de encomio.

**La Boétie** (1530-1560), autor de la *Servitude volontaire*, es un prosista de gran lógica y solidez. Es curioso que la obra citada fuese escrita cuando el autor no tenía aún diez y ocho años.

**Rabelais** (1483-1545) mezcló en sus obras *Vie horrible du grand Gargantua é Histoire de Pantagruel*, á las más sanas ideas, á las sátiras más intencionadas de un lenguaje exuberante y de una gran fuerza de imaginación, otras frases de un cinismo incomprensible. Diríase que el famoso cura de Meudon se propuso desorientar á sus comentaristas, algunos de los cuales lo han presentado como un cura picaresco, de vida licenciosa y aventurera, y otros como un hombre de estudios, como un filósofo y un moralista, que expone en sus obras especiales puntos

de vista acerca de la educación. Lo que no puede dudarse es que Rabelais, gran escritor, erudito y culto como pocos, personaliza el espíritu del Renacimiento á través de una moral esencialmente humana, y que la lengua francesa adquiere en sus escritos una ductilidad pintoresca muy digna de estudio.

**Calvin** (1509-1564), uno de los campeones de la Reforma, vivió mucho tiempo en Génova, donde ejerció una especie de dictadura; escribió primero en latín y luego en francés la obra *Institution Chrétienne*. Su tendencia representaba el polo opuesto de Rabelais, y á la libertad de pensamiento preconizada por éste, opuso Calvin una intolerancia revestida con la habilidad de un excelente escritor.

**Jean Bodin** (1530-1596), autor de un *Traité de la République*, llegó á ser juzgado como el precursor de Montesquieu.

**Montaigne** (1553-1592), famoso por sus *Essais*, escritor de gran mérito, es generalmente reputado un escéptico. Ejerció una gran influencia en la literatura del siglo XVII. El capítulo más trascendental de su obra *Essais* es el titulado *Apologie de Reymond Sebond*, en el que campean las grandes condiciones de filósofo y moralista que informan su obra. *Eyquem Michel*, cuyo nombre ha pasado á la historia por el de su señorío, Montaigne, fué nombrado alcalde de Burdeos por Enrique III.

Entre los escritores religiosos debe figurar el nombre de **Saint François de Sales** (1567-1622), gran predicador, obispo de Génova. Su *Introduction à la vie dévote*, sus *Lettres spirituelles* y sus *Sermons* bastan para reservarle un puesto preeminente entre los autores de esta época.

La *Satyre Ménippée*, publicada en 1594, es un escrito

político contra la Liga y contra los españoles, debido á seis escritores que se reunían en casa de **Jacques Gillot**. Sus nombres son **Leroy, Passerat, Rapin, Durant, Chrestien** y **Pithou**.

### El Teatro en el siglo XVI.

En la primera mitad del siglo XVI se hicieron algunas traducciones de las tragedias y comedias clásicas y de las italianas.

Entre los cultivadores del género trágico podemos citar en primer lugar á **Jodelle** (1532-1573), autor de *Cléopâtre*; **Robert Garnier** (1534-1590), reputado como el mejor trágico de este siglo y autor de *Porcie, Hippolyte, Cornélie* y otras; **Teodore de Begge** (1519-1609), calvinista fanático, y **Monchrestien**, cuya obra principal se titula *L'Écossaise* (1601), en la que llevó á la escena la muerte de María Estuardo.

La comedia francesa, que tuvo sus orígenes en las *farsas* y en el Teatro italiano, ofrece su primera producción en el *Eugène*, debido al mismo Jodelle, en la cual ya puede observarse la división en actos y la sumisión á un plan determinado. Además de Jodelle pueden citarse otros autores cómicos y entre ellos **Grévin**, autor de *La Trésorière* (1558); **Jean de la Taille**, autor de *Les Corri-vaux*, y **Lariveiye** (1540-1612), autor de nueve comedias, la más importante de las cuales es *Les Esprits*, en donde Molière se inspiró cuando escribió su *Avare*. Todavía pueden citarse en un plano más inferior **Turnebe**, por sus *Contents*, imitación de nuestra *Celestina*, y **D'Amboise** por sus *Néapolitaines*.



## SIGLO XVII

Conócese este período, fecundísimo en la historia de la literatura francesa, por el nombre de *Siglo de Luis XIV.* En el gusto y en el desarrollo de las tendencias literarias ejercieron grandísima influencia las Sociedades como el *Hôtel de Rambouillet*, *Port-Royal* y la *Academia francesa*, fundada en 1635 para dar á la lengua disciplina y unidad. Los nombres de Balzac, Corneille, Racine, Molière, La Fontaine, Boileau, Bossuet, Fénelon, La Rochefoucauld, Saint-Simon, La Bruyère, De Sévigné y Maintenon elevan el habla francesa á envidiable altura é ilustran esta época, influyendo notoriamente en la depuración del gusto y en el genio francés y constituyendo una página gloriosa, si no tan decisiva y culminante como nuestro *Siglo de oro*, bastante á caracterizar un momento trascendental en las letras francesas.

El *Hôtel de Rambouillet* pertenecía al marqués de este título, casado con **Cathérine de Vivonne**, mujer de educación esmeradísima y de gustos delicados. En él se constituyó un centro de gente distinguida, cuyas conversaciones y entretenimientos contrastaban con la grosería ambiente y la trivialidad de la corte, siendo las letras la principal preocupación de los asiduos á estas reuniones, mantenidas más tarde con menor brillantez y eficacia y con menos ventaja para el buen gusto literario, por **Julie d'Augennes**, hija de Cathérine.

En 1617 la famosa *Chambre bleu* era el punto de agrupación de los escritores y hombres de mundo, donde se cultivaba la *préciosité* que campeaba en el lenguaje y hubiera prevalecido en la literatura si autores como Mo-

lière y Boileau no hubieran combatido por medio del ridículo semejante afectación en el hablar y el escribir. Otros salones podrían citarse en el género del *Hôtel de Rambouillet*, como el de **Madame de Scudéry**.

**Vincent Voiture** (1598-1648) es el escritor que personifica el espíritu del *Hôtel de Rambouillet*, mostrando en sus *Lettres*, al lado de un ingenio despierto, una futilidad censurable.

**Balzac** (1594-1654) empezó su carrera brillante escribiendo algunas cartas que lo señalaron á la atención de los literatos. Más adelante, retirado en su castillo de Balzac, escribió más intensamente y sus *Lettres* constituyen un género literario. Sus *Dissertations* y sus tratados *Le Prince*, *Le Socrate chrétien*, *La Cour*, aun cuando revelan un gran desconocimiento de los hombres y de las cosas, lo dan á la admiración general como estilista de vigor extraordinario. Se le censura una afectación, propia de quien se propone erigirse en definidor de retórica y de moral.

### **La Academia francesa.**

La *Academia francesa* se fundó respondiendo al deseo de fijar la lengua cuando la influencia del *Hôtel de Rambouillet* empezaba á decaer.

Valentin Courart, uno de los concurrentes á la *Chambre bleu*, solía reunir en su casa una vez [por] semana algunos amigos, dedicándose esas reuniones especialmente á asuntos literarios. Uno de los asiduos, Boisrobert, dió á conocer á Richelieu estas asambleas, y el Cardenal decidió que tuvieran carácter oficial, constituyendo un Cuerpo reglamentado bajo el nombre de *Académie française*.

Más adelante Luis XIV se erigió en protector de la Sociedad, cediéndole dos salas del Louvre. Se fijó en cuarenta el número de sus miembros, y sus primeras obras importantes fueron el Diccionario, publicado en 1694, redactado por **Vaugelas** (1585-1650), el cual fué uno de los primeros académicos que merezcan mención especial (sus *Remarques sur la langue française* le dieron gran renombre aunque él se considerara modestamente *le greffier de l'usage*), y los *Sentiments de l'Académie sur le Cid*, redactados por **Chapelain** (1595-1674).

El clasicismo encontró su expresión definitiva en el famoso filósofo y escritor **René Descartes** (1596-1650). Nació en La Haya; hizo sus estudios en el Colegio de jesuítas de *La Flèche*, realizó largos viajes, y en 1637 publicó el libro *Discours de la Méthode pour bien conduire sa raison et chercher la vérité dans les sciences*, en el que estampó la fórmula *je pense, donc je suis*, y con el que creó el sistema filosófico que lleva su nombre: *cartésianisme*. También escribió *Méditations philosophiques* y *Principes de philosophie*. Bossuet, Malebranche, Fénelon, grandes pensadores del siglo XVII, pertenecieron á la escuela cartesiana.

En la primera mitad del siglo XVII, **Janssen** con la colaboración de **Saint Cyran**, escribió el *Augustinus*, libro hecho para refutar á los jesuítas. Los *jansenistas*, que así se llamaron, sacrificaban el libre arbitrio á la gracia, y tuvieron por centro el monasterio de *Port-Royal*.

Entre los solitarios de *Port-Royal* pueden citarse **Arnauld**, autor de una *Logique*; **Nicole**, que escribió *Essais de morale*; y como el más importante debemos consignar el nombre de Pascal.

**Blaise Pascal** nació en Clermont-Ferrand en 1623, y

murió en 1662. Dedicado en los primeros años de su vida á las ciencias físicas y matemáticas, se convirtió tras una corta época de disipación mundana, recluyéndose en *Port-Royal*, donde escribió *Provinciales et Pensées*. Las primeras, tituladas así: *Lettres de Louis de Montalte à un provincial de ses amis et aux RR. PP. jésuites sur la morale et la politique de ces pères*, se consideran como la mejor obra clásica en prosa entre las de la época; la segunda obra encierra pensamientos sublimes y trozos de una grandeza y una perfección extraordinarias.

### El Teatro en este siglo.

Á los primeros años de confusión y crisis, con **Hardy**, con **Mairet**, con **Rotrou**, sucedió una época brillante, ya iniciada con este último escritor y culminada con *Corneille*, **Racine** y **Molière**.

**Pierre Corneille** (1606-1684) nació en Rouen, donde ejerció la profesión de abogado. Tras algunos ensayos poéticos escribió el *Cid*, tomado de nuestro Guillén de Castro, que el público acogió con entusiasmo extraordinario. La crítica de la Academia francesa inspirada por Richelieu no contuvo la admiración popular, y Corneille dió nuevas muestras de su genio en *Horace*, *Cinna*, *Polyeucte*, que son sus obras maestras; *Pompée*, *Le Menteur*, *Rodogune*, *Théodore*, *Héraclius*, *Andromède*, *Don Sanche d'Aragon* y *Nicomède*. El fracaso de *Pertharite* lo alejó de la escena algún tiempo, pero aun escribió *Edipe*, *Sertorius* y *Suréna*, que fué su última obra.

Corneille es conocido como el padre de la tragedia francesa. Fijó, en efecto, las características de este género

dramático, creando personajes extraordinarios, superiores á los seres humanos, para los cuales, claro está, eran necesarias situaciones escénicas también extraordinarias.

La historia y la política pueden estudiarse en las tragedias de Corneille, caracterizadas por la pintura de caracteres con preferencia á la de sentimientos, todo ello en un estilo vigoroso, lógico, de gran amplitud y firmeza, al mismo tiempo que de una gran pureza de lenguaje.

Su hermano Tomás también escribió algunas tragedias; la de mayor éxito fué *Timocrate*. **Quinault**, autor de *Astrate*, no vale gran cosa como autor ni como escritor.

**Jean Racine** (1639-1699) nació en La Ferté-Milon. Concurrió á *Port-Royal*, y demostró desde sus primeros años un resuelto amor á las letras que sus padres trataron de combatir sin éxito. Su primera obra fué *Thébaïde*. Á ésta siguió *Alexandre*, en la que ya el autor acusa su vigorosa personalidad. Después dió á la escena *Andromaque*, en la que la tragedia raciniana encuentra su mejor expresión; y luego aparecieron *Les Plaideurs*, fina comedia, aun cuando inferior á las de Molière, *Britannicus*, *Bérénice*, *Bajazet*, *Mithridate*, *Iphigénie*, *Phèdre*, *Esther* y *Athalie*, que es, á juicio de Boileau la obra más hermosa del poeta, y en concepto de Voltaire, la obra maestra del ingenio humano. Racine puede ser calificado de discípulo y heredero de Corneille, distinguiéndose por su originalidad y por un realismo que se observa lo mismo en sus personajes que en sus argumentos. Fué más psicólogo que historiador, como lo prueba la maestría con que trata en sus obras el sentimiento del amor. Como escritor se distingue Racine por su pureza y su flexibilidad incomparables.

En sus últimos años Racine escribió una *Histoire de*

*Port-Royal*, lo cual, según se cree, le valió la malquerencia de Luis XIV.

Así como la tragedia alcanzó su máximo esplendor en las letras francesas gracias á Corneille y Racine, la comedia tiene en Molière un campeón de fuerza tal, que bien puede decirse que el genio francés encuentra en Molière una personificación eminente, y que merced á él es la comedia francesa igual, cuando no superior, á la de todos los países y todas las épocas.

**Molière**, cuyo verdadero nombre es Jean Baptiste Poquelin, nació en París en 1622 y murió en 1673. Llevado por su vocación, formó una compañía dirigida por él bajo el nombre de *Molière*, que durante doce años recorrió las provincias francesas. Su primera comedia es *L'Étourdie*, á la que siguieron *Dépit Amoureux*, *Précieuse ridicule*, *L'École des maris*, *Les Fâcheux*, *L'École des femmes*, *Le Mariage forcé*, *Tartufe*, *Don Juan*, *L'Amour Médecin*, *Le Misanthrope*, *Le Médecin malgré lui*, *L'Avare*, *Le Bourgeois Gentilhomme*, *Les Femmes savantes* y *Le Malade imaginaire*, que fué su última comedia, en la que quizá retrató su propio mal, demasiado real por desgracia, ya que la cuarta representación hubo de interrumpirse porque Molière, que desempeñaba el papel del enfermo, fué víctima de una convulsión que lo llevó al sepulcro varias horas después.

El estilo de Molière es á menudo incorrecto y descuidado, pero no hay que olvidar que él vivió por y para el teatro. Catorce de sus obras están en verso, y las demás en prosa, contra lo que se había venido haciendo. Llevó á la escena los vicios de su época, flagelándolos sin piedad al presentar el aspecto cómico y ridículo de la humanidad. Como pintor de caracteres y situaciones no tiene

rival, y es bien triste que á un moralista de la fuerza de *Molière* le rehusara la Iglesia, por mano del obispo de París, sepultura cristiana. Coloquemos entre las mejores obras de *Molière*, *Le Misanthrope*, *Le Tartufe*, *L'Avare* y *Les femmes savantes*.

Ni **Desmarets** ni **Regnard** pueden figurar al lado de los grandes autores que acabamos de estudiar.

**Didáctica.**—El primer nombre que debe figurar entre los poetas didácticos de esta centuria es el de **Jean de la Fontaine** (1621-1695). Nacido en Château-Thierry, emprendió los estudios eclesiásticos que abandonó bien pronto. Instalado en París bajo la protección de Fouquet y las duquesas Bouillon y Orléans, escribió algunas obras, entre las cuales las más importantes son *Les Contes et Nouvelles en vers* y *Épîtres*. Sin duda la obra maestra de La Fontaine, y á la que debe su enorme popularidad, son las fábulas, divididas en doce libros y publicadas en dos épocas distintas. En estas fábulas, reflejo del carácter del autor, se tiende á presentar experiencias de la vida, mostrando los diversos aspectos que ella y los hombres ofrecen.

Sin embargo, más que obra didáctica y moral, La Fontaine hizo obra poética. Con la pintura de animales, paisajes y personajes á los que da calor y vida, con gran facilidad y exuberancia de rima, con una riqueza de lenguaje que ningún escritor, salvo *Molière*, sobrepujó en el siglo XVII, con un talento de observación maravilloso, La Fontaine no consigue elevarse á las cimas del pensamiento y del ingenio humanos; antes bien, en alas de una moral acomodaticia, reflejo de un egoísmo personal, vuela casi siempre á ras del suelo y al compás de las miserias terrenas, inspirándose su obra en muchos casos en

un escepticismo burlón que da por resultado una preceptiva cuyo lema sería el *savoir-vivre* y no una verdadera obra didáctica basada en una moral profunda.

**Boileau** (1636-1711) nació en París y dejó las leyes por la literatura, publicando su primera sátira en 1660. Además de éstas escribió *Épîtres*, *le Lutrin* y *L'Art poétique*. Su obra más importante es indudablemente *L'Art poétique*, dividida en cuatro cantos. En éste y en los demás frutos de su talento vigoroso fué Boileau ante todo y sobre todo, un crítico de gran fuerza, que prestó inmensos servicios á las letras francesas, encauzando el buen gusto y flagelando sin piedad el preciosismo, el pedantismo y el énfasis de que adolecían sus contemporáneos. Sus sátiras se dirigieron por igual á los malos autores, á los versificadores mediocres y al público, que acogía bien obras de escaso valor literario. La pureza de sus costumbres, que dió aún mayor autoridad á sus críticas severas, corría parejas con la pureza de su lenguaje. El culto á la razón y á la naturaleza y el respeto á los clásicos caracterizan la labor fructífera de este escritor, que aun subsiste en sus principios fundamentales de unidad, de simplicidad, de pureza, á través de las convulsiones que en el siglo XIX sufrieron todos los preceptos, incluso los literarios.

El Duque de **La Rochefoucauld** (1616-1680) ha pasado á la historia literaria del pueblo francés por sus *Maximes*, constantemente retocadas y corregidas por el ilustre prócer, y que constituyen un canto elegante al egoísmo, á pesar de lo cual pueden recogerse de ellas algunas enseñanzas, arrancadas á la vida y contrastadas en la persecución de que Richelieu lo hizo objeto, y algunas sentencias elevadas y concisas.

**Jean de la Bruyère** (1645-1695) nació en París, y fué



abogado y tesorero en Caen; más tarde fué encargado de enseñar historia al nieto del Príncipe de Condé. La Bruyère es el primer moralista del siglo que estudiamos, uno de los mejores escritores y un estilista admirable. Cuando terminó la educación del Duque de Bourbon permaneció en casa del vencedor de Rocroy; en aquella época tenía ya empezada su obra principal, que publicó en 1688 con el título de *Les caractères de Théophraste traduits du grec, avec les caractères et les mœurs de ce siècle*. Se compone de 16 capítulos, en los que describe la sociedad contemporánea con un estilo modelo de limpieza y precisión y procura aleccionarla por medio de reflexiones morales, con ayuda de admirables pinturas de hombres y cosas. Se presentó en la Academia y fué elegido, no sin irritar á los partidarios de Corneille, quienes lo acusaban de haber preferido á Racine en su discurso de recepción. En sus últimos años escribió *Dialogues sur le quiétisme*.

François de Salignac de la Mothe **Fénelon** (1651-1715) es otra gran figura del siglo XVII. Estudió teología en el seminario de Saint Sulpice y su obra primera, *Traité de l'éducation des filles*, lo dió á conocer como escritor vigoroso. Enviado al Mediodía para convertir á los protestantes, recibió á su regreso el nombramiento de Arzobispo de Cambrai y el encargo de la educación del Duque de Borgoña.

Dedicadas á su discípulo escribió varias obras, entre las que figuran *Fables*, *Dialogues des Morts* y *Aventures de Télémaque*, en donde personificó á su educando, lo cual lo hizo caer en la desgracia de Luis XIV. Su libro *Explication des maximes des Saints* fué declarado herético por Roma, á lo que respondió Fénelon retractándose

públicamente de sus errores. La obra en que Fénelon se muestra como escritor de más altos vuelos es un *Traité de l'existence de Dieu*. Es también notable la *Lettre sur les occupations de l'Académie française*. Sus sermones no han llegado por completo hasta nosotros; consérvanse, sin embargo, algunos y repútase como el mejor el de *La fête de l'Epiphanie*. Su mejor obra y la más universalmente conocida es *Les aventures de Télémaque*, que constituye un monumento de la lengua francesa, aunque para los contemporáneos se halle desprovista de interés.

Citemos por último con elogio dentro de este género á **Nicolás Malebranche** (1637-1715), discípulo entusiasta de Descartes, divulgador eficaz de sus doctrinas y autor de varias obras de positivo mérito literario y filosófico, como *La recherche de la vérité*, *Traité de la Nature et de la grâce*, *Traité de morale*, *Traité de l'amour de Dieu*, *Entretiens sur la métaphisique et la religion* y *Conversations métaphisiques et chrétiennes*.

**Elocuencia sagrada.**—Además de Fénelon debemos ocuparnos separadamente, por la brillantez y el esplendor que dieron á este género literario, de Bossuet, Bourdaloue, Fléchier, Mascaron y Massillón.

**Jacques-Bénigne Bossuet** (1627-1704), nacido en Dijon, fué Obispo de Meaux y preceptor del Delfín, y puso su palabra al servicio de un noble y ardiente deseo de mejorar la sociedad de su tiempo. Fué esencialmente un orador incomparable, dotado de una cultura, una vehemencia y un dominio de la lengua difícilmente superados. Sus *Oraisons funèbres* constituyen un monumento de la oratoria francesa: entre ellas destácanse las pronunciadas en honor de Enriqueta de Francia, de la reina María Teresa y del Príncipe de Condé. Entre los sermones

sobresalen el *Sermón sobre la muerte* y el *Sermón sobre el honor del mundo*.

Además de ser Bossuet un orador admirable, dejó algunas obras históricas y filosóficas de gran valor, tales como la titulada *Discours sur l'Histoire universelle*, *Histoire de variations des églises protestantes*, *Traité de la connaissance de Dieu et de soi-même*, *Politique tirée de l'Écriture sainte*, *Méditations sur l'Évangile* y *Élevations sur les Mystères*. Defensor acérrimo del dogma, orador fogoso, de viva imaginación, hablista impecable, la figura de *l'Aigle de Meaux* se destaca enérgicamente entre las de su época. Con razón ha podido afirmarse que Bossuet es *una de las religiones de Francia*.

**Louis Bourdaloue** (1632-1704) fué jesuíta, y sustituyó á Bossuet en la educación del Delfín. Predicador de sólida argumentación y de gran serenidad, no igualó, sin embargo, á Bossuet. Su *Sermon sur la Passion* es la más notable de sus obras.

**Fléchier** (1632-1710), obispo de Nimes y miembro de la Academia francesa, fué más bien escritor que orador. Su estilo es demasiado florido y artificioso. El elogio de Turena es su mejor pieza oratoria.

**Mascaron** (1634-1703) fué también un notable predicador, y **Jean Baptiste Masillon** (1663-1742), obispo de Clermont y también individuo de la Academia, se distinguió por una elocuencia reposada y persuasiva, de un fondo moral irreprochable. Sus diez sermones pronunciados en la corte durante la menor edad de Luis XV, conocidos por *Petit Carême*, son su mejor obra ciertamente.

**Obras históricas.** — Ya hemos mencionado algunas debidas á los autores ya indicados y añadiremos ahora

que este período no se distinguió por la abundancia de obras de gran valor histórico.

Citemos los nombres de **Mezeray** (1610-1683), que escribió una *Histoire de France*; el cardenal **De Retz** (1614-1679), autor de unas notables *Mémoires*; **Pellisson** (1624-1693), que escribió *Histoire de l'Académie française* é *Histoire de Louis XIV*, y dediquemos mención especial á *Louis de Rouvroy*, Duque de Saint Simon.

**Saint Simon** (1675-1755) ejerció el poder bajo la Regencia, mas bien pronto lo abandonó. Cortesano astuto, observador perspicaz, hombre apasionado é impuesto en todas las intrigas y secretos de la sociedad de su época, tuvo la idea de escribir sus Memorias, empezándolas á los diez y nueve años y terminándolas en su castillo de *La Ferté*, donde se retiró una vez perdida su influencia política.

Estas *Mémoires* de Saint Simon constituyen una obra originalísima de un doble valor histórico y literario, cuyo texto auténtico no ha sido conocido hasta hace menos de un siglo, ya que su publicación completa data solamente de 1829 á 1831. La corte de Luis XIV encuentra en ellas una pintura fidelísima, aun á través de los apasionamientos evidentes de Saint Simon, que pueden perdonarse en gracia á sus grandes dotes de observador, de igual modo que pueden pasarse por alto sus incorrecciones literarias contrapesadas por una precisión, por un poder descriptivo, por una originalidad sorprendentes. Alguien ha dicho con exactitud que Saint Simon es «un gran escritor que escribe mal». Su mayor defecto como historiador está en la dureza de los juicios, y como escritor en las incorrecciones de estilo.

**Género epistolar.**—Este especialísimo género litera-

rio característico de la época que nos ocupa, tiene sus mejores paladines en dos mujeres: la **Marquesa de Sévigné** y **Madame de Maintenon**. Madame Sévigné (1626-1696) debe su renombre literario á la ternura maternal con que distinguió á su hija, casada con el Conde de Grignan, Gobernador de Provenza. Las *Cartas* á su hija dirigidas son una exacta pintura de la sociedad de entonces, en alas de un estilo gracioso, lleno de naturalidad y de colorido. La ternura que campea en ellas, evidentemente más literaria que real, las reviste de una simpatía y una atracción irresistibles.

**Madame de Maintenon** (1635-1719) casó muy joven con el desgraciado poeta Scarron. Viuda, fué encargada de la educación de los hijos de Madame de Montespan, amiga íntima de Luis XIV. Sus condiciones excepcionales hicieron mella en el corazón del Soberano, hasta el punto de tomarla por esposa. Muerto Luis XIV se retiró á *Saint-Cyr*, donde había creado un colegio de jóvenes aristocráticas, á cuya dirección se consagró con todas sus energías. Su correspondencia, así como su obra titulada *Lettres sur l'éducation des filles*, la hacen digna de su fama, si bien su obra educadora es más importante que la literaria.

No terminaremos la historia de la literatura en el siglo XVII sin citar la novela que lleva por título *La Princesse de Clèves*, atribuída á **Madame de la Fayette**.

## SIGLO XVIII

Este siglo se caracteriza por una marcada decadencia respecto de la época anterior, decadencia que se acentúa sobre todo en el campo de la poesía. Luis XV y Luis XVI,

cuyos reinados llenan este período, no dedicaron por su parte á las letras la atención preferente y el estímulo personal que les prestara Luis XIV. Siglo de luchas y de odios, de revisión de los principios morales, políticos y religiosos, de escepticismo, su bagaje literario responde necesariamente á las tendencias que informan la sociedad de la época; la literatura es el arma de combate, el medio y no el fin. La sociedad política en sus diversos aspectos legales, económicos, sociales, religiosos, es la base de las principales obras debidas á los autores del siglo XVIII cuyos nombres más eminentes son Montesquieu, Voltaire y Rousseau.

Como autor de transición entre el espíritu del siglo XVII y el que nos ocupa, puede citarse el nombre de Fontenelle (1657-1757), á cuya pluma se deben: *Dialogues des morts*, *Entretiens sur la pluralité des mondes* y una *Histoire de l'Académie des Sciences*, obra esta última de vulgarización científica y la más apreciable entre las del autor.

Por tratarse de los autores más eminentes de este siglo; por la circunstancia de haber ilustrado con sus obras varios géneros literarios, y por la influencia que ejercieron con sus teorías en el pensamiento humano, preparándolo para la profunda revolución que, al pasar de los espíritus á la sociedad, hubo de cambiar tan radicalmente las direcciones y el desenvolvimiento del mundo civilizado, nos ocuparemos separadamente de Voltaire y Rousseau.

François Marie Arouet de Voltaire (1694-1778) nació en París, se educó con los jesuitas y frecuentó en su juventud el salón de Ninon de Lenclos. Fué injustamente encarcelado en la Bastilla, donde terminó su tragedia *Edipe*, tomando entonces el nombre de Voltaire, ana-

grama de Arouet l. j., es decir: *Arouet le jeune*. Su vida fué un constante tejido de aventuras, persecuciones y viajes. Escribió en prosa y en poesía, cultivó la novela, la historia, la filosofía y el teatro.

Escribió un poema épico titulado *La Henriade*. Entre sus tragedias, llenas de conceptos filosóficos, reflejo de las opiniones del autor y el mejor timbre de su gloria, aun cuando adolecen de notables defectos en la versificación, mencionaremos *Edipe*, *Brutus*, *Zaïre*, *La mort de César*, *Mahomet*, *Sémiramis*, *Méropé* y *Rome sauvée*.

Como historiador publicó *L'Histoire de Charles XII, roi de Suède*; *Le siècle de Louis XIV, Essai sur les Mœurs et l'Esprit des Nations*, *Histoire de Russie sous Pierre le Grand* y un *Précis du siècle de Louis XV*.

Escribió también *Idées républicaines* y más de doce mil cartas, muchas de las cuales son de un extraordinario valor histórico y literario.

Su teatro se distingue por la preponderancia de la acción; sus obras históricas, por la libertad de juicio y de pensamiento, que le permitió notables innovaciones progresivas en este género literario; su personalidad filosófica, por sus opiniones abiertamente hostiles al catolicismo, dentro de una gran tolerancia, de un grande amor hacia todas las grandes causas humanas. Bien pueden perdonársele al hombre algunas pequeñeces y al escritor su forma poética incorrecta, teniendo en cuenta las excelencias de su prosa enérgica, la enciclopedia de sus conocimientos y los altos ideales de su espíritu.

Jean Jacques Rousseau nació en Ginebra en 1712 y murió en 1778. Su vida fué un constante tejido de aventuras y desgracias. Fué preceptor de música, lacayo, protestante ó católico, según las exigencias del momento, y

no alcanzó la popularidad hasta que publicó su *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*. Á esta obra siguieron otras que lo han colocado en el preeminente lugar que ocupa en el cuadro de los escritores franceses: *Discours sur les lettres et les sciences*, *Émile*, novela de educación; *La nouvelle Héloïse*, *Le Contrat social*, *Confessions et Rêveries*.

Rousseau, aunque de estilo algo ampuloso, debe de ser juzgado como un gran escritor de lenguaje limpio y armonioso; pero la labor más importante es la del político y el filósofo. Su escuela filosófica contrasta con las tendencias materialistas de sus contemporáneos y se inspira en un racionalismo abstracto, que volviendo los ojos al estado natural, sueña con la reconstrucción de la sociedad sobre otras bases. Entre abundantes paradojas y sofismas, las ideas de Rousseau influyeron poderosamente en la política de su época. Los girondinos y montañeses hicieron más tarde del *Contrato social* su bandera de combate y su evangelio.

### Los enciclopedistas.

Los salones siguieron ejerciendo su influjo en la obra literaria de este siglo, dentro de la lucha política y religiosa que lo caracteriza. Los más frecuentados en las postrimerías del reinado de Luis XIV, fueron el de la Duquesa del Maine y el de la Marquesa de Lambert. El primero que ostentó el nuevo carácter á que aludimos, fué el de Mme. Geoffrin generalmente conocido como la cuna de la *Enciclopedia*. También estuvieron en boga el de Mme. du-Deffand y el de Mlle. de Lespinasse.

Los fundadores de la *Enciclopedia* propusieronse resu-



mir en un cuerpo literario todos los conocimientos humanos. Publicóse, en efecto, esta gigantesca obra anticristiana, que se compone de 28 volúmenes, el primero de los cuales apareció en 1751, y el último, en 1772. La *Enciclopedia* constituyó un formidable instrumento de propaganda y un arma terrible en manos del partido filosófico. En ella puede buscarse la preparación de los espíritus en que más adelante encontró origen y base la Revolución francesa. Los principales inspiradores y colaboradores de la *Enciclopedia* fueron Diderot y D'Alembert.

**Diderot** (1713-1784) nació en Langres, de clase humilde. Además de los trabajos para la *Enciclopedia*, publicó *Pensées philosophiques*, tres novelas que llevan por título *Jacques le fataliste*, *La religieuse*, *Le neveu de Rameau*, algunas obras teatrales, como *Le fils naturel* y *Le père de famille*, y además, *Lettres sur les aveugles* y *Salons*. Pero su obra más importante es la *Enciclopedia*, á la que Diderot dedicó la mitad de su vida, con la colaboración principalmente de **D'Alembert**. Diderot escribió toda la historia antigua y la parte referente á artes y oficios, y D'Alembert (1717-1783) el *Discurso preliminar* de la *Enciclopedia* y la parte de matemáticas.

Todos los filósofos y la mayor parte de los escritores de la época colaboraron en la *Enciclopedia*. Rousseau hizo durante diez años los artículos relativos á la música. Escribieron también Montesquieu, Voltaire y Buffon, y entre los colaboradores más asiduos citaremos á **Condillac**, filósofo; **Helvetius**, autor de *L'esprit*, y el barón alemán **D'Holbach**, autor de *Système de la nature*.

A la escuela enciclopedista pertenecen **Grimm**, con su *Correspondance*; **Furgot**, con su *Essai sur la formation et*

*la distribution des richesses*, y **Condorcet**, autor de *L'histoire du progrès de l'esprit humain*.

**Poesía.**—Mencionemos entre los poetas á **Jean Baptiste Rousseau** (1671-1741) notable por sus *Odes* y sus *Cantates*, de brillante estilo; **Le Franc de Pompignan** (1709-1784) conocido por sus *Poésies sacrées* y sus *Odes*, entre las que destaca la dedicada á la muerte de Rousseau; **Gilbert**, autor de *Poésies érotiques*. Entre todos, al final del siglo XVIII, se destaca **André Chénier** (1762-1794), que murió en la guillotina. Por las que ha dejado bien puede asegurarse que, de no morir en edad temprana, habría dado á la literatura francesa obras trascendentales. Enamorado de los clásicos griegos, se inspiró en ellos al escribir sus *Élégies*, sus *Idylles* y los demás fragmentos que vieron la luz después de su muerte. Encarcelado en *Saint-Lazare*, escribió la *Jeune captive*, inspirada en la presencia de mademoiselle de Coigny que se encontraba allí también, condenada por el tribunal revolucionario. Artista, inteligencia cultivada, espíritu formado en las ideas de los enciclopedistas, puso en la protesta contra los atropellos de la demagogia el fuego de su espíritu generoso. Su hermano **Marie-Joseph Chénier** escribió algunas tragedias sin gran relieve teatral ni poético.

**Obras históricas.**—Además de Voltaire, cuyos trabajos históricos hemos citado ya, sólo merecen especial recuerdo en este siglo como historiadores, **Rollin** (1661-1741), autor de una *Histoire ancienne*, y el abate **Barthélemy** (1716-1795), que escribió una obra sobre la civilización griega, titulada *Voyage du jeune Anacharsis*.

**Gilbert** (1751-1780) fué un notable poeta muerto prematuramente al igual de Chénier, aunque en diversas condiciones. Sus sátiras tituladas *Le dix-huitième siècle* y

*Mon apologie* eran promesas de un gran espíritu poético.

**El teatro en este siglo.**—Aun cuando ya citamos el nombre de **Régnard** como poeta de mérito discutible, no debe omitírsele al hablar del teatro en el siglo XVII. Escribió en las postrimerías del XVII y principios del XVIII (1656-1709) sus comedias entre las que destacan *Le joueur* y *Le légataire universel*.

Fuera del Teatro de *Voltaire*, no hay autor ni obra que merezcan estudios especiales. Apuntemos, no obstante, los nombres de **Crébillon** (1674-1762), autor de varias tragedias, entre las que figuran *Idomène* y *Electre*; **Destouches** (1680-1754), *La Chaussée* (1692-1754), autor de comedias de costumbres como *La fausse antipathie* y *L'école des mères*; **Sedaine** (1719-1757), autor de dramas y libretos de ópera; **Ducis** (1633-1816) que, intentó naturalizar en Francia las obras de Shakespeare; **Marivaux** (1688-1763), que escribió en prosa comedias muy notables, en las cuales el amor juega el papel más importante (*Surprises de l'amour*; *Jeu de l'amour et du hasard*, entre otras; **Piron** (1689-1773), célebre por su *Métromanie*, sátira en cinco actos, rebosante de ingenio; **Gresset** (1709-1777), cuyo nombre bastó á popularizar su admirable comedia *Le méchant*, y, por último, **Collin d'Harleville**, **Andrieux**, **Picard** y **Étienne**, para no hacer interminable esta enumeración.

**Beaumarchais** (1732-1799) merece ser anotado separadamente, pues bien puede afirmarse que evolucionó en cierto modo la literatura dramática, gracias á sus obras, sátiras implacables, políticas y sociales. *Le Barbier de Séville* y *Le Mariage de Figaro* alcanzaron sendos éxitos de gran resonancia, los cuales deben atribuirse á su inge-

nio chispeante y á la novedad de su factura y de su *mise en scène*, que se apartaba de la comedia clásica.

**Didáctica.**—En este punto debemos comenzar mencionando el nombre de Montesquieu.

Charles de Secondat de la Brède, Barón de Montesquieu (1689-1755), de una familia de magistrados, dedicóse por vocación irresistible á los viajes, y publicó á su vuelta á Francia una obra de carácter histórico bajo el título de *Considérations sur les causes de la grandeur et de la décadence des Romains*. Su obra más trascendental es seguramente la titulada *L'esprit des lois*, que consiguió un éxito extraordinario, bien justificado por la brillantez del lenguaje y por la importancia política y filosófica de los nuevos principios que en ella defendía ardorosamente. Montesquieu debe ser mirado principalmente como un reformador. Dedicó sus esfuerzos y los mejores capítulos de su obra maestra á estas cuatro cuestiones importantísimas: tolerancia religiosa, abolición de la esclavitud, implantación de la paz armada, reforma de los procedimientos judiciales.

**Duclos** (1704-1792) publicó una interesante obra titulada *Considérations sur les mœurs de ce siècle*, no exenta de originalidad y escrita en estilo excesivamente conciso.

**Chamfort** (1741-1794) ha dejado un libro que apareció después de su muerte bajo el título *Pensées, maximes et sentences*.

**Rivarol** (1753-1801), autor de *Discours sur l'universalité de la langue française* y *Discours préliminaire du Nouveau Dictionnaire*, se distinguió especialmente como *causeur* de pronto y sutil ingenio.

**Marmontel** (1723-1795) empezó cultivando el teatro,

que abandonó bien pronto para colaborar en la *Enciclopedia*. Sus artículos, que luego reunió en un libro titulado *Eléments de littérature*, constituyen su mejor obra.

Luc de Clapiers, Marquis de Vauvenargue (1715-1747), publicó un libro que le ha dado renombre universal de moralista. Apareció en 1746, un año antes de su muerte, bajo el título de *Introduction à la connaissance de l'esprit humain*, seguido de *Réflexions y Essais critiques*. Sin llegar á la profundidad de Pascal, sus máximas, semejantes á las de La Rochefoucauld, son interesantes y felices.

**Buffon** (1707-1788) es un gran escritor y un naturalista famoso. Nombrado en 1759 Intendente del Jardín del Rey (hoy *Jardin des Plantes*), dióse con todas sus energías al estudio de la Historia Natural, y sus trabajos continuados, su talento de observación, sus profundos conocimientos, tuvieron su fruto en sus libros, de los cuales citaremos *Théorie de la terre, Histoire naturelle des quadrupèdes, Époques de la nature*. Su discurso de recepción en la Academia, *Discours sur le style*, es famoso también. Si desde el punto de vista científico *Buffon* es un nombre glorioso en la historia de Francia, no lo es menos en la historia de su literatura. La armonía y la nobleza de sus escritos, la elevación de su lenguaje, la hermosura de su estilo, no se igualan fácilmente.

**La Harpe** (1739-1803) fué un crítico literario de positivo mérito. Publicó un *Cours de littérature*, resumen de las conferencias por él explicadas en el Liceo.

**Bernardin de Saint-Pierre** (1757-1814), de espíritu aventurero é inquieto, representa en sus notables escritos una tendencia sentimental, opuesta al enciclopedis-

mo. Sus obras más notables son *Études de la nature*, *Paul et Virginie* y *Harmonies de la nature*.

Entre los poetas didácticos merecen especial recuerdo **Louis Racine** (1692-1765), por sus poemas *La grâce* y *La religion*; **Saint Lambert** (1717-1803), autor de *Les saisons*; **Florian** (1755-1794), imitador de La Fontaine, y el abate **Delille** (1738-1813), que es el más notable entre los poetas descriptivos, y se distinguió además por sus fieles é inspiradas traducciones de obras clásicas. Sus principales obras son: *L'homme des champs*, *Les jardins*, *L'imagination*, *Les trois règnes de la nature* y *La conversation*.

No terminaremos el resumen del siglo XVIII sin citar los nombres de dos autores, notables por sus novelas:

**Lesage** (1668-1747) escribió, inspirándose en nuestra literatura, entre otras novelas de costumbres que se hicieron popularísimas, *Le diable boiteux* y *Gil Blas*. El abate **Prévost** (1697-1763) singularizó su nombre por sus numerosas novelas, que figuran en el libro titulado *Mémoires d'un homme de qualité*, de las cuales, la más conocida es *Manon Lescaut*.

**La elocuencia en este siglo.**—La oratoria en el siglo XVIII tiene su expresión más culminante en los hombres de la Revolución, los cuales inician é ilustran el nuevo género de la oratoria política, tan distinto al espíritu de las formas clásicas de la elocuencia. **Barnave**, **Isnard**, **Mirabeau**, **Vergniaud**, **Robespierre** y **Danton** descuellan sus nombres entre tantos y tan fogosos oradores como produjo aquella inmensa sacudida social y política.

## SIGLO XIX

Ni aun trazar un esquema concienzudo de la literatura contemporánea cabría en los estrechos límites de nuestro propósito. Por razones que saltan á la vista no podremos realizar un estudio, siquiera fuese somero, de todos los autores que han sabido destacar su personalidad entre la brillante lista de los cultivadores de las letras. No es fácil, por otra parte, clasificar las obras y los autores dentro de los géneros consagrados, pues no debemos perder de vista que la Revolución, después de haber transformado las leyes y las costumbres, transformó también la literatura. El individualismo revolucionario la orientó en un sentido de amplia libertad, de cosmopolitismo, que vino á favorecer la originalidad al desentenderse de los modelos tradicionales.

Cualquier criterio de selección había de ser un tanto caprichoso; pero ante la necesidad de elegir uno, nosotros procuramos que el cuadro sea completo, anotando los nombres de los autores cuya vida literaria cae por entero dentro de la pasada centuria, aunque tengamos que resistir á la tentación de estampar los nombres ilustres que, como Hanotaux, Anatole France, Rostand, Hervieu y Prevost, han dado y darán todavía páginas gloriosas á la historia literaria de Francia.

Durante la primera mitad del siglo XIX impera en las letras el romanticismo, cuyos iniciadores fueron madame de Staël y Chateaubriand, nombres ilustres á cuyo lado é inspirados en la misma tendencia literaria, figuran después otros, como Lamartine, Victor Hugo, Dumas, Mus-

set y Michelet. Hacia la mitad del siglo XIX puede afirmarse que el realismo sustituye al romanticismo en la inspiración de todos los géneros literarios.

### Primera época.

**Madame Staël** (1766-1817).—Hija del célebre ministro Necker y educada entre los hombres ilustres que se reunían en casa de su padre, se dió al estudio de las letras siendo aún muy joven. Los excesos de la Revolución cometidos contra María Antonieta excitaron en su alma una noble indignación, que la movieron á escribir una enérgica, aunque inútil, defensa en favor de la desgraciada Reina. Su talento y sus ideas liberales le valieron en los salones que frecuentaba una influencia que el primer Cónsul juzgó peligrosa.

Desterrada por Bonaparte, escribió *Delphine*, su primera novela. Después viajó por Alemania é Italia, y esta última le inspiró su obra maestra: *Corinne*. Vuelta á Francia, se vió obligada á sufrir un nuevo destierro y volvió á Alemania, donde escribió un libro titulado *De l'Allemagne*, en el que procuró que Francia formara exacta idea de su rival histórica, y, conociéndola mejor, aprendiera á no desdeñarla.

Sus obras están escritas con un estilo firme y brillante. En su *Littérature* ensancha los horizontes literarios, rechazando las reglas clásicas estrictas, y exaltando la vida del alma en todas sus obras, reafirmando el culto al ideal, abre al sentimiento y á la poesía manantiales inagotables de inspiración.

**Chateaubriand**, François René (Vicomte de).—Nació en Saint-Malo en 1768 y murió en París en 1848. Aban-



donó Francia durante la Revolución y se embarcó para el Nuevo Mundo, llevado de su espíritu aventurero. Vuelto á Europa, combatió en las filas de los emigrados, y herido en el sitio de Thionville, se refugió en Inglaterra, donde escribió su *Essai sur les révolutions*. No volvió á Francia hasta el año de 1800, y poco después publicó *Atala, René y Les Natchez*.

Más tarde escribió *Mémoires d'outre-tombe*, y en defensa de la religión *Le Génie du Christianisme, Les Martyrs*, especie de epopeya en prosa, y á la vuelta de su viaje por los Santos Lugares, *L'Itinéraire de Paris à Jérusalem*. Adquirió rango entre los hombres políticos, perteneció á la Academia y fué miembro de la Cámara de los Pares, y después nombrado Embajador y Ministro.

En medio de una gran afectación y de un estilo fogoso, hay que admirar en sus escritos una elocuencia exuberante y un poder descriptivo maravilloso que dan idea del genio de este escritor. Su principal obra en verso es la canción *Oh! qui me rendra mon Hélène*, notable por su dulzura y sencillez.

**POESÍA.—Alphonse de Lamartine (1790-1869).—**Nació en Saint-Point, cerca de Macon. Lamartine y Victor Hugo son los poetas líricos franceses más notables.

Las más hermosas obras de Lamartine son *Les Méditations y Les Harmonies poétiques*, que tuvieron un éxito prodigioso. Después escribió *Jocelyn y La Chute d'un ange*. Entre los libros en prosa debidos á su pluma deben citarse *Voyage en Orient* y su célebre *Histoire des Girondins*, que apareció en 1848.

Su poesía es rica en imaginación, en ternura y en originalidad. Semejante en cierto modo á nuestro Zorrilla, incurre en incorrecciones y defectos, hijos de la exube-

rancia de su genio, de la espontaneidad y de la improvisación; pero es un poeta de una fuerza sentimental insuperable. La poesía no es para él un oficio, ni sus reglas le preocupan demasiado.

*Je chantais, mes amis, comme l'homme respire...*

**Beranger** (1780-1857). — Notable por su *Chansons*, alcanzó gran popularidad en toda Europa. No pertenece á la escuela romántica, puesto que sus obras continúan las tradiciones clásicas, y lo mismo puede decirse de **Delavigne** (1793-1843), autor de *Messéniennes*, y poeta dramático de mérito relevante. Citemos, entre sus obras, *Les vèspres siciliennes*, *Louis XI*, *l'École des vieillards* y *Les enfants d'Edouard*.

**Victor Hugo**. — El nombre de este escritor llena muchas páginas, muchos géneros y muchos años de la historia literaria del pueblo francés. Victor Hugo es el sostén más firme de la escuela romántica. Nació en Besançon en 1802, y murió en París en 1885. Pasó una parte de su niñez en España, y luego estuvo en el destierro por su oposición á los designios del príncipe Napoleón de restablecer el Imperio.

Es difícil detallar y clasificar la labor fecundísima de este genio dentro del estrecho marco á que nos reduce la modestia de nuestro propósito. Admirado en Francia y fuera de ella, compenetrado con los sentimientos populares y con la psicología del pueblo francés, tètigo de las convulsiones políticas que se agitaron en el pasado siglo, sus obras son una página inspiradísima de historia palpitante. Su verbo es elevado, noble é inagotable; su inspiración, maravillosa; sus poesías ricas en imágenes, llenas de armonía y colorido. Ilustró todos los géneros, y en todos dejó la huella de su talento inextinguible.

Para no repetir su nombre inútilmente, citaremos aquí sus principales obras poéticas y dramáticas, y sus novelas popularísimas. En los comienzos de su carrera publicó las *Odes et Ballades, Orientales, Feuilles d'automne*, y el drama *Cromwell*. Después, en el destierro, y á su vuelta, no cesó de escribir y publicar, y su producción, fugazmente interrumpida por la trágica muerte de su hija mayor, alcanza proporciones extraordinarias. *Chants du crépuscule, Voix intérieures, Les Rayons et les Ombres, Les contemplations, Les Châtiments, La légende des siècles, Chansons des rues et des bois, L'année terrible, Religion et religions, Théâtre en liberté, La fin de Satan, Toute la lyre*, representan una obra poética intensa y variadísima. Citemos, entre sus novelas, *Notre-Dame de Paris, Les Misérables, L'homme qui rit, Quatre-vingt-treize, Histoire d'un crime, Choses vues, Napoléon le petit*, de marcado sabor histórico. Indiquemos su producción teatral citando las siguientes obras: *Hernani, Marion Delorme, Lucrece Borgia, Marie Tudor, Ruy Blas, Le Roi s'amuse, Angelo, Les Burgraves*. Fué académico; Luis Felipe lo hizo Par de Francia; y digamos, para terminar, que ejerció una gran influencia en la política de su tiempo, predicando la moderación en todos los momentos en que pudo influir con sus indicaciones ó sus consejos.

**Alfred de Vigny** (1797-1863) es otro de los mejores poetas románticos de este período, que se distinguió por la factura graciosa y elegante de sus versos, aunque se note en ellos la falta de gran vena poética, y sea, en consecuencia, escasa y laboriosa su producción. Citemos con elogio, entre sus obras, *Moïse, Éloa, Le déluge, La Neige, Paris* y *Les amants de Montmorency*. También escribió una novela histórica titulada *Cinq-Mars* y algunas obras

dramáticas, entre las cuales se destacan *Chatterton* y *La Maréchale d'Ancre*.

**Alfred de Musset** (1810-1857) es otro paladín de la escuela romántica que se dió á conocer con la obra titulada *Contes d'Espagne et d'Italie* á la que siguieron *Un spectacle dans un fauteuil*, *Nuits*, *Lettre à Lamartine*, *Espoir en Dieu* y *Souvenir*. Entre sus obras dramáticas figuran *Lorenzaccio*, *Fantasio*, *Les caprices de Marianne*, *On ne badine pas avec l'amour*. También merecen mención especial las obras en prosa que llevan por título *Confession d'un enfant du siècle* y *Mademoiselle Mimi Pinson*. Musset es un gran poeta; sus cantos, melancólicos, humanos, atractivos y claros, constituyen una página viva de poesía, no obstante el pesimismo desconsolador que refleja su lira.

**Théophile Gautier** (1811-1872) fué poeta, novelista y crítico literario. Sus poesías, recogidas bajo el título *Émaux et Camées*, se distinguen por su pureza y por su colorido.

No terminaremos esta narración sin citar los nombres de **Barbier** (1805-1882), poeta satírico, notable por sus *Iambes*, y **Brizeux**, autor de *Maria*.

EL TEATRO EN ESTE PERÍODO.—El drama romántico, nueva orientación del teatro, admirablemente descrita por Victor Hugo en su prefacio al drama *Cromwell*, tiene por principales cultivadores á Hugo, de Vigny, Dumas y al mismo Musset. Ya hemos mencionado las obras dramáticas de Victor Hugo, de Vigny y de Musset. Digamos algo de Dumas padre.

**Alexandre Dumas** (1803-1870), hijo de un mulato, fué un autor muy popular, aunque desentrañando su obra no puede concedérsele otra importancia que la de haber llevado á la escena el drama anunciado por Victor

Hugo en *Cromwell*, y descrito en el prólogo de esta obra.

Sus principales obras dramáticas, que se distinguen por la fuerza de la acción y el carácter más que por las exquisiteces del escritor, son: *Henri III et sa cour*, *Christine*, *Charles VII chez ses grands vassaux*, *La Tour de Nesles*, *Antony*, *Angela* y *Kean*. Sus novelas más conocidas son *Les trois mousquetaires* y *Le Comte de Montecristo*.

**Ponsard** (1814-1867) obtuvo un gran éxito con su *Lucrece*, llegando á considerársele como jefe de una escuela opuesta á la tendencia representada por Victor Hugo; pero en realidad, *Charlotte Corday* y *Le lion amoureux* tienen más de dramas que de tragedias clásicas. *Agnés de Méranie*, *L'honneur et l'argent* y *La Bourse* se deben también á Ponsard, el cual representa como poeta dramático la transición entre la tradición clásica y el drama romántico. Su estilo es puro y correcto, pero su verbo es limitado.

**Scribe** (1791-1861) gozó durante medio siglo de una gran popularidad, debida principalmente á su pasmosa fecundidad. Escribió comedias, *vaudevilles* y libretos de ópera, mostrando en todo ello un gran dominio de la técnica teatral y un conocimiento profundo de los gustos de la época, los cuales procuró servir sin preocuparse mucho de la labor literaria. *Le verre d'eau*, *Le mariage enfantin*, *Le Colonel*, *Le Confident* y los libretos de casi todas las óperas de Meyerbeer, se deben á su pluma entre cerca de quinientas producciones.

**LA NOVELA.**—La novela tiene, como género literario, una importancia extraordinaria en el siglo XIX, y afecta también dos formas: la novela idealista y la realista. A Victor Hugo, De Vigny y Dumas padre, ya citados, debemos añadir los nombres siguientes:

**Georges Sand** (1804-1876), cuyo verdadero nombre era Aurore Dupin, fué una escritora notabilísima, que cultivaba la tendencia idealista en todas sus producciones literarias, en las que descuella una fuerza descriptiva sorprendente. *La Petite Jadette*, *Jean de la Roche*, *Indiana*, *Valentine*, *Le Marquis de Villemer*, *La Confession d'une jeune fille*, *Lélia*, *Mademoiselle Merquem*, entre otras muchas obras debidas á su fecunda imaginación, la colocan en puesto preeminente entre los novelistas franceses.

**Charles Nodier** (1780-1844) se distinguió como poeta, filólogo y crítico, pero sobre todo como cuentista notabilísimo, de estilo fácil é impecable y de marcada tendencia romántica. Citemos entre sus obras, *Le peintre de Strasbourg*, *La fée aux Miettes* y *Jean Sbogar*.

Sthendal, Mérimée y Balzac, principalmente, representan la escuela realista.

**Sthendal** (1783-1842), cuyo verdadero nombre era Henri Beyle, autor de *Le rouge et le noir*, *De l'amour* y *La Chartreuse de Parme*, fué un gran observador y un escritor notable, si bien falto de flexibilidad.

**Prosper Mérimée** (1803-1870), aun cuando cultivó como Georges Sand y con fortuna, varios géneros distintos, se distinguió especialmente en la novela. *Voyages*, *Contes*, *Colomba*, *Carmen*, son sus obras más conocidas.

**Honoré de Balzac** (1799-1874) es un pintor notable de la sociedad de su época, y aunque su arte carece de distinción y delicadeza por su empeño en retratar el lado práctico de la vida, es de una viveza y una animación maravillosas. Como escritor, no es excesivamente correcto ni abundante, pero sus libros llevan un gran sello de originalidad. Su obra es una especie de síntesis de la sociedad en que vivió, y bajo el título *La Comédie humaine*,

dividida en *Scènes de la vie privée, de la vie de province, de la vie parisienne, de la vie militaire y de la vie politique*, se encierran novelas encantadoras, como *Le cousin Pons, La grenadière, Le Père Goriot, Le médecin de la campagne y La femme de trente ans*, entre otras muchas.

Aun cuando Eugène Sué gozó de una gran popularidad, principalmente por su novela *Les mystères de Paris*, no lo creemos digno de figurar en el cuadro literario de esta época.

LA HISTORIA.—Entre los historiadores notables de este período merecen ser citados **Thierry** (1795-1856), al cual se deben las siguientes obras: *Lettres sur l'histoire de France, Conquête de l'Angleterre par les Normands, Récits Mérovingiens y Essai sur le tiers état*; **Barante** (1782-1866), que publicó una *Histoire des ducs de Bourgogne*; **Michelet** (1758-1874), autor de una *Histoire romaine*, otra obra titulada *La Révolution* y una *Histoire de France*, además de otras obras de carácter bien diverso, como *L'Insecte, La femme y La mer*; **Guizot** (1787-1874), que escribió *Essais sur l'Histoire de France, La Révolution d'Angleterre, Histoire générale de la civilisation en Europe, Histoire générale de la civilisation en France y Mémoires pour servir à l'histoire de mon temps*; **Mignet** (1756-1884), autor de una *Histoire de la Révolution*, entre otras de menor importancia acerca de la historia de España; **Tocqueville** (1805-1859), al cual se deben *L'Ancien Régime, La Révolution y La Démocratie en Amérique*; **Thiers** (1797-1877), que escribió una historia de la Revolución, otra del Consulado y otra del Imperio; **Villemain**, que publicó una *Histoire de Cromwell*, además de otras obras de historia literaria; **Amedée Thierry** (1797-1873), cuyas obras históricas sobre los galos, Atila y la sociedad cristiana en

Roma, aunque de mérito inferior á las de su hermano Augustín, deben citarse con elogio; **Ozanam** (1813-1853), que se distinguió en la crítica literaria; **Lacroix** (1806-1884), autor de novelas históricas, como *Les deux foux*, y **Wallon**, que ha escrito una interesante obra titulada *Histoire de l'esclavage*.

**DIDÁCTICA.**—La naturaleza de nuestro trabajo exige que dediquemos menos espacio á los autores contemporáneos, acerca de cuyas obras la crítica y la historia no han pronunciado aún su palabra definitiva. Frecuente es el caso de algunos escritores que, hacia la mitad de la pasada centuria, gozaban de muy distinta opinión ante el juicio público en Francia y fuera de Francia, de la que hoy se tiene de ellos. Por otra parte, nos afirma en nuestro propósito el hecho de no hallarse bien definidos algunos escritores, por haberse asomado á varios géneros literarios, sin orientarse definitivamente. Citaremos, pues, bajo el epígrafe de este párrafo, á **Bonald** (1754-1840), que publicó *Théorie du pouvoir politique et religieux dans la société civile y Législation primitive*; **De Maistre** (1764-1821), al cual se deben las obras *Considérations sur la France, Le Pape y Essai sur le principe générateur des constitutions politiques*; **Lamennais** (1782-1854), iniciador de un catolicismo democrático, que campea en sus obras *Essai sur l'indifférence en matière religieuse, La Religion considérée dans ses rapports avec l'ordre politique et civil, Paroles d'un croyant y Affaires de Rome*; **Cousin** (1792-1886), político, escritor mediano, cuya mejor obra es la titulada *Du vrai, du beau, du bien*; **Jouffroy** (1796-1842), que escribió obras filosóficas como *Mélanges philosophiques y Cours de Droit naturel*; **Benjamin Constant, Laboulaye, Courier, Proudhon y Quinet**, entre los



más ilustres escritores políticos; y entre los críticos, **Girardin**, **Nitard** y **Saint-Beuve** (1804-1869), poeta notabilísimo, como lo demuestra en *Consolations* y *Pensées d'Août*, y crítico de primer orden y de labor dilatada, que puede admirarse en las obras *Portraits littéraires et contemporains*, *Port Royal*, *Chateaubriand et son groupe littéraire* y *Causeries du lundi*.

ORATORIA. — Anotemos el nombre de **Lacordaire** (1802-1861) como el orador religioso más notable de este período, y el de **Monod** (1802-1856) como orador protestante.

En la oratoria política, que alcanzó gran esplendor y vuelos, que hoy va perdiendo, citaremos como los más elocuentes á **Benjamin Constant**, ya anotado en el párrafo anterior; **Manuel**, el general **Foy**, **de Serre**, **Royer-Collard**, **Casimir Perier**, el Duque de **Broglie**, **Guizot**, **Thiers**, **Lamartine**, **Montalembert**, **Berryer**, **Gambetta** y **Ledru-Rollin**.

### Segunda época del siglo XIX.

No obstante múltiples y vigorosas excepciones, la primera de las cuales está formada por las obras de **Victor Hugo** después del destierro, hacia la mitad del siglo XIX, el realismo sucede al romanticismo en todos los géneros literarios. Anotaremos en cada uno de éstos los nombres que más se han señalado á la general admiración, sin perder de vista las consideraciones que hicimos al comenzar el estudio de este siglo.

POESÍA.—**Banville** (1823-1891) es un poeta original y un maestro de la rima, como puede observarse en sus

obras *Mes souvenirs*, *Odes funambulesques*, *Les Exilés* y *Odelettes*, entre otras.

Con **Baudelaire** (1821-1867) se inicia la transformación de la poesía hacia un sentido más impersonal, con su obra *Les fleurs du mal*.

**Leconte de Lisle** (1818-1894), poeta inspiradísimo, maestro de la versificación, enamorado de la forma, es el jefe del grupo llamado *Les parnassiens*, por haber colaborado en la revista que llevaba el nombre de *Parnasse contemporain*, que se caracterizaba por el culto de la forma. Las obras de Leconte de Lisle se publican bajo los títulos *Poèmes antiques*, *Poèmes barbares*, *Poèmes tragiques* y *Derniers poèmes*.

**Manuel** (1823-1901) es un poeta tierno y delicado; **Sully Prudhomme** (1839-1907) es un parnasiano por el escrúpulo y la finura de la frase, al mismo tiempo que un pensador profundo en sus obras *Stances et Poèmes*, *Les épreuves*, *Les solitudes*, *Les vaines tendresses*, *La Justice* y *Le bonheur*, que le valieron el premio Nobel poco tiempo antes de su muerte.

**Copée** distingue sus poesías por una admirable factura. *Intimités*, *Les humbles*, *Récit et Élégies*, revelan un talento de asimilación maravilloso, y **José María de Heredia**, nacido en Cuba, discípulo de Leconte de Lisle, muestra en *Trophées*, su única obra, de forma perfecta y casi toda en sonetos, un gusto depurado y un alma de artista.

**Mallarmé** (1842-1898), con sus obras *L'après midi d'un faune*, *Pages*, *Divagations*, y más intensamente **Verlaine** (1844-1896), gran poeta, de vida escandalosa, autor de *Poèmes saturniens*, *Sagesse*, *Jadis et naguère* y *Parallèlement*, son los precursores de la escuela llamada simbolis-

ta, que significa una reacción contra las formas escuetas y clásicas de la escuela parnasiana, y sueña con la creación de una poesía nueva, de gran libertad en sus formas.

No terminaremos esta parte sin dedicar un elogio á **Murger** (1822-1861), autor de las famosas *Scènes de la vie de bohème*, y de otras obras, en las que campea un gran sentimiento; y á **Deroulède**, gran patriota, muerto el año pasado y muy notable poeta y literato.

**EL TEATRO EN ESTE PERÍODO.**—Alexandre Dumas, hijo, y Émile Augier, son los primeros representantes de la comedia moderna.

**Dumas, fils** (1824-1895).—Empezó publicando algunas novelas, y de una de ellas hizo su primera obra teatral, *La dame aux camélias*, que bastó á elevar su nombre á la categoría de autor original y vigoroso, que, no obstante sus defectos, ha sabido interesar y conmover grandemente. Citemos, entre sus producciones, *Diane de Lys*, *L'ami des femmes*, *La princesse Georges*, *La femme de Claude*, *L'étrangère*, *Francillon* y *Les idées de Madame Aubray*.

**Émile Augier** (1820-1889) comparte con Dumas, hijo, la iniciación de la comedia moderna, y sus obras constituyen un Teatro de vasta y humana tendencia. Dió á la escena, entre otras obras, *Gabrielle*, *Le mariage d'Olympe*, *Le gendre de monsieur Poirier*, *Maître Guérin*, *Les effrontés* y *Lions et renards*.

**Labiche** (1815-1888) es el maestro del *vaudeville* y autor de gran fecundidad, pues sus obras pasan de ciento, entre las cuales recordaremos *Le Cagnotte*, *Le Misanthrope et l'auvergnat*, *Le prix Martin*, *Célimare le bien-aimé* y *Le voyage de Mr. Penichon*.

**Sardou** (1831-1908) ha tenido grandes éxitos y ha cul-

tivado todos los géneros según el gusto del público. *Madame Sans-Gêne*, *Nos bons villageois*, *Séraphine*, *Nos intimes*, *Théodora*, *La haine*, *Tosca*, *Don Quichotte* y *Fedora*, figuran entre sus muchas producciones, que no añadirán, ciertamente, un solo timbre de gloria al Teatro francés.

No omitiremos, al tratar del teatro en esta época, los nombres de **Barrière**, **Paileron**, **Becque**, cultivador del Teatro naturalista con *Les corbeaux* y *La parisienne*, y **Meilhac** y **Halévy**, creadores de la opereta y autores de algunas finas comedias de costumbres parisienses.

LA NOVELA.—La novela, según ya hemos manifestado, adquiere en la segunda mitad del siglo XIX un carácter realista, del cual se apartan algunos autores que, como **Victor Hugo**, **Fromentin**, **Cherbuliez** y **Feuillet**, conservan en todas sus novelas un idealismo romántico, el cual campea asimismo, en cierto modo, en los escritos de **Flaubert**, quien ocupa un puesto intermedio entre el romanticismo y el naturalismo.

**Gustave Flaubert** (1821-1880) caracteriza su producción un estilo que se aproxima mucho á la perfección ideal del escritor, elevándolo á la condición de artista del lenguaje.

La más naturalista de sus obras es *L'éducation sentimentale*, y la más romántica, *Salambo*; pero la más popular es *Madame Bovary*.

La escuela naturalista propiamente dicha se ilustra con los nombres de los **Goncourt**, **Daudet**, **Zola**, **Guy de Maupassant** y **Fabre** (1822-1896).

**Edmond** y **Jules Goncourt** (1830-1870) escribieron entre otras obras menos conocidas *Sœur Philomène*, *Renée Mauperin*, *Germinie*, *Laserteux* y *Madame Gervaisais*, en todas las cuales campea un impresionismo no

siempre sincero y en muchas ocasiones excesivo. Escritores fáciles, no sólo aumentaron el caudal de la novela, sino que ejercieron con nobleza y autoridad la crítica literaria.

**Alphonse Daudet** (1840-1897) alternó el realismo con una gran sensibilidad, y debe ser juzgado por su comedia *L'Arlésienne* como uno de los precursores del teatro moderno. *Tartarin de Tarascon*, *Sapho*, *L'évangéliste* *Lettres de Mon Moulin*, *Les rois en exil* y *Numa Roumestan* son las más populares entre sus obras.

El más genuino campeón de la escuela naturalista es **Émile Zola** (1840-1908). Desde sus primeras producciones llamó poderosamente la atención del público y de la crítica, discutiéndose apasionadamente su realismo descarnado, sus crudezas y sus atrevimientos de lenguaje, que le han sido tolerados y aplaudidos hasta el punto de recorrer sus obras triunfalmente el mundo civilizado. Su personalidad adquirió gran relieve, á lo cual contribuyó no poco su vehemente acción política en el famoso asunto Dreyfus. La característica de sus novelas es un materialismo que reduce el campo psicológico á las más reducidas proporciones, sobre la base de un pesimismo que se obstina en ver solamente la parte mísera de la vida.

Entre sus obras señalaremos *Les Rougons Macquart*, historia de una familia bajo el segundo Imperio, dividida en veinte volúmenes bajo diversos títulos, como *L'Assommoir*, *Germinal*, *La Débâcle*, *La fortune des Rougons*; y además *Contes à Ninon*, *Paris*, *Lourdes*, *Rome*; siendo sus tres últimas obras *Fécondité*, *Travail* y *Vérité*. Expuso sus teorías en un volumen titulado *Roman expérimental*.

**Ferdinand Fabre** (1830-1898) no llegó á ver sus obras

popularizadas, á lo cual contribuyó mucho su carácter retraído. Mencionemos entre aquéllas *Lucifer*, *Lechevrier*, *Mon oncle Célestin* y *Les Courbezon*.

**Guy de Maupassant** (1850-1893), escritor de gran popularidad, debida principalmente á sus cuentos (*Contes du jour et de la Nuit*, *Contes de la bécasse*, *Mont-Oriol*), debe figurar entre los novelistas más profundos dentro de su tendencia. Sus novelas *Une vie*, *Pierre et Jean*, *Fort comme la mort*, *Notre cœur*, son de una transparencia y una fuerza descriptiva tales, que mostrando las cosas sin necesidad de comentarlas, ahonda en la psicología de seres y cuadros.

No cerraremos el estudio de la novela en la segunda mitad del siglo XIX sin mencionar al originalísimo **Barbey d'Aurevilly** escritor de gran relieve, algunas de cuyas obras, como *Le chevalier Destouches* y *Les diaboliques*, acusan el genio de la observación, y en un plano más inferior á **Rod**, **Feydeau**, **Chamfleury**, **Huysmans** y **Pouvillon**.

Actualmente se observa una plausible reacción contra el naturalismo, que nos limitamos á apuntar para no incurrir en faltas al propósito indicado cuando comenzamos el estudio del siglo XIX.

**HISTORIA.**—Entre las obras históricas publicadas en esta época, conviene mencionar las de Taine, Renan, Fustel de Coulanges, Sorel y Duruy. **Taine** (1828-1893) cultivó la filosofía, la crítica y la historia. Su principal obra de filosofía se titula *De l'intelligence*; los trabajos críticos son numerosísimos, y entre sus obras históricas, figuran *Origines de la France contemporaine*, *Histoire de la Littérature anglaise*, *Essais de critique et d'histoire*. El estilo vigoroso y pintoresco de este ilustre autor, considerado

como el filósofo de la revolución naturalista, resalta más especialmente en los *Origines*. **Renan** (1823-1892) es también filólogo, filósofo, historiador y literato, pero su obra más extensa é importante es la histórica, contenida en los libros *Origines du Christianisme*, *Histoire du peuple d'Israël* y *Essais*. Su talento de escritor maravilloso y su habilidad descriptiva, valen más que su labor histórica; en sus trabajos filosóficos y literarios (*Réforme intellectuelle et morale*, *Dialogues et fragments philosophiques*, *Essais de morale et de critique*, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, *Le prêtre de Némi*, *Caliban*, *L'abbesse de Jouarre*) se muestra un artista sorprendente y un escéptico de fina ironía.

**Fustel de Coulanges** (1830-1889) ha escrito *La cité antique* y una *Histoire des Institutions politiques de l'ancienne France*. **Duruy** (1811-1894) publicó una *Histoire grèque* y otra muy notable *Histoire romaine*. La obra más importante de **Sorel** (1842-1906), es la titulada *Histoire diplomatique de la guerre franco-prussienne*.

**DIDÁCTICA.**—Incluiremos en este párrafo á **Vacherot** por sus obras filosóficas; á los periodistas **Paul Louis Courier** y **Veillot**, **Saint-Victor**, **Schérer**, **Sarcey** y **Brunetière**, críticos literarios de gran competencia y autoridad: en elogio de este último basta con recomendar su grandiosa obra *Études critiques sur l'histoire de la littérature française*, y sus campañas en la *Revue des deux Mondes*, en las que ha desarrollado una labor un tanto dogmática, pero elevada y sincera; á **Edmond About**, periodista, crítico, autor dramático y novelista de brillantes aptitudes; al insigne **Pasteur** y á **Claude Bernard**, autor de una obra maestra de filosofía y medicina, admirablemente escrita y titulada *Introduction à l'étude de la Médecine expérimentale*.

ORATORIA.—El gusto literario señala á este respecto una evolución marcada hacia la simplicidad, y ello, unido á la ausencia de fundamentales cuestiones políticas, cuyas luchas se limitan hoy al campo social, ha producido una notable disminución en el número de los grandes oradores. Recordemos los nombres de **Waldeck-Rousseau, Jaurés y Brunetière.**

---



---

---

# TROZOS SELECTOS

---

## LE SERMENT DE STRASBOURG

«Pro Deo amur, et pro christian poblo et nostro commun salvament, d'ist di in avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo, et in aiudha et in cadhuna cosa, si cum om per dreit son fradra salvar dift in o quid il mi altresí fazet, et ab Luder nul plaid nunquam prindrai, qui meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.»

### TRADUCCIÓN FRANCESA

«Pour l'amour de Dieu, et pour le salut commun du peuple chrétien et le nôtre, autant que Dieu m'en donne savoir et pouvoir, je défendrai mon frère Karle que voici et par aide et en chaque chose, ainsi qu'on doit par devoir défendre son frère, à la condition qu'il me fasse de même; et avec Lothaire je ne prendrai jamais aucun arrangement qui, par ma volonté, soit au préjudice de mon frère Karle que voilà.»

## CHANSON DE ROLAND

(MORT D'AUDE)

Li Emperere est repairiez d'Espaigne.  
E vient ad Ais a l'meillur sied de France.  
Muntet el palais, est venuz en la sale.  
As li venue Alde, une bele dame.  
Ço dist a l'rei: «U est Rollanz li catanies,  
Ki me jurat cume sa per a prendre?»  
Carles en ad e dulur e pesance,  
Pluret des oilz, turet sa barbe blanche:  
«Soer, chere amie, d'hume mort me demandes.  
Jo t'en durrai mult esforciet escange:  
C'est Loewis, mielz ne sai jo qu'en parle:  
Il est mis filz e si tiendrat mes marches.»  
Alde respunt: «Cist mot mei est estranges.  
Ne placet Deu, ne ses seinz, ne ses angles,  
Après Rolland que jo vive remaigne!»  
Perd la culur, chiet as piez Carlemagne,  
Sempres est morte. Deus ait mercit de l'anme!  
Franceis barun en plurent; si la pleignent.

---

## LE ROMAN DE RENARD

(*Fabliau.*)

El chemin se croupi Renarz,  
Si coloie de toutes parz;  
Et la fain li fet sovent guerre,  
Ne set sa garison ou querre,  
Ne set que fere; si s'esmaie.

Lors s'est couchiez lez une haie;  
Ilec atendra aventure.  
Atant ez vos grant aleüre  
Marcheanz qui poisson menoient  
Et qui devers la mer venoient.  
Harenz frès orent a plenté,  
Que bise avoit auques venté  
Trestoute la semaine entiere;  
Et bons poissons d'autre maniere  
Orent assez, granz et petiz,  
Dont lor paniers furent garniz.  
Or oez comment les desvoie:  
Lors s'est couchiez enmi la voie.  
En un gason s'est ventrilliez,  
Et conme mort apareilliez.

---

## LE ROMAN DE LA ROSE

Ainsi que je me porpensoie  
S'oltre la haie passeroie  
Ge vi vers moi tot droit venant  
Un vaslet bel et avenant,  
En qui il n'ot riens que blasmer,  
Bel-Accueil se faisoit clamer,  
Filz fu Cortoisie la sage.  
Cis m'abandonna le passage  
De la haie molt doucement,  
Et me dist amiablement:  
«Beaus amis chiers, se il vos plest,  
Passés la haie sens arest,  
Por l'odor des roses sentir;

Ge vos i puis bien garantir,  
N'i avrés mal ne vilenie,  
Se vos vos gardés de folie.  
Se de riens vos i puis aidier,  
Ja ne m'en quier faire proir;  
Car près sui de vostre servise,  
Ge le vos di tot sans feintise...»

GUILLAUME DE LORRIS.

---

## MÉMOIRES

### LES CROISÉS DEVANT CONSTANTINOPLE

Lors se partirent del port d'Avie tuit ensemble. Si peüssiez veoir flori le Braz-Saint-Jorge contremont de nés et de galies et de uissiers; et molt granz mervoille ére la bialtez a regarder. Et ensi corurent contremont le Braz-Saint-Jorge, tant que il vindrent, la veille de la saint Jehan Baptiste en juin, a Saint Estiéne, a une abbaïe qui ére a trois lieues de Constantinoble. Et lors virent tot a plain Constantinoble cil des nés et des galies et des uissiers; et pristrent port, et aancrèrent lor vaissiaus.

Or poéz savoir que molt esgardèrent Constantinople cil qui onques mais ne l'avoient veüe; que il ne pooient mie cuidier que si riche vile peüst estre en tot le monde, com il virent ces halz murs et ces riches tors, dont ele ére close tot entor a la reonde, et ces riches palais et ces haltes yglises, dont il i avoit tant que nuls nel poüst croire, se il ne le veüst a l'ueil, et le lonc et le lé de la vile qui de totes les autres ére souveraine. Et sachiez que il n'i ot si hardi cui la chars ne fremist; et ce ne fu mie

merveille; que onques si granz affaires ne fu empris de nule gent, puis que li monz fu estorez.

Lors descendirent a terre li conte et li baron et li dux de Venise; et fu li parlemenz ou mostier-Saint Estiéne. La ot maint conseil pris et doné. Totes les paroles qui la furent dites ne vos contera mie li livres; mais la somme del conseil si fu tels que li dux de Venise se dreça en estant et lor dist:

«Seignor, je sai plus del convine de cest païs que vos ne faites, car altre foiz i ai esté. Vos avez le plus grant afaire et le plus perillos entrepris que onques genz entrepreïssent; por ce, si covendroit que on ovrast sagement. Sachiez, se nos alons a la terre ferme, la terre est granz et large, et nostre gent sont povre et diseteus de la viande. Si s'espandront par la terre por querre la viande; et il a molt grant plenté de la gent el païs; si ne porriens tot garder que nos n'en perdissiens. Et nos n'avons mestier de perdre, que molt avons pou de gent a ce que nous volons faire.

»Il a isles ci près, que vos poéz veoir de ci, qui sont habitées de genz, et laborées de blez et de viandes et d'autres biens. Alons enqui prendre port, et recueillons les blez et les viandes del païs; et quant nos avrons les viandes recueillies, alons devant la vile, et faisons ce que Nostre Sires avra porveü. Quar plus seürement guerroye cil qui a la viande que cil qui n'en a point.» A cel conseil s'accordèrent li conte et li baron, et s'en ralèrent tuit a lor nés, chascuns a ses vaissiaus.

Ensi reposèrent cèle nuit. Et al matin, le jor de la feste monseignor saint Johan Baptiste, en juing, furent drecies les banières et li gonfanon es chastials des nés, et les houces ostées des escuz, et portendu li bort des nés.

Chascuns regardoit ses armes, tels con a lui convint; que de fi sévent que par tens en avront mestier.

Li marinier traient les ancras et laissent les voiles al vent aler; et Diex lor done bon vent tel con a els convint. Si s'en passent tres pardevant Constantinople, si près des murs et des tors que a maintes de lor nés traist on. Si i avoit tant de gent sor les murs et sor les tors, que il sembloit que il n'eüst se la non.

VILLEHARDOUIN.

---

## CHRONIQUE DE FRANCE

### BATAILLE DE CRÉCY

Quant li rois Phelippes vint jusques sus la place où li Englès estoient priès de là arresté et ordonné, et il les vei, se li mua li sans, car trop les haioit. Et ne se fust à ce donc nullement refrenés ne astrains d'yaus combatre, et dist à ses mareschaus: «Faites passer nos Geneuois devant et commencier la bataille, ou nom de Dieu et de monsieur saint Denis!» Là avoit de ces dis Geneuois arbalestriers environ quinze mil, qui euissent ossi chier nient que commencier adonc le bataille, car il estoient durement lassé et travillié d'aler à piet plus de six lieues tout armé, et de porter leurs arbalestres. Et disent adonc à leurs connestables que il n'estoient mies adonc ordonné pour nul grant exploit de bataille. Ces parolles volèrent jusques au conte d'Alençon, qui en fu durement courouciés, et dist: «On se doit bien cargier de tel ribaudaille qui fallent au plus grant besoing!»

Entrues que ces parolles couroient, et que cil Geneuois se recueilloient et se detrioient, descendi une plueve dou

ciel, si grosse et si espesse que merveilles, et uns tonnoires et uns esclistres moult grans et moult horribles. En devant cette plueve, par dessus les batailles, otant d'un lés comme de l'autre, avoient volé si grant fuison de corbaus que sans nombre, et demené le plus grant tempès dou monde. Là disoient li aucun sage chevalier que c'estoit uns signes de grant bataille et de grant effusion de sanch. Apriès toutes ces choses, li aires se commença à esclaircir, et li solaus à luire biaux et clers: si l'avoient li François droit en l'oel, et li Englès par derrière.

Quant li Geneuois furent tout recueilliet et mis ensemble, et il deurent approcier leurs ennemis, il commencièrent à juper si très hault que ce fu merveilles; et le fissent pour esbahir les Englès, mès li Englès se tinrent tout quoi et ne fissent nul samblant. Secondement encores jupèrent ensi et puis alèrent un petit avant, et li Englès [restoient] tout quoi sans yaus mouvoir de leur pas. Tiercement encores juppèrent il moult hault et moult cler, et passèrent avant, et tendirent leurs arballestres, et commencièrent à traire. Et cil arcier d'Engleterre, quant il veirent ceste ordenance, passèrent un pas avant, et puis fissent voler ces saiettes de gran façon, qui entrèrent et descendirent si ouniement sus ces Geneuois que ce sembloit nège. Li Geneuois, qui n'avoient point appris à trouver telz arciers que cil d'Engleterre, quant il sentirent ces saiettes qui leur perçoient bras, tiestes et baulèvres, furent tantos desconfi. Et copèrent li plusieurs d'yaus les cordes de leurs ars, et li aucun les jettoient jus; si se misent ensi au retour.

Entre yaus et les Englès avoit une grande haie de gens d'armes, montés et parés moult richement, qui regardoient le couvenant des Geneuois et comment il assam-

bloient: si ques, quant il cuidièrent retourner, il ne peurent. Car, li rois de France, par grant mautalent, quant il vei leur povre arroy, et que il se desconfisoient, ensi commanda et dist: « Or tos, or tos tués toute ceste ribaudaille: il nous ensonnient et tiennent le voie sans raison. » Là veissiés gens d'armes entoueilliés entre yaus ferir et fraper sus yaus, et les pluseurs trebuchier et cheir parmi yaus, qui onques puis ne relevèrent. Et toutdis traioient li Englès efforcement en le plus grant presse, qui riens ne perdoient de leur tret, car il empalloient et feroient parmi le corps ou parmi membres chevaus et gens d'armes qui là cheoient et trebuchoient en grand meschief; et ne pooient estre relevé, se ce n'estoit à force et par grant ayde de gens. Ensi se commença li bataille entre la Broie et Creci en Pontieu, ce samedi, à heure de vespres.

FROISSART.

---

## BALLADE POUR PRIER NOTRE-DAME

Dame du ciel, régente terrienne,  
Emperière des infernaux palus,  
Recevez-moi votre humble chrétienne,  
Que comprise sois entre vos élus,  
Ce nonobstant qu'oncques rien ne valus.  
Les biens de vous, ma dame et ma maîtresse,  
Son trop plus grands que ne suis pécheresse,  
Sans lesquels biens âme ne peut mérir;  
N'avoir les cieus, je n'en suis jongleresse.  
En cette foi je veux vivre et mourir.  
A votre Fils dites que je suis sienne;



Que de lui soient mes péchés absolus:  
Pardonnez-moi comme à l'Égyptienne  
Ou comme il fit au clerc Théophilus,  
Lequel par vous fut quitte et absolu,  
Combien qu'il eût au diable fait promesse.  
Préservez-moi; que point je ne face ce,  
Vierge portant sans rompure encourir  
Le sacrement qu'on célèbre à la messe.  
En cette foi je veux vivre et mourir.  
Femme je suis povrette et ancienne,  
Ni rien ne sçay: oncques lettres ne lus;  
Au moutier vois, dont suis paroissienne,  
Paradis peint, où sont harpes et luths,  
Et un enfer où damnés sont boullus:  
L'un me fait peur, l'autre joie et liesse,  
La joie avoir fais-moi, haute Déesse,  
A qui pécheurs doivent tous recourir,  
Comblés de foi, sans feinte ni paresse.  
En cette foi je veux vivre et mourir.

ENVOI

Vous portâtes, Vierge, digne princesse,  
Jésus régnant, qui n'a ni fin ni cesse.  
Le Tout-Puissant, prenant notre faiblesse,  
Laisa les cieux et nous vint secourir;  
Offrit à mort sa très chère jeunesse;  
Notre Seigneur tel est, tel le confesse:  
En cette foi je veux vivre et mourir.

FRANÇOIS VILLON.

## MORT DE LOUIS XI

Après tant de peurs, et de suspicions et douleurs, Nostre Seigneur fit miracle sur luy, et le guérit tant de l'ame que du corps, comme tousjours a acoustumé en faisant ses miracles: car il le ousta de ce miserable monde en grant santé de sent et d'entendement, en bonne memoire, aiant receu tous ses sacremens, sans souffrir douleurs que l'on congneust, mais tousjours parlant jusques a une patenostre avant sa mort. Ordonna de sa sepulture, et qui il vouloit qui l'acompanast par le chemin; et disoit qu'il n'esperoit a mourir que au sabmedi, et que Nostre Dame luy procureroit ceste grace, en qui tousjours avoit eu fiance et grande devotion et prioit, et aussi au sabmedi ensuivant fust enterré. Et tout ainsi luy advint; car il deceda le sabmedi, penultié me d'aoust, l'an mil quatre cens quatre vingtz et trois, a huyt heures au soir, audit lieu du Plessis, ou il avoit prins la maladie le lundi de devant. Nostre Seigneur le vueille avoir receu en son royaulme de paradis!

COMMINES.

---

## BALLADE

En regardant vers le pais de France,  
Ung jour m'avint, a Dovre sur la mer,  
Qu'il me souvint de la douce plaisance  
Que souloye ou dit pais trouver.  
Si commençay de cueur à souspirer,  
Combien certes que grant bien me faisoit,  
De veoir France que mon cueur amer doit.  
Je m'avisay que c'estoit nonsçavance  
De telz souspirs dedens mon cueur garder;

Veux que je voye que la voye commence  
De bonne paix qui tous biens peut donner.  
Pour ce tournay en confort mon penser:  
Mais non pourtant mon cueur ne se lassoit  
De veoir France que mon cueur amer doit.  
Alors chargeay en la nef d'espérance  
Tous mes souhaitz, en les priant d'aler  
Oultre la mers sans faire demourance  
Et à France de me recommander.  
Or nous doit dieu bonne paix sans tarder:  
Adonc auray loisir, mais qu'ainsi soit,  
De veoir France que mon cueur amer doit.  
Paix est trésor qu'on ne peut trop louer:  
Je hé guerre, point ne la doys priser;  
Destourbé m'a long temps, soit tort ou droit,  
De veoir France que mon cueur amer doit.

CHARLES D'ORLÉANS.

---

## LES DEUX RICHESSES

Riche ne suis, certes, je le confesse,  
Bien né pourtant, et nourri noblement:  
Mais je suis lu du peuple et gentillesse  
Par tout le monde, et dit-on: «C'est Clément.»  
Maints vivront peu, moi éternellement.  
Et toi tu as prés, fontaines et puits,  
Bois, champs, châteaux, rentes et gros appuis.  
C'est de nous deux la différence et l'être.  
Mais tu ne peux être ce que je suis:  
Ce que tu es, un chacun le peut être.

MAROT.

SONNET

Quand vous serez bien vieille, au soir, à la chandelle,  
Assise auprès du feu, dévidant et filant,  
Direz, chantant mes vers et vous émerveillant:  
Ronsard me célébrait du temps que j'étais belle.

Lors vous n'aurez servante oyant telle nouvelle,  
Déjà sous le labeur à demi sommeillant,  
Qui, au bruit de Ronsard, ne s'aille réveillant,  
Bénissant votre nom de louange immortelle.

Je serai sous la terre, et fantôme sans os,  
Par les ombres myrteux, je prendrai mon repos;  
Vous serez au foyer une vieille accroupie,

Regrettant mon amour et votre fier dédain.  
Vivez, si m'en croyez, n'attendez à demain;  
Cueillez dès aujourd'hui les roses de la vie.

RONCARD.

---

DÉFENSE ET ILLUSTRATION

DE LA LANGUE FRANÇAISE

---

I

ÉCRIVONS EN NOTRE LANGUE FRANÇAISE

Ce prudent et vertueux Thémistocle Athénien montra bien que la même loi naturelle, qui commande à chacun de défendre le lieu de sa naissance, nous oblige aussi de garder la dignité de notre langue, quand il condamna à

mort un héraut du roi de Perse, seulement pour avoir employé la langue attique aux commandements des barbares. La gloire du peuple romain n'est moindre (comme a dit quelqu'un) en l'amplification de son langage que de ses limites. Car la plus haute excellence de leur république, voire du temps d'Auguste, n'était assez forte pour se défendre contre l'injustice du temps, par le moyen de son Capitole, de ses Thermes et magnifiques Palais, sans le bénéfice de leur langue, pour laquelle seulement nous les louons, nous les admirons, nous les adorons. Sommes-nous donc moindres que les Grecs et les Romains, qui faisons si peu de cas de la nôtre?

## II

POUR DONNER PLUS DE RESSOURCES A NOTRE LANGUE  
EMPRUNTONS LES RICHESSES DU GREC ET DU LATIN

Donc, s'il en est ainsi que de notre temps les astres, comme d'un accord, ont par une heureuse influence conspiré en l'honneur et accroissement de notre langue, qui sera celui des savants qui n'y voudra mettre la main, y répandant de tous côtés les fleurs et fruits de ces riches cornes d'abondance grecque et latine? ou à tout le moins qui ne louera et approuvera l'industrie des autres?...

Là donc, Français, marchez courageusement vers cette superbe cité romaine: et des sévères dépouilles d'elle (comme vous avez fait plus d'une fois) ornez vos temples et vos autels. Ne craignez plus ces oies criardes, ce fier Manlie, et ce traître Camille qui sous ombre de bonne foi vous surprenne tout nus, comptant la rançon du Capitole. Donnez en cette Grèce menteresse et y semez encore un coup la fameuse nation des Gallo-Grecs. Pillez-moi sans conscience les sacrés trésors de ce temple Del-

phique, ainsi que vous avez fait autrefois; et ne craignez plus ce muet Apollo, ses faux oracles, ni ses flèches rebouchées. Vous souviens de votre Hercule Gallique, tirant les peuples après lui par leurs oreilles, avec une chaîne attachée à sa langue.

DU BELLAY.

---

## UNE AVENTURE

Un quidam délibéra de surprendre ma maison et moi. Son art fut d'arriver seul à ma porte, et d'en presser un peu instamment l'entrée. Je le connaissais de nom, et avais occasion de me fier de lui, comme de mon voisin et aucunement mon allié. Je lui fis ouvrir comme je fais à chacun. Le voici tout effrayé, son cheval hors d'haleine, fort harassé. Il m'entretint de cette fable: «Qu'il venait d'être rencontré à une demi-lieue de là, par un sien ennemi, lequel je connaissais aussi, et avais ouï parler de leur querelle; que cet ennemi lui avait merveilleusement chaussé les éperons et qu'ayant été surpris en désarroi et plus faible en nombre, il s'était jeté à ma porte à sauveté; qu'il était en grand'peine de ses gens, lesquels il disait tenir pour morts ou pris.» J'essayai tout naïvement de le conforter, assurer, et refreschir. Tantôt après, voilà quatre ou cinq de ses soldats, qui se présentent en même contenance et effroi, pour entrer, et puis d'autres encore après, bien équipés et bien armés, jusqu'à vingt-cinq ou trente, feignant avoir leur ennemi aux talons. Ce mystère commençait à tâter mon soupçon. Je n'ignorais pas en quel siècle je vivais, combien ma maison pouvait être enviée, et avais plusieurs exemples d'autres de ma connaissance, à qui il était mesadvenu de même. Tant y a, que trouvant qu'il n'y avait point d'acquêt d'avoir com-

mencé à faire plaisir, si je n'achevais, et ne pouvant me défaire sans tout rompre, je me laissai aller au parti le plus naturel et le plus simple, comme je fais toujours, commandant qu'ils entrassent. Aussi à la vérité, je suis peu défiant et soupçonneux de ma nature. Je penche volontiers vers l'excuse, et l'interprétation plus douce. Je prends les hommes selon le commun ordre, et ne crois pas ces inclinations perverses et dénaturées, si je n'y suis forcé par grand témoignage, non plus que les monstres et miracles. Et suis homme en outre qui me commets volontiers à la Fortune et me laisse aller à corps perdu entre ses bras. De quoi jusqu'à cette heure j'ai eu plus d'occasion de me louer que de me plaindre. Et l'ai trouvée et plus avisée et plus amie de mes affaires que je ne suis. Il y a quelques actions en ma vie, desquelles on peut justement nommer la conduite difficile ou, qui voudra, prudente. De celles-là même, posez que la tierce partie soit du mien, certes les deux tierces sont richement à elles. Nous faillons, ce me semble, en ce que nous ne nous fions pas assez au ciel de nous...

Ceux-ci se tinrent à cheval en ma cour, le chef avec moi dans ma salle, qui n'avait voulu qu'on établât son cheval, disant avoir à se retirer incontinent qu'il aurait eu nouvelles de ses hommes. Il se vit maître de son entreprise: et n'y restait sur ce point que l'exécution. Souvent depuis il a dit, car il ne craignait pas de faire ce conte, que mon visage et ma franchise lui avaient arraché la trahisons des poings. Il remonte à cheval, ses gens ayant continuellement les yeux sur lui, pour voir quel signe il leur donnerait, bien étonnés de le voir sortir et abandonner son avantage.

MONTAIGNE.

## LES TRAGIQUES

---

### CAÏN

Ainsy Abel offroyt en pure conscience  
Sacrifices à Dieu; Caïn offroit aussy:  
L'un offroit un cœur doux, l'autre un cœur endurey;  
L'un fut au gré de Dieu, l'autre non agréable:  
Caïn grinça des dents, paslit espouvantable.  
Il massacra son frère, et de cest agneau doux  
Il fit un sacrifice à son amer courroux...  
Mais quand le coup fut faict, sa première pasleur  
Au prix de la seconde estoit vive couleur:  
Ses cheveux vers le Ciel hérissés en furie,  
Le grincement de dents en sa bouche flestrie,  
L'œil sourcillant de peur descouvroit son ennuy.  
Il avoit peur de tout, tout avoit peur de luy:  
Car le Ciel s'affubloit du manteau d'une nuë,  
Si tost que le transy au Ciel tournoit la veuë;  
S'il fuyoit aux déserts, les rochers et les bois  
Effrayez abboyent au son de ses abbois.  
Sa mort ne put avoir de mort pour récompense:  
L'Enfer n'eut point de mort à punir ceste offence:  
Mais autant que de jours il sentit de trespas:  
Vif, il ne vescu point; mort, il ne mourut pas.  
Il fuit d'effroy transy, troublé, tremblant et blesme,  
Il fuit de tout le monde, il s'enfuit de soy mesme.  
Les lieux plus asseurez luy estoient des hazards,  
Les feuilles, les rameaux et les fleurs, des poignards;  
Les plumes de son lict, des esguilles picquantes;  
Ses habits plus aysés, des tenailles serrantes,



Son eau, jus de ciguë; et son pain, des poisons:  
Ses mains le menaçoient de fines trahisons:  
Tout, image de mort, et le pis de sa rage  
C'est qu'il cherche la mort et n'en voit que l'image.  
De quelqu'autre Caïn il craignoit la fureur:  
Il fut sans compagnon et non pas sans frayeur,  
Il possédoit le monde, et non une assurance;  
Il estoit seul partout, hors mis sa conscience;  
Et fut marqué au front, affin qu'en s'enfuyant  
Aucun n'osast tuer ses maux en le tiant.

AGRIPPA D'AUBIGNÉ.

---

## GARGANTUA ET PANTAGRUEL

### DOULEUR DE GARGANTUA À LA MORT DE SA FEMME

Quand Pantagruel fut né, qui fut bien esbahy et perplex, ce fut Gargantua son pere: car voyant d'un costé sa femme Badebec morte, et de l'autre son filz Pantagruel né, tant beau et tant grand, ne sçavoit que dire ny que faire. Et le doubte qui troubloit son entendement estoit, assavoir s'il devoit plorer pour le dueil de sa femme ou rire pour la joye de son filz. D'un costé et d'autre il avoit argumens sophisticques qui le suffoquoient, car il les faisoit trèsbien *in modo et figura*, mais il ne les povoit souldre, et par ce moyen demouroit empestre comme la souriz empeigee, ou un milan prins au lasset.

«Pleureray je? disoit-il; ouy: car pourquoy? Ma tant bonne femme est morte, qui estoit la plus cecy, la plus cela qui feust au monde; jamais je ne la verray, jamais je n'en recouvreray une telle: ce m'est une perte inesti-

mable. O mon Dieu, que te avoys-je faict pour ainsi me punir? Que ne envoyas tu la mort à moy premier que à elle? car vivre sans elle ne m'est que languir! Ha Baderbec, ma migonne, mamye, ma tendrette, jamais je ne te verray. Ha! pauvre Pantagruel, tu as as perdu ta bonne mere ta doulce nourrisse, ta dame tresaymée. Ha! faulce mort, tant tu me es malivole, tant tu me es oultrageuse de me tollir celle à laquelle immortalité appartenoit de droict!»

Et ce disant pleuroit comme une vache; mais tout soudain rioit comme un veau, quand Pantagruel luy venoit en memoire. «Ho! mon petit filz (disoit il), mon peton que tu es joly, et tant je suis tenu à Dieu de ce qu'il m'a donné un si beau filz, tant joyeux, tant riant, tant joly! Ho, ho, ho, ho! que suis ayse! beuvons; ho! laissons toute melancholie, apporte du meilleur, rince les verres, boute la nappe, chasse ces chiens, souffle ce feu, allume la chandelle, ferme ceste porte, taille ces soupes, envoie ces pauvres, baille leur ce qu'ilz demandent, tiens ma robbe, que je me mette en pourpoint pour mieux festoyer les commeres.»

Ce disant, ouyt la letanie et les mementos des prebsters qui portoyent sa femme en terre, dont laissa son bon propos, et tout soudain fut ravy ailleurs, disant: «Seigneur Dieu, fault il que je me contriste encores? Cela me fasche, je ne suis plus jeune, je deviens vieulx, le temps est dangereux, je pourray prendre quelque fiebvre, me voyla affolé. Foy de gentilhomme, il vault mieulx pleurer moins et boire davantage. Ma femme est morte: et bien, par Dieu (*da jurandi*) je ne la resusciteray pas par mes pleurs: elle est bien, elle est en paradis pour le moins, si mieulx ne est; elle prie Dieu pour nous, elle est bien-

heureuse, elle ne se soucie plus de nos miseres et calamitez; autant nous en pend à l'œil. Dieu gard le demourant: il me fault penser d'en trouver une aultre. Mais voicy que vous ferez; allez à l'enterrement d'elle, et cependant je berceray icy mon filz, car je me sens bien fort alteré et serois en danger de tomber malade; mais beuvez quelque bon traict devant: car vous vous en trouverez bien, et m'en croyez sur mon honneur.» A quoy obtemperantz, allerent à l'enterrement et funerailles, et le pauvre Gargantua demoura à l'hostel.

RABELAIS.

---

### A MA MUSE

Tu sais, ô vaine Muse, ô Muse solitaire  
Maintenant avec moi, que ton chant qui n'a rien  
Du vulgaire, ne plaît non plus qu'un chant vulgaire.

Tu sais que plus je suis prodigue de ton bien  
Pour enrichir des grands l'ingrate renommée,  
Et plus je perds le temps, ton espoir et le mien.

Tu sais que seulement toute chose est aimée  
Qui fait d'un homme un singe, et que la vérité  
Sous les pieds de l'erreur gît ores assommée.

Tu sais que l'on ne sait où gît la volupté,  
Bien qu'on la cherche en tout, car la raison, sujette  
Au désir, trouve l'heur en l'infélicité.

Tu sais que la vertu, qui seule nous rachète  
De la nuit, se retient elle-même en sa nuit,  
Pour ne vivre qu'en soi, sourde, aveugle et muette.

Tu sais que tous les jours celui-là plus la fuit  
Qui montre mieux la suivre, et que notre visage  
Se masque de ce bien à qui notre cœur nuit.

Tu sais que le plus fol prend bien le nom de sage,  
Aveuglé des flatteurs; mais il semble au poisson  
Qui engloutit l'amorce et la mort au rivage.

Tu sais que quelques-uns se repaissent d'un son,  
Qui les flatte partout; mais, hélas! ils démentent  
La courte opinion, la gloire et la chanson.

Tu sais que, moi vivant, les vivants ne te sentent,  
Car l'équité se rend esclave de faveur,  
Et plus sont crus ceux-là qui, plus effrontés, mentent.

Tu sais que le savoir n'a plus son vieil honneur,  
Et qu'on ne pense plus que l'heureuse nature  
Puisse rendre un jeune homme à tout œuvre meilleur.

Tu sais que d'autant plus, me faisant même injure,  
Je m'aide des vertus, afin de leur aider,  
Et plus je suis tiré dans leur prison obscure.

Tu sais que je ne puis si tôt me commander;  
Tu connais ce bon cœur, quand pour la récompense  
Il me faut à tous coups le pardon demander.

Tu sais comment il faut gêner ma contenance,  
Quand un peuple me juge, et qu'en dépit de moi  
J'abaisse mes sourcils sous ceux de l'ignorance.

Tu sais que, quand un prince aurait bien dit de toi,  
Un plaisant s'en rirait ou qu'un piqueur stoïque  
Te voudrait par sottise attacher de sa loi.

Tu sais que tous les jours un labour poétique  
Apporte à son auteur ces beaux noms seulement  
De farceur, de rimeur, de fol, de fantastique.

Tu sais que si je veux embrasser mêmement  
Les affaires, l'honneur, les guerres, les voyages,  
Mon mérite tout seul me sert d'empêchement.

Bref, tu sais quelles son les envieuses rages  
Qui même au cœur des grands peuvent avoir vertu,  
Et qu'avec le mépris se naissent les outrages.

Mais tu sais bien aussi (vainement aurais-tu  
Débattu si longtemps et, dedans ma pensée,  
De toute ambition le pouvoir combattu),

Tu sais que la vertu n'est point récompensée,  
Sinon que de soi-même, et que le vrai loyer  
De l'homme vertueux, c'est sa vertu passée.

Pour elle seule donc je me veux employer,  
Me dussé-je noyer moi-même dans mon fleuve  
Et de mon propre feu le chef me foudroyer.

Si donc un changement au reste je n'éprouve  
Il faut que le seul vrai me soit mon but dernier,  
Et que mon bien total dedans moi seul se trouve:

Jamais l'opinion ne sera mon collier.

JODELLE.

## HARANGUE DE M. D'AUBRAY

### POUR LE TIERS-ÉTAT

---

#### LES MAUX DE LA GUERRE CIVILE

O que nous eussions été heureux si nous eussions été pris dès le lendemain que fûmes assiégés... Nos reliques seraient entières, les anciens joyaux de la couronne de nos rois ne seraient pas fondus comme ils sont. Nos faubourgs seraient en leur être, et habités comme ils étaient, au lieu qu'ils sont ruinés, déserts et abattus; notre ville serait riche, opulente et peuplée comme elle était; nos rentes de l'hôtel de ville nous seraient payées: au lieu que vous en tirez la moelle et le plus clair denier; nos fermes des champs seraient labourées, et en recevrons le revenu, au lieu qu'elles sont abandonnées, désertes et en friche. Nous n'aurions pas vu mourir cinquante mille personnes de faim, d'ennui et de pauvreté, qui sont mortes en trois mois par les rues et dans les hôpitaux, sans miséricorde et sans secours. Nous verrions encore notre université florissante et fréquentée, au lieu qu'elle est du tout solitaire, ne servant plus qu'aux paysans, et aux vaches des villages voisins; nous verrions notre palais rempli de gens d'honneur de toutes qualités, et la salle et la galerie des merciers pleines de peuple à toutes heures, au lieu que n'y voyons plus que gens de loisir se promener au large, et l'herbe verte qui croît là, où les hommes avaient à peine espace de se remuer; les boutiques de nos rues seraient garnies d'artisans, au lieu qu'elles sont vides et fermées; la presse des charrettes et des coches serait sur nos ponts, au lieu qu'en huit jours on n'en voit passer une

seule, que celle du légat. Nos ports de Grève et de l'École seraient couverts de bateaux pleins de blés, de vins, de foin et de bois. Nos halles et nos marchés seraient foulés de presse de marchands et de vivres, au lieu que tout est vide et vague, et n'avons plus rien qu'à la merci des soldats de Saint-Denis, fort de Gournay, Chevreuse et Corbeil. Ha! monsieur le lieutenant, permettez-moi que je m'exclame en cet endroit par une petite digression, hors du cours de ma harangue, pour déplorer le misérable état de cette reine des villes, de ce microcosme et abrégé du monde! Ha! messieurs les députés de Lyon, Toulouse, Rouen, Amiens, Troyes et Orléans, regardez à nous et y prenez exemple, que nos misères vous fassent sages à nos dépens: vous savez tous quels nous avons été, et voyez maintenant quels nous sommes.

SATYRE MÉNIPPÉE.

---

## VIE DES HOMMES ILLUSTRES

Si le conseil des vieilles gens est grandement estimé, pource qu'ayans vescu longuement, il est force qu'ilz ayent beaucoup veu: et si ceulx qui ont longuement voyagé en païs estranges, qui se sont trouvez en beaucoup d'affaires, et ont grande experience des choses de ce monde, sont reputez sages, et dignes à qui l'on mette en main les resnes des grands gouvernements: combien fait à estimer la lecture des histoires, qui en un seul jour nous peut fournir plus d'exemples que ne sçauroit faire le cours entier de la plus longue vie d'un homme? Tellement que ceulx qui sont exercitez à la lire ainsi qu'il appartient, encore qu'ilz soient jeunes, deviennent, quant à

intelligence des affaires du monde, telz que s'ilz estoyent vieux et chenus, et n'ayans jamais bougé de leurs maisons, sont aussi advertis, informez et instruits de tout ce qui es part le monde, que ceulx qui avec travaux innumérables et dangers infinis ont abbreuvé leurs jours à courir toute la terre habitable: comme au contraire ceulx qui sont ignorans des choses faites ou advenues avant qu'ilz fussent nez, quoy qu'ilz soient suraagez, demeurent toujours enfans, et dedans le propre païs de leur naissance sont en pareille condition que les estrangers.

Brief, il se peut veritablement dire que la lecture des-histoires est une eschole de prudence, que l'homme se forme en son entendement, en considerant meurement l'estat du monde qui a esté par le passé, et observant diligemment par quelles loix, quelles mœurs et quelle discipline, les empires, royaumes et seigneuries se sont jadis premierement establies, et depuis maintenues et grandies, ou au contraire changées, diminuées et perdues.

AMYOT.

---

### CONSOLATION A M. DU PÉRIER

Ta douleur, du Périer, sera donc éternelle?

Et les tristes discours

Que te met en l'esprit l'amitié paternelle,

L'augmenteront toujours?

Le malheur de ta fille au tombeau descendue,

Par un commun trépas,

Est-ce quelque dédale, où ta raison perdue

Ne se retrouve pas?



Je sais de quels appas son enfance était pleine,  
Et n'ai pas entrepris,  
Injurieux ami, de soulager ta peine  
Avecque son mépris.

Mais elle était du monde, où les plus belles choses  
Ont le pire destin;  
Et rose elle a vécu ce que vivent les roses,  
L'espace d'un matin.

Puis quand ainsi serait que, selon ta prière,  
Elle aurait obtenu  
D'avoir en cheveux blancs terminé sa carrière,  
Qu'en fût-il advenu?

Penses-tu que plus vieille en la maison céleste  
Elle eût eu plus d'accueil?  
Ou qu'elle eût moins senti la poussière funeste  
Et les vers du cercueil?

Non, non, mon du Périer; aussitôt que la Parque  
Ote l'âme du corps,  
L'âge s'évanouit au deçà de la barque,  
Et ne suit point les morts...

La Mort a des rigueurs à nulle autre pareilles.  
On a beau la prier,  
La cruelle qu'elle est se bouche les oreilles  
Et nous laisse crier.

Le pauvre en sa cabane, où le chaume le couvre,  
Est sujet à ses lois;  
Et la garde qui veille aux barrières du Louvre  
N'en défend point nos rois.

De murmurer contre elle et perdre patience,  
Il est mal à propos;  
Vouloir ce que Dieu veut est la seule science  
Qui nous met en repos.

FRANÇOIS DE MALHERBE.

---

## LA RELIGION

Quelle es-tu, dis-le moi, si pauvrement vêtue?  
Je suis Religion, fille de Dieu connue.  
Pourquoi l'habit as-tu d'une si pauvre laine?  
Pour ce que je méprise une richesse vaine.  
Quel livre portes-tu? Les lois de Dieu mon père,  
Où de ses Testaments est compris le mystère.  
Pourquoi l'estomac nu? Découvrir la poitrine  
Convient à moi qui veux une blanche doctrine.  
Pourquoi sur cette Croix t'appuies-tu charitable?  
La Croix m'est un repos qui m'est fort agréable.  
A quelle fin es-tu de ces ailes pourvue?  
J'apprends l'homme à voler au-dessus de la nue.  
Pourquoi si rayonnante es-tu de belles flammes?  
Les ténèbres je chasse au loin des saintes âmes.  
Pourquoi ce mors de bride? Afin que par contrainte  
J'arrête la faveur de l'âme en douce crainte.  
Et pourquoi sous tes pieds foules-tu la mort blême?  
A raison que je suis la mort de la mort même.

VAUQUELIN DE LA FRESNAYE.

---

## LETTRE A CHAPELAIN

MONSIEUR,

Pour les nouvelles du grand monde que vous m'avez fait savoir, en voici de notre village. Jamais les blés ne furent plus verts, ni les arbres mieux fleuris. Le soleil n'agit pas de toute sa force, comme il fit dès le mois d'avril de l'année passée, quand il brûla les herbes naissantes. Sa chaleur est douce et innocente, supportable aux têtes les plus malades. La fraîcheur et les rosées de la nuit viennent ensuite, et réjouissent ce qui languirait sur la terre sans leur secours; mais, ayant plutôt abattu la poussière qui fait de la boue, il faut avouer qu'elles ne contribuent pas peu aux belles matinées dont nous jouissons. Je n'en perds pas le moindre moment, et les commençant justement à quatre heures et demie, je les fais durer jusqu'à midi. Durant ce temps-là, je me promène sans me lasser, et en des lieux où je puis m'asseoir quand je suis las. Je lis des livres qui ne m'obligent point à méditer, et je n'apporte à ma lecture qu'une médiocre attention. Car en même temps je ne laisse pas de donner audience à un nombre infini de rossignols, dont tous nos buissons sont animés. Je juge de leur mérite, comme vous faites de celui des poètes au lieu où vous êtes. Et en effet, si vous ne le savez pas, je vous apprends qu'il y a autant de différence de rossignol à rossignol que de poète à poète. Il y en a de la première et de la dernière classe. Nous avons quantité de Maillets et de \*\*\*; mais nous avons aussi quelques Chapelains et quelques Malherbes. Le reste à une autre fois. Je suis, Monsieur votre, etc.

BALZAC.

## DISCOURS DE LA MÉTHODE

---

### JE PENSE, DONC JE SUIS

J'avais dès longtemps remarqué que pour les mœurs il est besoin quelquefois de suivre des opinions qu'on sait être fort incertaines... Mais pour ce qu'alors je désirais vaquer seulement à la recherche de la vérité, je pensai qu'il fallait que je fisse tout le contraire et que je rejetasse comme absolument faux tout ce en quoi je pourrais imaginer le moindre doute, afin de voir s'il ne resterait point après cela quelque chose en ma créance qui fût entièrement indubitable. Ainsi, à cause que nos sens nous trompent quelquefois, je voulus supposer qu'il n'y avait aucune chose qui fût telle qu'ils nous la font imaginer; et pour ce qu'il y a des hommes qui se méprennent en raisonnant, même touchant les plus simples matières de géométrie, et y font des paralogismes, jugeant que j'étais sujet à faillir autant qu'un autre, je rejetai comme fausses toutes les raisons que j'avais prises auparavant pour démonstrations; et enfin, considérant que toutes les mêmes pensées que nous avons étant éveillés nous peuvent aussi venir quand nous dormons, sans qu'il y en ait aucune pour lors qui soit vraie, je me résolus de feindre que toutes choses qui m'étaient jamais entrées en l'esprit n'étaient non plus vraies que les illusions de mes songes. Mais aussitôt après je pris garde que, pendant que je voulais ainsi penser que tout était faux, il fallait nécessairement que moi qui le pensais fusse quelque chose; et remarquant que cette vérité: *Je pense, donc je suis*, était si ferme et si assurée que toutes les plus extrava-

gantes suppositions des sceptiques n'étaient pas capables de l'ébranler, je jugeai que je pouvais la recevoir sans scrupule pour le premier principe de la philosophie que je cherchais.

DESCARTES.

---

## PENSÉES

Nous voguons sur un milieu vaste, toujours incertains et flottants, poussés d'un bout vers l'autre. Quelque terme où nous pensions nous attacher et nous affermir, il branle et nous quitte; et, si nous le suivons, il échappe à nos prises, nous glisse et fuit d'une fuite éternelle. Rien ne s'arrête pour nous. C'est l'état qui nous est naturel, et toutefois le plus contraire à notre inclination: nos brûlons de désir de trouver une assiette ferme et une dernière base constante pour y édifier une tour qui s'élève à l'infini; mais tout notre fondement craque et la terre s'ouvre jusqu'aux abîmes.

Ne cherchons donc point d'assurance et de fermeté. Notre raison est toujours déçue par l'inconstance des apparences; rien ne peut fixer le fini entre les deux infinis qui l'enferment et le fuient.

Malgré la vue de toutes nos misères qui nous touchent, qui nous tiennent à la gorge, nous avons un instinct que nous ne pouvons réprimer, qui nous élève.

La grandeur de l'homme est grande en ce qu'il se connaît misérable. Un arbre ne se connaît pas misérable. C'est donc être misérable que de se connaître misérable; mais c'est être grand que de connaître qu'on est misérable. Toutes ces misères-là même prouvent sa grandeur.

Ce sont misères de grand seigneur, misères d'un déposé.

L'homme n'est qu'un roseau le plus faible de la nature, mais c'est un roseau pensant. Il ne faut pas que l'univers entier s'arme pour l'écraser. Une vapeur, une goutte d'eau, suffit pour le tuer. Mais quand l'univers l'écraserait, l'homme serait encore plus noble que ce qui le tue, parce qu'il sait qu'il meurt, et l'avantage que l'univers a sur lui. L'univers n'en sait rien.

Toute notre dignité consiste donc en la pensée. C'est de là qu'il faut nous relever, non de l'espace et de la durée, que nous ne saurions remplir. Travaillons donc à bien penser: voilà le principe de la morale.

PASCAL.

---

## LE CID

### (Acte III.)

Nous partîmes cinq cents; mais, par un prompt renfort,  
Nous nous vîmes trois mille en arrivant au port,  
Tant, à nous voir marcher avec un tel visage,  
Les plus épouvantés reprenaient de courage!  
J'en cache les deux tiers, aussitôt qu'arrivés,  
Dans le fond des vaisseaux qui lors furent trouvés:  
Le reste, dont le nombre augmentait à toute heure,  
Brûlant d'impatience, autour de moi demeure,  
Se couche contre terre, et, sans faire aucun bruit,  
Passe une bonne part d'une si belle nuit.  
Par mon commandement la garde en fait de même,  
Et, se tenant cachée, aide à mon stratagème;  
Et je feins hardiment d'avoir reçu de vous  
L'ordre qu'on me voit suivre et que je donne à tous.

Cette obscure clarté qui tombe des étoiles  
Enfin avec le flux nous fit voir trente voiles;  
L'onde s'enfle dessous, et d'un commun effort  
Les Mores et la mer montent jusques au port.  
On les laisse passer; tout leur paraît tranquille:  
Point de soldats au port, point aux murs de la ville:  
Notre profond silence abusant leurs esprits,  
Ils n'osent plus douter de nous avoir surpris:  
Ils abordent sans peur, ils ancrent, ils descendent,  
Et courent se livrer aux mains qui les attendent.  
Nous nous levons alors, et tous en même temps,  
Poussons jusques au ciel mille cris éclatants.  
Les nôtres, à ces cris, de nos vaisseaux répondent;  
Ils paraissent armés: les Mores se confondent,  
L'épouvante les prend à demi descendus:  
Avant que de combattre ils s'estiment perdus.  
Ils couraient au pillage, et rencontrent la guerre;  
Nous les pressons sur l'eau, nous les pressons sur terre,  
Et nous faisons courir des ruisseaux de leur sang,  
Avant qu'aucun résiste ou reprenne son rang.  
Mais bientôt, malgré nous, leurs princes les rallient:  
Leur courage renaît, et leurs terreurs s'oublient:  
La honte de mourir sans avoir combattu  
Arrête leur désordre, et leur rend leur vertu.  
Contre nous, de pied ferme, ils tirent leurs alfanges,  
De notre sang au leur font d'horribles mélanges,  
Et la terre, et le fleuve, et leur flotte, et le port.  
Sont des champs de carnage où triomphe la mort.  
Oh! combien d'actions, combien d'exploits célèbres  
Sont demeurés sans gloire au milieu des ténèbres,  
Où chacun, seul témoin des grands coups qu'il donnait,  
Ne pouvait discerner où le sort inclinait!

J'allais de tous côtés encourager les nôtres,  
Faire avancer les uns et soutenir les autres,  
Ranger ceux qui venaient, les pousser à leur tour,  
Et ne l'ai pu savoir jusques au point du jour.  
Mais enfin sa clarté montre notre avantage:  
Le More voit sa perte, et perd soudain courage;  
Et, voyant un renfort qui nous vient secourir,  
L'ardeur de vaincre cède à la peur de mourir.  
Ils gagnent leurs vaisseaux, ils en coupent les câbles,  
Poussent jusques aux cieux des cris épouvantables,  
Font retraite en tumulte, et sans considérer  
Si leurs rois avec eux peuvent se retirer.  
Pour souffrir ce devoir, leur frayeur est trop forte;  
Le flux les apporta, le reflux les remporte,  
Cependant que leurs rois, engagés parmi nous,  
Et quelque peu des leurs, tous percés de nos coups,  
Disputent vaillamment et vendent bien leur vie.  
A se rendre moi-même en vain je les convie:  
Le cimenterre au poing, ils ne m'écoutent pas.  
Mais, voyant à leurs pieds tomber tous leurs soldats,  
Et que, seuls désormais, en vain ils se défendent,  
Ils demandent le chef: je me nomme, ils se rendent.  
Je vous les envoyai tous deux en même temps,  
Et le combat cessa faute de combattants.

CORNEILLE.

---

### ÉPITAPHE D'ÉLISABETH RANQUET

Ne verse point de pleurs sur cette sépulture,  
Passant: ce lit funèbre est un lit précieux,  
Où gît d'un corps tout pur la cendre toute pure;  
Mais le zèle du cœur vit encore en ces lieux.



Avant que de payer le droit à la nature,  
Son âme, s'élevant au delà de ses yeux,  
Avait au Créateur uni la créature;  
Et marchant sur la terre elle était dans les cieux.  
Les pauvres bien mieux qu'elle ont senti sa richesse:  
L'humilité, la peine étaient son allégresse;  
Et son dernier soupir fut un soupir d'amour.  
Passant, qu'à son exemple un beau feu te transporte,  
Et, loin de la pleurer d'avoir perdu le jour,  
Crois qu'on ne meurt jamais quand on meurt de la sorte.

CORNEILLE.

---

## DISCOURS EN ÉLOGE DE CORNEILLE

... La scène retentit encore des acclamations qu'excitèrent à leur naissance *le Cid*, *Horace*, *Cinna*, *Pompée*, tous ces chefs-d'œuvre représentés depuis sur tant de théâtres, traduits en tant de langues, et qui vivront à jamais dans la bouche des hommes. A dire le vrai, où trouvera-t-on un poète qui ait possédé à la fois tant de grands talents, tant d'excellentes parties: l'art, la force, le jugement, l'esprit? Quelle noblesse, quelle économie dans les sujets! Quelle véhémence dans les passions! Quelle gravité dans les sentiments! Quelle dignité, et en même temps quelle prodigieuse variété dans les caractères! Combien de rois, de princes, de héros de toutes nations nous a-t-il représentés, toujours tels qu'ils doivent être, toujours uniformes avec eux-mêmes, et jamais ne se ressemblant les uns aux autres! Parmi tout cela, une magnificence d'expression proportionnée aux maîtres du monde qu'il fait souvent parler, capable néanmoins de s'abaisser quand il

veut, et de descendre jusqu'aux plus simples naïvetés du comique, où il est encore inimitable. Enfin, ce qui lui est surtout particulier, une certaine force, une certaine élévation qui surprend, qui enlève, et qui rend jusqu'à ses défauts, si on lui en peut reprocher quelques-uns, plus estimables que les vertus des autres. Personnage véritablement né pour la gloire de son pays; comparable je ne dis pas à tout ce que l'ancienne Rome a eu d'excellents tragiques, puisqu'elle confesse elle-même qu'en ce genre elle n'a pas été fort heureuse, mais aux Eschyles, aux Sophocles, aux Euripides, dont la fameuse Athènes ne s'honore pas moins que des Thémistocles, des Périclès, des Alcibiades, qui vivaient en même temps qu'eux.

Oui, Monsieur, que l'ignorance rabaisse tant qu'elle voudra l'éloquence et la poésie et traite les habiles écrivains de gens inutiles dans les États, nous ne craignons point de le dire à l'avantage des lettres et de ce corps fameux dont vous faites maintenant partie: du moment que des esprits sublimes, passant de bien loin les bornes communes, se distinguent, s'immortalisent par des chefs-d'œuvre comme ceux de Monsieur votre frère, quelque étrange inégalité que durant leur vie la fortune mette entre eux et les plus grands héros, après leur mort cette différence cesse. La postérité, qui se plaît, qui s'instruit dans les ouvrages qu'ils lui ont laissés, ne fait point de difficulté de les élever à tout ce qu'il y a de plus considérable parmi les hommes, fait marcher de pair l'excellent poète et le grand capitaine. Le même siècle qui se glorifie aujourd'hui d'avoir produit Auguste ne se glorifie guère moins d'avoir produit Horace et Virgile. Ainsi, lorsque, dans les âges suivants, on parlera avec étonnement des victoires prodigieuses et de toutes les grandes

choses qui rendront notre siècle l'admiration de tous les siècles à venir, Corneille n'en doutons point, Corneille tiendra sa place parmi toutes ces merveilles. La France se souviendra avec plaisir que, sous le règne du plus grand de ses rois, a fleuri le plus célèbre de ses poètes. On croira même ajouter quelque chose à la gloire de notre auguste monarque lorsqu'on dira qu'il a estimé, qu'il a honoré de ses bienfaits cet excellent génie: que même deux jours avant sa mort, et lorsqu'il ne lui restait plus qu'un rayon de connaissance, il lui envoya encore des marques de sa libéralité; et qu'enfin les dernières paroles de Corneille ont été des remerciements pour Louis le Grand.

RACINE.

---

## MITHRIDATE

### (Acte III.)

#### MITHRIDATE

Approchez, mes enfants. Enfin l'heure est venue  
Qu'il faut que mon secret éclate à votre vue:  
A mes nobles projets je vois tout conspirer;  
Il ne me reste plus qu'à vous les déclarer.  
Je fuis: ainsi le veut la fortune ennemie.  
Mais vous savez trop bien l'histoire de ma vie  
Pour croire que longtemps, soigneux de me cacher,  
J'attende en ces déserts qu'on me vienne chercher.  
La guerre a ses faveurs, ainsi que ses disgrâces:  
Déjà plus d'une fois, retournant sur mes traces,  
Tandis que l'ennemi, par ma fuite trompé,  
Tenoit après son char un vain peuple occupé,  
Et, gravant en airain ses frêles avantages,

De nos États conquis enchaînoit les images,  
Le Bosphore m'a vu, par de nouveaux apprêts,  
Ramener la terreur du fond de ses marais,  
Et, chassant les Romains de l'Asie étonnée,  
Renverser en un jour l'ouvrage d'une année.  
D'autres temps, d'autres soins. L'Orient, accablé,  
Ne peut plus soutenir leur effort redoublé:  
Il voit, plus que jamais, ses campagnes couvertes  
De Romains que la guerre enrichit de nos pertes.  
Des biens des nations ravisseurs altérés,  
Le bruit de nos trésors les a tous attirés:  
Ils y courent en foule; et, jaloux l'un de l'autre,  
Désertent leur pays pour inonder le nôtre.  
Moi seul je leur résiste; ou lassés, ou soumis,  
Ma funeste amitié pèse à tous mes amis:  
Chacun à ce fardeau veut dérober sa tête.  
Le grand nom de Pompée assure sa conquête:  
C'est l'effroi de l'Asie; et, loin de l'y chercher,  
C'est à Rome, mes fils, que je prétends marcher.  
Ce dessein vous surprend; et vous croyez peut-être  
Que le seul désespoir aujourd'hui le fait naître.  
J'excuse votre erreur, et, pour être approuvés,  
De semblables projets veulent être achevés.  
Ne vous figurez point que de cette contrée,  
Par d'éternels remparts Rome soit séparée.  
Je sais tous les chemins par où je dois passer;  
Et si la mort bientôt ne me vient traverser,  
Sans reculer plus loin l'effet de ma parole,  
Je vous rends dans trois mois au pied du Capitole.  
Doutez-vous que l'Euxin ne me porte en deux jours  
Aux lieux où le Danube y vient finir son cours?  
Que du Scythe avec moi l'alliance jurée

De l'Europe en ces lieux ne me livre l'entrée ?  
Recueilli dans leur port, accru de leurs soldats,  
Nous verrons notre camp grossir à chaque pas.  
Daces, Pannoniens, la fière Germanie,  
Tous n'attendent qu'un chef contre la tyrannie.  
Vous avez vu l'Espagne, et surtout les Gaulois,  
Contre ces mêmes murs qu'ils ont pris autrefois  
Exciter ma vengeance, et, jusque dans la Grèce,  
Par des ambassadeurs accuser ma paresse.  
Ils savent que, sur eux prêt à se déborder,  
Ce torrent, s'il m'entraîne, ira tout inonder,  
Et vous les verrez tous, prévenant son ravage,  
Guider dans l'Italie et suivre mon passage.

RACINE.

---

## LES PLAIDEURS

### (Acte I.)

CHICANEAU

Voici le fait. Depuis quinze ou vingt ans en ça,  
Au travers d'un mien pré certain ânon passa,  
S'y vautra, non sans faire un notable dommage,  
Dont je formai ma plainte au juge du village.  
Je fais saisir l'ânon. Un expert est nommé,  
A deux bottes de foin le dégât estimé.  
Enfin, au bout d'un an, sentence par laquelle  
Nous sommes renvoyés hors de cour. J'en appelle.  
Pendant qu'à l'audience on poursuit un arrêt,  
Remarquez bien ceci, Madame, s'il vous plaît,  
Notre ami Drolichon, qui n'est pas une bête,  
Obtient pour quelque argent un arrêt sur requête.  
Et je gagne ma cause. A cela que fait-on ?  
Mon chicaneur s'oppose à l'exécution.

Autre incident: tandis qu'au procès on travaille,  
Ma partie en mon pré laisse aller sa volaille.  
Ordonne qu'il sera fait rapport à la cour  
Du foin que peut manger une poule en un jour:  
Le tout joint au procès. Enfin, et toute chose  
Demeurant en état, on appointe la cause  
Le cinquième ou sixième avril cinquante-six.  
J'écris sur nouveaux frais. Je produis, je fournis  
De dits, de contredits, enquêtes, compulsoires,  
Rapports d'experts, transports, trois interlocutoires,  
Griefs et faits nouveaux, baux et procès-verbaux.  
J'obtiens lettres royales, et je m'inscris en faux.  
Quatorze appointements, trente exploits, six instances,  
Six-vingt productions, vingt arrêts de défenses,  
Arrêt enfin. Je perds ma cause avec dépens,  
Estimés environ cinq ou six mille francs.  
Est-ce là faire droit? est-ce là comme on juge?  
Après quinze ou vingt ans! il me reste un refuge:  
La requête civile est ouverte pour moi,  
Je ne suis pas rendu. Mais vous, comme je vois,  
Vous plaidez.

LA COMTESSE

Plût à Dieu!

CHICANEAU

J'y brûlerai mes livres.

LA COMTESSE

Je...

CHICANEAU

Deux bottes de foin cinq à six mille livres!

LA COMTESSE

Monsieur, tous mes procès allaient être finis;  
Il ne m'en restait plus que quatre ou cinq petits:

L'un contre mon mari, l'autre contre mon père,  
Et contre mes enfants. Ah! Monsieur, la misère!  
Je ne sais quel biais ils ont imaginé,  
Ni tout ce qu'ils ont fait; mais on leur a donné  
Un arrêt par lequel, moi vêtue et nourrie,  
On me défend, Monsieur, de plaider de ma vie.

CHICANEAU

De plaider?

LA COMTESSE

De plaider.

CHICANEAU

Certes le trait es noir.

J'en suis surpris.

LA COMTESSE

Monsieur, j'en suis au désespoir.

CHICANEAU

Comment! Lier les mains aux gens de votre sorte!  
Mais cette pension, madame, est-elle forte?

LA COMTESSE

Je n'en vivrais, monsieur, que trop honnêtement;  
Mais vivre sans plaider, est-ce contentement?

CHICANEAU

Des chicaneurs viendront nous manger jusqu'à l'âme,  
Et nous ne dirons mot! Mais, s'il vous plaît, madame,  
Depuis quand plaidez-vous?

LA COMTESSE

Il ne m'en souvient pas;

Depuis trente ans au plus.

CHICANEAU

Ce n'est pas trop.

LA COMTESSE

Hélas!

CHICANEAU

Et quel âge avez-vous? Vous avez bon visage.

LA COMTESSE

Hé! quelque soixante ans.

CHICANEAU

Comment! c'est le bel âge

Pour plaider.

LA COMTESSE

Laissez faire: ils ne sont pas au bout.

J'y vendrai ma chemise, et je veux rien ou tout.

RACINE.

---

## LE MISANTHROPE

(Acte II.)

CLITANDRE

Parbleu! je viens du Louvre, où Cléonte, au levé,  
Madame, a bien paru ridicule achevé.

N'a-t-il point quelque ami qui peut, sur ses manières,  
D'un charitable avis lui prêter les lumières?

CÉLIMÈNE

Dans le monde, à vrai dire, il se barbouille fort;  
Partout il porte un air qui saute aux yeux d'abord;  
Et lorsqu'on le revoit après un peu d'absence,  
On le retrouve encor plus plein d'extravagance.

ACASTE

Parbleu! s'il faut parler de gens extravagants,  
Je viens d'en essuyer un des plus fatigants;  
Damon le raisonneur, qui m'a, ne vous déplaise,  
Une heure, au grand soleil, tenu hors de ma chaise.



CÉLIMÈNE

C'est un parleur étrange, et qui trouve toujours  
L'art de ne vous rien dire avec de grands discours;  
Dans les propos qu'il tient on ne voit jamais goutte,  
Et ce n'est que du bruit que tout ce qu'on écoute.

ÉLIANTHE (*à Philinte*).

Ce début n'est pas mal et, contre le prochain,  
La conversation prend un assez bon train.

CLITANDRE

Timante encor, madame, est un bon caractère.

CÉLIMÈNE

C'est de la tête aux pieds un homme tout mystère,  
Qui vous jette, en passant, un coup d'œil égaré,  
Et, sans aucune affaire, est toujours affairé.  
Tout ce qu'il vous débite en grimaces abonde;  
A force de façons, il assomme le monde;  
Sans cesse il a tout bas, pour rompre l'entretien,  
Un secret à vous dire, et ce secret n'est rien;  
De la moindre vétille il fait une merveille,  
Et, jusques au bonjour, il dit tout à l'oreille.

ACASTE

Et Géralde, madame?

CÉLIMÈNE

O l'ennuyeux conteur!

Jamais on ne le voit sortir du grand seigneur;  
Dans le brillant commerce il se mêle sans cesse,  
Et ne cite jamais que duc, prince ou princesse.  
La qualité l'entête, et tous ses entretiens  
Ne sont que de chevaux, d'équipages, et de chiens;  
Il tutoie, en parlant, ceux du plus haut étage,  
Et le nom de monsieur est chez lui hors d'usage.

ACASTE

Que vous semble d'Adraste?

CÉLIMÈNE

Ah! quel orgueil extrême!

C'est un homme gonflé de l'amour de soi-même.  
Son mérite jamais n'est content de la cour;  
Contre elle il fait métier de pester chaque jour;  
Et l'on ne donne emploi, charge ni bénéfice,  
Qu'à tout ce qu'il se croit on ne fasse injustice.

CLITANDRE

Mais le jeune Cléon, chez qui vont aujourd'hui  
Nos plus honnêtes gens, que dites-vous de lui?

CÉLIMÈNE

Que de son cuisinier il s'est fait un mérite,  
Et que c'est à sa table à qui l'on rend visite.

ÉLIANTHE

Il prend soin d'y servir des mets fort délicats.

CÉLIMÈNE

Oui; mais je voudrais bien qu'il ne s'y servît pas:  
C'est un fort méchant plat que sa sottise personne,  
Et qui gâte, à mon goût, tous les repas qu'il donne.

PHILINTE

On fait assez de cas de son oncle Damis:  
Qu'en dites-vous madame?

CÉLIMÈNE

Il est de mes amis.

PHILINTE

Je le trouve honnête homme et d'un air assez sage.

CÉLIMÈNE

Oui; mais il veut avoir trop d'esprit, dont j'enrage.  
Il est guindé sans cesse; et, dans tous ses propos,  
On voit qu'il se travaille à dire de bons mots.

Depuis que dans la tête il s'est mis d'être habile,  
Rien ne touche son goût, tant il est difficile.  
Il veut voir des défauts à tout ce qu'on écrit,  
Et pense que louer n'est pas d'un bel esprit,  
Que c'est être savant que trouver à redire,  
Qu'il n'appartient qu'aux sots d'admirer et de rire,  
Et qu'en n'approuvant rien des ouvrages du temps,  
Il se met au-dessus de tous les autres gens.  
Aux conversations même il trouve à reprendre;  
Ce sont propos trop bas pour y daigner descendre;  
Et, les deux bras croisés, du haut de son esprit  
Il regarde en pitié tout ce que chacun dit.

ACASTE

Dieu me damme, voilà son portrait véritable.

CLITANDRE (*à Célimène*).

Pour bien peindre les gens vous êtes admirable.

ALCESTE

Allons, ferme, poussez; mes bons amis de cour;  
Vous n'en épargnez point, et chacun a son tour:  
Cependant à vos yeux aucun d'eux ne se montre,  
Qu'on ne vous voie en hâte aller à sa rencontre,  
Lui présenter la main, et d'un baiser flatteur  
Appuyer les serments d'être son serviteur.

MOLIÈRE.

---

## LE RENARD ET LA CIGOGNE

Compère le renard se mit un jour en frais  
Et retint à dîner commère la cigogne.  
Le régal fut petit et sans beaucoup d'apprêts:  
Le galant, pour toute besogne,

Avait un brouet clair; il vivait chichement.  
Ce brouet fut par lui servi sur une assiette:  
La cigogne au long bec n'en put attraper miette;  
Et le drôle eut lapé le tout en un moment.

Pour se venger de cette tromperie,  
A quelque temps de là la cigogne le prie.

Volontiers, lui dit-il; car avec mes amis

Je ne fais point cérémonie.

A l'heure dite, il courut au logis

De la cigogne son hôtesse;

Loua très fort sa politesse;

Trouva le dîner cuit à point;

Bon appétit surtout; renards n'en manquent point.

Il se réjouissait à l'odeur de la viande

Mise en menus morceaux, et qu'il croyait friande.

On servit, pour l'embarrasser,

En un vase à long col et d'étroite embouchure.

Le bec de la cigogne y pouvait bien passer;

Mais le museau du sire était d'autre mesure.

Il lui fallut à jeun retourner au logis,

Honteux comme un renard qu'une poule aurait pris,

Serrant la queue et portant bas l'oreille.

Trompeurs, c'est pour vous que j'écris:

Attendez-vous à la pareille.

LA FONTAINE.

---

## LES FRELONS ET LES MOUCHES A MIEL

A l'œuvre on connaît l'artisan.

Quelques rayons de miel sans maître se trouvèrent:

Des frelons les réclamèrent;

Des abeilles s'opposant,

Devant certaine guêpe on traduisit la cause.  
Il était malaisé de décider la chose;  
Les témoins déposaient qu'autour de ces rayons  
Des animaux ailés, bourdonnants, un peu longs,  
De couleur fort tannée, et tels que les abeilles,  
Avaient longtemps paru. Mais quoi? dans les frelons

Ces enseignes étaient pareilles.

La guêpe, ne sachant que dire à ces raisons,  
Fit enquête nouvelle, et, pour plus de lumière,

Entendit une fourmilière.

Le point n'en put être éclairci.

De grâce, à quoi bon tout ceci?

Dit une abeille fort prudente.

Depuis tantôt six mois que la cause est pendante,

Nous voici comme aux premiers jours.

Pendant cela le miel se gâte.

Il est temps désormais que le juge se hâte:

N'a-t-il point assez léché l'ours?

Sans tant de contredits, et d'interlocutoires,

Et de fatras, et de grimoires,

Travaillons, les frelons et nous:

On verra qui sait faire, avec un suc si doux,

Des cellules si bien bâties.

Le refus des frelons fit voir

Que cet art passait leur savoir;

Et la guêpe adjugea le miel à leurs parties.

Plût à Dieu qu'on réglât ainsi tous les procès!

Que des Turcs en cela l'on suivît la méthode!

Le simple sens commun nous tiendrait lieu de code:

Il ne faudrait point tant de frais;

Au lieu qu'on nous mange, on nous gruge;

On nous mine par des longueurs;  
On fait tant, à la fin, que l'huître est pour le juge,  
Les écailles pour les plaideurs.

LA FONTAINE.

---

## LES GRENOUILLES QUI DEMANDENT UN ROI

Les grenouilles, se lassant  
De l'état démocratique,  
Par leurs clameurs firent tant  
Que Jupin les soumit au pouvoir monarchique.  
Il leur tomba du ciel un roi tout pacifique:  
Ce roi fit toutefois un tel bruit en tombant  
Que la gent marécageuse,  
Gent fort sotte et fort peureuse,  
S'alla cacher sous les eaux,  
Dans les joncs, dans les roseaux,  
Dans les trous du marécage,  
Sans oser de longtemps regarder au visage  
Celui qu'elles croyaient être un géant nouveau.  
Or c'était un soliveau,  
De qui la gravité fit peur à la première  
Qui, de le voir s'aventurant,  
Osa bien quitter sa tanière.  
Elle approcha, mais en tremblant.  
Une autre la suivit, une autre en fit autant:  
Il en vint une fourmilière;  
Et leur troupe à la fin se rendit familière  
Jusqu'à sauter sur l'épaule du roi.  
Le bon sire le souffre et se tient toujours coi.  
Jupin en a bientôt la cervelle rompue:

Donnez-nous, dit ce peuple, un roi qui se remue.  
Le monarque des dieux leur envoie une grue,  
    Qui les croque, qui les tue,  
    Qui les gobe à son plaisir;  
    Et grenouilles de se plaindre,  
Et Jupin de leur dire: Eh quoi? votre désir  
    A ses lois croit-il nous astreindre?  
    Vous avez dû premièrement  
    Garder votre gouvernement;  
Mais, ne l'ayant pas fait, il vous devait suffire  
Que votre premier roi fût débonnaire et doux:  
    De celui-ci contentez-vous,  
    De peur d'en rencontrer un pire.

LA FONTAINE.

---

## ART POÉTIQUE

---

### LA POÉSIE ÉPIQUE

D'un air plus grand encor la poésie épique,  
Dans le vaste récit d'une longue action,  
Se soutient par la fable, et vit de fiction.  
Là pour nous enchanter tout est mis en usage;  
Tout prend un corps, une âme, un esprit, un visage.  
Chaque vertu devient une divinité:  
Minerve est la prudence, et Vénus la beauté.  
Ce n'est plus la vapeur qui produit le tonnerre,  
C'est Jupiter armé pour effrayer la terre;  
Un orage terrible aux yeux des matelots,  
C'est Neptune en courroux qui gourmande les flots;  
Écho n'est plus un son qui dans l'air retentisse,  
C'est une Nymphe en pleurs qui se plaint de Narcisse.

Ainsi, dans cet amas de nobles fictions,  
Le poète s'égayé en mille inventions,  
Orne, élève, embellit, agrandit toutes choses,  
Et trouve sous sa main des fleurs toujours écloses.  
Qu'Énée et ses vaisseaux, par les vents écartés,  
Soient aux bords africains d'un orage emportés:  
Ce n'est qu'une aventure ordinaire et commune,  
Qu'un coup peu surprenant des traits de la fortune.  
Mais que Junon, constante en son aversion,  
Poursuive sur les flots les restes d'Ilion;  
Qu'Éole, en sa faveur, les chassant d'Italie,  
Ouvre aux vents mutinés les prisons d'Éolie,  
Que Neptune en courroux, s'élevant sur la mer,  
D'un mot calme les flots, mette la paix dans l'air,  
Délivre les vaisseaux, des Syrtes les arrache:  
C'est là ce qui surprend, frappe, saisit, attache.  
Sans tous ces ornements le vers tombe en langueur,  
La poésie est morte ou rampe sans vigueur;  
Le poète n'est plus qu'un orateur timide,  
Qu'un froid historien d'une fable insipide.

BOILEAU.

---

## MON PORTRAIT

Je suis d'une taille médiocre, libre et bien proportionnée. J'ai le teint brun, mais assez uni; le front élevé et d'une raisonnable grandeur; les yeux noirs, petits et enfoncés; et les sourcils noirs et épais, mais bien tournés. Je serais fort empêché de dire de quelle sorte j'ai le nez fait; car il n'est ni camus, ni aquilin, ni gros, ni pointu, au moins à ce que je crois: tout ce que je sais, c'est qu'il est



plutôt grand que petit, et qu'il descend un peu trop bas. J'ai la bouche grande, et les lèvres assez rouges d'ordinaire, et ni bien ni mal taillées. J'ai les dents blanches et passablement bien rangées. On m'a dit autrefois que j'avais un peu trop de menton: je viens de me regarder dans le miroir pour savoir ce qu'il en est, et je ne sais pas trop bien qu'en juger. Pour le tour du visage, je l'ai ou carré, ou ovale, lequel des deux, il me serait fort difficile de le dire. J'ai les cheveux noirs, naturellement frisés, et avec cela assez épais et assez longs pour pouvoir prétendre en belle tête.

J'ai quelque chose de chagrin et de fier dans la mine: cela fait croire à la plupart des gens que je suis méprisant, quoique je ne le sois pas du tout. J'ai l'action fort aisée, et même un peu trop, et jusqu'à faire beaucoup de gestes en parlant. Voilà naïvement comme je pense que je suis fait au dehors, et l'on trouvera, je crois, que ce que je pense de moi là-dessus n'est pas fort éloigné de ce qui en est. J'en userai avec la même fidélité dans ce qui me reste à faire de mon portrait; car je me suis assez étudié pour me bien connaître, et je ne manquerai ni d'assurance pour dire librement ce que je puis avoir de bonnes qualités, ni de sincérité pour avouer franchement ce que j'ai de défauts.

Premièrement, pour parler de mon humeur, je suis mélancolique et je le suis à un point que depuis trois ou quatre ans, à peine m'a-t-on vu rire trois ou quatre fois. J'aurais pourtant, ce me semble, une mélancolie assez supportable et assez douce, si je n'en avais point d'autre que celle qui me vient de mon tempérament; mais il m'en vient tant d'ailleurs, et ce qui m'en vient me remplit de telle sorte l'imagination, et m'occupe si fort l'esprit, que

la plupart du temps, ou je rêve sans dire mot, ou je n'ai presque point d'attache à ce que je dis. Je suis fort resserré avec ceux que je ne connais pas, et je ne suis pas même extrêmement ouvert avec la plupart de ceux que je connais. C'est un défaut, je le sais bien, et je ne négligerai rien pour m'en corriger; mais comme un certain air sombre que j'ai dans le visage contribue à me faire paraître encore plus réservé que je ne le suis, et qu'il n'est pas en notre pouvoir de nous défaire d'un méchant air qui nous vient de la disposition naturelle des traits, je pense qu'après m'être corrigé au dedans, il ne laissera pas de me demeurer toujours de mauvaises marques au dehors.

J'ai de l'esprit, et je ne fais point difficulté de le dire; car à quoi bon façonner là-dessus? Tant biaiser et tant apporter d'adoucisement pour dire les avantages que l'on a, c'est, ce me semble, cacher un peu de vanité sous une modestie apparente, et se servir d'une manière bien adroite pour faire croire de soi beaucoup plus de bien que l'on n'en dit. Pour moi, je suis content qu'on ne me croie ni plus beau que je me fais, ni de meilleure humeur que je me dépeins, ni plus spirituel et plus raisonnable que je le suis. J'ai donc de l'esprit, encore une fois, mais de l'esprit que la mélancolie gâte; car, encore que je possède assez bien ma langue, que j'aie la mémoire heureuse, et que je ne pense pas les choses fort confusément, j'ai pourtant une si forte application à mon chagrin, que souvent j'exprime assez mal ce que je veux dire.

La conversation des honnêtes gens est un des plaisirs qui me touchent le plus. J'aime qu'elle soit sérieuse, et que la morale en fasse la plus grande partie. Cependant je sais la goûter aussi lorsqu'elle est enjouée; et si je ne

dis pas beaucoup de petites choses pour rire, ce n'est pas du moins que je ne connaisse pas ce que valent les bagatelles bien dites, et que je ne trouve fort divertissante cette manière de badiner, où il y a certains esprits prompts et aisés qui réussissent si bien. J'écris bien en prose, je fais bien en vers; et si j'étais sensible à la gloire qui vient de ce côté-là, je pense qu'avec peu de travail je pourrais m'acquérir assez de réputation.

J'ai les sentiments vertueux, les inclinations belles, et une si forte envie d'être tout à fait un honnête homme, que mes amis ne me sauraient faire un plus grand plaisir que de m'avertir sincèrement de mes défauts. Ceux qui me connaissent un peu particulièrement, et qui ont eu la bonté de me donner quelquefois des avis là-dessus savent que je les ai toujours reçus avec toute la joie imaginable et toute la soumission d'esprit que l'on saurait désirer.

J'ai toutes les passions assez douces et assez réglées...

L'ambition ne me travaille point. Je ne crains guère de choses, et ne crains aucunement la mort. Je suis peu sensible à la pitié, et je voudrais ne l'y être point du tout. Cependant il n'est rien que je ne fisse pour le soulagement d'une personne affligée; et je crois effectivement que l'on doit tout jusqu'à lui témoigner même beaucoup de compassion de son mal; car les misérables sont si sots que cela leur fait le plus grand bien du monde: mais je tiens aussi qu'il faut se contenter d'en témoigner, et se garder soigneusement d'en avoir. C'est une passion qui n'est bonne à rien au dedans d'une âme bien faite, qui ne sert qu'à affaiblir le cœur, et qu'on doit laisser au peuple, qui, n'exécutant jamais rien par raison, a besoin de passions pour le porter à faire les choses.

J'aime mes amis; et je les aime d'une façon que je ne balancerais pas un moment à sacrifier mes intérêts aux leurs. J'ai de la condescendance pour eux; je souffre patiemment leurs mauvaises humeurs: seulement je ne leur fais pas beaucoup de caresses, et je n'ai pas non plus de grandes inquiétudes en leur absence.

J'ai naturellement fort peu de curiosité pour la plus grande partie de tout ce qui en donne aux autres gens. Je suis fort secret, et j'ai moins de difficulté que personne à taire ce qu'on m'a dit en confidence. Je suis extrêmement régulier à ma parole; je n'y manque jamais, de quelque conséquence que puisse être ce que j'ai promis; et je m'en suis fait toute ma vie une loi indispensable...

... J'approuve extrêmement les belles passions; elles marquent la grandeur de l'âme: et quoique dans les inquiétudes qu'elles donnent, il y ait quelque chose de contraire à la sévère sagesse, elles s'accoutument si bien d'ailleurs avec la plus austère vertu que je crois qu'on ne les saurait condamner avec justice. Moi qui connais tout ce qu'il y a de délicat et de fort dans les grands sentiments de l'amour, si jamais je viens à aimer, ce sera assurément de cette sorte; mais de la façon dont je suis, je ne crois pas que cette connaissance que j'ai me passe jamais de l'esprit au cœur.

LA ROCHEFOUCAULD.

---

## L'ESCLAVE DE LA MODE

Iphis voit à l'église un soulier d'une nouvelle mode; il regarde le sien, et en rougit; il ne se croit plus habillé. Il était venu à la messe pour s'y montrer et il se cache: le voilà retenu par le pied dans sa chambre tout le reste du

jour. Il a la main douce, et il l'entretient avec une pâte de senteur. Il a soin de rire pour montrer ses dents; il fait la petite bouche et il n'y a guère de moments où il ne veuille sourire. Il regarde ses jambes, il se voit au miroir; l'on ne peut être plus content de personne qu'il l'est de lui-même. Il s'est acquis une voix claire et délicate, et heureusement il parle gras; il a un mouvement de tête, et je ne sais quel adoucissement dans les yeux, dont il n'oublie pas de s'embellir. Il a une démarche molle et le plus joli maintien qu'il est capable de se procurer. Il met du rouge, mais rarement, il n'en fait pas habitude: il est vrai aussi qu'il porte des chausses et un chapeau, et qu'il n'a ni boucles d'oreilles, ni collier de perles: aussi ne l'ai-je pas mis dans le chapitre des femmes.

LA BRUYÈRE.

---

## L'HOMME UNIVERSEL

Arrias a tout lu, a tout vu, il veut le persuader ainsi; c'est un homme universel, et il se donne pour tel il; aime mieux mentir que de se taire ou de paraître ignorer quelque chose. On parle à la table d'un grand d'une cour du Nord, il prend la parole et l'ôte à ceux qui allaient dire ce qu'ils en savent: il s'oriente dans cette région lointaine comme s'il en était originaire; il discourt des mœurs de cette cour, des femmes du pays, de ses lois et de ses coutumes; il récite des historiettes qui y sont arrivées; il les trouve plaisantes, et il en rit jusqu'à éclater. Quelqu'un se hasarde de le contredire, et lui prouve nettement qu'il dit des choses qui ne sont pas vraies: Arrias ne se trouble point, prend feu au contraire contre l'interrupteur. «Je

n'avance, lui dit-il, je ne raconte rien que je ne sache d'original; je l'ai appris de Séthon, ambassadeur de France dans cette cour, revenu à Paris depuis quelques jours, que je connais familièrement, que j'ai fort interrogé, et qui ne m'a caché aucune circonstance.» Il reprenait le fil de sa narration avec plus de confiance qu'il ne l'avait commencée, lorsqu'un des conviés lui dit: «C'est Séthon à qui vous parlez, lui-même, et qui arrive de son ambassade.»

LA BRUYÈRE.

---

## DIALOGUE DES MORTS

---

### PYRRHON ET SON VOISIN

LE VOISIN.—Bonjour, Pyrrhon. On dit que vous avez bien des disciples, et que votre école a une haute réputation. Voudriez-vous bien me recevoir et m'instruire?

PYRRHON.—Je le veux, ce me semble.

LE VOISIN.—Pourquoi donc ajoutez-vous: ce me semble? Est-ce que vous ne savez pas ce que vous voulez? Si vous ne le savez pas, qui le saura donc? et que savez-vous donc, vous qui passez pour un si savant homme?

PYRRHON.—Moi, je ne sais rien.

LE VOISIN.—Qu'apprend-on donc à vous écouter?

PYRRHON.—Rien, rien du tout.

LE VOISIN.—Pourquoi donc vous écoute-t-on?

PYRRHON.—Pour se convaincre de son ignorance. N'est-ce pas savoir beaucoup, que de savoir qu'on ne sait rien?

LE VOISIN.—Non, ce n'est pas savoir grand'chose. Un paysan bien grossier et bien ignorant connaît son ignorance; et il n'est pourtant ni philosophe ni habile

homme, et il connaît pourtant mieux son ignorance que vous la vôtre; car vous vous croyez au-dessus de tout le genre humain en affectant d'ignorer toutes choses. Cette ignorance affectée ne vous ôte point la présomption, au lieu que le paysan qui connaît son ignorance se défie de lui-même en toutes choses, et de bonne foi.

PYRRHON.—Le paysan ne croit ignorer que certaines choses élevées, et qui demandent de l'étude; mais il ne croit pas ignorer qu'il marche, qu'il parle, qu'il vit. Pour moi, j'ignore tout cela et par principes.

LE VOISIN.—Quoi! vous ignorez tout cela de vous? Beaux principes, de n'en admettre aucun!

PYRRHON.—Oui! j'ignore si je vis, si je suis: en un mot j'ignore toutes choses sans exception.

LE VOISIN.—Mais ignorez-vous que vous pensez.

PYRRHON.—Oui, je l'ignore.

LE VOISIN.—Ignorer toutes choses c'est douter de toutes choses et ne trouver rien de certain; n'est-il pas vrai?

PYRRHON.—Il est vrai, si quelque chose le peut être.

LE VOISIN.—Ignorer et douter, c'est la même chose; douter et penser sont encore la même chose: donc vous ne pouvez douter sans penser. Votre doute est donc la preuve certaine que vous pensez: donc il y a quelque chose de certain, puisque votre doute même prouve la certitude de votre pensée.

PYRRHON.—J'ignore même mon ignorance. Vous voilà bien attrapé.

LE VOISIN.—Si vous ignorez votre ignorance, pourquoi en parlez-vous? pourquoi la défendez-vous? pourquoi voulez-vous la persuader à vos disciples, et les détromper de tout ce qu'ils ont jamais cru? Si vous ignorez jusqu'à votre ignorance, il n'en faut plus donner des

leçons, ni mépriser ceux qui croient savoir la vérité.

PYRRHON.—Toute la vie n'est peut-être qu'un songe continuel. Peut-être que le moment de la mort sera un réveil soudain, où l'on découvrira l'illusion de tout ce que l'on a cru de plus réel, comme un homme qui s'éveille voit disparaître tous les fantômes qu'il croyait voir et toucher pendant ses songes.

LE VOISIN.—Vous craignez donc de dormir et de rêver les yeux ouverts? Vous dites de toutes choses: Peut-être; mais ce peut-être que vous dites est une pensée. Votre songe, tout faux qu'il est, est pourtant le songe d'un homme qui rêve. Tout au moins il est sûr que vous rêvez; car il faut être quelque chose et quelque chose de pensant pour avoir des songes. Le néant ne peut ni dormir, ni rêver, ni se tromper, ni ignorer, ni douter, ni dire: Peut-être. Vous voilà donc malgré vous condamné à savoir quelque chose, qui est votre rêverie, et à être tout au moins un être rêveur et pensant.

PYRRHON.—Cette subtilité m'embarrasse. Je ne veux point d'un disciple si subtil et si incommode dans mon école.

LE VOISIN.—Vous voulez donc, et vous ne voulez pas? En vérité, tout ce que vous dites et tout ce que vous faites dément votre doute affecté: votre secte est une secte de menteurs. Si vous ne voulez point de moi pour disciple, je veux encore moins de vous pour maître.

FÉNELON.



## ORAISON FUNÈBRE

DE HENRIETTE-ANNE D'ANGLETERRE

... Mais en priant pour son âme, chrétiens, songeons à nous-mêmes. Qu'attendons-nous pour nous convertir? Et quelle dureté est semblable à la nôtre, si un accident si étrange, qui devrait nous pénétrer jusqu'au fond de l'âme, ne fait que nous étourdir pour quelques moments? Attendons-nous que Dieu ressuscite des morts pour nous instruire? Il n'est point nécessaire que les morts reviennent, ni que quelqu'un sorte du tombeau: ce qui entre aujourd'hui dans le tombeau doit suffire pour nous convertir. Car si nous savons nous connaître, nous confesserons, chrétiens, que les vérités de l'éternité sont assez bien établies; nous n'avons rien que de faible à leur opposer; c'est par passion, et non par raison, que nous osons les combattre. Si quelque chose les empêche de régner sur nous, ces saintes et salutaires vérités, c'est que le monde nous occupe; c'est que les sens nous enchantent; c'est que le présent nous entraîne. Faut-il un autre spectacle pour nous détromper, et des sens, et du présent, et du monde? La Providence divine pouvait-elle nous mettre en vue, ni de plus près, ni plus fortement, la vanité des choses humaines? et si nos cœurs s'endurcissent après un avertissement si sensible, que lui reste-t-il autre chose que de nous frapper nous-mêmes sans miséricorde? Prévenons un coup si funeste; et n'attendons pas toujours des miracles de la grâce. Il n'est rien de plus odieux à la souveraine puissance que de la vouloir forcer par des exemples, et de lui faire une loi de ses grâces et de ses faveurs. Qu'y a-t-il donc,

chrétiens, qui puisse nous empêcher de recevoir, sans différer, ses inspirations? Quoi! le charme de sentir est-il si fort que nous ne puissions rien prévoir? Les adorateurs des grandeurs humaines seront-ils satisfaits de leur fortune, quand ils verront que dans un moment leur gloire passera à leur nom, leurs titres à leurs tombeaux, leurs biens à des ingrats et leurs dignités peut-être à leurs envieux? Que si nous sommes assurés qu'il viendra un dernier jour où la mort nous forcera de confesser toutes nos erreurs, pourquoi ne pas mépriser par raison ce qu'il faudra un jour mépriser par force? et quel est notre aveuglement, si toujours avançant vers notre fin, et plutôt mourants que vivants, nous attendons les derniers soupirs pour prendre les sentiments que la seule pensée de la mort nous devrait inspirer à tous les moments de notre vie? Commencez aujourd'hui à mépriser les faveurs du monde; et toutes les fois que vous serez dans ces lieux augustes, dans ces superbes palais à qui Madame donnait un éclat que vos yeux recherchent encore; toutes les fois que, regardant cette grande place qu'elle remplissaient si bien, vous sentirez qu'elle y manque; songez que cette gloire que vous admiriez faisait son péril en cette vie, et que dans l'autre elle est devenue le sujet d'un examen rigoureux, où rien n'a été capable de la rassurer que cette sincère résignation qu'elle a eue aux ordres de Dieu et les saintes humiliations de la pénitence.

BOSSUET.

## SERMON DE PETIT CARÊME

(AU ROI)

Sire, c'est le choix de la nation qui mit d'abord le sceptre entre les mains de vos ancêtres; c'est elle qui les éleva sur le bouclier militaire et les proclama souverains. Le royaume devint ensuite l'héritage de leurs successeurs; mais ils le durent originairement au consentement libre des sujets. Leur naissance seule les mit ensuite en possession du trône; mais ce furent des suffrages publics qui attachèrent d'abord ce droit et cette prérogative à leur naissance. En un mot, comme la première source de leur autorité vient de nous, les rois n'en doivent faire usage que pour nous... Ce n'est donc pas le souverain, c'est la loi, sire, qui doit régner sur les peuples: vous n'en êtes que le ministre et le premier dépositaire; c'est elle qui doit régler l'usage de l'autorité, et c'est par elle que l'autorité n'est plus un joug pour les sujets, mais une règle qui les conduit, un secours qui les protège, une vigilance paternelle qui ne s'assure leur soumission que parce qu'elle s'assure leur tendresse. Les hommes croient être libres quand ils ne sont gouvernés que par les lois; leur soumission fait alors tout leur bonheur, parce qu'elle fait toute leur tranquillité et toute leur confiance. Les passions, les volontés injustes, les désirs excessifs et ambitieux que les princes mêlent à l'autorité, loin de l'étendre, l'affaiblissent; ils deviennent moins puissants dès qu'ils veulent l'être plus que les lois; ils perdent en croyant gagner; tout ce qui rend l'autorité injuste et odieuse l'énerve et la diminue.

MASSILLON.

## MÉMOIRES

### PORTRAIT DU CARDINAL DUBOIS

L'abbé Dubois était un petit homme maigre, effilé, chafouin, à perruque blonde, à mine de fouine, à physionomie d'esprit, qui était en plein ce qu'un mauvais français appelle un *sacre*, mais qui ne se peut guère exprimer autrement. L'avarice, l'ambition étaient ses dieux; la perfidie, la flatterie, les servages, ses moyens; l'impiété parfaite, son repos; et l'opinion que la probité et l'honnêteté sont des chimères dont on se pare, et qui n'ont de réalité dans personne, son principe, en conséquence duquel tous moyens lui étaient bons. Il excellait en basses intrigues, il en vivait, il ne pouvait s'en passer, mais toujours avec un but où toutes ses démarches tendaient, avec une patience qui n'avait de terme que le succès ou la démonstration réitérée de n'y pouvoir arriver, à moins que, cheminant ainsi dans la profondeur et les ténèbres, il ne vît jour à mieux en ouvrant un autre boyau. Il passait ainsi sa vie dans les sapes. Le mensonge le plus hardi lui était tourné en nature, avec un air simple, droit, sincère, souvent honteux. Il aurait parlé avec grâce et facilité, si, dans le dessein de pénétrer les autres en parlant, la crainte de s'avancer plus qu'il ne voulait, ne l'avait accoutumé à un bégaiement factice qui le déparait, et qui, redoublé quand il fut arrivé à se mêler des choses importantes, devint insupportable, et quelquefois inintelligible. Sans ses contours et le peu de naturel qui perçait malgré ses soins, sa conversation aurait été aimable. Il avait de l'esprit, assez de lettres, d'histoire et de lecture, beaucoup de monde, force

envie de plaire et de s'insinuer, mais tout cela gâté par une fumée de fausseté qui sortait malgré lui de tous ses pores et jusque de sa gaieté, qui attristait par là. Méchant d'ailleurs avec réflexion et par nature, et par raisonnement traître et ingrat, maître expert aux compositions des plus grandes noirceurs, effronté à faire peur étant pris sur le fait; désirant tout, enviant tout, et voulant toutes les dépouilles. On connut après, dès qu'il osa ne plus se contraindre, à quel point il était intéressé, inconséquent, ignorant en toute affaire, passionné toujours, emporté, blasphémateur et fou, et jusqu'à quel point il méprisa publiquement son maître et l'État, le monde sans exception et les affaires, pour les sacrifier à soi tous et toutes, à son crédit, à sa puissance, à son autorité absolue, à sa grandeur, à son avarice, à ses frayeurs, à ses vengeances. Tel fut le sage à qui Monsieur confia les mœurs de son fils unique à former, par le conseil de deux hommes qui ne les avaient pas meilleures et qui en avaient bien fait leurs preuves.

SAINT-SIMON.

---

## LETTRE DE MADAME DE SÉVIGNÉ

À SA FILLE, MADAME DE GRIGNAN, SUR LA MORT DE VATEL

26 avril 1671.

Je vous écrivis vendredi qu'il (Vatel) s'était poignardé: voici l'affaire en détail. Le roi arriva jeudi au soir; la chasse, les lanternes, le clair de la lune, la promenade, la collation dans un lieu tapissé de jonquilles, tout cela fut à souhait. On soupa; il y eut quelques tables où le rôti manqua, à cause de plusieurs dîners où l'on ne s'était

point attendu. Cela saisit Vatel; il dit plusieurs fois: «Je suis perdu d'honneur; voici un affront que je ne supporterai pas.» Il dit à Gourville: «La tête me tourne: il y a douze nuits que je n'ai dormi; aidez-moi à donner des ordres.» Gourville le soulagea en ce qu'il put. Le rôti qui avait manqué, non pas à la table du Roi, mais aux vingt-cinquièmes, lui revenait toujours à la tête. Gourville le dit à M. le Prince. M. le Prince alla jusque dans sa chambre, et lui dit: «Vatel, tout va bien, rien n'était si beau que le souper du Roi.» Il répondit: «Monseigneur, votre bonté m'achève, je sais que le rôti a manqué à deux tables.—Point du tout, dit M. le Prince, ne vous fâchez point, tout va bien.» La nuit vient: le feu d'artifice ne réussit pas, il fut couvert d'un nuage: il coûtait seize mille francs. A quatre heures du matin, Vatel s'en va partout, il trouve tout endormi, il rencontre un petit pourvoyeur, qui lui apportait seulement deux charges de marée; il lui demanda: «Est-ce là tout?» Il lui dit: «Oui, monsieur.» Il ne savait pas que Vatel avait envoyé à tous les ports de mer. Il attend quelque temps; les autres pourvoyeurs ne viennent point. Sa tête s'échauffait, il crut qu'il n'aurait point d'autre marée. Il trouve Gourville, et lui dit: «Monsieur, je ne survivrai point à cet affront-ci; j'ai de l'honneur et de la réputation à perdre.» Gourville se moqua de lui. Vatel monte à sa chambre, met son épée contre la porte, et se la passe au travers du cœur, mais ce ne fut qu'au troisième coup, car il s'en donna deux qui n'étaient point mortels: il tombemort. La marée cependant arrive de tous côtés; on cherche Vatel pour la distribuer; on va à sa chambre, on heurte, on enfonce la porte, on le trouve noyé dans son sang; on court à M. le Prince, qui fut au désespoir, M. le Duc pleura: c'était sur

Vatel que roulait tout son voyage de Bourgogne. M. le Prince le dit au Roi fort tristement: on dit que c'était à force d'avoir de l'honneur à sa manière. On le loua fort; on loua et blâma son courage. Le Roi dit qu'il y avait cinq ans qu'il retardait de venir à Chantilly, parce qu'il comprenait l'excès de cet embarras. Il dit à M. le Prince qu'il ne devait avoir que deux tables, et ne point se charger de tout le reste. Il jura qu'il ne souffrirait plus que M. le Prince en usât ainsi; mais c'était trop tard pour le pauvre Vatel.

---

## LETTRE DE MADAME DE MAINTENON

AU COMTE D'AUBIGNÉ

On n'est malheureux que par sa faute. Ce sera toujours mon texte et ma réponse à vos lamentations. Songez, mon cher frère, au voyage d'Amérique, aux malheurs de notre enfance, à ceux de notre jeunesse, et vous bénirez la Providence, au lieu de murmurer contre la fortune. Il y a dix ans que nous étions bien éloignés l'un et l'autre du point où nous sommes aujourd'hui. Nos espérances étaient si peu de chose, que nous bornions nos vues à trois mille livres de rente. Nous en avons à présent quatre fois plus, et nos souhaits ne seraient pas encore remplis! Nous jouissons de cette heureuse médiocrité que vous vantiez si fort. Soyez content. Si les biens nous viennent, recevons-les de la main de Dieu; mais n'ayons pas des vues trop vastes. Nous avons le nécessaire et le commode; tout le reste n'est que cupidité. Tous ces désirs de grandeur partent du vide d'un cœur inquiet. Toutes vos dettes sont payées; vous pouvez vivre délicieusement, sans en faire de nouvelles. Que désirez-vous

de plus? Faut-il que des projets de richesse et d'ambition vous coûtent la perte de votre repos et de votre santé? Lisez la vie de saint Louis, vous verrez combien les grandeurs de ce monde sont au-dessous des désirs du cœur de l'homme. Il n'y a que Dieu qui puisse le rassasier. Je vous le répète, vous n'êtes malheureux que par votre faute. Vos inquiétudes détruisent votre santé, que vous devriez conserver, quand ce ne serait que parce que je vous aime. Travaillez sur votre humeur: si vous pouvez la rendre moins bilieuse et moins sombre, ce sera un grand point de gagné. Ce n'est point l'ouvrage des réflexions seules: il y faut de l'exercice, de la dissipation, une vie unie et réglée. Vous ne penserez pas bien, tant que vous vous porterez mal; dès que le corps est dans l'abattement, l'âme est sans vigueur. Adieu, écrivez-moi plus souvent, et sur un ton moins lugubre.

---

## DISCOURS SUR LA MODÉRATION

...O vous qui ramenez dans les murs de Paris  
Tous les excès honteux des mœurs de Sybaris,  
Qui, plongés dans le luxe, énervés de mollesse,  
Nourrissez dans votre âme une éternelle ivresse,  
Apprenez, insensés, qui cherchez le plaisir,  
Et l'art de le connaître, et celui d'en jouir:  
Les plaisirs sont des fleurs que notre divin maître  
Dans les ronces du monde autour de nous fait naître.  
Chacune a sa saison, et par des soins prudents  
On peut en conserver pour l'hiver de ses ans.  
Mais, s'il faut les cueillir, c'est d'une main légère;  
On flétrit aisément leur beauté passagère.



N'offrez pas à vos sens, de mollesse accablés,  
Tous les parfums de Flore à la fois exhalés:  
Il ne faut pas tout voir, tout sentir, tout entendre;  
Quittons les voluptés pour pouvoir les reprendre.  
De l'uniformité l'importune langueur  
Glace un cœur émoussé par l'excès du bonheur.  
Ah! pour se voir toujours sans jamais se déplaire,  
Il faut un cœur plus noble, une âme moins vulgaire,  
Un esprit vrai, sensé, fécond, ingénieux,  
Sans humeur, sans caprice et surtout vertueux:  
Pour les cœurs corrompus l'amitié n'est point faite.  
O divine amitié, félicité parfaite!  
Seul mouvement de l'âme où l'excès soit permis,  
Change en biens tous les maux où le ciel m'a soumis.  
Compagne de mes pas dans toutes mes demeures,  
Dans toutes les saisons et dans toutes les heures,  
Sans toi tout homme est seul; il peut, par ton appui,  
Multiplier son être et vivre dans autrui.  
Idole d'un cœur juste et passion du sage,  
Amitié! que ton nom couronne cet ouvrage!  
Qu'il préside à mes vers, comme il règne en mon cœur:  
Tu m'appris à connaître, à chanter le bonheur.

VOLTAIRE.

---

## ZADIG

---

### LE CORRIDOR DE LA TENTATION

Zadig ne fut pas longtemps dans l'île de Serendib sans y être regardé comme un homme extraordinaire. Il devint l'arbitre de tous les différends entre les négociants, l'ami des sages, le conseil du petit nombre de gens qui prennent conseil. Le roi voulut le voir et l'en-

tendre: il connut bientôt tout ce que valait Zadig; il eut confiance en sa sagesse et en fit son ami.

Ce bon prince était toujours loué, trompé et volé: c'était à qui pillerait ses trésors. Le receveur général de l'île de Serendib donnait toujours cet exemple, fidèlement suivi par les autres. Le roi le savait, il avait changé de trésorier plusieurs fois; mais il n'avait pu changer la mode établie de partager les revenus du roi en deux parties inégales, dont la plus petite revenait toujours à Sa Majesté, et la plus grosse aux administrateurs.

Le roi Nabussan confia sa peine au sage Zadig. «Vous qui savez tant de belles choses, lui dit-il, ne sauriez-vous point le moyen de me faire trouver un trésorier qui ne me vole point?—Assurément, répondit Zadig; je sais une façon infaillible de vous donner un homme qui ait les mains nettes.» Le roi, charmé, lui demanda, en l'embrassant, comment il fallait s'y prendre. «Il n'y a, dit Zadig, qu'à faire danser tous ceux qui se présenteront pour la dignité de trésorier, et celui qui dansera avec le plus de légèreté sera infailliblement le plus honnête homme.—Vous vous moquez, dit le roi; voilà une plaisante façon de choisir un receveur de mes finances! Quoi! Vous prétendez que celui qui fera le mieux un entrechat sera le financier le plus intègre et le plus habile!—Je ne vous réponds pas qu'il sera le plus habile, repartit Zadig, mais je vous assure que ce sera indubitablement le plus honnête homme.»

Zadig parlait avec tant de confiance que le roi crut qu'il avait quelque secret surnaturel pour connaître le financier. «Si Votre Majesté veut me laisser faire l'épreuve que je lui propose, elle sera bien convaincue que mon secret est la chose la plus simple et la plus aisée.» Nabus-

san, roi de Serendib, fut bien plus étonné d'entendre que ce secret était simple, que si on le lui avait donné pour un miracle: «Or bien, dit-il, faites comme vous l'entendrez.—Laissez-moi faire, dit Zadig, vous gagnerez à cette épreuve plus que vous ne pensez.»

Le jour même, il fit publier, au nom du roi, que tous ceux qui prétendaient à l'emploi de haut receveur des deniers de Sa gracieuse Majesté Nabussan, fils de Nussanab, eussent à se rendre en habits de soie légère, le premier de la lune du Crocodile, dans l'antichambre du roi.

Ils s'y rendirent au nombre de soixante-quatre. On avait fait venir des violons dans un salon voisin: tout était préparé pour le bal; mais la porte de ce salon était fermée, et il fallait, pour y entrer, passer par une petite galerie assez obscure. Un huissier vint chercher et introduire chaque candidat, l'un après l'autre, par ce passage, dans lequel on le laissait seul quelques minutes. Le roi, qui avait le mot, avait étalé tous ses trésors dans cette galerie.

Lorsque tous les prétendants furent arrivés dans le salon, Sa Majesté ordonna qu'on les fît danser. Jamais on ne dansa plus pesamment et avec moins de grâce; ils avaient tous la tête baissée, les reins courbés, les mains collées à leurs côtés. «Quels fripons!» disait tout bas Zadig. Un seul d'entre eux formait des pas avec agilité, la tête haute, le regard assuré, les bras étendus, le corps droit, le jarret ferme. «Ah! l'honnête homme, le brave homme!» disait Zadig. Le roi embrassa ce bon danseur, le déclara trésorier, et tous les autres furent punis et taxés avec la plus grande justice du monde: car chacun, dans le temps qu'il avait été dans la galerie, avait rempli ses poches, et pouvait à peine marcher. Le roi fut fâché,

pour la nature humaine, que de ces soixante et quatre danseurs, il y eut soixante et trois filous. La galerie obscure fut appelée *le Corridor de la Tentation*.

VOLTAIRE.

---

## ÉMILE

---

### IL FAUT APPRENDRE UN MÉTIER MANUEL

De toutes les occupations qui peuvent fournir la subsistance à l'homme, celle qui le rapproche le plus de l'état de nature est le travail des mains: de toutes les conditions, la plus indépendante de la fortune et des hommes est celle de l'artisan. L'artisan ne dépend que de son travail; il est libre, aussi libre que le laboureur est esclave, car celui-ci tient à son champ, dont la récolte est à la discrétion d'autrui. L'ennemi, le prince, un voisin puissant, un procès, lui peut enlever ce champ; par ce champ on peut le vexer en mille manières: mais partout où l'on veut vexer l'artisan, son bagage est bientôt fait; il emporte ses bras et s'en va. Toutefois l'agriculture est le premier métier de l'homme: c'est le plus honnête, le plus utile, et par conséquent le plus noble qu'il puisse exercer. Je ne dis pas à Émile: apprends l'agriculture; il la sait. Tous les travaux rustiques lui sont familiers; c'est par eux qu'il a commencé, c'est à eux qu'il revient sans cesse. Je lui dis donc: Cultive l'héritage de tes pères. Mais si tu perds cet héritage ou si tu n'en as point, que faire? Apprends un métier.

Un métier à mon fils! mon fils artisan! Monsieur, y pensez-vous! J'y pense mieux que vous, Madame, qui voulez le réduire à ne pouvoir jamais être qu'un lord, un marquis, un prince, et peut-être un jour moins que rien:

moi, je veux lui donner un rang qu'il ne puisse perdre, un rang qui l'honore dans tous les temps; je veux l'élever à l'état d'homme; et, quoi que vous en puissiez dire, il aura moins d'égaux à ce titre qu'à tous ceux qu'il tiendra de vous.

La lettre tue, et l'esprit vivifie. Il s'agit moins d'apprendre un métier pour savoir un métier, que pour vaincre les préjugés qui le méprisent. Vous ne serez jamais réduit à travailler pour vivre. Eh! tant pis, tant pis pour vous. Mais n'importe; ne travaillez point par nécessité, travaillez par gloire. Abaissez-vous à l'état d'artisan pour être au-dessus du vôtre. Pour vous soumettre la fortune et les choses, commencez par vous en rendre indépendant. Pour régner par l'opinion, commencez par régner sur elle.

Souvenez-vous que ce n'est point un talent que je vous demande: c'est un métier, un vrai métier; un art purement mécanique, où les mains travaillent plus que la tête et qui ne mène point à la fortune, mais avec lequel on peut s'en passer. Dans des maisons fort au-dessus du danger de manquer de pain, j'ai vu des pères pousser la prévoyance jusqu'à joindre au soin d'instruire leurs enfants celui de les pourvoir de connaissances dont, à tout événement, ils pussent tirer parti pour vivre. Ces pères prévoyants croient beaucoup faire; ils ne font rien, parce que les ressources qu'ils pensent ménager à leurs enfants dépendent de cette même fortune au-dessus de laquelle ils les veulent mettre. En sorte qu'avec tous ces beaux talents, si celui qui les a ne se trouve dans des circonstances favorables pour en faire usage, il périra de misère comme s'il n'en avait aucun.

ROUSSEAU.

## PARADOXE SUR LE COMÉDIEN

### LES DEUX FRÈRES

Un littérateur, dont je tairai le nom, était tombé dans l'extrême indigence. Il avait un frère, théologal et riche. Je demandai à l'indigent pourquoi son frère ne le secourait pas. «C'est, me répondit-il, que j'ai de grands torts avec lui.» J'obtins de celui-ci la permission d'aller voir M. le théologal. J'y vais. On m'annonce; j'entre. Je dis au théologal que je vais lui parler de son frère. Il me prend brusquement par la main, me fait asseoir, et m'observe qu'il est d'un homme sensé de connaître celui dont il se charge de plaider la cause; puis m'apostrophant avec force: «Connaissez-vous mon frère?—Je le crois.—Êtes-vous instruit de ses procédés à mon égard?—Je le crois.—Vous le croyez? Vous savez donc?...» Et voilà mon théologal qui me débite, avec une rapidité et une véhémence surprenante, une suite d'actions plus atroces, plus révoltantes les unes que les autres. Ma tête s'embarrasse, je me sens accablé; je perds le courage de défendre un aussi abominable monstre que celui qu'on me dépeignait. Heureusement mon théologal, un peu prolix dans sa philippique me laissa le temps de me remettre; peu à peu l'homme sensible se retira, et fit place à l'homme éloquent; car j'oserai dire que je le fus dans l'occasion. «Monsieur, dis-je froidement au théologal, votre frère a fait pis, et je vous loue de me celer le plus criant de ses forfaits.—Je ne cèle rien.—Vous auriez pu ajouter, à tout ce que vous m'avez dit, qu'une nuit, comme vous sortiez de chez vous

pour aller à matines, il vous avait saisi à la gorge, et que, tirant un couteau qu'il tenait caché sous son habit, il avait été sur le point de vous l'enfoncer dans le sein.—Il en est bien capable; mais si je ne l'en ai pas accusé, c'est que cela n'est pas vrai...»—Et moi me levant subitement et attachant sur mon théologal un regard ferme et sévère, je m'écriai d'une voix tonnante, avec toute la véhémence et l'emphase de l'indignation: «Et quand cela serait vrai, est-ce qu'il ne faudrait pas encore donner du pain à votre frère?» Le théologal, écrasé, terrassé, confondu, reste muet, se promène, revient à moi, et m'accorde une pension annuelle pour son frère.

DIDEROT.

---

## ÉLÉGIE

Aujourd'hui qu'au tombeau je suis prêt à descendre,  
Mes amis, dans vos mains je dépose ma cendre.  
Je ne veux point, couvert d'un funèbre linceul,  
Que les pontifes saints autour de mon cercueil,  
Appelés aux accents de l'airain lent et sombre,  
De leur chant lamentable accompagnent mon ombre  
Et sous des murs sacrés aillent ensevelir  
Ma vie et ma dépouille, et tout mon souvenir.  
Eh! qui peut sans horreur, à ses heures dernières,  
Se voir au loin périr dans des mémoires chères?  
L'espoir que des amis pleureront notre sort  
Charme l'instant suprême et console la mort.  
Vous-mêmes choisirez à mes jeunes reliques  
Quelque bord fréquenté des pénates rustiques,  
Des regards d'un beau ciel doucement animé,

Des fleurs et de l'ombrage, et tout ce que j'aimai.  
C'est là, près d'une eau pure, au coin d'un bois tranquille,  
Qu'à mes mânes éteints je demande un asile,  
Afin que votre ami soit présent à vos yeux,  
Afin qu'au voyageur amené dans ces lieux,  
La pierre, par vos mains de ma fortune instruite,  
Raconte en ce tombeau quel malheureux habite;  
Quels maux ont abrégé ses rapides instants;  
Qu'il fut bon, qu'il aima, qu'il dut vivre longtemps.  
Ah! le meurtre jamais n'a souillé mon courage;  
Ma bouche du mensonge ignora le langage;  
Et jamais, prodiguant un serment faux et vain,  
Ne trahit le secret recélé dans mon sein.  
Nul forfait odieux, nul remords implacable  
Ne déchire mon âme inquiète et coupable.  
Vos regrets la verront pure et digne de pleurs;  
Oui, vous plaindrez sans doute, en mes longues douleurs,  
Et ce brillant midi qu'annonçait mon aurore,  
Et ces fruits dans leur germe éteints avant d'éclorre,  
Que mes naissantes fleurs auront en vain promis.  
Oui, je vais vivre encore au sein de mes amis.  
Souvent à vos festins qu'égaya ma jeunesse,  
Au milieu des éclats d'une vive allégresse.  
Frappés d'un souvenir, hélas! amer et doux,  
Sans doute vous direz: «Que n'est-il avec nous!»  
Je meurs. Avant le soir j'ai fini ma journée.  
A peine ouverte au jour, ma rose s'est fanée.  
La vie eut bien pour moi de volages douceurs:  
Je les goûtais à peine, et voilà que je meurs!

ANDRÉ CHÉNIER.



## LE MALADE

«Eh bien! mon fils, es-tu toujours impitoyable?  
Ton funeste silence est-il inexorable?  
Enfant, tu veux mourir? Tu veux, dans ses vieux ans,  
Laisser ta mère seule avec ses cheveux blancs?  
Tu veux que ce soit moi qui ferme ta paupière?  
Que j'unisse ta cendre à celle de ton père?  
C'est toi qui me devais ces soins religieux,  
Et ma tombe attendait tes pleurs et tes adieux.  
Parle, parle, mon fils, quel chagrin te consume?  
Les maux qu'on dissimule en ont plus d'amertume.  
Ne lèveras-tu point ces yeux appesantis?»

—Ma mère, adieu; je meurs, et tu n'as plus de fils.  
Non, tu n'as plus de fils, ma mère bien-aimée.  
Je te perds. Une plaie ardente, envenimée,  
Me ronge; avec effort je respire, et je crois  
Chaque fois respirer pour la dernière fois.  
Je ne parlerai pas. Adieu... Ce lit me blesse,  
Ce tapis qui me couvre accable ma faiblesse;  
Tout me pèse et me lasse. Aide-moi, je me meurs.  
Tourne-moi sur le flanc. Ah! j'expire! ô douleurs!

«Tiens, mon unique enfant, mon fils, prends ce breuvage;  
Sa chaleur te rendra ta force et ton courage.  
La mauve, le dictame ont, avec les pavots,  
Mêlé leurs sucs puissants qui donnent le repos:  
Sur le vase bouillant, attendrie à mes larmes,  
Une Thessalienne a composé des charmes.  
Ton corps débile a vu trois retours du soleil  
Sans connaître Cérès, ni tes yeux le sommeil.  
Prends, mon fils, laisse-toi fléchir à ma prière;

C'est ta mère, ta vieille inconsolable mère  
Qui pleure; qui jadis te guidais pas à pas,  
T'asseyait sur son sein, te portait dans ses bras,  
Que tu disais aimer, qui t'apprit à le dire;  
Qui chantait, et souvent te forçait à sourire  
Lorsque tes jeunes dents, par de vives douleurs,  
De tes yeux enfantins faisaient couler des pleurs.  
Tiens, presse de ta lèvre, hélas! pâle et glacée,  
Par qui cette mamelle était jadis pressée...  
Que ce suc te nourrisse et vienne à ton secours.  
Comme autrefois mon lait nourrit tes premier jours.»

ANDRÉ CHÉNIER.

---

## LE MARIAGE DE FIGARO

... Las de nourrir un obscur pensionnaire, on me met un jour dans la rue, et comme il faut dîner, quoiqu'on ne soit plus en prison, je taille encore ma plume et demande à chacun de quoi il est question: on me dit que pendant ma retraite économique, il s'est établi dans Madrid un système de liberté sur la vente des productions, qui s'étend même à celles de la presse; et que, pourvu que je ne parle en mes écrits, ni de l'autorité, ni du culte, ni de la politique, ni de la morale, ni des gens en place, ni des corps en crédit, ni de l'Opéra, ni des autres spectacles, ni de personne qui tienne à quelque chose, je puis tout imprimer librement, sous l'inspection de deux ou trois censeurs. Pour profiter de cette douce liberté, j'annonce un écrit périodique, et croyant n'aller sur les brisées d'aucun autre, je le nomme *Journal inutile*. Pou-ou! je vois s'élever contre moi mille pauvres diables à la feuil

le; on me supprime; et me voilà derechef sans emploi!— Le désespoir m'allait saisir; on pense à moi pour une place, mais par malheur j'y étais propre: il fallait un calculateur, ce fut un danseur qui l'obtint. Il ne me restait plus qu'à voler; je me fais banquier de pharaon: alors, bonnes gens! je soupe en ville, et les personnes dites *comme il faut* m'ouvrent poliment leur maison, en retenant pour elles les trois quarts du profit. J'aurais bien pu me remonter; je commençais même à comprendre que pour gagner du bien, le savoir-faire vaut mieux que le savoir. Mais comme chacun pillait autour de moi, en exigeant que je fusse honnête, il fallut bien périr encore. Pour le coup, je quittai le monde; et vingt brasses d'eau m'en allaient séparer, lorsqu'un dieu bienfaisant m'appelle à mon premier état. Je reprends ma trousse et mon cuir anglais: puis, laissant la fumée aux sots qui s'en nourrissent, et la honte au milieu du chemin, comme trop lourde à un piéton, je vais rasant de ville en ville, et je vis enfin sans souci.

BEAUMARCHAIS.

---

## L'ESPRIT DES LOIS

---

### Chapitre premier.

DES LOIS, DANS LE RAPPORT QU'ELLES ONT  
AVEC LES DIVERS ÊTRES

Les lois, dans la signification la plus étendue, sont les rapports nécessaires qui dérivent de la nature des choses: et dans ce sens tous les êtres ont leurs lois; la Divinité a ses lois: le monde matériel a ses lois; les intelligences su-

périeures à l'homme ont leurs lois; les bêtes ont leurs lois; l'homme a ses lois.

Ceux qui ont dit qu'*une fatalité aveugle a produit tous les effets que nous voyons dans le monde*, ont dit une grande absurdité: car quelle plus grande absurdité qu'une fatalité aveugle, qui aurait produit des êtres intelligents?

Il y a donc une raison primitive; et les lois sont les rapports qui se trouvent entre elle et les différents êtres, et les rapports de ces divers êtres entre eux.

Dieu a du rapport avec l'univers comme créateur et comme conservateur; les lois selon lesquelles il a créé sont celles selon lesquelles il conserve. Il agit selon ces règles, parce qu'il les connaît; il les connaît, parce qu'il les a faites; il les a faites, parce qu'elles ont du rapport avec sa sagesse et sa puissance.

Comme nous voyons que le monde, formé par le mouvement de la matière et privé d'intelligence, subsiste toujours, il faut que ses mouvements aient des lois invariables; et si l'on pouvait imaginer un autre monde que celui-ci, il aurait des règles constantes, ou il serait détruit.

Ainsi la création, qui paraît être un acte arbitraire, suppose des règles aussi invariables que la fatalité des athées. Il serait absurde de dire que le Créateur, sans ces règles, pourrait gouverner le monde, puisque le monde ne subsisterait pas sans elles.

On ne sait si les bêtes sont gouvernées par les lois générales du mouvement, ou par une notion particulière. Quoi qu'il en soit, elles n'ont point avec Dieu de rapport plus intime que le reste du monde matériel; et le sentiment ne leur sert que dans le rapport qu'elles ont entre elles, ou avec d'autres êtres particuliers ou avec elles-mêmes.

Elles ont des lois naturelles, parce qu'elles sont unies

par le sentiment; elles n'ont point de lois positives, parce qu'elles ne sont point unies par la connaissance. Elles ne suivent pourtant pas invariablement leurs lois naturelles; les plantes, en qui nous ne remarquons ni connaissance ni sentiment, les suivent mieux.

L'homme, comme être physique, est, ainsi que les autres corps, gouverné par des lois invariables; comme être intelligent, il viole sans cesse les lois que Dieu a établies, et change celles qu'il établit lui-même. Il faut qu'il se conduise; et cependant il est un être borné, il est sujet à l'ignorance et à l'erreur, comme toutes les intelligences finies; les faibles connaissances qu'il a, il les perd encore. Comme créature sensible, il devient sujet à mille passions. Un tel être pouvait à tous les instants oublier son créateur: Dieu l'a rappelé à lui par les lois de la religion; un tel être pouvait à tous les instants s'oublier lui-même: les philosophes l'ont averti par les lois de la morale; fait pour vivre dans la société, il y pouvait oublier les autres: les législateurs l'ont rendu à ses devoirs par les lois politiques et civiles.

MONTESQUIEU.

---

## LE SAUVAGE D'O-TAÏTI

Ce sauvage ingénu, dans nos murs transporté,  
Regrettait dans son cœur sa douce liberté,  
Et son île riante, et ses plaisirs faciles.  
Ébloui, mais lassé de l'éclat de nos villes,  
Souvent il s'écriait: «Rendez-moi mes forêts.»  
Un jour, dans ces jardins où Louis à grands frais  
Des quatre points du monde en un seul lieu rassemble

Ces peuples végétaux surpris de croître ensemble,  
Qui, changeant à la fois de saison et de lieu.  
Viennent tous à l'envi rendre hommage à Jussieu,  
L'Indien parcourait leurs tribus réunies,  
Quand tout à coup, parmi ces vertes colonies,  
Un arbre qu'il connut dès ses plus jeunes ans  
Frappe ses yeux: soudain avec des cris perçants  
Il s'élance, il l'embrasse, il le baigne de larmes,  
Le couvre de baisers. Mille objets pleins de charmes,  
Ces beaux champs, ce beau ciel, qui le virent heureux,  
Le fleuve qu'il fendait de ses bras vigoureux,  
La forêt dont ses traits perçaient l'hôte sauvage,  
Ces bananiers chargés et de fruits et d'ombrage,  
Et le toit paternel et les bois d'alentour,  
Ces bois qui répondaient à ses doux chants d'amour,  
Il croit les voir encore; et son âme attendrie,  
Du moins pour un instant, retrouve sa patrie.

DELILLE.

---

## HISTOIRE NATURELLE

---

### Les oiseaux.

#### L'OISEAU-MOUCHE

De tout les êtres animés, voici le plus élégant pour la forme, et le plus brillant pour les couleurs. Les pierres et les métaux polis par notre art ne sont pas comparables à ce bijou de la nature; elle l'a placé, dans l'ordre des oiseaux, au dernier degré de l'échelle de grandeur: *Maxime miranda in minimis*. Son chef-d'œuvre est le petit oiseau-mouche; elle l'a comblé de tous les dons qu'elle n'a fait que partager aux autres oiseaux: légèreté, rapi-

dité, prestesse, grâce et riche parure, tout appartient à ce petit favori. L'émeraude, le rubis, la topaze, brillent sur ses habits; il ne les souille jamais de la poussière de la terre, et, dans sa vie tout aérienne, on le voit à peine toucher le gazon par instants: il est toujours en l'air, volant de fleurs en fleurs; il a leur fraîcheur comme il a leur éclat: il vit de leur nectar, et n'habite que des climats où sans cesse elles se renouvellent.

C'est dans les contrées les plus chaudes du nouveau monde que se trouvent toutes les espèces d'oiseaux-mouches. Elles sont assez nombreuses et paraissent confinées entre les deux tropiques; car ceux qui s'avancent en été dans les zones tempérées n'y font qu'un court séjour: ils semblent suivre le soleil, s'avancer, se retirer avec lui, et voler sur l'aile des zéphyrus à la suite d'un printemps éternel.

Rien n'égale la vivacité de ces petits oiseaux, si ce n'est leur courage, ou plutôt leur audace: on les voit poursuivre avec furie des oiseaux vingt fois plus gros qu'eux, s'attacher à leur corps, et, se laissant emporter par leur vol, les becqueter à coups redoublés, jusqu'à ce qu'ils aient assouvi leur petite colère. Quelquefois même ils se livrent entre eux de très vifs combats, l'impatience paraît être leur âme: s'ils s'approchent d'une fleur et qu'ils la trouvent fanée, ils lui arrachent les pétales avec une précipitation qui marque leur dépit; ils n'ont point d'autre voix qu'un petit cri, *screp, screp*, fréquent et répété; ils le font entendre dans les bois dès l'aurore, jusqu'à ce qu'aux premiers rayons du soleil tous prennent l'essor et se dispersent dans les campagnes.

BUFFON.

## LE PERROQUET

Un gros perroquet gris, échappé de sa cage,  
Vint s'établir dans un bocage;  
Et là, prenant le ton de nos faux connaisseurs,  
Jugeant tout, blâmant tout, d'un air de suffisance  
Au chant du rossignol il trouvait des longueurs,  
Critiquait surtout sa cadence.  
Le linot, selon lui, ne savait pas chanter;  
La fauvette aurait fait quelque chose peut-être,  
Si de bonne heure il eût été son maître,  
Et qu'elle eût voulu profiter.  
Enfin aucun oiseau n'avait l'art de lui plaire;  
Et dès qu'ils commençaient leurs joyeuses chansons,  
Par des coups de sifflet répondant à leurs sons,  
Le perroquet les faisait taire.  
Lassés de tant d'affronts, tous les oiseaux du bois  
Viennent lui dire un jour: «Mais parlez donc, beau, sire;  
Vous qui sifflez toujours, faites qu'on vous admire.  
Sans doute vous avez une brillante voix.  
Daignez chanter pour nous instruire.»  
Le perroquet, dans l'embarras,  
Se gratte un peu la tête, et finit par leur dire:  
«Messieurs, je siffle bien, mais je ne chante pas.»

FLORIAN.



## PAUL ET VIRGINIE

### LA GRÂCE DE L'ESCLAVE

Le bon naturel de Paul et de Virginie se développait de jour en jour. Un dimanche, au lever de l'aurore, leurs mères étant allées à la première messe de l'église des Pamplémousses, une négresse marronne se présenta sous les bananiers qui entouraient leur habitation. Elle était décharnée comme un squelette, et n'avait pour vêtement qu'un lambeau de serpillière autour des reins. Elle se jeta aux pieds de Virginie, qui préparait le déjeuner de la famille, et lui dit: «Ma jeune demoiselle, ayez pitié d'une pauvre esclave fugitive, il y a un mois que j'erre dans ces montagnes, demi-morte de faim, souvent poursuivie par des chasseurs et par leurs chiens. Je fuis mon maître, qui est un riche habitant de la Rivière Noire; il m'a traitée comme vous le voyez.» En même temps, elle lui montra son corps sillonné de cicatrices profondes par les coups de fouet qu'elle en avait reçus. Elle ajouta: «Je voulais aller me noyer: mais, sachant que vous demeuriez ici, j'ai dit: «Puisqu'il y a encore de bons blancs dans ce pays, il ne faut pas encore mourir.» Virginie, tout émue, lui répondit: «Rassurez-vous, infortunée créature! Mangez! mangez!» Elle lui donna le déjeuner de la maison qu'elle avait apprêté. L'esclave, en peu de moments, le dévora tout entier.

Virginie, la voyant rassasiée, lui dit: «Pauvre misérable! j'ai envie d'aller demander votre grâce à votre maître; en vous voyant, il sera touché de pitié. Voulez-vous me conduire chez lui?—Ange de Dieu, repartit la négresse, je vous suivrai partout où vous voudrez.» Vir-

ginie appela son frère, et le pria de l'accompagner. L'esclave marronne les conduisit, par des sentiers au milieu des bois, à travers de hautes montagnes, qu'ils grimperent avec bien de la peine, et de larges rivières qu'ils passèrent à gué.

Enfin, vers le milieu du jour, ils arrivèrent au bas d'un morne sur les bords de la Rivière Noire. Ils aperçurent là une maison bien bâtie, des plantations considérables, et un grand nombre d'esclaves occupés à toutes sortes de travaux. Leur maître se promenait au milieu d'eux, une pipe à la bouche et un rotin à la main. C'était un grand homme sec, olivâtre, aux yeux enfoncés et aux sourcils noirs et joints. Virginie, tout émue tenant Paul par le bras, s'approcha de l'habitant, et le pria, pour l'amour de Dieu, de pardonner à son esclave, qui était à quelques pas de là, derrière eux. D'abord l'habitant ne fit pas grand compte de ces deux enfants pauvrement vêtus; mais, quand il eut entendu le doux son de la voix de Virginie, qui tremblait, ainsi que tout son corps, en lui demandant grâce, il ôta sa pipe de sa bouche, et, levant son rotin vers le ciel, il jura par un affreux serment, qu'il pardonnait à son esclave, non pas pour l'amour de Dieu, mais pour l'amour d'elle. Virginie aussitôt fit signe à l'esclave de s'avancer vers son maître; puis elle s'enfuit, et Paul courut après elle.

Ils remontèrent ensemble le revers du morne par où ils étaient descendus, et, parvenus au sommet, il s'assirent sous un arbre, accablés de lassitude, de faim et de soif. Ils avaient fait à jeun plus de cinq lieues, depuis de lever du soleil. Paul dit à Virginie: «Ma sœur, il est plus de midi: tu as faim et soif; nous ne trouverons point ici à dîner: redescendons le morne, et allons demander à manger au

maître de l'esclave.—Oh! non! mon ami, reprit Virginie il m'a fait trop peur. Souviens-toi de ce que dit quelquefois maman: Le pain du méchant remplit la bouche de gravier. — Comment ferons-nous donc? dit Paul; ces arbres ne produisent que de mauvais fruits; il n'y a pas seulement ici un tamarin ou un citron pour te rafraîchir. —Dieu aura pitié de nous, reprit Virginie; il exauce la voix des petits oiseaux, qui lui demandent de la nourriture.» A peine avait-elle dit ces mots, qu'ils entendirent le bruit, d'une source qui tombait d'un rocher voisin. Ils y coururent, et, après s'être désaltérés avec ses eaux plus claires que le cristal, ils cueillirent et mangèrent un peu de cresson qui croissait sur ses bords.

BERNARDIN DE SAINT-PIERRE.

---

## DISCOURS

### SUR LA CONTRIBUTION PATRIOTIQUE

... Mes amis, écoutez un mot, un seul mot.

Deux siècles de déprédations et de brigandages ont creusé le gouffre où le royaume est près de s'engloutir. Il faut le combler, ce gouffre effroyable! eh bien! voici la liste des propriétaires français. Choisissez parmi les plus riches afin de sacrifier moins de citoyens; mais choisissez, car ne faut-il pas qu'un petit nombre périsse pour sauver la masse du peuple?

Allons, ces deux mille notables possèdent de quoi combler le déficit. Ramenez l'ordre dans vos finances, la paix et la prospérité dans le royaume... Frappez, immolez sans pitié ces tristes victimes! précipitez-les dans l'abîme! Il va se refermer... Vous reculez d'horreur... Hommes incon-

séquents! Hommes pusillanimes! Et ne voyez-vous donc pas qu'en décrétant la banqueroute, ou, ce qui est plus audacieux encore, en la rendant inévitable sans la décréter, vous vous souillez d'un acte mille fois plus criminel, et, chose inconcevable, gratuitement criminel, car enfin cet horrible sacrifice ferait du moins disparaître le déficit. Mais croyez-vous, parce que vous n'aurez pas payé, que vous ne devrez plus rien? Croyez-vous que les milliers d'hommes qui perdront en un instant par l'explosion terrible ou par ses contre-coups tout ce qui faisait la consolation de leur vie, et peut-être leur unique moyen de la sustenter, vous laisseront paisiblement jouir de votre crime?

Contemplateurs stoïques des maux incalculables que cette catastrophe vomira sur la France, impassibles égoïstes qui pensez que ces convulsions du désespoir et de la misère passeront, comme tant d'autres, et d'autant plus rapidement qu'elles seront plus violentes, êtes-vous bien sûrs que tant d'hommes sans pain vous laisseront tranquillement savourer les mets dont vous n'aurez voulu diminuer ni le nombre ni la délicatesse? Non, vous périrez... et dans la conflagration universelle que vous ne frémissiez pas d'allumer, la perte de votre honneur ne sauvera pas une seule de vos détestables jouissances.

Voilà où nous marchons... J'entends parler de patriotisme, d'élan de patriotisme, d'évocation de patriotisme. Ah! ne prostituez pas ces mots de patrie et de patriotisme. Il est donc bien magnanime l'effort de donner une partie de son revenu pour sauver tout ce qu'on possède! Eh! Messieurs, ce n'est là que de la simple arithmétique, et celui qui hésitera ne peut désarmer l'indignation que par le mépris que peut inspirer sa stupidité. Oui,

Messieurs c'est la prudence la plus ordinaire, la sagesse la plus triviale, c'est votre intérêt le plus grossier que j'invoque.

Je ne vous dis plus, comme autrefois: Donnerez-vous les premiers aux nations, le spectacle d'un peuple assemblé pour manquer à la foi publique? Je ne vous dis plus: Eh! quels titres avez-vous à la liberté, quels moyens vous resteront pour la maintenir, si dès votre premier pas vous surpassez les turpitudes des gouvernements les plus corrompus, si le besoin de votre concours et de votre surveillance n'est pas le garant de votre Constitution? Je vous dis: Vous serez tous entraînés dans la ruine universelle, et les premiers intéressés au sacrifice que le gouvernement vous demande, c'est vous-mêmes.

Votez donc ce subside extraordinaire, et puisse-t-il être suffisant! Votez-le, parce que, si vous avez des doutes sur les moyens (doutes vagues et non éclairés), vous n'en avez pas sur sa nécessité, et sur notre impuissance à le remplacer, immédiatement du moins. Votez-le, parce que les circonstances politiques ne souffrent aucun retard, et que nous serions comptables de tout délai. Gardez-vous de demander du temps; le malheur n'en accorde jamais...

MIRABEAU.

---

## PORTRAITS LITTÉRAIRES

---

SCHILLER

Schiller était un homme d'un génie rare et d'une bonne foi parfaite: ces deux qualités devraient être inséparables, au moins dans un homme de lettres.

... Il n'y a pas une plus belle carrière que celle des lettres quand on la suit comme Schiller. Il est vrai qu'il y a tant de sérieux et de loyauté dans tout, en Allemagne, que c'est là seulement qu'on peut connaître d'une manière complète le caractère et les devoirs de chaque vocation. Néanmoins Schiller était admirable entre tous, par ses vertus autant que par ses talents. La conscience était sa muse: celle-là n'a pas besoin d'être invoquée, car on l'entend toujours quand on l'écoute une fois. Il aimait la poésie, l'art dramatique, l'histoire, la littérature pour elle-même. Il aurait été résolu à ne point publier ses ouvrages, qu'il y aurait donné le même soin; et jamais aucune considération tirée ni du succès, ni de la mode, ni des préjugés, ni de tout ce qui vient des autres enfin, n'aurait pu lui faire altérer ses écrits, car ses écrits étaient lui; ils exprimaient son âme, et il ne concevait pas la possibilité de changer une expression, si le sentiment intérieur qui l'inspirait n'était pas changé.

Schiller était le meilleur ami, le meilleur père, le meilleur époux; aucune qualité ne manquait à ce caractère doux et paisible que le talent seul enflammait; l'amour de la liberté, le respect pour les femmes, l'enthousiasme des beaux-arts, l'adoration pour la Divinité, animaient son génie; et, dans l'analyse de ses ouvrages, il sera facile de montrer à quelle vertu ses chefs-d'œuvre se rapportent. On dit beaucoup que l'esprit peut suppléer à tout; je le crois, dans les écrits où le savoir-faire domine; mais quand on veut peindre la nature humaine dans ses orages et dans ses abîmes, l'imagination même ne suffit pas; il faut avoir une âme que la tempête ait agitée, mais où le ciel soit descendu pour ramener le calme.

La première fois que j'ai vu Schiller, c'était dans le salon du duc et de la duchesse de Weimar, en présence d'une société aussi éclairée qu'imposante; il lisait très bien le français, mais il ne l'avait jamais parlé. Je soutins avec chaleur la supériorité de notre système dramatique sur tous les autres; il ne se refusa point à me combattre, et sans s'inquiéter des difficultés et des lenteurs qu'il éprouvait en s'exprimant en français, sans redouter non plus l'opinion des auditeurs, qui était contraire à la sienne, sa conviction intime le fit parler. Je me servis d'abord, pour le réfuter, des armes françaises, la vivacité et la plaisanterie; mais bientôt je démêlai, dans ce que disait Schiller, tant d'idées à travers l'obstacle des mots; je fus si frappée de cette simplicité de caractère, qui portait un homme de génie à s'engager ainsi dans une lutte où les paroles manquaient à ses pensées; je le trouvai si modeste et si insouciant dans ce qui ne concernait que ses propres succès, si fier et si animé dans la défense de ce qu'il croyait la vérité, que je lui vouai, dès cet instant, une amitié pleine d'admiration.

Atteint, jeune encore, par une maladie sans espoir, ses enfants, sa femme, qui méritait par mille qualités touchantes l'attachement qu'il avait pour elle, ont adouci ses derniers moments. Mme. de Wollzogen, une amie digne de le comprendre, lui demanda, quelques heures avant sa mort, comment il se trouvait: *Toujours plus tranquille*, lui répondit-il. En effet, n'avait-il pas raison de se confier à la Divinité, dont il avait secondé le règne sur la terre? n'approchait-il pas du séjour des justes?

MME. DE STAËL.

## LE JEUNE SIBÉRIENNE

Vers la fin du règne de Paul I<sup>er</sup> une jeune fille, Prascovie Lopouloff, partit à pied de la Sibérie pour venir à Saint-Pétersbourg demander la grâce de son père.

Prascovie reçut à genoux la bénédiction de ses parents et, s'arrachant courageusement de leurs bras, quitta pour toujours la chaumière qui lui avait servi de prison depuis son enfance.

Elle marchait un soir le long des maisons d'un village, pour chercher un logement, lorsqu'un paysan qui venait de lui refuser très durement l'hospitalité, la suivit et la rappela. C'était un homme âgé, de très mauvaise mine. La jeune fille hésita si elle accepterait son offre, et se laissa cependant conduire chez lui, craignant de ne pas obtenir un autre gîte. Elle ne trouva dans l'isba qu'une femme âgée, et dont l'aspect était encore plus sinistre que celui de son conducteur. Ce dernier ferma soigneusement la porte et poussa les guichets des fenêtres. En la recevant dans leur maison, ces deux personnes lui firent peu d'accueil: elles avaient un air si étrange, que Prascovie éprouvait une certaine crainte, et se repentait de s'être arrêtée chez elles. On la fit asseoir. L'isba n'était éclairé que par des esquilles de sapin enflammées plantées dans un trou de la muraille, et qu'on remplaçait souvent lorsqu'elle étaient consumées. A la clarté lugubre de cette flamme, lorsqu'elle se hasardait à lever les yeux, elle voyait ceux de ses hôtes fixés sur elle. Enfin, après quelques minutes de silence:

«D'où venez-vous? lui demanda la vieille.

—Je viens d'Ischim, et je vais à Pétersbourg.



—Oh! oh! vous avez donc beaucoup d'argent pour entreprendre un si grand voyage?

—Il ne me reste que quatre-vingts kopecks en cuivre, répondit la voyageuse intimidée.

—Tu mens! s'écria la vieille; oui, tu mens! On ne se met point en route pour aller si loin, avec si peu d'argent!»

La jeune fille avait beau protester que c'était là tout son avoir, on ne la croyait pas. La femme ricanait avec son mari.

«De Tobolsk à Pétersbourg avec quatre-vingts kopecks, disait-elle; c'est probable, vraiment!»

La malheureuse fille, outragée et tremblante, retenait ses larmes, et priait Dieu tout bas de la secourir. On lui donna cependant quelques pommes de terre, et dès qu'elle les eut mangées, son hôtesse lui conseilla de s'aller coucher. Prascovie, qui commençait fortement à soupçonner ses hôtes d'être des voleurs, aurait volontiers donné le reste de son argent pour être délivrée de leurs mains. Elle se déshabilla en partie avant de monter sur le poêle ou elle devait passer la nuit, laissant en bas, à leur portée, ses poches et son sac, afin de leur donner la facilité de compter son argent et pour s'épargner la honte d'être fouillée.

Dès qu'ils la crurent endormie, ils commencèrent leurs recherches. Prascovie écoutait avec anxiété leur conversation :

«Elle a encore de l'argent sur elle, disaient-ils; elle a sûrement des assignations. J'ai vu, ajouta la vieille, un cordon passé à son cou, auquel pend un petit sac; c'est là où est l'argent.»

C'était un petit sac de toile cirée, contenant son passe-

port, qu'elle ne quittait jamais. Ils se mirent à parler plus bas, et les mots qu'elle entendait de temps en temps n'étaient pas faits pour la rassurer.

«Personne ne la vue entrer chez nous, disaient les misérables; on ne se doute pas même qu'elle soit dans le »village.»

Ils parlèrent encore plus bas. Après quelques instants de silence, et lorsque son imagination lui peignait les plus grands malheurs, la jeune fille vit tout à coup paraître au-dessus d'elle la tête de l'horrible vieille qui grimpait sur le poêle. Tout son sang se glaça dans ses veines. Elle la conjura de lui laisser la vie, l'assurant de nouveau qu'elle n'avait point d'argent; mais l'inexorable visiteuse, sans lui répondre, se mit à chercher dans ses habits, dans ses bottines qu'elle lui fit ôter. L'homme apporta de la lumière: on examina le sac du passeport, on lui fit ouvrir les mains; enfin, le vieux couple, voyant ses recherches inutiles, descendit et laissa notre voyageuse plus morte que vive.

Cette scène effrayante, et plus encore la crainte de la voir se renouveler, la tinrent longtemps éveillée. Cependant, lorsqu'elle reconnut à leur respiration bruyante que ses hôtes s'étaient endormis, elle se tranquillisa peu à peu, et, la fatigue l'emportant sur la frayeur, elle s'endormit elle même profondément. Il était grand jour lorsque la vieille la réveilla. Elle descendit du poêle, et fut tout étonnée de lui trouver, ainsi qu'à son mari, un air plus naturel et plus affable. Elle voulait partir; ils la retinrent pour lui donner à manger. La vieille en fit aussitôt les préparatifs avec beaucoup plus d'empressement que la veille. Elle prit la fourche et retira du poêle le pot au *stchi*, dont elle lui servit une bonne portion: pendant ce temps le mari sou-

levait une trappe du plancher sous lequel était le seau de *kvas*, et lui en servit une pleine cruche. Un peu rassurée par ce bon traitement, elle répondit avec sincérité à leurs questions, et raconta une partie de son histoire. Ils eurent l'air d'y prendre intérêt; et, voulant justifier leur conduite précédente, ils l'assurèrent qu'ils n'avaient voulu savoir si elle avait de l'argent que parce qu'ils l'avaient mal à propos soupçonnée d'être voleuse, mais qu'elle pourrait voir, en comptant sa petite somme, qu'ils étaient bien loin eux-mêmes d'être des voleurs. Enfin Prascovie prit congé d'eux, ne sachant trop si elle leur devait des remerciements, mais se trouvant fort heureuse d'être hors de leur maison.

Lorsqu'elle eut fait quelques verstes hors du village, elle eut la curiosité de compter son argent. Le lecteur sera sans doute aussi surpris qu'elle le fut elle-même en apprenant qu'au lieu de quatre-vingts kopecks qu'elle croyait avoir, elle en trouva cent vingt. Les hôtes en avaient ajouté quarante.

XAVIER DE MAISTRE.

---

## UNE LEÇON D'ASTRONOMIE POPULAIRE

Avec eux chaque jour je déchiffre et j'épelle  
De ce nom infini quelque lettre nouvelle;  
Je leur montre ce Dieu, tantôt, dans sa bonté,  
Mûrissant pour l'oiseau le grain qu'il a compté;  
Tantôt, dans sa sagesse et dans sa Providence,  
Gouvernant sa nature avec tant d'évidence;  
Tantôt... Mais aujourd'hui c'était dans sa grandeur.  
La nuit tombait; des cieux la sombre profondeur

Laissait plonger les yeux dans l'espace sans voiles,  
Et dans l'air constellé compter les lits d'étoiles,  
Comme à l'ombre du bord on voit sous des flots clairs  
La perle et le corail briller au fond des mers.  
«Celles-ci, leur disais-je, avec le ciel sont nées:  
Leur rayon vient à nous sur des milliers d'années.  
Des mondes, que peut seul peser l'esprit de Dieu,  
Elles sont les soleils, les centres, le milieu;  
L'océan de l'éther les absorbe en ses ondes  
Comme des grains de sable, et chacun de ces mondes  
Est lui-même un milieu pour des mondes pareils,  
Ayant ainsi que nous leur lune et leurs soleils,  
Et voyant comme nous des firmaments sans terme  
S'élargir devant Dieu sans que rien le renferme!...  
Celles-là, décrivant des cercles sans compas,  
Passèrent une nuit, ne repasseront pas.  
Du firmament entier la page intarissable  
Ne renfermerait pas le chiffre incalculable  
Des siècles qui seront calculés jusqu'au jour  
Où leur orbite immense aura fermé son tour.  
Elles suivent la courbe où Dieu les a lancées;  
L'homme, de son néant, les suit par ses pensées...  
Et ceci, mes enfants, suffit pour vous prouver  
Que l'homme est un esprit, puisqu'il peut s'élever,  
De ce point de poussière et des ombres humaines,  
Jusqu'à ces cieux sans fond et ces grands phénomènes.  
Car voyez, mesurez, interrogez vos corps;  
Pour monter à ces feux faites tous vos efforts!  
Vos pieds ne peuvent pas vous porter sur ces ondes;  
Votre main ne peut pas toucher, peser ces mondes;  
Dans les replis des cieux quand ils sont disparus,  
Derrière leur rideau votre œil ne les voit plus;

Nulle oreille n'entend sur la mer infinie  
De leur vague d'éther l'orageuse harmonie;  
Le souffle de leur vol ne vient pas jusqu'à vous;  
Sous le dais de la nuit ils vous semblent des clous.  
Et l'homme cependant arpente cette voûte;  
D'avance, à l'avenir nous écrivons leur route;  
Nous disons à celui qui n'est pas encor né  
Quel jour au point du ciel tel astre ramené  
Viendra de sa lueur éclairer l'étendue,  
Et rendre au firmament son étoile perdue.  
Et qu'est-ce qui le sait? et qu'est-ce qui l'écrit?  
Ce ne sont pas vos sens, enfants! c'est donc l'esprit,  
C'est donc cette âme immense, infinie, immortelle,  
Qui voit plus que l'étoile, et qui vivra plus qu'elle!...  
«Ces sphères, dont l'éther est le bouillonnement,  
Ont emprunté de Dieu leur premier mouvement.  
Avez-vous calculé parfois dans vos pensées  
La force de ce bras qui les a balancées?  
Vous ramassez souvent dans la fronde ou la main  
La noix du vieux noyer, le caillou du chemin:  
Imprimant votre effort au poignet qui les lance,  
Vous mesurez, enfants, la force à la distance;  
L'une tombe à vos pieds, l'autre vole à cent pas,  
Et vous dites: «Ce bras est plus fort que mon bras.»  
Eh bien! si par leurs jets vous comparez vos frondes,  
Qu'est-ce donc que la main qui, lançant tous ces mondes,  
Ces mondes dont l'esprit ne peut porter le poids,  
Comme le jardinier qui sème au champ ses pois,  
Les fait fendre le vide, et tourner sur eux-mêmes,  
Par l'élan primitif sorti du bras suprême,  
Aller et revenir, descendre et remonter,  
Pendant des temps sans fin que lui seul sait compter,

De l'espace et du poids et des siècles se joue,  
Et fait qu'au firmament ces mille chars sans roue  
Sont portés sans ornière et tournent sans essieu?  
Courbons-nous, mes enfants! C'est la force de Dieu!...»

LAMARTINE.

---

## LE CHARMEUR DE SERPENTS

Au mois de juillet 1791, nous voyagions dans le Haut-Canada, avec quelques familles sauvages de la nation des Onontagués. Un jour que nous étions arrêtés dans une grande plaine, au bord de la rivière Génésie, un serpent à sonnettes entra dans notre camp. Il y avait parmi nous un Canadien qui jouait de la flûte; il voulut nous divertir, et s'avança contre le serpent avec son arme d'une nouvelle espèce. A l'approche de son ennemi, le reptile se forme en spirale, aplatit sa tête, enfle ses joues, contracte ses lèvres, découvre ses dents empoisonnées et sa gueule sanglante; il brandit sa double langue comme deux flammes; ses yeux sont deux charbons ardents; son corps, gonflé de rage, s'abaisse et s'élève comme les soufflets d'une forge; sa peau, dilatée, devient terne et écailleuse, et sa queue, dont il sort un bruit sinistre, oscille avec tant de rapidité qu'elle ressemble à une légère vapeur.

Alors le Canadien commence à jouer sur sa flûte; le serpent fait un mouvement de surprise, et retire la tête en arrière. A mesure qu'il est frappé de l'effet magique, ses yeux perdent leur âpreté; les vibrations de sa queue se ralentissent, et le bruit qu'elle fait entendre s'affaiblit

et meurt peu à peu. Moins perpendiculaires sur leur ligne spirale, les orbes du serpent charmé s'élargissent et viennent tour à tour se poser sur la terre, en cercles concentriques. Les nuances d'azur, de vert, de blanc et d'or reprennent leur état sur sa peau frémissante; et tournant légèrement la tête, il demeure immobile dans l'attitude de l'attention et du plaisir.

Dans ce moment le Canadien marche quelques pas, en tirant de sa flûte des sons doux et monotones; le reptile baisse son cou nuancé, entr'ouvre, avec sa tête, les herbes fines, et se met à ramper sur les traces du musicien qui l'entraîne, s'arrêtant lorsqu'il s'arrête, et recommençant à le suivre quand il recommence à s'éloigner. Il fut ainsi conduit hors de notre camp, au milieu d'une foule de spectateurs, tant sauvages qu'européens, qui en croyaient à peine leurs yeux: à cette merveille de la mélodie, il n'y eut qu'une seule voix dans l'assemblée pour qu'on laissât le merveilleux serpent s'échapper.

CHATEAUBRIAND.

---

## MÉMOIRES D'OUTRE-TOMBE

---

### NAPOLÉON: LÉGENDE ET VÉRITÉ

Bonaparte n'est plus le vrai Bonaparte, c'est une figure légendaire composée des lubies du poète, des devis du soldat et des contes du peuple; c'est le Charlemagne et l'Alexandre des épopées du moyen âge que nous voyons aujourd'hui. Ce héros fantastique restera le personnage réel; les autres portraits disparaîtront. Bonaparte appartenait si fort à la domination absolue, qu'après avoir subi le despotisme de sa personne, il nous faut subir le

despotisme de sa mémoire. Ce dernier despotisme est plus dominateur que le premier, car si l'on combattit Napoléon alors qu'il était sur le trône, il y a consentement universel à accepter les fers que mort il nous jette. Il est un obstacle aux événements futurs: comment une puissance sortie des camps pourrait-elle s'établir après lui? n'a-t-il pas tué en la surpassant toute gloire militaire? Comment un gouvernement libre pourrait-il naître, lorsqu'il a corrompu dans les cœurs le principe de toute liberté? Aucune puissance légitime ne peut plus chasser de l'esprit de l'homme le spectre usurpateur: le soldat et le citoyen, le républicain et le monarchiste, le riche et le pauvre, placent également les bustes et les portraits de Napoléon à leurs foyers, dans leurs palais ou dans leurs chaumières; les anciens vaincus sont d'accord avec les anciens vainqueurs; on ne peut faire un pas en Italie qu'on ne le retrouve; on ne pénètre pas en Allemagne qu'on ne le rencontre, car dans ce pays la jeune génération qui le repoussa est passée. Les siècles s'asseyent d'ordinaire devant le portrait d'un grand homme, ils l'achèvent par un travail long et successif. Le genre humain cette fois n'a pas voulu attendre; peut-être s'est-il trop hâté d'estomper un pastel. Il est temps de placer en regard de la partie défectueuse de l'idole la partie achevée.

Bonaparte n'est point grand par ses paroles, ses discours, ses écrits, par l'amour des libertés qu'il n'a jamais prétendu établir; il est grand pour avoir créé un gouvernement régulier et puissant, un code de lois adopté en divers pays, des cours de justice, des écoles, une administration forte, active, intelligente, et sur laquelle nous vivons encore; il est grand pour avoir ressuscité, éclairé



et géré supérieurement l'Italie; il est grand pour avoir fait renaître en France l'ordre du sein du chaos, pour avoir relevé les autels, pour avoir réduit de furieux démagogues, d'orgueilleux savants, des littérateurs anarchiques, des athées voltairiens, des orateurs de carrefours, des égorgeurs de prisons et de rues, des claquedents de tribune, de clubs et d'échafauds, pour les avoir réduits à servir sous lui; il est grand pour avoir enchaîné une tourbe anarchique; il est grand pour avoir fait cesser les familiarités d'une commune fortune, pour avoir forcé des soldats ses égaux, des capitaines ses chefs ou ses rivaux, à fléchir sous sa volonté; il est grand surtout pour être né de lui seul, pour avoir su, sans autre autorité que celle de son génie, pour avoir su, lui, se faire obéir par trente-six millions de sujets, à l'époque où aucune illusion n'environne les trônes; il est grand pour avoir abattu tous les rois ses opposants, pour avoir défait toutes les armées, quelle qu'ait été la différence de leur discipline et de leur valeur, pour avoir appris son nom aux peuples sauvages comme aux peuples civilisés, pour avoir surpassé tous les vainqueurs qui le précédèrent, pour avoir rempli dix années de tels prodiges qu'on a peine aujourd'hui à les comprendre.

Le fameux délinquant en matière triomphale n'est plus; le peu d'hommes qui comprennent encore les sentiments nobles peuvent rendre hommage à la gloire sans la craindre, mais sans se repentir d'avoir proclamé ce que cette gloire eut de funeste, sans reconnaître le destructeur des indépendances pour le père des émancipations: Napoléon n'a nul besoin qu'on lui prête des mérites, il fut assez doué en naissant.

CHATEAUBRIAND.

## MON HABIT

Sois-moi fidèle, ô pauvre habit que j'aime!  
Ensemble nous devenons vieux.  
Depuis dix ans je te brosse moi-même,  
Et Socrate n'eût pas fait mieux.  
Quand le sort à ta mince étoffe  
Livrerait de nouveaux combats,  
Imite-moi, résiste en philosophe:  
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

Je me souviens, car j'ai bonne mémoire.  
Du premier jour où je te mis.  
C'était ma fête, et, pour comble de gloire,  
Tu fus chanté par mes amis;  
Ton indigence, qui m'honore,  
Ne m'a point banni de leurs bras.  
Tous ils sont prêts à nous fêter encore:  
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

A ton revers j'admire une reprise;  
C'est encore un doux souvenir.  
Feignant un soir de fuir la tendre Lise,  
Je sens sa main me retenir.  
On te déchire, et cet outrage  
Auprès d'elle enchaîne mes pas.  
Lisette a mis deux jours à tant d'ouvrage:  
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

T'ai-je imprégné des flots de muse et d'ambre  
Qu'un fat exhale en se mirant!

M'a-t-on jamais vu dans une antichambre  
T'exposer au mépris d'un grand.  
Pour des rubans la France entière  
Fut en proie à de longs débats.  
La fleur des champs brille à ta boutonnière:  
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

Ne crains plus tant ces jours de courses vaines  
Où notre destin fut pareil:  
Ces jours mêlés de plaisirs et de peines,  
Mêlés de pluie et de soleil.  
Je dois bientôt, il me le semble,  
Mettre pour jamais habit bas.  
Attends un peu; nous finirons ensemble:  
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.

BÉRANGER.

---

## LA MORT DE JEANNE D'ARC

Silence au camp! la vierge est prisonnière;  
Par un injuste arrêt Bedford croit la flétrir:  
Jeune encore, elle touche à son heure dernière...  
Silence au camp! la vierge va périr!

Des pontifes divins, vendus à la puissance,  
Sous les subtilités des dogmes ténébreux  
Ont accablé son innocence.

Les Anglais commandaient ce sacrifice affreux:  
Un prêtre en cheveux blancs ordonna le supplice;  
Et c'est au nom d'un Dieu par lui calomnié,  
D'un Dieu de vérité, d'amour et de justice,  
Qu'un prêtre fut perfide, injuste et sans pitié.

A qui réserve-t-on ces apprêts meurtriers?

Pour qui ces torches qu'on excite?

L'airain sacré tremble et s'agite...

D'où vient ce bruit lugubre? où courent ces guerriers,

Dont la foule à longs flots roule et se précipite?

La joie éclate sur leurs traits;

Sans doute l'honneur les enflamme;

Ils vont pour un assaut former leurs rangs épais?

Non, ces guerriers sont des Anglais

Qui vont voir mourir une femme.

Qu'ils sont nobles dans leur courroux!

Qu'il est beau d'insulter au bras chargé d'entraves!

La voyant sans défense, ils s'écriaient, ces braves:

«Qu'elle meure; elle a contre nous

Dés esprits infernaux suscité la magie...»

Lâches! que lui reprochez-vous?

D'un courage inspiré la brûlante énergie,

L'amour du nom français, le mépris du danger,

Voilà sa magie et ses charmes;

En faut-il d'autres que des armes

Pour combattre, pour vaincre et punir l'étranger?

Du Christ avec ardeur Jeanne baisait l'image;

Ses longs cheveux épars flottaient au gré des vents;

Au pied de l'échafaud, sans changer de visage,

Elle s'avavançait à pas lents.

Tranquille elle y monta; quand, debout sur le faite,

Elle vit ce bûcher qui l'allait dévorer,

Les bourreaux en suspens, la flamme déjà prête,

Sentant son cœur faillir, elle baissa la tête,

Et se prit à pleurer.

Ah! pleure, fille infortunée!  
Ta jeunesse va se flétrir,  
Dans sa fleur trop tôt moissonnée!  
Adieu, beau ciel, il faut mourir!

Tu ne reverras plus tes riantes montagnes,  
Le temple, le hameau, les champs de Vaucouleurs,  
Et ta chaumière et tes compagnes,  
Et ton père expirant sous le poids des douleurs.

Après quelques instants d'un horrible silence,  
Tout à coup le feu brille, il s'irrite, il s'élance...  
Le cœur de la guerrière alors s'est ranimé;  
A travers les vapeurs d'une fumée ardente,  
Jeanne, encor menaçante,  
Montre aux Anglais son bras à demi consumé.  
Pourquoi reculer d'épouvante,  
Anglais? son bras est desarmé.

La flamme l'environne, et sa voix expirante  
Murmure encore: «O France! ô mon roi bien-aimé!»  
Que faisait-il ce roi? Plongé dans la mollesse,  
Tandis que le malheur réclamait son appui,  
L'ingrat, il oubliait, aux pieds d'une maîtresse  
La vierge qui mourait pour lui!

DELA VIGNE.

---

## PAROLES D'UN CROYANT

---

### LA PROVIDENCE

Deux hommes étaient voisins, et chacun d'eux avait une femme et plusieurs petits enfants, et son seul travail pour les faire vivre.

Et l'un de ces hommes s'inquiétait en lui-même, disant: «Si je meurs ou que je tombe malade, que deviendront ma femme et mes enfants?»

Et cette pensée ne le quittait point, et elle rongea son cœur comme un ver ronge le fruit où il est caché.

Or, bien que la même pensée fût venue également à l'autre père, il ne s'y était point arrêté; «car, disait-il Dieu qui connaît toutes ses créatures et qui veille sur elles, veillera aussi sur moi, et sur ma femme, et sur mes enfants.»

Et celui-ci vivait tranquille, tandis que le premier ne goûtait pas un instant de repos ni de joie intérieurement.

Un jour qu'il travaillait aux champs, triste et abattu à cause de sa crainte, il vit quelques oiseaux entrer dans un buisson, en sortir, et puis bientôt y revenir encore.

Et, s'étant approché, il vit deux nids posés côte à côte, et dans chacun plusieurs petits nouvellement éclos et encore sans plumes.

Et, quand il fut retourné à son travail, de temps en temps il levait les yeux, et regardait ces oiseaux qui allaient et venaient portant la nourriture à leurs petits.

Or, voilà qu'au moment où l'une des mères rentrait avec sa becquée, un vautour la saisit, l'enlève, et la pauvre mère, se débattant vainement sous sa serre, jetait des cris perçants.

A cette vue, l'homme qui travaillait sentit son âme plus troublée qu'auparavant; «car, pensait-il, la mort de la mère, c'est la mort des enfants. Les miens n'ont que moi non plus. Que deviendront-ils si je leur manque!»

Et tout le jour il fut sombre et triste, et la nuit il ne dormit point.

Le lendemain, de retour aux champs, il se dit: «Je veux voir les petits de cette pauvre mère: plusieurs sans doute ont déjà péri.» Et il s'achemina vers le buisson.

Et, regardant, il vit les petits bien portants: pas un ne semblait avoir pâti.

Et, ceci l'ayant étonné, il se cacha pour observer ce qui se passerait.

Et, après un peu de temps, il entendit un léger cri, et il aperçut la seconde mère rapportant en hâte la nourriture qu'elle avait recueillie, et elle la distribua à tous les petits indistinctement, et il y en eut pour tous, et les orphelins ne furent point délaissés dans leur misère.

Et le père qui s'était défié de la Providence, raconta le soir à l'autre père ce qu'il avait vu.

Et celui-ci lui dit: «Pourquoi s'inquiéter? Jamais Dieu n'abandonne les siens. Son amour a des secrets que nous ne connaissons point. Croyons, espérons, aimons et poursuivons notre route en paix.

«Si je meurs avant vous, vous serez le père de mes enfants; si vous mourez avant moi, je serai le père des vôtres.

»Et si l'un et l'autre nous mourons avant qu'ils soient en âge de pourvoir eux-mêmes à leurs nécessités, ils auront pour père le Père qui est dans les cieux.»

LAMENNAIS.

---

## CHOSSES VUES

---

### FUITE DE LOUIS-PHILIPPE

.....  
Ce fut M. Crémieux qui dit au roi Louis-Philippe ces tristes paroles: Sire, il faut partir. Madrid

Le roi déjà avait abdiqué. Cette signature fatale était donnée. Il regarda M. Crémieux fixement.

On entendait au dehors la vive fusillade de la place du Palais-Royal, c'était le moment où les gardes municipaux du Château-d'Eau luttèrent contre les deux barricades de la rue de Valois et de la rue de Saint-Honoré.

Par moment d'immenses clameurs montaient et couvraient la mousqueterie. Il était évident que le peuple arrivait. Du Palais-Royal aux Tuileries, c'est à peine une enjambée pour ce géant qu'on appelle l'émeute.

M. Crémieux étendit la main vers ce bruit sinistre qui venait du dehors, et répéta:—Sire, il faut partir.

Le roi, sans répondre une parole, et sans quitter M. Crémieux de son regard fixe, ôta son chapeau de général qu'il tendit à quelqu'un au hasard près de lui, puis il ôta son uniforme à grosses épauettes d'argent, et dit, sans se lever du large fauteuil où il était comme affaissé depuis plusieurs heures:—Un chapeau rond! une redingote!

On lui apporta une redingote et un chapeau rond. Au bout d'un instant il n'y avait plus qu'un vieux bourgeois.

Puis il cria d'une voix qui commandait à la hâte:—Mes clefs! mes clefs!

Les clefs se firent attendre.

Cependant le bruit croissait, la fusillade semblait s'approcher, la rumeur terrible grandissait!

Le roi répétait: Mes clefs! mes clefs!

Enfin on trouva les clefs et on les lui apporta. Il en ferma un portefeuille qu'il prit sous son bras, et un plus gros portefeuille dont un valet de pied se chargea. Il avait une sorte d'agitation fébrile. Tout se hâtait autour de lui. On entendait les princes et les valets dire: Vite! vite! La reine seule était lente et fière.



On se mit en marche. On traversa les Tuileries. Le roi donnait le bras à la reine ou, pour mieux dire, la reine donnait le bras au roi. La duchesse de Montpensier s'appuyait sur M. Jules de Lasteyrie, le duc de Montpensier sur M. Crémieux.

Le duc de Montpensier dit à M. Crémieux:—Restez avec nous, monsieur Crémieux, ne nous quittez pas. Votre nom peut nous être utile.

On arriva ainsi à la place de la Révolution. Là, le roi pâlit.

Il chercha des yeux les quatre voitures qu'il avait fait demander à ses écuries. Elles n'y étaient pas.

Au sortir des écuries, le cocher de la première voiture avait été tué d'un coup de fusil. Et au moment où le roi les cherchait sur la place Louis XV, le peuple les brûlait sur la place du Palais-Royal.

Il y avait au pied de l'obélisque un petit fiacre à un cheval, arrêté.

Le roi y marcha rapidement, suivi de la reine.

Dans ce fiacre il y avait quatre femmes portant sur leurs genoux quatre enfants.

Les quatre femmes étaient mesdames de Nemours et de Joinville et deux personnes de la cour. Les quatre enfants étaient les petits-fils du roi.

Le roi ouvrit vivement la portière et dit aux quatre femmes:—Descendez! Toutes! toutes!

Il ne prononça que ces trois mots.

Les coups de fusil devenaient de plus en plus terribles. On entendait le flot du peuple qui entraît aux Tuileries.

En un clin d'œil les quatre femmes furent sur le pavé, le même pavé où avait été dressé l'échafaud de Louis XVI.

Le roi monta, ou, pour mieux dire, se plongea dans le fiacre vide; la reine l'y suivit. Madame de Nemours monta sur la banquette de devant. Le roi avait toujours son portefeuille sous le bras. On fit entrer l'autre grand, qui était vert, dans la voiture avec quelque peine. M. Crémieux l'y fit tomber d'un coup de poing.

—Pars! cria le roi.

Le fiacre partit. On prit l'avenue de Neuilly.

Thuret, le valet de chambre du roi, monta derrière. Mais il ne put se tenir sur la barre qui tenait lieu de strapontin. Il essaya alors de monter sur le cheval, puis finit par courir à pied. La voiture le dépassa.

Thuret courut jusqu'à Saint-Cloud, pensant y retrouver le roi. Là, il apprit que le roi était reparti pour Trianon.

En ce moment madame la princesse Clémentine et son mari, le duc de Saxe-Cobourg, arrivaient par le chemin de fer.

—Vite, madame, dit Thuret, reprenons le chemin de fer et partons pour Trianon. Le roi est là.

Ce fut ainsi que Thuret parvint à rejoindre le roi.

Cependant, à Versailles, le roi s'était procuré une berline et une espèce de voiture omnibus. Il prit la berline avec la reine. Sa suite prit l'omnibus. On mit à tout cela des chevaux de poste et l'on partit pour Dreux.

Chemin faisant, le roi ôta son faux toupet et se coiffa d'un bonnet de soie noire jusqu'aux yeux. Sa barbe n'était pas faite de la veille. Il n'avait pas dormi. Il était méconnaissable. Il se tourna vers la reine, qui lui dit:—Vous avez cent ans.

En arrivant à Dreux il y a deux routes, l'une à droite, qui est la meilleure, bien pavée, et qu'on prend toujours,

l'autre à gauche, pleine de fondrières et plus longue. Le roi dit:—Postillon, prenez à gauche.

Il fit bien, il était haï à Dreux. Une partie de la population l'attendait sur la route de droite avec des intentions hostiles. De cette façon il échappa au danger.

Le sous-préfet de Dreux prévenu, le rejoignit et lui remit douze mille francs: six mille francs en billets, six mille en sacs d'argent.

La berline quitta l'omnibus, qui devint ce qu'il put, et se dirigea vers Évreux. Le roi connaissait là, à une lieue avant d'arriver à la ville, une maison de campagne appartenant à quelqu'un de dévoué, M. de...

Il était nuit noire quand on arriva à cette maison. La voiture s'arrêta.

Thuret descendit, sonna à la porte, sonna longtemps. Enfin quelqu'un parut.

Thuret demanda:—M. de...?

M. de... était absent. C'était l'hiver; M. de... était à la ville.

Son fermier, appelé Renard, qui était venu ouvrir, expliqua cela à Thuret.

—C'est égal, dit Thuret, j'ai là un vieux monsieur et une vieille dame, de ses amis, qui son fatigués, ouvrez-nous toujours la maison.

—Je n'ai pas les clefs, dit Renard.

Le roi était épuisé de fatigue, de souffrance et de faim. Renard regarda ce vieillard et fut ému.

—Monsieur et madame, reprit-il, entrez toujours. Je ne puis pas vous faire ouvrir le château, mais je vous offre la ferme. Entrez. Pendant ce temps-là, je vais envoyer chercher mon maître à Évreux.

Le roi et la reine descendirent. Renard les introdui-

sit dans la salle basse de la ferme. Il y avait un grand feu. Le roi était transi.

—J'ai bien froid, dit-il; puis il reprit: J'ai bien faim.

Renard dit: — Monsieur, aimez-vous la soupe à l'oignon?

—Beaucoup, dit le roi.

On fit une soupe à l'oignon, on apporta les restes du déjeuner de la ferme, je ne sais quel ragoût froid, une omelette.

Le roi et la reine se mirent à table, et tout le monde avec eux, Renard le fermier, ses garçons de charrue, et Thuret, le valet de chambre. Le roi dévora tout ce qu'on lui servit. La reine ne mangea pas.

Au milieu du repas, la porte s'ouvre. C'était M. de...; il arrivait en hâte d'Évreux.

Il aperçut Louis-Philippe et s'écria:—Le roi!

—Silence! dit le roi.

Mais il était trop tard.

M. de... rassura le roi. Renard était un brave homme. On pouvait se fier à lui. Toute la ferme était pleine de gens sûrs.

—Eh bien! dit le roi, il faut que je reparte tout de suite. Comment faire?

—Où allez-vous? demanda Renard.

—Quel est le port le plus proche?

—Honfleur.

—Eh bien! je vais à Honfleur.

—Soit, dit Renard.

—Combien y a-t-il d'ici là?

—Vingt-deux lieues.

Le roi effrayé s'écria:—Vingt-deux lieues!

—Vous serez demain matin à Honfleur, dit Renard.

Renard avait un tape-cul dont il se servait pour courir les marchés. Il était éleveur et marchand de chevaux. Il attela à son tape-cul deux forts chevaux.

Le roi se mit dans un coin, Thuret dans l'autre: Renard comme cocher, au milieu; on mit en travers sur le tablier un grand sac d'avoine, et l'on partit.

Il était sept heures du soir.

La reine ne partit que deux heures après dans la berline, avec des chevaux de poste.

Le roi avait mis les billets de banque dans sa poche. Quant aux sacs d'argent, ils gênaient.

—J'ai vu plus d'une fois le moment où le roi allait m'ordonner de les jeter sur la route, me disait plus tard Thuret en me contant ces détails.

On traversa Évreux, non sans peine. A la sortie, près l'église Saint-Taurin, il y avait un rassemblement qui arrêta la voiture.

Un homme prit le cheval par la bride et dit:—C'est qu'on dit que le roi se sauve par ici.

Un autre mit une lanterne sous les yeux du roi.

Enfin une espèce d'officier de garde nationale, qui depuis quelques instans semblait toucher aux harnais des chevaux dans une intention suspecte, s'écria:—Tiens! c'est le père Renard; je le connais, citoyens!

Il ajouta à voix basse en se tournant vers Thuret:— Je reconnais votre compagnon du coin. Partez vite.

Thuret m'a dit depuis:—Il m'a parlé à temps, cet homme-là, car je croyais qu'il venait de couper les traits d'un cheval, et j'allais lui donner un coup de couteau. J'avais déjà mon couteau tout ouvert dans la main.

Renard fouetta, et l'on quitta Évreux.

On courut toute la nuit. De temps en temps on s'arrê-

tait aux auberges du bord de la route, et Renard faisait manger l'avoine à ses chevaux.

Il disait à Thuret:—Descendez. Ayez l'air à votre aise. Tutoyez-moi.—Il tutoyait aussi un peu le roi.

Le roi abaissait son bonnet de soie noire jusqu'à son nez et gardait un silence profond.

A sept heures du matin on était à Honfleur. Les chevaux avaient fait vingt-deux lieues sans s'arrêter, en douze heures. Ils étaient harassés.

—Il est temps, dit le roi.

De Honfleur le roi gagna Trouville. Il espérait se cacher dans une maison autrefois louée par M. Duchâtel quand il venait prendre les bains de mer aux vacances. Mais la maison était fermée. Ils se réfugièrent chez un pêcheur.

Le général de Rumigny survint dans la matinée et faillit tout perdre. Un officier le reconnut sur le port.

Enfin le roi parvint à s'embarquer. Le Gouvernement provisoire s'y prêtait beaucoup.

Cependant, au dernier moment, un commissaire de police voulut faire du zèle. Il se présenta sur le bâtiment où était le roi en vue de Honfleur et le visita du pont à la cale.

Dans l'entre-pont, il regarda beaucoup ce vieux monsieur et cette vieille dame qui étaient là assis dans un coin et ayant l'air de veiller sur leurs sacs de nuit.

Cependant il ne s'en allait pas.

Tout à coup le capitaine tira sa montre et dit:—Monsieur le commissaire de police, restez-vous ou partez-vous?

—Pourquoi cette question? dit le commissaire.

—C'est que, si vous n'êtes pas à terre en France dans

un quart d'heure, demain vous serez en Angleterre.

—Vous partez?

—Tout de suite.

Le commissaire prit le parti de déguerpir, fort mécontent et ayant vainement flairé une proie.

—Le bâtiment partit.

En vue du Havre il faillit sombrer. Il se heurta—le temps était mauvais et la nuit noire—dans un gros navire, qui lui enleva une partie de sa mâture et de son bordage. On répara les avaries comme on put, et le lendemain matin le roi et la reine étaient en Angleterre.

VICTOR HUGO.

---

## A MA PETITE JEANNE

Vous eûtes donc hier un an, ma bien-aimée.  
Contente, vous jasez, comme sous la ramée,  
Au fond du nid plus tiède ouvrant de vagues yeux,  
Les oiseaux nouveau-nés gazouillent tout joyeux  
De sentir qu'il commence à leur pousser des plumes.  
Jeanne, ta bouche est rose; et dans les gros volumes  
Dont les images font ta joie, et que je dois,  
Pour te plaire, laisser chiffonner par tes doigts,  
On trouve de beaux vers, mais pas un qui te vaille,  
Quand tout ton petit corps en me voyant tressaille;  
Les plus fameux auteurs n'ont rien écrit de mieux  
Que la pensée éclore à demi dans tes yeux,  
Et que ta rêverie, obscure, éparse, étrange,  
Regardant l'homme avec l'ignorance de l'ange.  
Jeanne, Dieu n'est pas loin, puisque vous êtes là.  
Ah! vous avez un an! c'est un âge, cela!  
Vous êtes par moments grave, quoique ravie;

Vous êtes à l'instant céleste de la vie  
Où l'homme n'a pas d'ombre, où, dans ses bras ouverts  
Quand il tient ses parents, l'enfant tient l'univers.  
Votre jeune âme vit, songe, rit, pleure, espère,  
D'Alice votre mère à Charles votre père;  
Tout l'horizon que peut contenir votre esprit  
Va d'elle qui vous berce à lui qui vous sourit;  
Ces deux êtres pour vous à cette heure première  
Sont toute la caresse et toute la lumière;  
Eux deux, eux seuls, et Jeanne; et c'est juste; et je suis,  
Et j'existe, humble aïeul, parce que je vous suis;  
Et vous venez, et moi je m'en vais; et j'adore,  
N'ayant droit qu'à la nuit, votre droit à l'aurore;  
Votre blond frère George et vous, vous suffisez  
A mon âme, et je vois vos jeux, et c'est assez;  
Et je ne veux, après mes épreuves sans nombre,  
Qu'un tombeau sur lequel se découpera l'ombre  
De vos berceaux dorés par le soleil levant.  
Ah! nouvelle venue innocente, et rêvant,  
Vous avez pris pour naître une heure singulière;  
Vous êtes, Jeanne, avec les terreurs familière;  
Vous souriez devant tout un monde aux abois;  
Vous faites votre bruit d'abeille dans les bois,  
O Jeanne, et vous mêlez votre charmant murmure  
Au grand Paris faisant sonner sa grande armure.  
Ah! quand je vous entends, Jeanne, et quand je vous vois  
Chanter, et, me parlant avec votre humble voix,  
Tendre vos douces mains au-dessus de nos têtes,  
Il me semble que l'ombre où grondent les tempêtes  
Tremble, et s'éloigne avec des rugissements sourds,  
Et que Dieu fait donner à la ville aux cent tours,  
Désemparée ainsi qu'un navire qui sombre,



Aux énormes canons gardant le rempart sombre,  
A l'univers qui penche et que Paris défend,  
Sa bénédiction par un petit enfant.

VICTOR HUGO.

---

### L'AIEUL

Viens, mon George! Ah! les fils de nos fils nous enchantent:  
Ce sont de jeunes voix matinales qui chantent;  
Ils sont dans nos logis lugubres le retour  
Des roses, du printemps, de la vie et du jour;  
Leur rire nous attire une larme aux paupières  
Et de notre vieux seuil fait tressaillir les pierres;  
De la tombe entr'ouverte et des ans lourds et froids  
Leur regard radieux dissipe les effrois;  
Ils ramènent notre âme aux premières années;  
Ils font rouvrir en nous toutes nos fleurs fanées;  
Nous nous retrouvons doux, naïfs, heureux de rien;  
Le cœur serein s'emplit d'un vague aérien;  
En les voyant, on croit se voir soi-même éclore;  
Oui, devenir aïeul, c'est rentrer dans l'aurore.  
Le vieillard gai se mêle aux marmots triomphants.  
Nous nous rapetissons dans les petits enfants;  
Et, calmés, nous voyons s'envoler dans les branches  
Notre âme sombre avec toutes ces âmes blanches.

---

### L'ESPÉRANCE

Espère, enfant! demain! et puis demain encore!  
Et puis toujours demain! croyons dans l'avenir.  
Espère! et chaque fois que se lève l'aurore,  
Soyons là pour prier, comme Dieu pour bénir!

Nos fautes, mon pauvre ange, ont causé nos souffrances.  
Peut-être qu'en restant bien longtemps à genoux,  
Quand il aura béni toutes les innocences,  
Puis tous les repentirs, Dieu finira par nous!

---

## L'EXPIATION

### III

Il croula. Dieu changea la chaîne de l'Europe.  
Il est, au fond des mers que la brume enveloppe,  
Un roc hideux, débris des antiques volcans.  
Le Destin prit des clous, un marteau, des carcans,  
Saisit, pâle et vivant, ce voleur du tonnerre,  
Et, joyeux, s'en alla sur le pic centenaire  
Le clouer, excitant par son rire moqueur  
Le vautour Angleterre à lui ronger le cœur.  
Évanouissement d'une splendeur immense!  
Du soleil qui se lève à la nuit qui commence,  
Toujours l'isolement, l'abandon, la prison;  
Un soldat rouge au seuil, la mer à l'horizon,  
Des rochers nus, des bois affreux, l'ennui, l'espace,  
Des voiles s'enfuyant comme l'espoir qui passe,  
Toujours le bruit des flots, toujours le bruit des vents!  
Adieu, tente de pourpre aux panaches mouvants,  
Adieu, le cheval blanc que César éperonne!  
Plus de tambours battant aux champs, plus de couronne,  
Plus de rois prosternés dans l'ombre avec terreur,  
Plus de manteaux traînant sur eux, plus d'empereur!  
Napoléon était retombé Bonaparte.  
Comme un Romain blessé par la flèche du Parthe,  
Saignant, morne, il songeait à Moscou qui brûla.  
Un caporal anglais lui disait: Halte-là!

Son fils aux mains des rois, sa femme au bras d'un autre.  
Plus vil que le pourceau qui dans l'égoût se vautre,  
Son sénat, qui l'avait adoré, l'insultait.  
Aux bords des mers, à l'heure où la bise se tait,  
Sur les escarpements croulant en noirs décombres,  
Il marchait, seul, rêveur, captif des vagues sombres.  
Sur les monts, sur les flots, sur les cieux, triste et fier.  
L'œil encore ébloui des batailles d'hier.  
Il laissait sa pensée errer à l'aventure!  
Grandeur, gloire, ô néant! calme de la nature!  
Les aigles qui passaient ne le connaissaient pas.  
Des rois, ses guichetiers, avaient pris un compas  
Et l'avaient enfermé dans un cercle inflexible.  
Il expiait. La mort, de plus en plus visible,  
Se levait dans sa nuit et croissait à ses yeux  
Comme le froid matin d'un jour mystérieux;  
Son âme palpitait déjà presque échappée.  
Un jour enfin il mit sur son lit son épée,  
Et se coucha près d'elle, et dit:—C'est aujourd'hui!  
On jeta le manteau de Marengo sur lui.  
Ses batailles du Nil, du Danube, du Tibre,  
Se penchaient sur son front; il dit:—Me voici libre!  
Je suis vainqueur! je vois mes aigles accourir!—  
Et, comme il retournait sa tête pour mourir,  
Il aperçut, un pied dans la maison déserte,  
Hudson-Lowe guettant par la porte entr'ouverte.  
Alors, géant broyé sous le talon des rois,  
Il cria:—La mesure est comble cette fois!  
Seigneur! c'est maintenant fini! Dieu que j'implore,  
Vous m'avez châtié! —La voix dit:—Pas encore!

VICTOR HUGO.

## LÉGENDES RUSTIQUES

### LE RUISSEAU

#### Apologue.

—Où vas-tu, heureux ruisseau? Pourquoi te presses-tu de fuir devant moi, toujours devant moi, sans t'arrêter pour me répondre?

—Pourquoi veux-tu le savoir, demoiselle curieuse? Amuse-toi à voler de feuille en feuille sur ce lotus qui fleurit sans s'inquiéter du flot qui le berce ou du vent qui l'agite.

—Où cours-tu, demoiselle agile? Pourquoi voler de feuille en feuille sans t'arrêter jamais pour me répondre?

—Pourquoi veux-tu le savoir, lotus frissonnant? Contente-toi de baigner tes pieds dans le sable fin qui dort sans demander aux cailloux pourquoi le ruisseau fuit et pourquoi le vent passe. Ainsi parlait la demoiselle au ruisseau et le lotus à la demoiselle. Ainsi répondait le ruisseau à la demoiselle et la demoiselle au lotus.

Le sable ne demanda rien aux cailloux. En eux la vie était inerte et la volonté nulle. Le ruisseau les dérangerait souvent, et ils ne s'en plainquirent pas. Ils n'ont même pas su qu'ils avaient changé de place.

Le ruisseau emporta plus loin encore les fleurs et les feuilles de la plante où l'insecte s'était endormi. Tous se perdirent au loin, bien loin, dans les grandes eaux où tout s'abîme et s'efface. Le ruisseau lui-même perdit, au sein des vastes mers, et son doux nom, et son cours gracieux et la qualité de ses ondes limpides.

Qu'importe? Le ruisseau, toujours renouvelé à sa

source, continue toujours son gai voyage, toujours pressé d'arriver au but, toujours fier d'y courir. Le lotus a laissé sa graine dans le limon, l'insecte y a caché sa larve. L'un repousse, l'autre renaît à chaque printemps, toujours pressé de vivre, toujours fier de mirer sa beauté dans les ondes.

Le sable n'a rien fait que de s'agglomérer en cailloux, et les cailloux n'ont rien fait que de s'égrainer en sable.

L'égoïste parle comme le ruisseau qui conseille à l'insecte de rester sur la plante, et comme l'insecte qui conseille à la plante de rester dans le sable.

L'intensité de la vie est le but de l'homme, sa jouissance, sa valeur et sa gloire. Il doit courir comme l'onde, fleurir comme la plante, féconder comme l'insecte. L'homme que l'on réduit au métier de caillou et que l'on écrase comme le sable, n'a pas même le triste bonheur d'être insensible.

Il reste assez homme pour envier la plante, l'insecte et le ruisseau qui courent, s'agitent et se renouvellent.

GEORGES SAND.

---

## LE COR

J'aime le son du cor, le soir, au fond des bois,  
Soit qu'il chante les pleurs de la biche aux abois,  
Ou l'adieu du chasseur que l'écho faible accueille,  
Et que le vent du nord porte de feuille en feuille.

Que de fois, seul, dans l'ombre à minuit demeuré,  
J'ai souri de l'entendre, et plus souvent pleuré!

Car je croyais ouïr de ces bruits prophétiques  
Qui précédaient la mort des paladins antiques.

Et montagne d'azur! ô pays adoré!  
Rocs de la Frazona, cirque du Marboré,  
Cascades qui tombez des neiges entraînées,  
Sources, gaves, ruisseaux, torrents des Pyrénées.

Monts gelés et fleuris, trône des deux saisons,  
Dont le front est de glace et le pied de gazons!  
C'est là qu'il faut s'asseoir, c'est là qu'il faut entendre  
Les airs lointains d'un cor mélancolique et tendre.

Souvent un voyageur, lorsque l'air est sans bruit,  
De cette voix d'airain fait retentir la nuit;  
A ses chants cadencés autour de lui se mêle  
L'harmonieux grelot du jeune agneau qui bêle.

Une biche attentive, au lieu de se cacher,  
Se suspend immobile au sommet du rocher,  
Et la cascade unit, dans une chute immense,  
Son éternelle plainte aux chants de la romance.

Ames des chevaliers, revenez-vous encor?  
Est-ce vous qui parlez avec la voix du cor?  
Roncevaux! Roncevaux! dans ta sombre vallée  
L'ombre du grand Roland n'est donc pas consolée!

A. DE VIGNY.

## DIANE DE TURGIS

### Chronique du règne de Charles IX.

#### LA SORTIE

Une pluie fine et froide, qui était tombée sans interruption pendant toute la nuit, venait enfin de cesser au moment où le jour naissant s'annonçait dans le ciel par une lumière blafarde du côté de l'orient. Elle perçait avec peine un brouillard lourd et rasant la terre, que le vent déplaçait çà et là en y faisant comme de larges trouées; mais ces flocons grisâtres se réunissaient bientôt, comme les vagues séparées par un navire retombent et remplissent le sillage qu'il vient de tracer. Couverte de cette vapeur épaisse que perçaient les cimes de quelques arbres, la campagne ressemblait à une vaste inondation.

Dans la ville, la lumière incertaine du matin, mêlée à la lueur des torches, éclairait une troupe assez nombreuse de soldats et de volontaires rassemblés dans la rue qui conduisait au bastion de l'Évangile. Ils frappaient le pavé du pied, et s'agitaient sans changer de place comme des gens pénétrés par ce froid humide et perçant qui accompagne le lever du soleil en hiver. Les jurements et les imprécations énergiques n'étaient point épargnés contre celui qui leur avait fait prendre les armes de si grand matin; mais, malgré leurs injures, on démêlait dans leurs discours la bonne humeur et l'espérance qui anime des soldats conduits par un chef estimé. Ils disaient d'un ton moitié plaisant, moitié colère:

—Ce maudit *Bras-de-fer*, ce *Jean-qui-ne-dort*, ne saurait déjeuner qu'il n'ait donné un réveille-matin à nos tueurs de petits enfants! — Que la fièvre le serre! Le diable d'homme! avec lui on n'est jamais sûr de faire une bonne

nuit.— Par la barbe de feu monsieur l'Amiral! si je n'entends ronfler bientôt les arquebusades, je vais m'endormir comme si j'étais encore dans mon lit. —Ah! vivat! voici le brandevin qui va nous remettre le cœur au ventre, et nous empêcher de gagner des rhumes au milieu de ce brouillard du diable.

Pendant que l'on distribuait du brandevin aux soldats, les officiers, entourant La Noue debout sous l'auvent d'une boutique, écoutaient avec intérêt le plan de l'attaque qu'il se proposait de faire contre l'armée assiégeante. Un roulement de tambours se fit entendre; chacun reprit son poste; un ministre s'avança, bénit les soldats, les exhortant à bien faire, sous la promesse de la vie éternelle s'il leur arrivait de ne pouvoir, et pour cause, rentrer dans la ville et recevoir les récompenses et les remerciements de leurs concitoyens. Le sermon fut court, et La Noue le trouva trop long. Ce n'était plus le même homme qui, la veille, regrettait chaque goutte de sang français répandu dans cette guerre. Il n'était plus qu'un soldat, et semblait avoir hâte de revoir une scène de carnage. Aussitôt que le discours du ministre fut terminé et que les soldats eurent répondu *Amen*, il s'écria d'un ton de voix ferme et dur:

—Camarades! monsieur vient de vous dire vrai; recommandons-nous à Dieu et à Notre-Dame de Frappe-Fort. Le premier qui tirera avant que sa bourre entre dans le ventre d'un papiste, je le tuerai, si j'en réchappe.

—Monsieur, lui dit tout bas Mergy, voilà un discours bien différent de ceux d'hier.

—Savez-vous le latin? lui demanda La Noue d'un ton brusque.

—Oui, monsieur.



—Eh bien! souvenez-vous de ce beau dicton: *Age quod agis.*

Il fit un signal; on tira un coup de canon; et toute la troupe se dirigea à grand pas vers la campagne; en même temps de petits pelotons de soldats, sortant par différentes portes, allèrent donner l'alarme sur plusieurs points des lignes ennemies, afin que les catholiques, se croyant assaillis de toutes parts, n'osassent porter des secours contre l'attaque principale, de peur de dégarnir un endroit de leurs retranchements partout menacés.

Le bastion de l'Évangile, contre lequel les ingénieurs de l'armée catholique avaient dirigé leurs efforts, avait surtout à souffrir d'une batterie de cinq canons, établie sur une petite éminence surmontée d'un bâtiment ruiné qui, avant le siège, avait été un moulin. Un fossé avec un parapet en terre défendait les approches du côté de la ville, et en avant du fossé on avait placé plusieurs arquebusiers en sentinelle. Mais, ainsi que l'avait prévu le capitaine protestant, leurs arquebuses, exposées pendant plusieurs heures à l'humidité, devaient être à peu près inutiles, et les assaillants, bien pourvus de tout, préparés à l'attaque, avaient un grand avantage sur des gens surpris à l'improviste, fatigués par les veilles, trempés de pluie et transis de froid.

Les premières sentinelles sont égorgées. Quelques arquebusades, parties par miracle, éveillent la garde de la batterie à temps pour voir l'ennemi déjà maître du parapet et grim pant contre la butte du moulin. Quelques-uns essayent de résister; mais leurs armes échappent à leurs mains raidies par le froid; presque toutes leurs arquebuses ratent, tandis que pas un seul coup des assaillants ne se perd. La victoire n'est plus douteuse, et déjà les pro-

testants, maîtres de la batterie, poussent le cri féroce de :

—*Point de quartier! Souvenez-vous du 24 août.*

Une cinquantaine de soldats avec leur capitaine étaient logés dans la tour du moulin; le capitaine, en bonnet de nuit et en caleçon, tenant un oreiller d'une main et son épée de l'autre, ouvre la porte, et sort en demandant d'où vient ce tumulte. Loin de penser à une sortie de l'ennemi, il s'imaginait que le bruit provenait d'une querelle entre ses propres soldats. Il fut cruellement détrompé; un coup de hallebarde l'étendit par terre baigné dans son sang. Les soldats eurent le temps de barricader la porte de la tour, et pendant quelque temps ils se défendirent avec avantage en tirant par les fenêtres; mais il y avait tout contre ce bâtiment un grand amas de paille et de foin, ainsi que des branchages qui devaient servir à faire des gabions. Les protestants y mirent le feu qui, en un instant, enveloppa la tour et monta jusqu'au sommet. Bientôt on entendit des cris lamentables en sortir. Le toit était en flammes et allait tomber sur la tête des malheureux qu'il couvrait. La porte brûlait, et les barricades qu'ils avaient faites les empêchaient de sortir par cette issue. S'ils tentaient de sauter par les fenêtres, ils tombaient dans les flammes, ou bien étaient reçus sur la pointe des piques. On vit alors un spectacle affreux. Un enseigne, revêtu d'une armure complète, essaya de sauter comme les autres par une fenêtre étroite. Sa cuirasse se terminait, suivant une mode alors assez commune, par une espèce de jupon en fer qui couvrait les cuisses et le ventre, et s'élargissait comme le haut d'un entonnoir, de manière à permettre de marcher facilement. La fenêtre n'était pas assez large pour laisser passer cette partie de son armure, et l'enseigne, dans son

trouble, s'y était précipité avec tant de violence, qu'il se trouva avoir la plus grande partie du corps en dehors sans pouvoir remuer, et pris comme dans un étau. Cependant les flammes montaient jusqu'à lui, échauffaient son armure, et l'y brûlaient lentement comme dans une fournaise ou dans ce fameux taureau d'airain inventé par Phalaris. Le malheureux poussait des cris épouvantables, et agitait vainement les bras comme pour demander du secours. Il se fit un moment de silence parmi les assailants; puis, tous ensemble, et comme par un commun accord, ils poussèrent une clameur de guerre pour s'étourdir et ne pas entendre les gémissements de l'homme qui brûlait. Il disparut dans un tourbillon de flammes et de fumée, et l'on vit tomber au milieu des débris de la tour un casque rouge et fumant.

Au milieu d'un combat, les sensations d'horreur et de tristesse sont de courte durée: l'instinct de sa propre conservation parle trop fortement à l'esprit du soldat pour qu'il soit longtemps sensible aux misères des autres. Pendant qu'une partie des Rochelois poursuivait les fuyards, les autres enclouaient les canons, en brisaient les roues, et précipitaient dans le fossé les gabions de la batterie et les cadavres de ses défenseurs.

Mergy, qui avait été des premiers à escalader le fossé et l'épaulement, reprit haleine un instant pour graver avec la pointe de son poignard le nom de Diane sur une des pièces de la batterie; puis il aida les autres à détruire les travaux des assiégeants.

Un soldat avait pris par la tête le capitaine catholique, qui ne donnait aucun signe de vie; un autre tenait ses pieds, et tous deux s'apprêtaient en le balançant en mesure, à le lancer dans le fossé. Tout à coup le préten-

du mort, ouvrant les yeux, reconnut Mergy, et s'écria :

—Monsieur de Mergy, grâce! je suis prisonnier, sauvez-moi! Ne reconnaissez-vous pas votre ami Béville?

Ce malheureux avait la figure couverte de sang, et Mergy eut peine à reconnaître dans ce moribond le jeune courtisan qu'il avait quitté plein de vie et de gaieté. Il le fit déposer avec précaution sur l'herbe, banda lui-même sa blessure, et, l'ayant placé en travers sur un cheval, il donna l'ordre de l'emporter doucement dans la ville.

Comme il lui disait adieu et qu'il aidait à conduire le cheval hors de la batterie, il aperçut dans une éclaircie un gros de cavaliers qui s'avançaient au trot entre la ville et le moulin. Suivant toute apparence c'était un détachement de l'armée catholique qui voulait leur couper la retraite. Mergy courut aussitôt en prévenir La Noue :

—Si vous voulez me confier seulement quarante arquebusiers, dit-il, je vais me jeter derrière la haie qui borde ce chemin creux par où ils vont passer, et, s'ils ne tournent bride au plus vite, faites-moi pendre.

—Très bien, mon garçon, tu seras un jour un bon capitaine. Allons, vous autres, suivez ce gentilhomme et faites ce qu'il vous commandera.

En un instant Mergy eut disposé ses arquebusiers le long de la haie; il leur fit mettre un genou en terre, préparer leurs armes et sur toute chose il leur défendit de tirer avant son ordre.

Les cavaliers ennemis s'avançaient rapidement, et déjà on entendait distinctement le trot de leurs chevaux dans la boue du chemin creux.

—Leur capitaine, dit Mergy, à voix basse, est ce drôle à la plume rouge que nous avons manqué hier. Ne le manquons pas aujourd'hui.

L'arquebusier qu'il avait à sa droite baissa la tête, comme pour dire qu'il en faisait son affaire. Les cavaliers n'étaient plus qu'à vingt pas, et leur capitaine, se tournant vers ses gens, semblait prêt à leur donner un ordre, quand Mergy, s'élevant tout à coup, s'écria :

— Feu !

Le capitaine à la plume rouge tourna la tête, et Mergy reconnut son frère. Il étendit la main vers l'arquebuse de son voisin pour la détourner; mais, avant qu'il pût la toucher, le coup était parti. Les cavaliers, surpris de cette décharge inattendue, se dispersèrent fuyant dans la campagne; le capitaine Georges tomba percé de deux balles.

PROSPER MÉRIMÉE.

---

## LA POÉSIE

Chasser tout souvenir, et fixer la pensée,  
Sur un bel axe d'or la tenir balancée,  
Incertaine, inquiète, immobile pourtant;  
Éterniser peut-être un rêve d'un instant;  
Aimer le vrai, le beau, chercher leur harmonie;  
Écouter dans son cœur l'écho de son génie,  
Chanter, rire, pleurer, seul, sans but, au hasard;  
D'un sourire, d'un mot, d'un soupir, d'un regard,  
Faire un travail exquis, plein de crainte et de charme,  
Faire une perle d'une larme:  
Du poète ici-bas voilà la passion,  
Voilà son bien, sa vie et son ambition.

---

A MON AMI ALFRED T...

Dans mes jours de malheur, Alfred, seul entre mille,  
Tu m'es resté fidèle où tant d'autres m'ont fui.  
Le bonheur m'a prêté plus d'un lien fragile;  
Mais c'est l'adversité qui m'a fait un ami;

C'est ainsi que les fleurs sur les côteaux fertiles  
Étalent au soleil leur vulgaire trésor;  
Mais c'est au sein des nuits, sous des rochers stériles,  
Que fouille le mineur qui cherche un rayon d'or.

C'est ainsi que les mers calmes et sans orages,  
Peuvent d'un flot d'azur bercer le voyageur;  
Mais c'est le vent du nord, c'est le vent des naufrages  
Qui jette sur la rive une perle au pêcheur.

Maintenant Dieu me garde! Où vais-je? Eh! que m'im-  
[porte?

Quels que soient mes destins, je dis comme Byron:  
«L'Océan peut gronder, il faudra qu'il me porte.»  
Si mon coursier s'abat, j'y mettrai l'éperon.

Mais du moins j'aurai pu, frère, quoi qu'il m'arrive,  
De mon cachet de deuil sceller notre amitié,  
Et, que demain je meure ou que demain je vive,  
Pendant que mon cœur bat, t'en donner la moitié.

## UN PREUX D'HIER

Soldats, arrêtons-nous.—C'est ici la demeure  
Du capitaine Frank, du plus grand des soldats.  
Notre vieil empereur l'a serré dans ses bras.  
Couronné par le peuple, il viendra tout à l'heure  
Souper dans ce palais avec ses compagnons.  
Jamais preux chevalier n'a mieux conquis sa gloire;  
Il a seul, près d'Inspruck, emporté l'aigle noire  
Du cœur de la mêlée aux bouches des canons.  
Vingt fois ses cuirassiers l'ont cru, dans la bataille,  
Coupé par les boulets, brisé par la mitraille.  
Il avançait toujours, toujours en éclaireur;  
On le voyait du feu sortir comme un plongeur.  
Trois balles l'ont frappé;—sa trace était suivie;  
Mais le Dieu des hasards n'a voulu de sa vie  
Que ce qu'il en fallait pour gagner ses chevrons,  
Et pouvoir de son sang dorer ses éperons.

A. DE MUSSET.

---

## SCÈNES DE LA VIE MILITAIRE

---

### LA REINE DU DÉSERT

Lors de l'expédition entreprise dans la Haute-Égypte par le général Desaix, un soldat provençal, étant tombé au pouvoir des Maugrabins, fut emmené par les Arabes dans les déserts situés au delà des cataractes du Nil. Afin de mettre entre eux et l'armée française un espace suffisant pour leur tranquillité, les Maugrabins firent une marche forcée, et ne s'arrêtèrent qu'à la nuit. Ils campèrent

autour d'un puits masqué par des palmiers, auprès desquels ils avaient précédemment enterré quelques provisions. Ne supposant pas que l'idée de fuir pût venir à leur prisonnier, ils se contentèrent de lui attacher les mains, et s'endormirent tous, après avoir mangé quelques dattes et donné de l'orge à leurs chevaux.

Quand le hardi Provençal vit ses ennemis hors d'état de le surveiller, il se servit de ses dents pour s'emparer d'un cimenterre; puis, s'aidant de ses genoux pour en fixer la lame, il trancha les cordes qui lui ôtaient l'usage de ses mains et se trouva libre. Aussitôt, il se saisit d'une carabine et d'un poignard, se précautionna d'une provision de dattes sèches, d'un petit sac d'orge, de poudre et de balles; ceignit un cimenterre, monta sur un cheval, et piqua vivement dans la direction où il supposa que devait être l'armée française. Impatient de revoir un bivac, il pressa tellement le coursier, déjà fatigué, que le pauvre animal expira, les flancs déchirés, laissant le Français au milieu du désert.

Après avoir marché pendant quelque temps dans le sable avec tout le courage d'un forçat qui s'évade, le soldat fut obligé de s'arrêter; le jour finissait.

... Il descendit le revers opposé à celui par lequel il était monté, la veille, sur la colline. Sa joie fut grande en découvrant une espèce de grotte, naturellement taillée dans les immenses fragments de granit qui formaient la base de ce monticule.

Fatigué par la chaleur et le travail, il s'endormit sous les lambris rouges de sa grotte humide. Au milieu de la nuit, son sommeil fut troublé par un bruit extraordinaire. Il se dressa sur son séant, et le silence profond qui régnait lui permit de reconnaître l'accent alternatif d'une



respiration dont la sauvage énergie ne pouvait appartenir à une créature humaine. Une profonde peur, encore augmentée par l'obscurité, par le silence et par les fantaisies du réveil, lui glaça le cœur. Il sentit même à peine la douloureuse contraction de sa chevelure quand, à force de dilater les pupilles de ses yeux, il aperçut dans l'ombre deux lueurs faibles et jaunes. D'abord, il attribua ces lumières à quelque reflet de ses prunelles; mais bientôt, le vif éclat de la nuit l'aidant par degrés à distinguer les objets qui se trouvaient dans la grotte, il aperçut un énorme animal couché à deux pas de lui. Était-ce un lion, un tigre, ou un crocodile? Le Provençal n'avait pas assez d'instruction pour savoir dans quel sous-genre était classé son ennemi; mais son effroi fut d'autant plus violent, que son ignorance lui fit supposer tous les malheurs ensemble. Il endura le cruel supplice d'écouter, de saisir les caprices de cette respiration, sans en rien perdre et sans oser se permettre le moindre mouvement.

Bientôt, les reflets de la lune, qui se précipitait vers l'horizon, éclairant la tanière, firent insensiblement resplendir la peau tachetée d'une panthère. Ce lion d'Égypte dormait, roulé comme un gros chien, paisible possesseur d'une niche somptueuse à la porte d'un hôtel; ses yeux, ouverts pendant un moment, s'étaient refermés. Il avait la face tournée vers le Français. Mille pensées confuses passèrent dans l'âme du prisonnier de la panthère; d'abord il voulut la tuer d'un coup de carabine, mais il s'aperçut qu'il n'y avait pas assez d'espace entre elle et lui pour l'ajuster, le canon aurait dépassé l'animal. Et s'il l'éveillait?... Cette hypothèse le rendit immobile. En écoutant battre son cœur au milieu du silence, il maudissait les pulsations trop fortes que l'affluence du sang y produisait,

redoutant de troubler ce sommeil qui lui permettait de chercher un expédient salutaire. Il mit la main deux fois sur son cimeterre, dans le dessein de trancher la tête à son ennemie; mais la difficulté de couper un poil ras et dur l'obligea de renoncer à ce hardi projet.

—La manquer? ce serait mourir sûrement, pensa-t-il.

Il préféra les chances d'un combat, et résolut d'attendre le jour.

Et le jour ne se fit pas longtemps désirer. Le Français put alors examiner la panthère; elle avait le museau teint de sang.

—Elle a bien mangé!... pensa-t-il, sans s'inquiéter si le festin avait été composé de chair humaine; elle n'aura pas faim à son réveil.

C'était une bête superbe. La fourrure du ventre et des cuisses étincelait de blancheur. Plusieurs petites taches semblables à du velours, formaient de jolis bracelets autour des pattes. La queue musculeuse était également blanche, mais terminée par des anneaux noirs. Le dessus de la robe, jaüne comme de l'or mat, mais bien lisse et doux, portait ces mouchetures caractéristiques, nuancées en forme de roses, qui servent à distinguer les panthère, des autres espèces de *felis*. Cette tranquille et redoutable hôtesse ronflait dans une pose aussi gracieuse que celle d'une chatte couché sur le coussin d'une ottomane. Ses sanglantes pattes, nerveuses et bien armés, étaient en avant de sa tête, qui reposait dessus et de laquelle partaient ces barbes rares et droites, semblables à des fils d'argent. Si elle avait été ainsi dans une cage, le Provençal aurait certes admiré la grâce de cette bête et les vigoureux contrastes des couleurs vives qui donnaient à sa simarre un éclat impérial; mais, en ce moment, il sentait sa

vue troublée par cet aspect sinistre. La présence de la panthère, même endormie, lui faisait éprouver l'effet que les yeux magnétiques du serpent produisent, dit-on, sur le rossignol.

Le courage du soldat finit par s'évanouir un instant devant ce danger, tandis qu'il se serait sans doute exalté sous la bouche des canons vomissant la mitraille. Cependant, une pensée intrépide se fit jour en son âme, et tarit dans sa source la sueur froide qui lui découlait du front. Agissant comme les hommes qui, poussés à bout par le malheur, arrivent à défier la mort et s'offrent à ses coups, il vit sans s'en rendre compte une tragédie dans cette aventure, et résolut d'y jouer son rôle avec honneur jusqu'à la dernière scène.

—Avant-hier, les Arabes m'auraient peut-être tué!... se dit-il.

Se considérant comme mort, il attendit bravement et avec une inquiète curiosité le réveil de son ennemi. Quand le soleil parut, la panthère ouvrit subitement les yeux; puis elle étendit violemment ses pattes, comme pour les dégourdir et dissiper des crampes. Enfin elle bâilla, montrant ainsi l'épouvantable appareil de ses dents et sa langue fourchue, aussi dure qu'une râpe.

Elle lécha le sang qui teignait ses pattes, son museau, et se gratta la tête par des gestes réitérés pleins de gentillesse.

—Bien!... fais un petit bout de toilette... dit en lui-même le Français, qui retrouva sa gaieté en reprenant du courage; nous allons nous souhaiter le bonjour.

Et il saisit le petit poignard court dont il avait débarrassé les Maugrabins.

En ce moment, la panthère retourna la tête vers le

Français et le regarda fixement sans avancer. La rigidité de ses yeux métalliques et leur insupportable clarté firent tressaillir le Provençal, surtout quand la bête marcha vers lui; mais il la contempla d'un air caressant, et, la guignant comme pour la magnétiser, il la laissa venir près de lui.

Elle bondit avec la légèreté des moineaux sautant d'une branche à une autre, et vint se frotter contre les jambes du soldat en faisant le gros dos à la manière des chattes; puis, regardant son hôte d'un œil dont l'éclat était devenu moins inflexible, elle jeta ce cri sauvage que les naturalistes comparent au bruit d'une scie.

Le soldat essaya d'aller et de venir, la panthère le laissa libre, se contentant de le suivre des yeux, ressemblant ainsi moins à un chien fidèle qu'à un gros angora inquiet de tout, même des mouvements de son maître. Quand il se retourna, il aperçut du côté de la fontaine les restes de son cheval; la panthère en avait traîné jusque-là le cadavre. Les deux tiers environ étaient dévorés. Ce spectacle rassura le Français. Il lui fut facile alors d'expliquer l'absence de la panthère, et le respect qu'elle avait eu pour lui pendant son sommeil.

Ce premier bonheur l'enhardissant à tenter l'avenir, il conçut le fol espoir de faire bon ménage avec la panthère pendant toute la journée, en ne négligeant aucun moyen de l'appriivoiser et de se concilier ses bonnes grâces. Il revint près d'elle et eut l'ineffable bonheur de lui voir remuer la queue un mouvement presque insensible. Il s'assit alors sans crainte auprès d'elle, et ils se mirent à jouer tous les deux: il lui prit les pattes, le museau lui tournilla les oreilles, la renversa sur le dos, et gratta fortement ses flancs chauds et soyeux. Elle se laissa faire

et, quand le soldat essaya de lui lisser le poil des pattes elle rentra soigneusement ses ongles recourbés comme des damas. Le Français, qui gardait une main sur son poignard, pensait encore à le plonger dans le ventre de la trop confiante panthère; mais il craignit d'être immédiatement étranglé dans la dernière convulsion qui l'agiterait. Et, d'ailleurs, il entendit dans son cœur une sorte de remords qui lui criait de respecter une créature inoffensive. Il lui semblait avoir trouvé une amie dans ce désert sans bornes.

Vers la fin de la journée, il s'était familiarisé avec sa situation périlleuse, et il en aimait presque les angoisses. Enfin, sa compagne avait fini par prendre l'habitude de le regarder quand il criait en voix de fausset: «*Mignonne!*» Au coucher du soleil, Mignonne fit entendre à plusieurs reprises un cri profond et mélancolique.

...Quelque puissant que fût le désir du soldat de rester debout et sur ses gardes, il dormit. A son réveil, il ne vit plus la panthère; il monta sur la colline, et dans le lointain, il l'aperçut accourant par bonds, suivant l'habitude de ces animaux, auxquels la course est interdite par l'extrême flexibilité de leur colonne vertébrale. Mignonne arriva les babines sanglantes; elle reçut les caresses que lui fit son compagnon; et ses yeux se tournèrent avec encore plus de douceur que la veille sur le Provençal qui lui parlait comme à un animal domestique.

Quelques jours se passèrent ainsi. Cette compagnie permit au Provençal d'admirer les sublimes beautés du désert... La solitude lui révéla tous ses secrets, l'enveloppa de ses charmes. Il découvrit dans le lever et le coucher du soleil des spectacles inconnus au monde. Il sut tressaillir en entendant au-dessus de sa tête le doux siffle-

ment des ailes d'un oiseau—rare passager!—en voyant les nuages se confondre,—voyageurs changeants et colorés! Il étudia pendant la nuit les effets de la lune sur l'océan des sables, où le simoun produisait des vagues, des ondulations et de rapides changements. Il vécut avec le jour de l'Orient, il en admira les pompes merveilleuses; et souvent, après avoir joui du terrible spectacle d'un ouragan dans cette plaine où les sables soulevés produisaient des brouillards rouges et secs, des nuées mortelles, il voyait venir la nuit avec délices, car alors tombait la bienfaisante fraîcheur des étoiles. Il écouta des musiques imaginaires dans les cieux. Puis la solitude lui apprit à déployer les trésors de la rêverie. Il passait des heures entières à se rappeler des riens, à comparer sa vie passée à sa vie présente. Enfin, il se passionna pour sa panthère, car il lui fallait bien une affection. Soit que sa volonté, puissamment projetée, eût modifié le caractère de sa compagne, soit qu'elle trouvât une nourriture abondante grâce aux combats qui se livraient alors dans ces déserts, elle respecta la vie du Français, qui finit par ne plus s'en défier en la voyant si bien apprivoisée.

Le soldat employait la plus grande partie du temps à dormir; mais il était obligé de veiller, comme une araignée au sein de sa toile, pour ne pas laisser échapper le moment de sa délivrance, si quelqu'un passait dans la sphère décrite par l'horizon. Il avait sacrifié sa chemise pour en faire un drapeau, arboré sur le haut d'un palmier dépouillé de feuillage. Conseillé par la nécessité, il sut trouver le moyen de le garder déployé en le tendant avec des baguettes, car le vent aurait pu ne pas l'agiter au moment où le voyageur attendu regarderait dans le désert...

C'était pendant les longues heures où l'abandonnait l'espérance qu'il s'amusait avec la panthère. Il avait fini par connaître les différentes inflexions de sa voix, l'expression de ses regards; il avait étudié les caprices de toutes les taches qui nuançaient l'or de sa robe. Mignonne ne grondait même plus quand il lui prenait la touffe par laquelle sa redoutable queue était terminée, pour en compter les anneaux noirs et blancs, ornement gracieux, qui brillait de loin au soleil comme des pierreries. Il avait du plaisir à contempler les lignes moelleuses et fines des contours, la blancheur du ventre, la grâce de la tête. Mais c'était surtout quand elle folâtrait qu'il la regardait complaisamment, et l'agilité, la jeunesse de ses mouvements, le surprenaient toujours; il admirait sa souplesse quand elle se mettait à bondir, à ramper, à se glisser, à se fourrer, à s'accrocher, se rouler, se blottir, s'élancer partout. Quelque glissant que fût un bloc de granit, elle s'y arrêtait tout court au mot de « *Mignonne!* »

\*  
\* \*

Mais comment deux êtres si bien faits pour se comprendre ont-ils fini?

— Ah! voilà!... par un malentendu.

Un jour, me dit le vieux grognard, je ne sais quel mal je fis à ma panthère; mais elle se retourna comme si elle eût été enragée, et, de ses dents aiguës, elle m'entama la cuisse, faiblement sans doute. Moi, croyant qu'elle voulait me dévorer, je lui plongeai mon poignard dans le cou. Elle roula en me jetant un cri qui me glaça le cœur, je la vis se débattant en me regardant sans colère. J'aurais voulu pour tout au monde, pour ma croix, que je n'avais pas encore, la rendre à la vie. C'était comme si j'eusse

assassiné une personne véritable. Et les soldats qui avaient vu mon drapeau, et qui accoururent à mon secours me trouvèrent tout en larmes...

—Eh bien, monsieur, reprit-il après un moment de silence, j'ai fait depuis la guerre en Allemagne, en Espagne, en Russie, en France; j'ai bien promené mon cadavre, je n'ai rien vu de semblable au désert... Ah! c'est que cela est bien beau!

HONORÉ DE BALZAC.

---

## LUCRÈCE

### Acte I.

#### LA MATRONE ROMAINE

*(Au lever du rideau, Lucrèce, une quenouille à la main, est assise près d'une table placée entre elle et sa nourrice. Plusieurs esclaves, groupées autour de Lucrèce, sont occupées de divers travaux. Une lampe sur la table.)*

LUCRÈCE, à une des esclaves.

Lève-toi, Laodice, et va puiser dans l'urne  
L'huile qui doit brûler dans la lampe nocturne.  
Les heures du repos viendront un peu plus tard.  
La nuit n'a pas encor fourni son premier quart,  
Et je veux achever de filer cette laine,  
Avant d'éteindre enfin la lampe deux fois pleine.

*(Laodice se lève et va chercher de l'huile qu'elle verse dans la lampe.)*

#### LA NOURRICE

Lucrèce, écoutez-moi; car vous n'oubliez pas  
Que je vous ai longtemps portée entre mes bras:  
C'est pourquoi laissez-moi parler.—Que vos esclaves



Filent pour votre époux les amples laticlaves,  
Je les ferai veiller jusqu'au chant de l'oiseau  
De qui la voix sacrée annonce un jour nouveau.  
Mais vous, ma chère enfant, suspendez votre tâche;  
Vous la reprenez mieux après quelque relâche.  
Faut-il donc que vos yeux s'usent, toujours baissés,  
A suivre dans vos doigts le fil que vous tressez?  
Pourquoi vous imposer tant de pénibles veilles?  
Cherchez à vous distraire, imitez vos pareilles;  
Et que, de temps en temps, des danses, des concerts,  
Ramènent la gaieté dans vos foyers déserts.

LUCRÈCE

Quand mon mari combat en bon soldat de Rome,  
Je dois agir en femme ainsi qu'il fait en homme.  
Nourrice, nous avons tous les deux notre emploi:  
Lui, les armes en main, doit défendre son roi;  
Il doit montrer l'exemple aux soldats qu'il commande;  
Mon devoir est égal, si ma tâche est moins grande.  
Et ma vertu doit être au niveau de mon rang.  
La vertu que choisit la mère de famille.  
C'est d'être la première à manier l'aiguille,  
La plus industrielle à filer la toison,  
A préparer l'habit propre à chaque saison,  
Afin qu'en revenant au foyer domestique,  
Le guerrier puisse mettre une blanche tunique,  
Et rendre grâce aux dieux de trouver, sur le seuil,  
Une femme soigneuse et qui lui fasse accueil.  
—Laisse à d'autres que nous les concerts et la danse.  
Ton langage, nourrice, a manqué de prudence.  
La maison d'une épouse est un temple sacré  
Où même le soupçon ne soit jamais entré,

Et son époux absent est une loi plus forte  
Pour que toute rumeur se taise vers sa porte...

LA NOURRICE

Eh bien soit. Prolongez cette retraite austère,  
Défendez aux plaisirs votre seuil solitaire;  
Mais, cessant d'ajouter la fatigue aux ennuis,  
Que le travail au moins n'abrège pas vos nuits.  
Le sommeil entretient la beauté du visage;  
L'insomnie, au contraire, y marque son passage.  
Gardez que votre époux, de son premier regard,  
Ne vous trouve moins belle au retour qu'au départ.

LUCRÈCE

Tu me presses en vain; je veux rester fidèle,  
Par mon aïeule instruite, aux mœurs que je tiens d'elle.  
Les femmes de son temps mettaient tout leur souci  
A surveiller l'ouvrage, à mériter ainsi  
Qu'on lût sur leur tombeau, digne d'une Romaine:  
«Elle vécut chez elle, et fila de la laine.»  
Les doigts laborieux rendent l'esprit plus fort,  
Tandis que la vertu dans les loisirs s'endort.  
Aussi, celle qui prend l'aiguille de Minerve,  
Minerve, applaudissant, l'appuie et la préserve.  
Le travail, il est vrai, peut ternir ma beauté;  
Mais rien ne ternira mon honneur respecté;  
Et, si je dois choisir injure pour injure,  
La ride au front sied mieux qu'au nom la flétrissure.  
—C'est assez: le temps passe à tenir ce propos;  
Quand la langue se meut, la main reste en repos.  
Poursuivons notre tâche.—Allons!

PONSARD.

(Calmann-Lévy, édit.)

## HISTOIRE DE FRANCE

JEANNE D'ARC

... L'histoire est telle:

Une enfant de douze ans, une toute jeune fille, confondant la voix de son cœur avec la voix du ciel, conçoit l'idée étrange, improbable, absurde, si l'on veut, d'exécuter la chose que les hommes ne peuvent plus faire, de sauver son pays. Elle couve cette idée pendant six ans sans la confier à personne; elle n'en dit rien, même à sa mère, rien à nul confesseur. Sans nul appui de prêtre ou de parents, elle marche tout ce temps avec Dieu dans la solitude de son grand dessein. Elle attend qu'elle ait dix-huit ans, et alors immuable elle l'exécute, malgré les siens et malgré tout le monde. Elle traverse la France ravagée et déserte, les routes infestées de brigands; elle s'impose à la cour de Charles VII, se jette dans la guerre et dans les camps qu'elle n'a jamais vus, dans les combats, rien ne l'étonne; elle plonge intrépide au milieu des épées. Blessée toujours, découragée jamais, elle rassure les vieux soldats, entraîne tout le peuple, qui devient soldat avec elle, et personne n'ose plus avoir peur de rien. Tout est sauvé! La pauvre fille de sa chair pure et sainte, de ce corps délicat et tendre, a émoussé le fer, brisé l'épée ennemie, couvert de son sein le sein de la France.

La récompense, la voici. Livrée en trahison, outragée des barbares, tentée des pharisiens qui essayent en vain de la prendre par ses paroles, elle résiste en tout à ce dernier combat, elle monte au-dessus d'elle-même, éclate en paroles sublimes, qui feront pleurer éternellement...

Abandonnée du roi et de son peuple qu'elle a sauvés, par le cruel chemin des flammes elle revient dans le sein de Dieu. Elle n'en fonde pas moins sur l'échafaud le droit de la conscience, l'autorité de la voie intérieure.

Nul idéal qu'avait pu se faire l'homme n'a approché de cette très certaine réalité.

Ce n'est pas ici un docteur, un sage éprouvé par la vie, un martyr fort de ses doctrines, qui pour elles accepte la mort. C'est une fille, une enfant, qui n'a de force que son cœur.

... Quand on lui demanda, à cette fille jeune et simple qui n'avait rien fait que coudre et filer pour sa mère, comment elle avait pris sur elle de se faire homme, comment elle avait fait l'effort (elle si timide et rougissante) de s'en aller parler aux soldats, de les mener, les commander, les réprimander, les forcer de combattre...

Elle ne dit qu'un mot:

«*La pitié* qu'il y avoit au royaume de France.»

... Souvenons-nous toujours, Français, que la patrie, chez nous, est née du cœur d'une femme, de sa tendresse et de ses larmes, du sang qu'elle a donné pour nous.

MICHELET.

(Hachette et C<sup>ie</sup>. Paris.)

---

## GUILLAUME MONA

Dans le village de Fouly vivait, il y a quelques années, un pauvre paysan nommé Guillaume Mona.

Un ours venait toutes les nuits voler ses poires; car à ces bêtes tout est bon. Cependant il s'adressait de préférence à un poirier chargé de crassanes. Qu'est-ce qui se

douterait qu'un animal comme ça a le goût de l'homme, et qu'il ira choisir dans un verger justement les poires fondantes? Or le paysan de Fouly préférait aussi, par malheur, les crassanes à tous les autres fruits. Il crut d'abord que c'étaient des enfants qui venaient faire du dégât dans son clos; il prit, en conséquence, son fusil, le chargea avec du gros sel de cuisine, et se mit à l'affût. Vers les onze heures, un rugissement retentit dans la montagne. «Tiens, dit-il, il y a un ours dans les environs.» Dix minutes après, un second rugissement se fit entendre, mais si puissant, mais si rapproché, que Guillaume pensa qu'il n'aurait pas le temps de gagner sa maison, et se jeta à plat ventre contre terre, n'ayant plus qu'une espérance, que c'était pour ses poires et non pour lui que l'ours venait.

Effectivement l'animal parut presque aussitôt au coin du verger, s'avançant en droite ligne vers le poirier en question, passa à dix pas de Guillaume, monta lestement sur l'arbre, dont les branches craquaient sous le poids de son corps, et se mit à y faire une consommation telle, qu'il était évident que deux visites pareilles rendraient la troisième inutile. Lorsqu'il fut rassasié, l'ours descendit lentement, comme s'il avait du regret d'en laisser, repassa près de notre chasseur, à qui le fusil chargé de sel ne pouvait pas être, dans cette circonstance, d'une grande utilité, et se retira tranquillement dans la montagne. Tout cela avait duré une heure à peu près, pendant laquelle le temps avait paru plus long à l'homme qu'à l'ours.

Cependant l'homme était un brave..., et il avait dit tout bas, en voyant l'ours s'en aller: «C'est bon, va-t'en; mais ça ne se passera pas comme ça, nous nous reverrons.» Le lendemain, un de ses voisins qui le vint visi-

ter le trouva occupé à scier en lingots les dents d'une fourche.

«Qu'est-ce que tu fais donc là? lui dit-il.

—Je m'amuse», répondit Guillaume.

Le voisin prit les morceaux de fer, les tourna et les retourna dans sa main en homme qui s'y connaît, et après avoir réfléchi un instant:

«Tiens, Guillaume, dit-il, si tu veux être franc, tu avoueras que ces petits chiffons de fer sont destinés à percer une peau plus dure que celle d'un chamois?

—Peut-être, répondit Guillaume.

—Tu sais que je suis un bon enfant, reprit François (c'était le nom du voisin). Eh bien! si tu veux, à nous deux l'ours, deux hommes valent mieux qu'un.

—C'est selon», dit Guillaume; et il continua de scier son troisième lingot.

«Tiens, continua François, je te laisserai la peau à toi seul, et nous ne partagerons que la prime et la chair.

—J'aime mieux tout, dit Guillaume.

—Mais tu ne peux pas m'empêcher de chercher la trace de l'ours dans la montagne, et, si je la trouve, de me mettre à l'affût sur son passage.

—Tu es libre.» Et Guillaume, qui avait achevé de scier ses trois lingots, se mit, en sifflant, à mesurer une charge de poudre double de celle qu'on met ordinairement dans une carabine.

«Il paraît que tu prendras ton fusil de munition? dit François.

—Un peu! trois lingots de fer sont plus sûrs qu'une balle de plomb.

—Cela gâte la peau.

—Cela tue plus roide.

—Et quand comptes-tu faire ta chasse?

—Je te dirai cela demain.

—Une dernière fois, tu ne veux pas?

—Non.

—Je te préviens que je vais chercher la trace.

—Bien du plaisir.

—A nous deux, dis?

—Chacun pour soi.

—Adieu, Guillaume!

—Bonne chance, voisin!»

Et le voisin en s'en allant vit Guillaume mettre sa double charge de poudre dans son fusil de munition, y glisser ses trois lingots et poser l'arme dans un coin de sa boutique. Le soir, en repassant devant la maison, il aperçut, sur le banc qui était près de la porte, Guillaume assis et fumant tranquillement sa pipe. Il vint à lui de nouveau.

«Tiens, lui dit-il, je n'ai pas de rancune. J'ai trouvé la trace de notre bête, ainsi je n'ai plus besoin de toi. Cependant je viens te proposer encore une fois de faire à nous deux.

—Chacun pour soi», dit Guillaume.

Le voisin ne put rien dire de ce que fit Guillaume dans la soirée.

A dix heures et demie, sa femme le vit prendre son fusil, rouler un sac de toile grise sous son bras et sortir. Elle n'osa lui demander où il allait; car Guillaume n'était pas homme à rendre des comptes à une femme.

François, de son côté, avait véritablement trouvé la trace de l'ours; il l'avait suivie jusqu'au moment où il s'enfonçait dans le verger de Guillaume, et n'ayant pas le droit de se mettre à l'affût sur les terres de son voisin, il

se plaça entre la forêt de sapins qui est à mi-côte de la montagne et le jardin de Guillaume.

Comme la nuit était assez claire, il vit sortir celui-ci par sa porte de derrière. Guillaume s'avança jusqu'au pied d'un rocher grisâtre qui avait roulé de la montagne jusqu'au milieu de son enclos, et qui se trouvait à vingt pas tout au plus du poirier, s'y arrêta, regarda autour de lui si personne ne l'épiait, déroula son sac et entra dedans, ne laissant sortir par l'ouverture que sa tête et ses deux bras, et, s'appuyant contre le roc, se confondit bientôt tellement avec la pierre par la couleur de son sac et l'immobilité de sa personne, que le voisin, qui savait qu'il était là, ne pouvait pas même le distinguer. Un quart d'heure se passa dans l'attente de l'ours. Enfin un rugissement prolongé l'annonça. Cinq minutes après, François l'aperçut.

Mais, soit par ruse, soit qu'il eût éventé le second chasseur, il ne suivait pas sa route ordinaire; il avait, au contraire, décrit un circuit, et au lieu d'arriver à la gauche de Guillaume, comme il avait fait la veille, cette fois il passait à sa droite, hors de la portée de l'arme de François, mais à dix pas tout au plus du bout du fusil de Guillaume.

Guillaume ne bougea pas. On aurait pu croire qu'il ne voyait pas même la bête sauvage qu'il était venu guetter et qui semblait le braver en passant si près de lui. L'ours, qui avait le vent mauvais, parut, de son côté, ignorer la présence d'un ennemi, et continua lestement son chemin vers l'arbre. Mais au moment où, se dressant sur ses pattes de derrière, il embrassa le tronc de ses pattes de devant, présentant à découvert sa poitrine, que ses épaisses épaules ne protégeaient plus, un sillon rapide de



lumière brilla tout à coup contre le rocher, et la vallée entière retentit du coup de fusil chargé à double charge, et du rugissement que poussa l'animal mortellement blessé.

Il n'y eut peut-être pas une seule personne dans tout le village qui n'entendît le coup de fusil de Guillaume et le rugissement de l'ours.

L'ours s'enfuit, repassant, sans l'apercevoir, à dix pas de Guillaume, qui avait rentré ses bras et sa tête dans son sac, et qui se confondait de nouveau avec le rocher.

Le voisin regardait cette scène, appuyé sur ses genoux et sur sa main gauche, serrant sa carabine de la main droite, pâle et retenant son haleine. Pourtant c'est un crâne chasseur. Eh bien! il m'a avoué que, dans ce moment-là, il aurait autant aimé être dans son lit qu'à l'affût.

Ce fut bien pis quand il vit l'ours blessé, après avoir fait un long circuit, chercher à reprendre sa trace de la veille, qui le conduisait droit à lui. Il fit un signe de croix, car ils sont pieux, nos chasseurs, recommanda son âme à Dieu, et s'assura que sa carabine était armée. L'ours n'était plus qu'à cinquante pas de lui, rugissant de douleur, s'arrêtant pour se rouler et se mordre le flanc à l'endroit de sa blessure, puis reprenant sa course.

Il approchait toujours. Il n'était plus qu'à trente pas. Deux secondes encore, et il venait se heurter contre le canon de la carabine du voisin, lorsqu'il s'arrêta tout à coup, aspirant bruyamment le vent qui venait du côté du village, poussa un rugissement terrible et rentra dans le verger.

«Prends garde à toi, Guillaume! prends garde!» s'écria

François en s'élançant à la poursuite de l'ours, et oubliant tout pour ne penser qu'à son ami; car il vit bien que, si Guillaume n'avait pas eu le temps de recharger son fusil, il était perdu: l'ours l'avait éventé. Il n'avait pas fait un pas qu'il entendit un cri. Celui-là, c'était un cri humain, un cri de terreur et d'agonie tout à la fois; un cri dans lequel celui qui le poussait avait rassemblé toutes les forces de sa poitrine, toutes ses prières à Dieu, toutes ses demandes de secours aux hommes: «A moi!...»

Puis rien, pas même une plainte, ne succéda au cri de Guillaume.

François ne courait pas, il volait, la pente du terrain précipitait sa course. Au fur et à mesure qu'il approchait, il distinguait plus clairement la monstrueuse bête qui se mouvait dans l'ombre, foulant aux pieds le corps de Guillaume et le déchirant par lambeaux.

François était à quatre pas d'eux, et l'ours était si acharné à sa proie, qu'il n'avait pas paru l'apercevoir. Il n'osait tirer, de peur de tuer Guillaume s'il n'était pas mort; car il tremblait tellement qu'il n'était plus sûr de son coup. Il ramassa une pierre et la jeta à l'ours.

L'animal se retourna furieux contre son nouvel ennemi: ils étaient si près l'un de l'autre, que l'ours se dressa sur ses pattes de derrière pour l'étouffer; François le sentit bourrer avec son poitrail le canon de sa carabine. Machinalement il appuya le doigt sur la gâchette; le coup partit.

L'ours tomba à la renverse, la balle lui avait traversé la poitrine et brisé la colonne vertébrale.

François le laissa se traîner, en hurlant, sur ses pattes de devant, et courut à Guillaume. Ce n'était plus un homme, ce n'était plus même un cadavre: c'était des os

et de la chair meurtrie, la tête était dévorée presque entièrement.

Alors, comme il vit, au mouvement des lumières qui passaient derrière les croisées, que plusieurs habitants du village étaient réveillés, il appela à plusieurs reprises, désignant l'endroit où il était. Quelques paysans accoururent avec des armes; car ils avaient entendu les cris et les coups de feu. Bientôt tout le village fut rassemblé dans le verger de Guillaume.

Sa femme vint avec les autres. Ce fut une scène horrible. Tous ceux qui étaient là pleuraient comme des enfants.

On fit pour elle dans toute la vallée du Rhône une quête qui rapporta sept cents francs. François lui abandonna sa prime, fit vendre à son profit la peau et la chair de l'ours. Enfin, chacun s'empressa de l'aider et de la secourir.

A. DUMAS (*père*).

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

## LE GENDRE DE MR. POIRIER

---

### Acte III;

POIRIER, puis LE PORTIER, et VATEL, CUISINIER

POIRIER, *seul*.

Ah! mais il m'ennuie, mon gendre. Je vois bien qu'il n'y a rien à tirer de lui... Ce garçon-là mourra dans la gentilhommerie finale. Il ne veut rien faire, il n'est bon à rien... il me coûte les yeux de la tête... il est maître chez moi... Il faut que ça finisse. (*Il sonne.—Entre un domestique.*) Faites monter le portier et le cuisinier. (*Le*

*domestique sort.*) Nous allons voir, mon gendre!... J'ai assez fait le gros dos et la patte de velours. Vous ne voulez pas faire de concessions, mon bel ami? A votre aise! je n'en ferai pas plus que vous; restez marquis, je redeviens bourgeois. J'aurai du moins le contentement de vivre à ma guise. (*Entre le portier.*)

LE PORTIER

Monsieur m'a fait demander?

POIRIER

Oui, François, monsieur vous a fait demander. Vous allez mettre sur-le-champ l'écriteau sur la porte.

LE PORTIER

L'écriteau?

POIRIER

«A louer présentement un magnifique appartement au premier étage, avec écuries et remises.»

LE PORTIER

L'appartement de monsieur le marquis?

POIRIER

Vous l'avez dit, François.

LE PORTIER

Mais monsieur le marquis ne m'a pas donné d'ordres.

POIRIER

Qui est le maître ici, imbécile? à qui est l'hôtel?

LE PORTIER

A vous, monsieur.

POIRIER

Faites donc ce que je vous dis, sans réflexion.

LE PORTIER

Oui, monsieur. (*Entre Vatel.*)

POIRIER

Allez, François. (*Le portier sorti.*) Approchez, mon-

sieur Vatel; vous préparez un grand dîner pour demain?

VATEL

Oui, monsieur, et j'ose dire que le menu ne serait pas désavoué par mon illustre aïeul. Ce sera vraiment un objet d'art, et monsieur Poirier sera étonné.

POIRIER

Avez-vous le menu sur vous?

VATEL

Non, monsieur, il est à la copie; mais je le sais par cœur.

POIRIER

Veillez me le réciter.

VATEL

Le potage aux ravioles à l'Italienne et le potage à l'orge à la Marie Stuart.

POIRIER

Vous remplacerez ces deux potages inconnus par la bonne soupe grasse avec des légumes sur une assiette.

VATEL

Comment, monsieur?

POIRIER

Je le veux. Continuez.

VATEL

Relevé: la carpe du Rhin à la Lithuanienne, les poulardes à la Godard... le filet de bœuf braisé à la Napolitaine, le jambon de Wesphalie, rôtie madère.

POIRIER

Voici un relevé plus simple et plus sain: la barbue sauce aux câpres... le jambon de Bayonne aux épinards, le fricandeau à l'oseille, le lapin sauté.

VATEL

Mais, monsieur Poirier... je ne consentirai jamais...

POIRIER

Je suis le maître ici... entendez-vous? Continuez.

VATEL

Entrées: les filets de volaille à la Concordat... les croustades de truffes garnies de foie à la royale, le faisan étoffé à la Montpensier, les perdreaux rouges farcis à la bohémienne.

POIRIER

A la place de ces entrées, nous ne mettrons rien du tout, et nous passerons tout de suite au rôti, c'est l'essentiel.

VATEL

C'est contre tous les préceptes de l'art.

POIRIER

Je prends ça sur moi: voyons vos rôtis.

VATEL

C'est inutile, monsieur, mon aïeul s'est passé son épée au travers du corps pour un moindre affront, je vous donne ma démission.

POIRIER

J'allais vous la demander, mon bon ami; mais, comme on a huit jours pour remplacer un domestique...

VATEL

Un domestique! monsieur, je suis un cuisinier.

POIRIER

Je vous remplacerai par une cuisinière. En attendant, vous êtes pour huit jours encore à mon service et vous voudrez bien exécuter le menu.

VATEL

Je me brûlerais la cervelle plutôt que de manquer à mon nom.

POIRIER, *à part.*

Encore un qui tient à son nom! (*Haut.*) Brûlez-vous la cervelle, monsieur Vatel, mais ne brûlez pas vos sauces... Bien le bonjour. (*Vatel sort.*) Et, maintenant, allons écrire quelques invitations à mes vieux camarades de la rue des Bourdonnais. Monsieur le marquis de Presles, on va vous couper vos talons rouges!

ÉMILE AUGIER.

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

## ESSAI SUR L'HISTOIRE DU TIERS-ÉTAT

—  
LOUIS XI

S'il y a dans l'histoire des personnages qui paraissent marqués du sceau d'une mission providentielle, le fils de Charles VII fut de ceux-là. Il semble qu'il ait eu comme roi la conviction d'un devoir supérieur pour lui à tous les devoirs humains, d'un but où il devait marcher sans relâche, sans qu'il eût le temps de choisir la voie. Lui qui avait levé contre son père le drapeau des résistances aristocratiques, il se fit le gardien et le fauteur de tout ce que l'aristocratie haïssait; il y appliqua toutes les forces de son être, tout ce qu'il y avait en lui d'intelligence et de passion, de vertus et de vices. Son règne fut un combat de chaque jour pour la cause de l'unité du pouvoir et la cause du nivellement social, combat soutenu à la manière des sauvages, par l'astuce et par la cruauté, sans courtoisie et sans merci. De là vient le mélange d'intérêt et de répugnance qu'excite en nous ce caractère si étrangement original. Le despote Louis XI n'est pas de la race des tyrans égoïstes, mais de celle des novateurs impito-

yables; avant nos révolutions, il était impossible de le bien comprendre. La condamnation qu'il mérite, et dont il restera chargé, c'est le blâme que la conscience humaine inflige à la mémoire de ceux qui ont cru que tous les moyens sont bons pour imposer aux faits le joug des idées.

Ce roi qui affectait d'être roturier par le ton, l'habit, les manières, qui s'entretenait familièrement avec toutes sortes de personnes, et voulait tout connaître, tout voir, tout faire par lui-même, a des traits de physionomie qu'on ne reconte au même degré que dans les dictatures démocratiques. En lui apparut, à sa plus haute puissance, l'esprit des classes roturières; il eut comme un pressentiment de notre civilisation moderne, il en devina toutes les tendances, et aspira vers elle sans s'inquiéter du possible, sans se demander si le temps était venu. Aussi, dans le jugement qu'on porte sur lui, doit-on regarder à la fois ce qu'il fit et ce qu'il voulut faire, ses œuvres et ses projets. Il songeait à établir dans tout le royaume l'unité de coutume, de poids et de mesures; sur ce point et sur d'autres, il se proposait d'imiter l'admirable régime civil des républiques italiennes.

L'industrie, enfermée dans les corporations qui l'avaient fait renaître après la renaissance des villes, était toute municipale; il entreprit de la faire nationale; il convoqua des négociants à son grand conseil, pour aviser avec eux aux moyens d'étendre et de faire prospérer le commerce; il ouvrit de nouveaux marchés et provoqua la fondation de nouvelles manufactures; il s'occupa des routes, des canaux, de la marine marchande, de l'exploitation des mines, il attira par des privilèges des entrepreneurs de travaux et les artisans étrangers, et, en même



temps, il tint sur pied des armées quatre fois plus nombreuses que par le passé; fit des armements maritimes, recula et fortifia les frontières, porta la puissance du royaume à un degré inouï jusqu'alors. Mais ces germes de prospérité ne devaient fructifier que dans l'avenir; le présent était lourd et sombre; les impôts croissaient sans mesure; le prince qui semait pour le peuple et se faisait peuple fut impopulaire. Il fit beaucoup souffrir et souffrit beaucoup lui-même dans sa vie de travaux, de ruses, de craintes, d'expédients, de soucis continuels. La bourgeoisie, dont les privilèges municipaux étaient la seule chose ancienne qu'il ménageât, lui fut fidèle sans l'aimer. Ses grandes vues, ses pensées de bien public, les nouveautés qu'il méditait ne touchèrent que le petit nombre de ceux qui les apprirent de sa bouche et qui étaient capables de les juger. L'opinion du temps n'a rien aperçu de ses choses, mais en revanche elle a saisi au vif, dans Louis XI, le portrait de l'homme extérieur, cette figure railleuse et sinistre que la tradition conserve et impose encore à l'histoire.

THIERRY.

---

## HISTOIRE DU CONSULAT ET DE L'EMPIRE

---

### INCENDIE DES PONTS AU PASSAGE DE LA BÉRÉSINA

Le lendemain 29, à la pointe du jour, le général Éblé avait reçu l'ordre de détruire les ponts à sept heures du matin. Mais ce noble cœur, aussi humain qu'intrépide, ne pouvait s'y décider. Il avait fait disposer d'avance sous le tablier les matières incendiaires, pour qu'à la première

apparition de l'ennemi on pût mettre le feu, et qu'en attendant, les retardataires eussent le temps de passer. Ayant encore été debout cette nuit, qui était la sixième, tandis que ses pontonniers avaient dans chaque journée pris un peu de repos, il était là, s'efforçant d'accélérer le passage, et envoyant dire à ceux qui étaient en retard qu'il fallait se hâter. Mais, le jour venu, il n'y avait plus à les stimuler, et, convaincus trop tard, ils n'étaient que trop pressés. Toutefois, on défilait, mais l'ennemi était sur les hauteurs vis-à-vis. Le général Éblé, qui, d'après les ordres du quartier général, aurait dû avoir détruit les ponts à sept heures au plus tard, différa jusqu'à huit. A huit, des ordres réitérés, la vue de l'ennemi qui, approchait, tout lui faisait un devoir de ne plus perdre un instant. Cependant, comme l'artillerie du maréchal Victor était là pour contenir les Russes, il était venu se placer lui-même à la culée des ponts et retenait la main de ses pontonniers, voulant sauver encore quelques victimes si c'était possible. En ce moment, son âme si bonne, quoique si rude, souffrait cruellement.

Enfin, ayant attendu jusqu'à près de neuf heures, l'ennemi arrivant à pas accélérés, et les ponts ne pouvant plus servir qu'aux Russes si on différât davantage, il se décida, le cœur navré, et en détournant les yeux de cette scène affreuse, à faire mettre le feu. Sur-le-champ des torrents de fumée et de flammes enveloppèrent les deux ponts, et les malheureux qui étaient dessus se précipitèrent pour n'être point entraînés dans leur chute. Du sein de la foule qui n'avait point encore passé, un cri de désespoir s'éleva tout à coup: des pleurs, des gestes convulsifs s'apercevaient sur l'autre rive. Des blessés, de pauvres femmes tendaient les bras vers leurs compatriotes

qui s'en allaient, forcés malgré eux de les abandonner. Les uns se jetaient dans l'eau, d'autres s'élançaient sur le pont en flammes, chacun enfin tentait un effort suprême pour échapper à une captivité qui équivalait à la mort. Mais les Cosaques accourant au galop, et enfonçant leurs lances au milieu de cette foule, tuèrent d'abord quelques-uns de ces infortunés, recueillirent les autres, les poussèrent comme un troupeau vers l'armée russe, puis fondirent sur le butin. On ne sait si ce furent six, sept ou huit mille individus, hommes, femmes, enfants, militaires ou fugitifs, cantiniers ou soldats de l'armée, qui restèrent ainsi dans les mains des Russes.

THIERS.

---

## ÉMAUX ET CAMÉES

---

### LE POT DE FLEURS

Parfois un enfant trouve une petite graine,  
Et tout d'abord, charmé de ses vives couleurs,  
Pour la planter il prend un pot de porcelaine  
Orné de dragons bleus et de bizarres fleurs.

Il s'en va. La racine en coulevres s'allonge,  
Sort de terre, fleurit et devient arbrisseau;  
Chaque jour, plus avant son pied chevelu plonge,  
Tant qu'il fasse éclater le ventre du vaisseau.

L'enfant revient; surpris, il voit la plante grasse  
Sur les débris du pot brandir ses verts poignards;  
Il la veut arracher, mais la tige est tenace;  
Il s'obstine, et ses doigts s'ensanglantent aux dards.

Ainsi germa l'amour dans mon âme surprise:  
Je croyais ne semer qu'une fleur de printemps;  
C'est un grand aloès dont la racine brise  
Le pot de porcelaine aux dessins éclatants.

GAUTIER.

(Tasquelle, édit. Paris.)

---

## HISTOIRE DE LA PHILOSOPHIE MODERNE

---

### LE GÉNIE

Ce qui distingue essentiellement le génie du goût, c'est l'attribut de la puissance créatrice. Le goût sent, il discute, il analyse, mais il n'invente pas. Le génie est avant tout inventeur et créateur; c'est une force impatiente de se répandre au dehors. L'homme de génie n'est pas le maître de cette force qui est en lui; c'est même par le besoin ardent, irrésistible, d'exprimer ce qu'il éprouve, qu'il est homme de génie. Il souffre de contenir les sentiments ou les images ou les pensées qui s'agitent dans son sein. On a dit qu'il n'y a point d'homme supérieur sans quelque grain de folie; mais cette folie-là, comme celle de la croix, est la partie divine de la raison. Cette puissance mystérieuse, Socrate l'appelait son démon. Voltaire l'appelait le diable au corps; il l'exigeait même d'une comédienne pour être une comédienne de génie. Donnez-lui le nom qu'il vous plaira; il est certain qu'il y a un je ne sais quoi qui inspire le génie, et qui le tourmente aussi jusqu'à ce qu'il ait épanché ce qui le consume, jusqu'à ce qu'il ait soulagé en les exprimant ses peines et ses joies, ses émotions, ses idées, et que ses rêveries soient devenues des œuvres vivantes. Ainsi deux choses caractérisent

le génie: d'abord la vivacité du besoin qu'il a de produire, ensuite la puissance de produire: car le besoin sans la puissance n'est qu'une maladie qui simule le génie, mais qui n'est pas lui. Le goût se contente d'observer et d'admirer. Le faux génie, l'imagination ardente et impuissante, se consume en rêves stériles et ne produit rien ou rien de grand. Le génie seul a la vertu de convertir ses conceptions en créations.

VICTOR COUSIN.

---

## SAGESSE

### I

Ecoutez la chanson bien douce  
Qui ne pleure que pour vous plaire,  
Elle est discrète, elle est légère:  
Un frisson d'eau sur la mousse!

La voix vous fut connue (et chère!)  
Mais à présent elle est voilée  
Comme une veuve désolée,  
Pourtant comme elle encore fière.

Et dans les longs plis de son voile  
Qui palpite aux brises d'automne,  
Cache et montre au cœur qui s'étonne  
La vérité comme une étoile.

Elle dit, la voix reconnue,  
Que la bonté c'est notre vie,  
Que de la haine et de l'envie  
Rien ne reste, la mort venue.

Elle parle aussi de la gloire  
D'être simple sans plus attendre,  
Et de noces d'or et du tendre  
Bonheur d'une paix sans victoire.

Accueillez la voix qui persiste  
Dans son naïf épithalame.  
Allez, rien n'est meilleur à l'âme  
Que de faire une âme moins triste!

Elle est en peine et de passage  
L'âme qui souffre sans colère.  
Et comme sa morale est claire!...  
Ecoutez la chanson bien sage.

## II

Un grand sommeil noir  
Tombe sur ma vie:  
Dormez, tout espoir,  
Dormez, toute envie!

Je ne vois plus rien,  
Je perds la mémoire  
Du mal et du bien...  
O la triste histoire!

Je suis un berceau  
Qu'une main balance  
Au creux d'un caveau:  
Silence, silence!

III

Le ciel est, par-dessus le toit,  
Si bleu, si calme!  
Un arbre, par-dessus le toit  
Berce sa palme.

La cloche dans le ciel qu'on voit  
Doucement tinte.  
Un oiseau sur l'arbre qu'on voit  
Chante sa plainte.

Mon Dieu, mon Dieu, la vie est là,  
Simple et tranquille.  
Cette paisible rumeur-là  
Vient de la ville.

— Qu'as-tu fait, ô toi que voilà  
Pleurant sans cesse,  
Dis, qu'as-tu fait, toi que voilà,  
De ta jeunesse?

IV

C'est la fête du blé, c'est la fête du pain  
Aux chers lieux d'autrefois revus après ces choses!  
Tout bruit, la nature et l'homme, dans un bain  
De lumière si blanc que les ombres sont roses.

L'or des pailles s'effondre au vol siffleur des faux  
Dont l'éclair plonge, et va luire, et se réverbère.  
La plaine, tout au loin couverte de travaux,  
Change de face à chaque instant, gaie et sévère.

Tout halète, tout n'est qu'effort et mouvement  
Sous le soleil, tranquille auteur des moissons mûres,  
Et qui travaille encore imperturbablement  
A gonfler, à sucrer là-bas les grappes sûres.

Travaille, vieux soleil, pour le pain et le vin,  
Nourris l'homme du lait de la terre, et lui donne  
L'honnête verre où rit un peu d'oubli divin.  
Moissonneurs, vendangeurs là-bas votre heure est bonne!

Car sur la fleur des pains et sur la fleur des vins,  
Fruit de la force humaine en tous lieux répartie,  
Dieu moissonne, et vendange, et dispose à ses fins  
La Chair et le Sang pour le calice et l'hostie!

PAUL VERLAINE.

---

## L'AVENIR DE LA SCIENCE

---

### LES GÉNÉRATIONS MORTES (1848)

C'est une pensée d'une effroyable tristesse que le peu de traces que laissent après eux les hommes; ceux-ci même qui semblent jouer un rôle principal. Et, quand on pense que des millions de millions d'êtres sont nés et sont morts de la sorte, sans qu'il en reste de souvenir, on éprouve le même effroi qu'en présence du néant ou de l'infini. Songez donc à ces misérables existences à peine caractérisées qui, chez les sauvages, apparaissent et disparaissent comme les vagues images d'un rêve. Songez aux innombrables générations qui se sont entassées dans les cimetières de nos campagnes. Mortes, mortes à jamais... Non, elles vivent dans l'humanité; elles ont servi à bâtir



la grande Babel qui monte vers le ciel, où chaque assise est un peuple. Je vais dire le plus ravissant souvenir qui me reste de ma première jeunesse, je verse presque des larmes en y songeant.

Un jour, ma mère et moi, en faisant un petit voyage à travers ces sentiers pierreux des côtes de Bretagne qui laissent à tous ceux qui les ont foulés de si doux souvenirs, nous arrivâmes à une église de hameau, entourée, selon l'usage, du cimetière, et nous nous y reposâmes. Les murs de l'église en granit à peine équarri et couvert de mousses, les maisons d'alentour construites de blocs primitifs, les tombes serrées, les croix renversées et effacées, les têtes nombreuses rangées sur les étages de la maisonnette qui sert d'ossuaire, attestaient que, depuis les plus anciens jours où les saints de Bretagne avaient paru sur ces flots, on avait enterré en ce lieu. Ce jour-là, j'éprouvai le sentiment de l'immensité, de l'oubli et du vaste silence où s'engloutit la vie humaine avec un effroi que je ressens encore, et qui est resté un des éléments de ma vie morale. Parmi tous ces simples qui sont là à l'ombre de ces vieux arbres, pas un seul ne vivra dans l'avenir. Pas un seul n'a inséré son action dans le grand mouvement des choses; pas un seul ne comptera dans la statistique définitive de ceux qui ont poussé à l'éternelle roue. Je servais alors le Dieu de mon enfance, et un regard élevé vers la croix de pierre, sur les marches de laquelle nous étions assis, et sur le tabernacle qu'on voyait à travers les vitraux de l'église, m'expliquait tout cela. Et puis, on voyait à peu de distance la mer, les rochers, les vagues blanchissantes; on respirait ce vent céleste qui, pénétrant jusqu'au fond du cerveau, y éveille je ne sais quelle vague sensation de largeur et de liberté. Et puis,

ma mère était à mes côtés; il me semblait que la plus humble vie pouvait refléter le ciel grâce au pur amour et aux affections individuelles. J'estimais heureux ceux qui reposaient en ce lieu. Depuis, j'ai transporté ma tente, et je m'explique autrement cette grande nuit. Ils ne sont pas morts, ces obscurs enfants du hameau; car la Bretagne vit encore, et ils ont contribué à faire la Bretagne; ils n'ont pas eu de rôle dans le grand drame, mais ils ont fait partie de ce vaste chœur sans lequel le drame serait froid et dépourvu d'acteurs sympathiques. Et, quand la Bretagne ne sera plus, la France sera; quand la France ne sera plus, l'humanité sera encore, et éternellement l'on dira: Autrefois il y eut un noble pays, sympathique à toutes les belles choses, dont la destinée fut de souffrir pour l'humanité et de combattre pour elle. Ce jour-là, le plus humble paysan, qui n'a eu que deux pas à faire de sa cabane au tombeau, vivra comme nous dans ce grand nom immortel. Et, quand l'humanité ne sera plus, Dieu sera, et dans son vaste sein se retrouvera toute vie, et alors il sera vrai à la lettre que pas un verre d'eau, pas une parole qui aura servi à l'œuvre divine ne sera perdue.

RENAN.

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

## LE REPOS DU PAYSAN

L'office a commencé: l'église est large ouverte;  
La grosse voix du chantre éclate jusqu'à nous.  
On aperçoit, du seuil, les femmes à genoux;  
Les hommes sont dehors, la tête découverte.

Tandis que le serpent fait ses rauques accords,  
Debout, libre du poids des bûches et des pioches,  
Ils devisent entre eux, les deux mains dans leurs poches,  
Sous leurs habits de fête étirant leurs grands corps.

C'est la loi du repos: ils ont, pour la journée,  
Quitté l'arpent de terre, à peine ensemencé;  
Sur les longs coteaux bruns le soc gît enfoncé;  
Dans les chaumes déserts la herse est retournée.

Ils ont laissé les bœufs à l'étable accroupis,  
Et, comme eux absorbés dans un oubli paisible,  
Ils tournent par instants vers l'autel invisible  
Leur front, dont la sueur est sur tous nos épis!

Les bras ont travaillé, l'âme prend sa revanche:  
Car, redressant l'échine aux premiers carillons,  
Le rude paysan, le fils des noirs sillons,  
Courbé durant six jours, n'est droit que le dimanche.

EUGÈNE MANUEL.

---

## BALLADES EN PROSE

---

### LA MORT DU DAUPHIN

Le petit Dauphin est malade, le petit Dauphin va mourir... Dans toutes les églises du royaume, le Saint-Sacrement demeure exposé nuit et jour et de grands cierges brûlent pour la guérison de l'enfant royal. Les rues de la vieille résidence sont tristes et silencieuses, les cloches ne sonnent plus, les voitures vont au pas... Aux abords du palais, les bourgeois curieux regardent, à travers les grilles, des suisses à bedaines dorées qui causent dans les cours d'un air important.

Tout le château est en émoi... Des chambellans, des majordomes, montent et descendent en courant les escaliers de marbre... Les galeries sont pleines de pages et de courtisans en habits de soie qui vont d'un groupe à l'autre quêter des nouvelles à voix basse... Sur les larges perrons, les dames d'honneur éplorées se font de grandes révérences en essuyant leurs yeux avec de jolis mouchoirs brodés.

Dans l'Orangerie, il y a nombreuse assemblée de médecins en robe. On les voit, à travers les vitres, agiter leurs longues manches noires et incliner doctoralement leurs perruques à marteaux... Le gouverneur et l'écuyer du petit Dauphin se promènent devant la porte, attendant les décisions de la Faculté. Des marmitons passent à côté d'eux sans les saluer. M. l'écuyer jure comme un païen, M. le gouverneur récite des vers d'Horace... Et pendant ce temps-là, là-bas, du côté des écuries, on entend un long hennissement plaintif. C'est l'alezan du petit Dauphin que les palefreniers oublient et qui appelle tristement devant sa mangeoire vide.

Et le roi? Où est monseigneur le roi?... Le roi s'est enfermé tout seul dans une chambre, au bout du château... Les Majestés n'aiment pas qu'on les voie pleurer... Pour la reine, c'est autre chose... Assise au chevet du petit Dauphin, elle a son beau visage baigné de larmes, et sanglote bien haut devant tous, comme ferait une drapière.

Dans sa couchette de dentelles, le petit Dauphin, plus blanc que les coussins sur lesquels il est étendu repose, les yeux fermés. On croit qu'il dort; mais non. Le petit Dauphin ne dort pas... Il se retourne vers sa mère, et, voyant qu'elle pleure, il lui dit:

—Madame la reine, pourquoi pleurez-vous? Est-ce

que vous croyez bonnement que je m'en vas mourir?

La reine veut répondre: Les sanglots l'empêchent de parler.

—Ne pleurez donc pas, madame la reine; vous oubliez que je suis le Dauphin, et que les Dauphins ne peuvent pas mourir ainsi...

La reine sanglote encore plus fort, et le petit Dauphin commence à s'effrayer.

—Holà, dit-il, je ne veux pas que la mort vienne me prendre, et je saurais bien l'empêcher d'arriver jusqu'ici... Qu'on fasse venir sur l'heure quarante lansquenets très forts pour monter la garde autour de notre lit!... Que cent gros canons veillent nuit et jour, mèche allumée, sous nos fenêtres! Et malheur à la mort, si elle ose s'approcher de nous!...

Pour complaire à l'enfant royal, la reine fait un signe. Sur l'heure, on entend les gros canons qui roulent dans la cour; et quarante grands lansquenets, la pertuisane au poing, viennent se ranger autour de la chambre. Ce sont de vieux soudards à moustaches grises. Le petit Dauphin bat des mains en les voyant. Il en reconnaît un et l'appelle:

—Lorrain! Lorrain!

Le soudard fait un pas vers le lit:

—Je t'aime bien, mon vieux Lorrain... Fais voir un peu ton grand sabre... Si la mort veut me prendre, il faudra la tuer, n'est-ce pas?

Lorrain répond:

—Oui, monseigneur...

Et il a deux grosses larmes qui coulent sur ses joues tannées.

A ce moment, l'aumônier s'approche du petit Dauphin

et lui parle longtemps à voix basse en lui montrant un crucifix. Le petit Dauphin l'écoute d'un air fort étonné, puis tout à coup l'interrompant :

— Je comprends bien ce que vous me dites, monsieur l'abbé; mais enfin est-ce que mon petit ami Beppo ne pourrait pas mourir à ma place, en lui donnant beaucoup d'argent?...

L'aumônier continue à lui parler à voix basse, et le petit Dauphin a l'air de plus en plus étonné.

Quand l'aumônier a fini, le petit Dauphin reprend avec un gros soupir :

— Tout ce que vous me dites là est bien triste, monsieur l'abbé; mais une chose me console, c'est que là-haut, dans le paradis des étoiles, je vais être encore le Dauphin... Je sais que le bon Dieu est mon cousin et ne peut pas manquer de me traiter selon mon rang.

Puis il ajoute, en se tournant vers sa mère :

— Qu'on m'apporte mes plus beaux habits, mon pourpoint d'hermine blanche et mes escarpins de velours! Je veux me faire brave pour les anges et entrer au paradis en costume de Dauphin.

Une troisième fois, l'aumônier se penche vers le petit Dauphin et lui parle longuement à voix basse... Au milieu de son discours, l'enfant royal l'interrompt avec colère :

— Mais alors, crie-t-il, d'être Dauphin, ce n'est rien du tout!

Et, sans vouloir plus rien entendre, le petit Dauphin se tourne vers la muraille, et il pleure amèrement.

A. DAUDET.

(Nelson, édit. Paris.)

## LES ÉLÉPHANTS

Le sable rouge est comme une mer sans limite,  
Et qui flambe, muette, affaissée en son lit.  
Une ondulation immobile remplit  
L'horizon aux vapeurs de cuivre où l'homme habite.

Nulle vie et nul bruit. Tous les lions repus  
Dorment au fond de l'ancre éloigné de cent lieues,  
Et la girafe boit dans les fontaines bleues,  
Là-bas, sous les dattiers des panthères connus.

Pas un oiseau ne passe en fouettant de son aile  
L'air épais, où circule un immense soleil.  
Parfois quelque boa, chauffé dans son sommeil,  
Fait onduler son dos dont l'écaille étincelle.

Tel l'espace enflammé brûle sous les cieux clairs.  
Mais, tandis que tout dort aux mornes solitudes,  
Les éléphants rugueux, voyageurs lents et rudes,  
Vont au pays natal à travers les déserts.

D'un point de l'horizon, comme des masses brunes,  
Ils viennent, soulevant la poussière, et l'on voit,  
Pour ne point dévier du chemin le plus droit,  
Sous leur pied large et sûr crouler au loin les dunes.

Celui qui tient la tête est un vieux chef. Son corps  
Est gercé comme un tronc que le temps ronge et mine;  
Sa tête est comme un roc, et l'arc de son échine  
Se voûte puissamment à ses moindres efforts.

Sans ralentir jamais et sans hâter sa marche,  
Il guide au but certain ses compagnons poudreux,  
Et, creusant par derrière un sillon sablonneux,  
Les pèlerins massifs suivent leur patriarche.

L'oreille en éventail, la trompe entre les dents,  
Ils cheminent, l'œil clos. Leur ventre bat et fume,  
Et leur sueur dans l'air embrasé monte en brume:  
Et bourdonnent autour mille insectes ardents.

Mais qu'importent la soif et la mouche vorace,  
Et le soleil cuisant leur dos noir et plissé?  
Ils rêvent, en marchant, du pays délaissé,  
Des forêts de figuiers où s'abrita leur race.

Ils reverront le fleuve échappé des grands monts,  
Où nage en mugissant l'hippopotame énorme,  
Où blanchis par la lune et projetant leur forme,  
Ils descendaient pour boire en écrasant les joncs.

Aussi, pleins de courage et de lenteur, ils passent  
Comme une ligne noire, au sable illimité;  
Et le désert reprend son immobilité  
Quand les lourds voyageurs à l'horizon s'effacent.

---

### LA CHANSON DU ROUET

O mon cher rouet, ma blanche bobine,  
Je vous aime mieux que l'or et l'argent!  
Vous me donnez tout, lait, beurre et farine,  
Et le gai logis, et le vêtement.



Je vous aime mieux que l'or et l'argent,  
O mon cher rouet, ma blanche bobine!

O mon cher rouet, ma blanche bobine,  
Vous chantez dès l'aube avec les oiseaux;  
Été comme hiver, chanvre ou laine fine  
Par vous, jusqu'au soir, charge les fuseaux.  
Vous chantez dès l'aube avec les oiseaux,  
O mon cher rouet, ma blanche bobine.

O mon cher rouet, ma blanche bobine,  
Vous me filerez mon suaire étroit,  
Quand, près de mourir et courbant l'échine,  
Je ferai mon lit éternel et froid.  
Vous me filerez mon suaire étroit,  
O mon cher rouet, ma blanche bobine!

LECONTE DE LISLE.

---

## L'ÉTUI DE NACRE

---

### LE JONGLEUR DE NOTRE-DAME

Au temps du roi Louis, il y avait en France un pauvre jongleur, natif de Compiègne, nommé Barnabé, qui allait par les villes, faisant des tours de force et d'adresse.

Les jours de foire, il étendait sur la place publique un vieux tapis tout usé, et, après avoir attiré les enfants et les badauds par des propos plaisants qu'il tenait d'un très vieux jongleur et auxquels il ne changeait jamais rien, il prenait des attitudes qui n'étaient pas naturelles et il mettait une assiette d'étain en équilibre sur son nez. La foule le regardait d'abord avec indifférence.

Mais quand, se tenant sur les mains la tête en bas, il jetait en l'air et rattrapait avec ses pieds six boules de cuivre qui brillaient au soleil, ou quand, se renversant jusqu'à ce que sa nuque touchât ses talons, il donnait à son corps la forme d'une roue parfaite et jonglait, dans cette posture, avec douze couteaux, un murmure d'admiration s'élevait dans l'assistance et les pièces de monnaie pleuvaient sur le tapis.

Pourtant, comme la plupart de ceux qui vivent de leurs talents, Barnabé de Compiègne avait grand'peine à vivre.

Gagnant son pain à la sueur de son front, il portait plus que sa part des misères attachées à la faute d'Adam, notre père.

Encore, ne pouvait-il travailler autant qu'il aurait voulu. Pour montrer son beau savoir, comme aux arbres pour donner des fleurs et des fruits, il lui fallait la chaleur du soleil et la lumière du jour. Dans l'hiver, il n'était plus qu'un arbre dépouillé de ses feuilles et quasi mort. La terre gelée était dure au jongleur. Et, comme la cigale dont parle Marie de France, il souffrait du froid et de la faim dans la mauvaise saison. Mais, comme il avait le cœur simple, il prenait ses maux en patience.

Il n'avait jamais réfléchi à l'origine des richesses, ni à l'inégalité des conditions humaines. Il comptait fermement que, si ce monde est mauvais, l'autre ne pourrait manquer d'être bon, et cette espérance le soutenait. Il n'imitait pas les baladins larrons et mécréants, qui ont vendu leur âme au diable. Il ne blasphémait jamais le nom de Dieu; il vivait honnêtement, et, bien qu'il n'eût pas de femme, il ne convoitait pas celle du voisin, parce que la femme est l'ennemie des hommes forts, comme il

apparaît par l'histoire de Samson, qui est rapportée dans l'Écriture.

A la vérité, il n'avait pas l'esprit tourné aux désirs charnels, et il lui en coûtait plus de renoncer aux brocs qu'aux dames. Car, sans manquer à la sobriété, il aimait à boire quand il faisait chaud. C'était un homme de bien, craignant Dieu et très dévot à la sainte Vierge.

Il ne manquait jamais, quand il entraît dans une église, de s'agenouiller devant l'image de la Mère de Dieu, et de lui adresser cette prière :

«Madame, prenez soin de ma vie jusqu'à ce qu'il plaise à Dieu que je meure, et quand je serai mort, faites-moi avoir les joies du paradis.»

## II

Or, un certain soir, après une journée de pluie, tandis qu'il s'en allait, triste et courbé, portant sous son bras ses boules et ses couteaux cachés dans son vieux tapis, et cherchant quelque grange pour s'y coucher sans souper, il vit sur la route un moine qui suivait le même chemin, et le salua honnêtement. Comme ils marchaient du même pas, ils se mirent à échanger des propos.

—Compagnon, dit le moine, d'où vient que vous êtes habillé tout de vert? Ne serait-ce point pour faire le personnage d'un fol dans quelque mystère?

—Non point, mon Père, répondit Barnabé. Tel que vous me voyez, je me nomme Barnabé, et je suis jongleur de mon état. Ce serait le plus bel état du monde si on y mangeait tous les jours.

—Ami Barnabé, reprit le moine, prenez garde à ce que vous dites. Il n'y a pas de plus bel état que l'état

monastique. On y célèbre les louanges de Dieu, de la Vierge et des saints, et la vie du religieux est un perpétuel cantique au Seigneur.

Barnabé répondit:

— Mon Père, je confesse que j'ai parlé comme un ignorant. Votre état ne se peut comparer au mien et, quoiqu'il y ait du mérite à danser en tenant au bout du nez un denier en équilibre sur un bâton, ce mérite n'approche pas du vôtre. Je voudrais bien comme vous, mon Père, chanter tous les jours l'office, et spécialement l'office de la très sainte Vierge, à qui j'ai voué une dévotion particulière. Je renoncerais bien volontiers à l'art dans lequel je suis connu, de Soissons à Beauvais, dans plus de six cents villes et villages, pour embrasser la vie monastique.

Le moine fut touché de la simplicité du jongleur, et, comme il ne manquait pas de discernement, il reconnut en Barnabé un de ces hommes de bonne volonté de qui Notre-Seigneur a dit: «Que la paix soit avec eux sur la terre!» C'est pourquoi il lui répondit:

— Ami Barnabé, venez avec moi, et je vous ferai entrer dans le couvent dont je suis prieur. Celui qui conduisit Marie l'Égyptienne dans le désert m'a mis sur votre chemin pour vous mener dans la voie du salut.

C'est ainsi que Barnabé devint moine. Dans le couvent où il fut reçu, les religieux célébraient à l'envi le culte de la sainte Vierge, et chacun employait à la servir tout le savoir et toute l'habileté que Dieu lui avait donnés.

Le prieur, pour sa part, composait des livres qui traitaient, selon les règles de la scolastique, des vertus de la Mère de Dieu.

Le Frère Maurice copiait, d'une main savante, ces traités sur des feuilles de vélin.

Le Frère Alexandre y peignait de fines miniatures. On y voyait la Reine du ciel, assise sur le trône de Salomon, au pied duquel veillent quatre lions autour de sa tête nimbée voltigeaient sept colombes, qui sont les sept dons du Saint-Esprit: dons de crainte, de piété, de science, de force, de conseil, d'intelligence et de sagesse. Elle avait pour compagnes six vierges aux cheveux d'or: l'Humilité, la Prudence, la Retraite, le Respect, la Virginité et l'Obéissance.

A ses pieds, deux petites figures nues et toutes blanches se tenaient dans une attitude suppliante. C'étaient des âmes qui imploraient, pour leur salut et non, certes, en vain, sa toute-puissante intercession.

Le Frère Alexandre représentait sur une autre page Ève au regard de Marie, afin qu'on vît en même temps la faute et la rédemption, la femme humiliée et la vierge exaltée. On admirait encore dans ce livre le Puits des eaux vives, la Fontaine, le Lis, la Lune, le Soleil et le Jardin clos dont il est parlé dans le cantique, la Porte du Ciel et la Cité de Dieu, et c'étaient là des images de la Vierge.

Le Frère Marbode était semblablement un des plus tendres enfants de Marie.

Il taillait sans cesse des images de pierre, en sorte qu'il avait la barbe, les sourcils et les cheveux blancs de poussière, et que ses yeux étaient perpétuellement gonflés et larmoyants; mais il était plein de force et de joie dans un âge avancé et, visiblement, la Reine du paradis protégeait la vieillesse de son enfant. Marbode la représentait assise dans une chaire, le front ceint d'un nimbe à orbe perlé. Et il avait soin que les plis de la robe couvrissent les pieds de celle dont le prophète a dit: «Ma bien-aimée est comme un jardin clos.»

Parfois aussi il la figurait sous les traits d'un enfant plein de grâce, et elle semblait dire: «Seigneur, vous êtes mon Seigneur!—*Dixi de ventre matris mee: Deus meus es tu.*» (*Psalm. 21, 11.*)

Il y avait aussi, dans le couvent, des poètes, qui composaient, en latin, des proses et des hymnes en l'honneur de la bienheureuse vierge Marie, et même il s'y trouvait un Picard qui mettait les miracles de Notre-Dame en langue vulgaire et en vers rimés.

### III

Voyant un tel concours de louanges et une si belle moisson d'œuvres, Barnabé se lamentait de son ignorance et de sa simplicité.

— Hélas, soupirait-il en se promenant seul dans le petit jardin sans ombre du couvent, je suis bien malheureux de ne pouvoir, comme mes frères, louer dignement la sainte Mère de Dieu à laquelle j'ai voué la tendresse de mon cœur. Hélas! hélas! je suis un homme rude et sans art, et je n'ai pour votre service, madame la Vierge, ni sermons édifiants, ni traités bien divisés selon les règles, ni fines peintures, ni statues exactement taillées, ni vers comptés par pieds et marchant en mesure. Je n'ai rien, hélas!

Il gémissait de la sorte et s'abandonnait à la tristesse. Un soir que les moines se récréaient en conversant, il entendit l'un d'eux conter l'histoire d'un religieux qui ne savait réciter autre chose qu'*Ave Maria*. Ce religieux était méprisé pour son ignorance; mais, étant mort, il lui sortit de la bouche cinq roses en l'honneur des cinq lettres du nom de Marie, et sa sainteté fut ainsi manifestée.

En écoutant ce récit, Barnabé admira une fois de plus la bonté de la Vierge; mais il ne fut pas consolé par l'exemple de cette mort bienheureuse, car son cœur était plein de zèle et il voulait servir la gloire de sa dame qui est aux cieux.

Il en cherchait le moyen sans pouvoir le trouver et il s'affligeait chaque jour davantage, quand un matin, s'étant réveillé tout joyeux, il courut à la chapelle et y demeura seul pendant plus d'une heure. Il y retourna l'après dîner.

Et, à compter de ce moment, il allait chaque jour dans cette chapelle, à l'heure où elle était déserte, et il y passait une grande partie du temps que les autres moines consacraient aux arts libéraux et aux arts mécaniques. Il n'était plus triste et il ne gémissait plus.

Une conduite si singulière éveilla la curiosité des moines.

On se demandait, dans la communauté, pourquoi le frère Barnabé faisait des retraites si fréquentes.

Le prieur, dont le devoir est de ne rien ignorer de la conduite de ses religieux, résolut d'observer Barnabé pendant ses solitudes. Un jour donc que celui-ci était renfermé, comme à son ordinaire, dans la chapelle, dom prieur vint, accompagné de deux anciens du couvent, observer, à travers les fentes de la porte, ce qui se passait à l'intérieur.

Ils virent Barnabé qui, devant l'autel de la sainte Vierge, la tête en bas, les pieds en l'air, jonglait avec six boules de cuivre et douze couteaux. Il faisait, en l'honneur de la sainte Mère de Dieu, les tours qui lui avaient valu le plus de louanges. Ne comprenant pas que cet homme simple mettait ainsi son talent et son savoir au service

de la sainte Vierge, les deux anciens criaient au sacrilège.

Le prieur savait que Barnabé avait l'âme innocente; mais il le croyait tombé en démence. Ils s'apprêtaient tous trois à le tirer vivement de la chapelle, quand ils virent la sainte Vierge descendre les degrés de l'autel pour venir essuyer d'un pan de son manteau bleu la sueur qui dégouttait du front de son jongleur.

Alors le prieur, se prosternant le visage contre la dalle, récita ces paroles:

— Heureux les simples, car ils verront Dieu!

— *Amen!* répondirent les anciens en baisant la terre.

ANATOLE FRANCE.

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

### SOUHAIT D'UN AMI

Enfant dont la lèvre rit  
Et, gracieuse, fleurit  
Comme une corolle éclosé,  
Et qui sur ta joue en fleurs  
Portes encor les couleurs  
Du soleil et de la rose!

Pendant ces jours filés d'or,  
Où tu ressembles encor  
A toutes les choses belles,  
Le vieux poète bénit  
Ton enfance, et le doux nid  
Où ton âme ouvre ses ailes

Je te souhaite, non pas  
De tout fouler sous tes pas



Avec un orgueil barbare,  
Non pas d'être un de ces fous  
Qui sur l'or ou les gros sous  
Fondent leur richesse avare,

Mais de regarder les cieux.  
Qu'au livre silencieux  
Ta prunelle sache lire,  
Et que, docile aux chansons,  
Ton oreille s'ouvre aux sons  
Mystérieux de la lyre!

Enfant bercé dans les bras  
De ta mère, tu sauras  
Qu'ici-bas il faut qu'on vive  
Sur une terre d'exil,  
Où je ne sais quel plomb vil  
Retient notre âme captive.

Mais le ciel, dans notre ennui,  
N'est pas perdu pour celui  
Qui le veut et le devine,  
Et qui, malgré tous nos maux,  
Balbutie encor les mots  
Dont l'origine est divine.

Emplis ton esprit d'azur!  
Garde-le sévère et pur,  
Et que ton cœur, toujours digne  
De n'être pas reproché,  
Ne soit jamais plus taché  
Que le plumage d'un cygne!

THÉODORE DE BANVILLE.

## LE DISCIPLE

A UN JEUNE HOMME

C'est à toi que je veux dédier ce livre, jeune homme de mon pays, à toi que je connais si bien quoique je ne sache de toi ni ta ville natale, ni ton nom, ni tes parents, ni ta fortune, ni tes ambitions—rien sinon que tu as plus de dix-huit ans et moins de vingt-cinq, et que tu vas, cherchant dans nos volumes, à nous tes aînés, des réponses aux questions qui te tourmentent. Et des réponses ainsi rencontrées dans ces volumes dépend un peu de ta vie morale, un peu de ton âme;—et ta vie morale, c'est la vie morale de la France même; ton âme, c'est son âme. Dans vingt ans d'ici, toi et tes frères, vous aurez en main la fortune de cette vieille patrie, notre mère commune. Vous serez cette patrie elle-même. Qu'auras-tu recueilli, qu'aurez-vous recueilli dans nos ouvrages? Pensant à cela, il n'est pas d'honnête homme de lettres, si chétif soit-il, qui ne doive trembler de responsabilité...

Tu trouveras dans *le Disciple* l'étude d'une de ces responsabilités-là. Puisses-tu y acquérir une preuve que l'ami qui t'écrit ces lignes possède, à défaut d'autre mérite, celui de croire profondément au sérieux de son art.—Puisses-tu trouver dans ces lignes mêmes la preuve qu'il pense à toi, anxieusement. Oui, il pense à toi, et cela depuis bien longtemps, depuis les jours où tu commençais d'apprendre à lire, alors que nous autres, qui marchons aujourd'hui vers notre quarantième année, nous griffonnions nos premiers vers et notre première page de prose au bruit du canon qui grondait sur Paris. Dans

nos chambrées d'écoliers on n'était pas gai à cette époque. Les plus âgés d'entre nous venaient de partir pour la guerre, et nous qui devions rester au collège, du fond de nos classes à demi désertes nous sentions peser sur nous le grand devoir du relèvement de la Patrie.

Nous t'évoquions souvent alors, dans cette fatale année 1871, jeune Français de maintenant, nous tous qui voulions vouer notre effort aux Lettres. Mes amis et moi, nous répétions les beaux vers de Théodore de Banville:

Vous en qui je salue une nouvelle aurore,  
Vous tous qui m'aimerez,  
Jeunes hommes des temps qui ne sont pas encore,  
O bataillons sacrés!

Cette aurore de demain, nous la voulions aussi rayonnante que notre aurore à nous était mélancolique et embrumée d'une vapeur de sang. Nous souhaitions mériter d'être aimés par vous, nos cadets nés de la veille, en vous laissant de quoi valoir mieux que nous ne valions nous-mêmes. Nous nous disions que notre œuvre, à nous, était de vous refaire, à vous, une France nouvelle, par notre action privée et publique, par nos actes et par nos paroles, par notre ferveur et par notre exemple, une France rachetée de la défaite, une France reconstruite dans sa vie extérieure et dans sa vie intérieure. Tout jeunes que nous fussions alors, nous savions, pour l'avoir appris dans nos maîtres, — et ce fut leur meilleur enseignement, — que les triomphes et les défaites du dehors traduisent les qualités et les insuffisances du dedans. Nous savions que la résurrection de l'Allemagne, au début du siècle, a été avant tout une *œuvre d'âme*, et nous nous rendions compte que l'Ame Française était bien la grande blessée

de 1870, celle qu'il fallait aider, panser, guérir. Nous n'étions pas les seuls dans la généreuse naïveté de notre adolescence à comprendre que la crise morale était la grande crise de ce pays-ci, puisqu'en 1873 le plus vaillant de nos chefs de file, Alexandre Dumas, disait dans la préface de *la Femme de Claude*, s'adressant aux Français de son âge comme je m'adresse à toi, mon frère plus jeune: «Prends garde, tu traverses des temps difficiles... Tu viens de payer cher, elles ne sont même pas encore toutes payées, tes fautes d'autrefois. Il ne s'agit plus d'être spirituel, léger, libertin, railleur, sceptique et folâtre: en voilà assez pour quelque temps au moins. Dieu, la nature, le travail, l'amour, l'enfant, tout cela est sérieux, très sérieux, et se dresse devant toi. *Il faut que tout cela vive ou que tu meures.*»

De cette génération dont je suis, et que soulevait ce noble espoir de refaire la France, je ne peux pas dire qu'elle ait réussi, ni même qu'elle ait été assez uniquement préoccupée de son œuvre. Ce que je sais, c'est qu'elle a beaucoup travaillé,—oui, beaucoup. Sans trop de méthode, hélas! mais avec une application continue et qui me touche quand je songe au peu qu'ont fait pour elle les hommes au pouvoir, combien nous avons tous été abandonnés à nous-mêmes, l'indifférence où nous ont tenus les malheureux qui dirigeaient les affaires et à qui jamais l'idée n'est venue de nous encourager, de nous appuyer, de nous diriger. Ah! la brave classe moyenne, la solide et vaillante Bourgeoisie, que possède encore la France! Qu'elle a fourni, depuis ces vingt ans, d'officiers laborieux, cette bourgeoisie, d'agents diplomatiques habiles et tenaces, de professeurs excellents, d'artistes intègres! J'entends dire parfois: «Quelle vitalité dans ce

pays! Il continue d'aller, là où un autre mourrait...» Hé bien! s'il va, en effet, depuis vingt ans, c'est d'abord par la bonne volonté de cette jeune bourgeoisie qui a tout accepté pour servir le pays. Elle a vu d'ignobles maîtres d'un jour proscrire au nom de la liberté ses plus chères croyances, des politiciens abominables jouer du suffrage universel comme d'un instrument de règne, et installer leur médiocrité menteuse dans les plus hautes places. Elle l'a subi, ce suffrage universel, la plus monstrueuse et la plus inique des tyrannies,—car la force du nombre est la plus brutale des forces, n'ayant même pas pour elle l'audace et le talent. La jeune bourgeoisie s'est résignée à tout, elle a tout accepté pour avoir le droit de faire la besogne nécessaire. Si nos soldats vont et viennent, si les puissances étrangères nous gardent leur respect, si notre enseignement supérieur se développe, si nos arts et notre littérature continuent d'affirmer le génie national; c'est à elle que nous le devons. Elle n'a pas de victoire à son actif, cette génération des jeunes gens de la guerre, cela est vrai. Elle n'a pas su rétablir la forme traditionnelle du gouvernement, ni résoudre les problèmes redoutables que l'erreur démocratique nous impose. Pourtant, jeune homme de 1889, ne la méprise pas. Sache rendre justice à tes aînés. Par eux la France a vécu.

Comment vivra-t-elle par toi, c'est la question qui tourmente à l'heure actuelle ceux de ces aînés qui ont gardé, malgré tout, la foi dans le relèvement du pays. Tu n'as plus, toi, pour te souvenir, la vision des cavaliers prussiens galopant victorieux entre les peupliers de la terre natale. Et de l'horrible guerre civile tu ne connais guère que la ruine pittoresque de la Cour des comptes,

où, les arbres poussent leur végétation luxuriante parmi les pierres roussies qui prennent de poétiques allures de palais anciens, en attendant que cette trace aussi disparaisse. Nous autres, nous n'avons jamais pu considérer que la paix de 71 eût tout réglé pour toujours... Que je voudrais savoir si tu penses comme nous! Que je voudrais être sûr que tu n'es pas prêt à renoncer à ce qui fut le rêve secret, l'espérance consolatrice de chacun de nous même de ceux qui n'en ont jamais parlé! Mais non, j'en suis sûr, et que tu te sens triste quand tu passes devant l'Arc où *les autres* ont passé, même si c'est avec un ami, et par les beaux soirs d'été. Tu quitterais tout, gaiement, pour aller *là bas*,—si, demain, il le fallait. J'en suis sûr encore. Mais ce n'est pas assez de savoir mourir. Es-tu décidée à savoir vivre? Lorsque tu le vois, cet Arc de triomphe, et que tu te souviens de l'épopée de la Grande Armée, regrettes-tu de n'avoir pas dans tes cheveux le souffle héroïque des conscrits d'alors? Quand tu te souviens de la Restauration et des luttes du Romantisme, éprouves-tu la nostalgie de n'avoir pas, comme ceux d'*Hernani*, un grand drapeau littéraire à défendre? Sens-tu, quand tu rencontres un des maîtres d'aujourd'hui, un Dumas, un Taine, un Leconte de Lisle, une émotion à penser que tu as là devant toi un des dépositaires du génie de ta race? Quand tu lis des livres, comme ceux que nous devons écrire lorsqu'il nous faut peindre les coupables passions et leur martyre, souhaites-tu d'aimer mieux que n'ont aimé les auteurs de ces livres? As-tu de l'idéal, enfin, plus d'idéal que nous, de la foi, plus de foi que nous; de l'espérance, plus d'espérance que nous? —Si c'est *oui*, donne moi la main, et laisse-moi te dire: merci.

—Si c'est *non*?...

Si c'est *non*?...—Il y a deux types de jeunes gens que je vois devant moi à l'heure présente, et qui sont devant toi aussi comme deux formes de tentations, également redoutables et funestes.—L'un est cynique et volontiers jovial. Il a, dès vingt ans, fait le décompte de la vie, et sa religion tient dans un seul mot: jouir,—qui se traduit par cet autre: réussir. Qu'il fasse de la politique ou des affaires, de la littérature ou de l'art, du sport ou de l'industrie; qu'il soit officier, diplomate ou avocat, il n'a que lui-même pour dieu, pour principe et pour fin. Il a emprunté à la philosophie naturelle de ce temps la grande loi de la concurrence vitale, et il l'applique à l'œuvre de sa fortune avec une ardeur de positivisme qui fait de lui un barbare civilisé, la plus dangereuse des espèces. Alphonse Daudet, qui a su merveilleusement le voir et le définir, ce jeune homme moderne, l'a baptisé *struggle-for-lifer*,—et lui-même, ce personnage s'appelle volontiers «fin de siècle». Il n'estime que le succès,—et dans le succès que l'argent. Il est convaincu, en lisant ce que j'écris ici,—car il me lit comme il lit toutes choses, ne fût-ce que pour être «dans le train»,—que je me moque du public en traçant ce portrait, et que moi-même je lui ressemble. Il est si profondément nihiliste à sa manière, que l'idéal lui paraît une comédie chez tout autre, comme il en serait, comme il en est une chez lui, quand il juge à propos, par exemple, de se grimer en socialiste, de mentir au peuple pour avoir ses votes. Ce jeune homme-là, c'est un monstre, n'est-ce pas? Car c'est être un monstre que d'avoir vingt-cinq ans et, pour âme, une machine à calcul au service d'une machine à plaisir. Je le redoute moins cependant pour toi que cet autre qui a, lui, toutes les aristocraties des nerfs, toutes celles de l'esprit, et qui est un épi-

curien intellectuel et raffiné, comme le premier était un épicurien brutal et scientifique. Ce nihiliste délicat comme il est effrayant à rencontrer et comme il abonde! A vingt-cinq ans, il a fait le tour de toutes les idées. Son esprit critique, précocement éveillé, a compris les résultats derniers des plus subtiles philosophes de cet âge. Ne lui parlez pas d'impiété, de matérialisme. Il sait que le mot *matière* n'a pas de sens précis, et il est d'autre part trop intelligent pour ne pas admettre que toutes les religions ont pu être légitimes à leur heure. Seulement il n'a jamais cru, il ne croira jamais à aucune, pas plus qu'il ne croira jamais à quoi que ce soit, sinon au jeu amusé de son esprit qu'il a transformé en un outil de perversité élégante. Le bien et le mal, la beauté et la laideur, le vice et la vertu lui paraissent des objets de simple curiosité. L'âme humaine tout entière est, pour lui, un mécanisme savant et dont le démontage l'intéresse comme un objet d'expérience. Pour lui, rien n'est vrai, rien n'est faux, rien n'est moral, rien n'est immoral. C'est un égoïste subtil et raffiné dont toute l'ambition, comme l'a dit un remarquable analyste, Maurice Barrès, dans son beau roman de *l'Homme libre*, — chef-d'œuvre d'ironie auquel il manque seulement une conclusion, — consiste à « adorer son moi », à le parer de sensations nouvelles. La vie religieuse de l'humanité ne lui est qu'un prétexte à ces sensations-là, comme la vie intellectuelle, comme la vie sentimentale. Sa corruption est autrement profonde que celle du jouisseur barbare: elle est autrement compliquée, et le beau nom d'intellectualisme dont il la pare en dissimule la férocité froide, la sécheresse affreuse. Nous le connaissons trop bien, ce jeune homme-là; nous avons tous failli l'être nous que les paradoxes d'un maître trop



éloquent ont trop charmés; nous l'avons tous été un-jour une heure; nous le sommes encore dans nos mauvais moments. Et si j'ai écrit ce livre, c'est pour te montrer, enfant de vingt ans chez qui l'âme est en train de se faire, c'est pour me montrer à moi-même ce que cet égoïsme-là peut cacher de scélératesse au fond de lui.

Ne sois ni l'un ni l'autre de ces deux jeunes hommes, jeune Français d'aujourd'hui. Ne sois ni le positiviste brutal qui abuse du monde sensuel, ni le sophiste dédaigneux et précocement gâté qui abuse du monde intellectuel et sentimental. Que ni l'orgueil de la vie, ni celui de l'intelligence ne fassent de toi un cynique et un jongleur d'idées! Dans ces temps de conscience troublée et de doctrines contradictoires, attache-toi comme à la branche de salut, à la phrase sacrée: «Il faut juger l'arbre par ses fruits.» Il y a une réalité dont tu ne peux pas douter, car tu la possèdes, tu la sens, tu la vis à chaque minute: c'est ton âme. Parmi les idées qui t'assaillent, il en est qui rendent cette âme moins capable d'aimer, moins capable de vouloir. Tiens pour assuré que ces idées sont fausses par un point, si subtiles te semblent-elles, soutenues par les plus beaux noms, parées de la magie des plus beaux talents. Exalte et cultive en toi ces deux grandes vertus, ces deux énergies en dehors desquelles il n'y a que flétrissure présente et qu'agonie finale: l'amour et la volonté.—La science d'aujourd'hui, la sincère, la modeste, reconnaît qu'au terme de son analyse s'étend le domaine de l'Inconnaissable. Le vieux Littré, qui fut presque un saint, a magnifiquement parlé de cet océan de mystère qui bat notre rivage, que nous voyons devant nous, réel et pour lequel nous n'avons ni barque ni voile. A ceux qui te diront que derrière cet océan de mystère il y a le

vide, l'abîme du noir et de la mort, aie le courage de répondre: «Vous ne le savez pas...» Et puisque tu sais, puisque tu éprouves qu'une âme est en toi, travaille à ce que cette âme ne meure pas en toi avant toi-même.—La France a besoin que nous pensions tous cela, et puisse ce livre t'aider à le penser. N'y cherche pas, ce que tu n'y trouverais point, des allusions à de récents événements. Le plan en était tracé; et une partie en était écrite quand deux tragédies, l'une Française et l'autre Européenne, sont venues attester qu'un même trouble d'idées et de sentiments remue, à l'heure présente, de hautes et d'humbles destinées. Fais-moi l'honneur de croire que je n'ai pas spéculé sur des drames qui ont fait souffrir qui font souffrir trop de personnes. Les moralistes dont c'est le métier de chercher les causes rencontrent parfois des analogies de situations qui leur attestent qu'ils ont vu juste. Ils aimeraient mieux alors s'être trompés. Que je voudrais, moi, pour me citer en exemple, qu'il n'y eût jamais eu dans la vie réelle de personnages semblables, de près ou de loin, au malheureux *Disciple* qui donne son nom à ce roman! Mais s'il n'y en avait pas eu, s'il n'y en avait pas encore, je ne t'aurais pas dit ce que je viens de te dire, jeune homme de mon pays, à qui je voudrais avoir été une fois bienfaisant par qui je souhaite passionnément d'être aimé,—et de le mériter.

PAUL BOURGET.

(Nelson, édit. Paris.)

## PECHEUR A LA LIGNE

Assis, les pieds pendants sous l'arche d'un vieux pont,  
Et sourd aux bruits lointains à qui l'écho répond,  
Le pêcheur suit des yeux le petit flotteur rouge.  
L'eau du fleuve pétille au soleil. Rien ne bouge.  
Le liège soudain fait un plongeon trompeur,  
La ligne saute.—Avec un hoquet de vapeur  
Passe un joyeux bateau tout pavoisé d'ombrelles;  
Et, tandis que les flots apaisent leurs querelles;  
L'homme, un instant tiré de son rêve engourdi,  
Met une amorce neuve, et songe:—Il est midi.

---

## AUX BAINS DE MER

Sur la plage élégante au sable de velours  
Que frappent, réguliers et calmes, les flots lourds,  
Tels que des vers pompeux aux nobles hémistiches  
Les enfants des baigneurs oisifs, les enfants riches,  
Qui viennent des hôtels voisins et des chalets,  
La jaquette troussée au-dessus des mollets,  
Courent, les pieds dans l'eau, jouant avec la lame,  
Le rire dans les yeux et le bonheur dans l'âme,  
Sains et superbes sous leurs habits étoffés,  
Et d'un mignon chapeau de matelot coiffés,  
Ces beaux enfants gâtés, ainsi qu'on les appelle,  
Creusent gaîment, avec une petite pelle,  
Dans le fin sable d'or des canaux et des trous;  
Et ce même Océan, qui peut dans son courroux

Broyer sur les récifs les grands steamers de cuivre  
Laisse, indulgent aïeul, son flot docile suivre  
Le chemin que lui trace un caprice d'enfant.

Ils sont là, l'œil ravi, les cheveux blonds au vent  
Non loin d'une maman brodant sous son ombrelle,  
Et trouvent, à coup sûr, chose bien naturelle  
Que la mer soit si bonne et les amuse ainsi.

— Soudain, d'autres enfants, pieds nus comme ceux-ci,  
Et laissant monter l'eau sur leurs jambes bien faites,  
Des moussaillons du port, des pêcheurs de crevettes,  
Passent, le cou tendu sous le poids des paniers.  
Ce sont les fils des gens du peuple, les derniers  
Des pauvres, et le sort leur fit rude la vie.

Mais ils vont, sérieux, sans un regard d'envie  
Pour ces jolis babies et les plaisirs qu'ils ont.  
Comme de courageux petits marins qu'ils sont,  
Ils aiment leur métier pénible et salutaire  
Et ne jalourent point les heureux de la terre;  
Car ils savent combien maternelle est la mer,  
Et que pour eux aussi souffle le vent amer  
Qui rend robuste et belle, en lui baisant la joue,  
L'enfance qui travaille, et l'enfance qui joue.

FRANÇOIS COPPÉE.

---

## LE LOUIS D'OR

### CONTE DE NOËL

Lorsque Lucien de Hem eut vu son dernier billet de cent francs agrippé par le râteau du banquier, et qu'il se fut levé de la table de roulette où il venait de perdre les débris de sa petite fortune, réunis par lui pour cette su-

prême bataille, il éprouva comme un vertige et crut qu'il allait tomber.

La tête troublée, les jambes molles, il alla se jeter sur la large banquette de cuir qui faisait le tour de la salle de jeu. Pendant quelques minutes, il regarda vaguement le tripot clandestin dans lequel il avait gâché les plus belles années de sa jeunesse, reconnut les têtes ravagées des joueurs, crûment éclairées par les trois grands abat-jours, écouta le léger frottement de l'or sur le tapis, songea qu'il était ruiné, perdu, se rappela qu'il avait chez lui, dans un tiroir de commode, les pistolets d'ordonnance dont son père, le général de Hem, alors simple capitaine, s'était si bien servi à l'attaque de Zaatcha; puis, brisé de fatigue, il s'endormit d'un sommeil profond.

Quand il se réveilla, la bouche pâteuse, il constata, par un regard jeté à la pendule, qu'il avait dormi une demi-heure à peine, et il éprouva un impérieux besoin de respirer l'air de la nuit. Les aiguilles marquaient sur le cadran minuit moins le quart. Tout en se levant et en s'étirant les bras, Lucien se souvint alors qu'on était à la veille de Noël, et, par un jeu ironique de la mémoire, il se revit soudain tout petit enfant et mettant, avant de se coucher, ses souliers dans la cheminée.

Il passa dans l'antichambre, mit son chapeau et sa pelisse, et descendit l'escalier avec l'agilité des gens qui ont la fièvre.

Depuis quatre heures que Lucien était enfermé dans le tripot, la neige était tombée abondamment, et la rue— une rue du centre de Paris, assez étroite et bâtie de hautes maisons,—était toute blanche. Dans le ciel purgé, d'un bleu noir, de froides étoiles scintillaient.

Le joueur décavé frissonna sous ses fourrures et se

mit à marcher, roulant toujours dans son esprit des pensées de désespoir et songeant plus que jamais à la boîte de pistolets qui l'attendait dans le tiroir de sa commode; mais, après avoir fait quelques pas, il s'arrêta brusquement devant un navrant spectacle.

Sur un banc de pierre placé, selon l'usage d'autrefois, près de la porte monumentale d'un hôtel, une petite fille de six ou sept ans, à peine vêtue d'une robe noire en loques, était assise dans la neige. Elle s'était endormie là, malgré le froid cruel, dans une attitude effrayante de fatigue et d'accablement, et sa pauvre petite tête et son épaule mignonne étaient comme écroulées dans un angle de la muraille et reposaient sur la pierre glacée. Une des savates dont l'enfant était chaussée s'était détachée de son pied qui pendait, et gisait lugubrement devant elle.

D'un geste machinal, Lucien de Hem porta la main à son gousset; mais il se souvint qu'un instant auparavant il n'avait pas pu donner de pourboire au garçon du cercle. Cependant, poussé par un instinctif sentiment de pitié, il s'approcha de la petite fille, et il allait peut-être l'emporter dans ses bras et lui donner asile pour la nuit, lorsque, dans la savate tombée sur la neige, il vit quelque chose de brillant.

Il se pencha. C'était un louis d'or!

Une personne charitable, une femme sans doute, avait passé par là, avait vu, dans cette nuit de Noël, cette chaussure devant cette enfant endormie, et, se rappelant la touchante légende, elle avait laissé tomber, d'une main discrète, une magnifique aumône, pour que la petite abandonnée crût encore aux cadeaux faits par l'Enfant Jésus et conservât, malgré son malheur, quelque con-

fiance et quelque espoir dans la bonté de la Providence.

Un louis! c'étaient plusieurs jours de repos et de richesse pour la mendicante.

Alors ce jeune homme de vingt-trois ans, qui descendait d'une race d'honnêtes gens, qui portait un superbe nom militaire, et qui n'avait jamais failli à l'honneur, conçut une épouvantable pensée; il fut pris d'un désir fou, hystérique, monstrueux. D'un regard il s'assura qu'il était bien seul dans la rue déserte, et, pliant le genou, avançant avec précaution sa main frémissante, il vola le louis d'or dans la savate tombée! Puis, courant de toutes ses forces, il revint à la maison de jeu, grimpa l'escalier en quelques enjambées, poussa d'un coup de poing la porte rembourrée de la salle maudite, y pénétra au moment précis où la pendule sonnait le premier coup de minuit, posa la pièce d'or sur le tapis vert et cria:

—En plein sur le «dix-sept!»

Le «dix-sept» gagna.

Il avait maintenant devant lui un tas d'or et de billets et il se mit à poudrer le tapis frénétiquement. C'était une chance inouïe, surnaturelle. Dans son empressement à se mettre au jeu, il n'avait pas quitté sa lourde pelisse; déjà il en avait gonflé les grandes poches de liasses de bank-notes et de rouleaux de pièces d'or; et, ne sachant plus où entasser son gain, il bourrait maintenant de monnaie et de papier les poches intérieures et extérieures de sa redingote, les goussets de son gilet et de son pantalon, son porte-cigares, son mouchoir, tout ce qui pouvait servir de récipient. Et il jouait toujours, et il gagnait toujours, comme un furieux! comme un homme ivre! et il jetait ses poignées de louis sur le tableau au hasard, à

la vanvole, avec un geste de certitude et de dédain!

Seulement, il avait comme un fer rouge dans le cœur, et il ne pensait qu'à la petite mendiante endormie dans la neige, à l'enfant qu'il avait volée.

—Elle est encore à la même place! Certainement, elle doit y être encore!... Tout à l'heure... oui, quand une heure sonnera... je me le jure!... je sortirai d'ici, j'irai la prendre, tout endormie, dans mes bras, je l'emporterai chez moi, je la coucherai sur mon lit... Et je l'élèverai, je la doterai, je l'aimerai comme ma fille, et j'aurai soin d'elle, toujours, toujours!

Mais la pendule sonna une heure, et le quart, et la demie, et les trois quarts... et Lucien était toujours assis à la table infernale.

Enfin, une minute avant deux heures, le chef de partie se leva brusquement et dit à voix haute:

—La banque a sauté, messieurs... Assez pour aujourd'hui!

D'un bond, Lucien fut debout. Ecartant avec brutalité les joueurs qui l'entouraient et le regardaient avec une envieuse admiration, il partit vivement, dégringola les étages et courut jusqu'au banc de pierre. De loin, à la lueur d'un bec de gaz, il aperçut la petite fille.

—Dieu soit loué! s'écria-t-il. Elle est encore là.

Il s'approcha d'elle, lui saisit la main:

—Oh! qu'elle a froid! Pauvre petite!

Il la prit sous les bras, la souleva pour l'emporter. La tête de l'enfant retomba en arrière, sans qu'elle s'éveillât:

—Comme on dort à cet âge-là!

Il la serra contre sa poitrine pour la réchauffer, et, pris d'une vague inquiétude, il voulut afin de la tirer de



ce lourd sommeil, la baiser sur les yeux, comme il faisait naguère à sa maîtresse la plus chérie.

Mais alors il s'aperçut avec terreur que les paupières de l'enfant étaient entr'ouvertes et laissaient voir à demi des prunelles vitreuses, éteintes, immobiles. Le cerveau traversé d'un horrible soupçon, Lucien mit sa bouche tout près de la bouche de la petite fille; aucun souffle n'en sortit.

Pendant qu'avec le louis d'or qu'il avait volé à cette mendicante Lucien gagnait au jeu une fortune, l'enfant sans asile était morte, morte de froid.

Étreint à la gorge par la plus effroyable des angoisses, Lucien voulut pousser un cri... et, dans l'effort qu'il fit, il se réveilla de son cauchemar sur la banquette du cercle, où il s'était endormi un peu avant minuit et où le garçon du tripot, s'en allant le dernier vers cinq heures du matin, l'avait laissé tranquille, par bonté d'âme pour le décavé.

Une brumeuse aurore de décembre faisait pâlir les vitres des croisées. Lucien sortit, mit sa montre en gage, prit un bain, déjeuna, et alla au bureau de recrutement signer un engagement volontaire au 1<sup>er</sup> régiment de chasseurs d'Afrique.

Aujourd'hui, Lucien de Hem est lieutenant; il n'a que sa solde pour vivre, mais il s'en tire, étant un officier très rangé et ne touchant jamais une carte. Il paraît même qu'il trouve encore moyen de faire des économies; car l'autre jour, à Alger, un de ses camarades qui le suivait à quelques pas de distance dans une rue montueuse de la Kasba, le vit faire l'aumône à une petite Espagnole endormie sous une porte, et eut l'indiscrétion de regarder ce que Lucien avait donné à la pauvre. Le curieux

fut très surpris de la générosité du pauvre lieutenant. Lucien de Hem avait mis un louis d'or dans la main de la petite fille.

FRANÇOIS COPPÉE.  
(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

## LA FONTAINE ET SES FABLES

---

### DU SENTIMENT DE LA NATURE

Partout autour de nous, dans les objets les plus bruts et les plus inertes, il y a des tendances, des élans, des efforts, des impuissances et des victoires, en sorte que notre âme, se retrouvant en eux sous une autre forme, se contemple dans la plante qui est une puissance, comme elle s'est contemplée dans l'animal qui est une pensée. Un moineau alerte qui sautille en dressant sa petite tête hardie, et picote le grain d'un air coquet et délibéré, vous faisait penser aux ébats et aux mines d'un gai polisson, indiscret convive, mais espiègle de bonne maison. A présent un bouleau blanchâtre, à l'écorce mince et lisse, qui élève vers le ciel son tronc grêle et ses feuilles frissonnantes, est un être souffrant, délicat et triste que nous aimons et que nous plaignons. Qui est-ce qui ne s'est pas arrêté, en passant sur une route, auprès d'une pauvre plante, d'un buisson solitaire qui pend, demi-déraciné, le long d'un talus? Les chèvres le broutent à mesure qu'il verdit; le vent le secoue; il a peine à vivre et s'accroche par ses racines tordues au sol qui s'effondre: ses graines qui tombent sur la pente pierreuse meurent ou avortent. Çà et là pourtant des fleurs blanches sortent de l'écorce, avec un fin parfum d'aubépine. Nous passons, et nous

emportons sans le savoir un sentiment délicat et triste. Nous ne disons plus comme au dix-septième siècle que la campagne est vide. Une ligne de peupliers debout au bord d'un champ ressemble à une bande de frères. Ils murmurent éternellement et leurs feuilles bruissantes semblent sans relâche chuchoter les mêmes paroles. Notre vie inquiète nous rend plus doux le spectacle de leur vie tranquille. Nous sommes presque étonnés de les revoir le matin, posés comme le soir, et nous les trouvons heureux de leur immobilité monotone. Nous sommes tentés de nous demander ce qu'ils ont fait la nuit, lorsque le silence et l'ombre enveloppaient leurs grandes formes, et que la brume venait poser son voile diaphane sur leurs manteaux. Il nous semble qu'ils ont dû se réjouir, lorsque l'aube a touché de son rayon charmant leur tête si fine. En effet, à ce moment, sous la petite brise qui s'éveille, ils bruissent faiblement, et leurs feuilles luisent. Alors nous pensons vaguement à la lenteur de leur croissance, et à la régularité des révolutions qui les renouvellent. Chaque année, leurs bourgeons s'enflent, rougissent, une odeur pénétrante sort de la sève qui regorge; l'écorce suinte, et les essaims d'insectes accourent en bourdonnant autour des feuilles nouveau-nées. Elles se lustrent, s'étalent, jouissent de toute la lumière du ciel, et répètent leur chant incessant et tranquille jusqu'au moment où, une par une, elles tombent en tournoyant sur le gazon jauni. Une pousse est venue, une autre va venir; voilà toute la vie végétale, exempte d'effort, de privation et de recherche, encore plus douce à contempler que celle de l'animal. Car ici la pensée supprimée a supprimé la souffrance. Ils se confient davantage à la nature; ils n'ont point à se défendre comme les bêtes, ni à chercher leur

pâturer... Alors s'éveillent en nous mille rêves charmants que la solitude nourrit, et qui seraient détruits à l'instant par la présence des visages humains. L'esprit prend quelque chose de l'harmonie et de la sécurité des objets qui l'entourent. On ne peut contempler les grandes lignes des paysages, le calme des ombres et de la lumière, la large voûte du ciel, sans se conformer à la pensée sourde qui semble pénétrer toutes ces choses et les unir. Il suffit à l'âme qui veille et s'agite d'apercevoir la nature qui sommeille pour se rendormir à demi. Le propre des êtres sans forme est d'atteindre leur développement par les états contraires, d'être indifférents à l'issue de leur effort, de se continuer dans leurs voisins, et, par le manque de but et de limites, d'atteindre la perfection du calme et l'apparence de l'infini. Nous savons bien, en leur prêtant ainsi des pensées et des émotions, que nous mettons notre âme dans leur être, et que notre discours n'est qu'image. Mais notre âme se trouve doucement dans cet être plus simple, et nos images n'en sont que plus délicates, parce que nous sentons qu'à la réflexion elles devront s'évanouir. Nous ne nous y arrêtons point avec une précision grossière. Nous les changeons par d'autres, nous les remplaçons selon notre état intérieur, et pour les besoins du moment. Nous glissons ainsi sur un courant d'émotions fugitives et demi-formées. La pitié, la joie, la colère, toutes les passions nous effleurent, sans qu'aucune s'enfonce en nous. Notre sympathie ne souffre pas; nous sentons que notre esprit est un magicien involontaire, et que ses créations ne sont qu'apparence. Nous avons le même plaisir que devant un beau tableau ou un beau livre; au plus fort des passions qu'il nous présente, nous savons que les personnages sont des fantômes, et

que ce n'est point un sang véritable que nous voyons couler. La campagne est un poète qui fait et défait en même temps les illusions dont il nous nourrit. C'est pour cela que la partie délicate et passionnée de notre âme ne trouve son contentement que devant elle. C'est pour cela encore qu'elle est aujourd'hui le dernier refuge de la beauté. C'est vers elle que, dans le dépérissement des arts, la peinture s'est reportée. C'est par elle que les peintres ont retrouvé l'originalité et l'invention. C'est par elle que la poésie et la rêverie subsistent encore.

TAINÉ.

---

## LE QUATRIÈME PAUVRE

La mère chantait, pour endormir son enfant, un de ces vieux chants venus on ne sait d'où, comme les pèlerins d'autrefois. Devant elle, au delà du seuil de la ferme, une prairie descendait, étroite, tondue ras par la dent des moutons, et où séchaient des langes et de menues hardes blanches posés sur des cordes tendues; puis c'étaient des dunes de sable, toutes pareilles, fuyantes, désertes, incultes, où parfois, lorsque le vent soufflait en rafales, des touffes de jonc clairsemées faisaient en se pliant courir un frisson d'argent. Très loin, dans les beaux jours, on apercevait la mer comme une bande de lumière, la mer sans navires d'une côte sans profondeur et sans abri.

Le pays n'était pas gai, mais Julienne s'y plaisait parce qu'elle y était née. Il eut été inhabitable, s'il n'y avait eu derrière la ferme quelques champs entourés de murs en pierres sèches, où poussaient assez bien l'avoine

et merveilleusement les pommes de terre. En faut-il beaucoup plus pour être heureux? Julienne ne le pensait pas, ou, pour mieux dire, elle ne se l'était jamais demandé. Elle aimait sa Renardière, la dernière ferme avancée en éperon dans le sable des plages; elle aimait ses quatre enfants, son mari, qu'elle avait pris pauvre et qui peinait rudement, tantôt bêchant la terre, tantôt récoltant le varech ou tirant la seine avec le fils aîné; elle avait grande miséricorde pour les mendiants qui passaient, et, avec six amours et une pitié comme celle-là, Julienne avec raison n'enviait personne.

Il faisait ce soir un temps gris, très bas, qui limitait l'horizon et ne disait pas l'heure. Cependant le soleil devait se coucher. Le pluie fine tombait par la cheminée sur le couvercle de la marmite, et grésillait sur les charbons. L'homme était en mer avec son fils Hervé; le femme berçait l'enfant le plus jeune, et chantait la chanson indéfinie des longues attentes:

Il n'est pas encore sept heures et demie;  
Comme le vent qui donne ici,  
Comme le vent qui frappe et donne,  
Comme la pluie qui tombe aussi.

Le bruit de la barrière invisible, qui s'ouvrait et retombait, là, tout près, dans le courtil qui touchait la maison, fit se redresser Julienne. Elle écouta. Un seul pas résonnait sur le sol mouillé.

—Ce n'est pas eux, pensa-t-elle.

Et un homme qui portait un paquet noué au bout d'un bâton apparut, comme une ombre noire, dans l'ouverture de la porte. Elle eut peur, parce qu'elle était seule. Elle ne voyait que deux yeux roux, qui la regar-

daient, et une barbe de coureur de routes, à moitié blanche, à moitié blonde, élargie par le mauvais temps et collée en mèche par la pluie.

— Que demandez-vous? fit-elle. Le couvert pour la nuit?

L'homme inclina la tête pour toute réponse.

Elle crut le reconnaître; car, éloignés des bourgs et des villages comme ils l'étaient à la Renardière, ils logeaient souvent les voyageurs et les vagabonds.

— Allez dans la grange; mettez-vous dans la paille qui est tirée. Mon mari vous portera la soupe tout à l'heure, je l'entends qui vient.

Elle n'entendait que son cœur qui disait: «Viens! viens!» et qui se rassura, et songea au nourrisson, et se mit à suivre la chanson tranquille des heures lorsque le mendiant se fut retiré.

Il n'est pas encore huit heures et demie...

Elle avait la figure maigre, jeune encore, et, sous les bandeaux châains à moitié cachés par la coiffe, des yeux noirs faciles aux larmes, qui s'inquiétaient vite, et riaient rarement et par éclairs. C'était une nature maternelle et primitive, que la solitude des campagnes avait gardée intacte. Quand Julienne voulait, l'homme, plus grossier et plus rude, cédait presque toujours; il avait, obscurément, le sentiment de l'abri profond de cette maison qu'elle mettait en ordre, sans relâche et sans bruit, et lui, toujours dehors, dans le vent des plages ou de la mer, quand il rentrait, il montrait ses dents blanches.

La main qui agitait le berceau diminua l'amplitude de l'oscillation, la réduisit à un petit frémissement, puis se détacha de l'osier, qui cessa de se plaindre. Et ce fut alors

que le vent gémit plus fort autour de la maison et que la mère devint une pauvre femme seule, attentive et angoissée.

Pour ne pas avoir peur, elle se leva et s'occupa du ménage. Une demi-heure s'écoula; la nuit tombait. Tout à coup:

—Nous voilà! dit l'homme. J'ai faim. Mauvaise pêche!

Il entra, moitié paysan et moitié marin, vêtu de toile bleue et coiffé d'un casque de toile cirée jaune. Sa longue tête aux yeux enfoncés se pencha dans l'ombre de la pièce pour chercher la mère, qui s'était accroupie près du foyer et qui écumait la soupe. La femme l'aperçut, fit un signe de tête, sourit au fils qui, derrière lui, par-dessus l'épaule paternelle, tâchait de voir aussi.

—Bonsoir, m'man!

Elle embrassa le grand fils, qui tendait sa joue mouillée de sel et de brume, et alluma la bougie, qu'elle avait économisée jusque-là. La flamme éclaira, le long du mur, une bourriche creuse où achevaient de mourir trois poissons à peau rugueuse, couleur de vase, sous deux crabes lie de vin, aux pattes repliées, pareils à des galets de marbre.

—C'est la soupe pour demain, dit l'homme. La mer est trop forte; mangeons.

Ils prenaient place autour de la table, et le fils fermait la porte, quand la porte fut repoussée de l'extérieur.

—Peut-on entrer? demanda une voix.

—Où couche-t-on ici? demanda une autre.

—Dans les fossés de mes champs? cria l'homme. En voilà des chemineaux qui ne savent pas parler! Où couche-t-on? Est-ce que je tiens une auberge?

Dans le trou brumeux de la porte, et noires dans les



demi-ténèbres du crépuscule finissant, deux ombres se reculèrent à l'approche du paysan. Les errants le jugeaient trop grand et trop solidement musclé; ils baissèrent le ton.

—Vous ne voudriez pas nous laisser dehors par le temps qu'il fait? reprit l'un d'eux.

—En vérité, si, tas de fainéants! On ne voit qu'eux sur les routes où il n'y a pas de travail à faire ni à prendre. Et il faut travailler pour leur donner ce qu'ils veulent! Allez coucher dans les cailloux de la côte: les poissons ne vous dérangeront pas!

—J'en ai déjà logé un dans la grange, dit posément Julienne. Elle est assez grande pour trois, m'est avis.

L'homme s'était retourné, mécontent, s'était rassis, et mangeait sans rien dire.

Le vent grondait. On entendait le frottement des manteaux des gueux sur le mur.

—Fais-leur la charité, reprit Julienne.

—Ils sont trop, à la fin! Tous les jours ouvrir sa maison, donner sa paille, dont les bêtes ne veulent plus ensuite, et donner la soupe chaude! Non, c'est trop souvent!

Mais, comme il disait cela sans s'interrompre de manger, et plutôt comme un regret d'une faiblesse déjà consentie, Julienne dit:

—Bonnes gens, longez la maison, et au fond de la cour, quand vous aurez dépassé l'écurie, entrez dans notre grange, et séchez-vous. Tout à l'heure j'irai vous servir.

Lorsque le paysan, sa femme et son fils Hervé furent seuls dans la maison close, avec les trois enfants qui dormaient dans la chambre voisine, ils se mirent à parler de la saison de pêche, qui était mauvaise, et de la récolte,

qui avait mal réussi. Depuis deux mois que le froment était battu, les deux hommes couraient inutilement la côte: les dorades et les lubines se faisaient rares; le mullet semblait avoir fui en haute mer; les casiers tendus pour prendre les homards ne prenaient que des crabes, et les quelques poissons de roche pêchés à la ligne sur les bas-fonds pierreux de Faillebelle ne pouvaient être d'aucun profit: Ce sont des bêtes couleur d'arc-en-ciel dont personne ne veut que les pêcheurs.

—Écoute, Julienne, conclut le métayer, si cela continue, je ne pourrai plus payer la ferme, et le maître nous chassera. Tu as le cœur trop tendre pour les mendiants et les chemineaux; à partir de demain, je leur fermerai la grange, et, s'ils ne s'en vont pas, je leur courrai dessus avec Hervé, qui est d'âge à tenir une fourche.

Le jeune gars montra ses poignets, dont les os étaient saillants sous la peau brune. La mère regarda les deux hommes d'un air de reproche, soupira, trempa une seconde soupe avec ce qui restait de bouillon dans la marmite, et sortit avec une écuelle fumante dans la nuit. Elle avait pris une lanterne dans sa main gauche, et, comme elle longeait la maison, elle vit, dans le rayon qui la précédait et trouait les ténèbres, une forme mouvante.

Elle s'arrêta, et retint un cri. Elle pensa que c'était un pauvre encore qui venait demander un abri, et elle éleva un peu la lumière pour se rendre compte. En effet, un vieux, dont la barbe était roulée comme les vrilles des pois de mai et qui portait un chapeau d'ancêtre vendéen, à grands bords, déformé par l'usage de deux ou trois générations, s'avança dans la lueur, et dit:

—Pour l'amour de Dieu, maîtresse Julienne, ne me laissez pas coucher dehors!

—Vous parlez comme les autres pauvres ne parlent plus, dit Julienne; je vous logerai donc, mais ce sera la dernière nuit. Mon mari fermera la grange. Comment vous appelez-vous?

—La Misère.

Elle le considéra, et fut étonnée de ce qu'il avait les yeux très bleus et très doux, comme un enfant. Malgré le vent qui soufflait et la pluie qui tombait, elle ne se sentait pas plus pressée de rentrer que si on eût été dans la saison chaude, un jour de clair soleil. Elle demanda:

—Je ne sais pas si vous dites votre vrai nom. Mais d'où venez-vous, la Misère?

—De partout.

—Vous reçoit-on bien?

—De moins en moins.

—Alors pourquoi marchez-vous toujours, sans savoir où vous logerez?

—Pour empêcher le cœur des hommes de se fermer tout à fait. Quand je passe, il n'y a que moi; quand je suis passé, Dieu bénit.

Maîtresse Julienne, de la Renardière, trouva que ce pauvre avait l'air d'un des apôtres qui sont sculptés et peints dans l'église de son village, et elle dit, sachant bien que la nuit est pleine de passants que nul ne connaîtra jamais tous:

—Venez, le meilleur coin est à droite, au fond; si vous ne trouvez pas de paille fraîche, tirez-en de la meule; moi, je vous le permets.

Et quand les quatre mendiants furent assis en cercle autour de l'écuelle et éclairés par la lanterne que la femme pendit à un clou du mur, la grande nuit suivit

son cours. La bourrasque redoubla; la grande marée qui montait laissait tant de bruit dans le vent, qu'on eût dit qu'elle battait la maison et voulait la détruire.

Julienne cependant, rentra contente, et dit:

—Ils sont quatre à présent, autant que nous avons d'enfants.

. . . . .

Au petit jour, le père et le fils se levèrent pour panser les bêtes et voir si le temps permettait de se risquer sur la mer.

Mais à peine avaient-ils franchi le seuil, que Julienne se mit à crier:

—Accourez! à moi! quel malheur!

Ils furent en un instant près d'elle, au fond de la seconde chambre, et, tandis qu'elle fondait en larmes, ils virent l'armoire ouverte et le tiroir défoncé, où les économies de l'année avaient été serrées.

L'homme devint furieux; il s'en prit à sa femme, grâce à laquelle pourtant la Renardière avait toujours été heureuse, et lui fit une scène terrible, l'accablant de reproches:

—N'est-ce pas ta faute? Pourquoi reçois-tu les voleurs? Te voilà bien, avec ton bon cœur stupide! Cours après eux maintenant! Nous sommes ruinés, et c'est toi qui l'as voulu, brigande, hôtesse de chemineaux et de va-nu-pieds!

Le petit Hervé était tout pâle de saisissement de voir pleurer sa mère et s'emporter son père.

Ce ne fut qu'après une demi-heure que le paysan s'avisa de rechercher si on ne trouverait pas les voleurs. Il traversa la cour, prit sa fourche dans l'écurie, et entra

dans la grange. La femme et le fils l'accompagnaient, en arrière.

Sur la paille, il n'y avait plus que le quatrième pauvre, qui dormait.

—Houp! Debout! misérable! Où sont les autres?

La Misère ouvrit les yeux, sans bouger. Il était enveloppé dans sa limousine, qui n'avait plus de couleur, et son visage avait la pâleur des tiges sèches de froment qui l'enveloppaient.

—Tu n'as pas l'air de comprendre, coquin! Où sont les autres?

Mais le regard de ce pauvre était si clair et si profond, que l'homme crut voir la mer du large, qu'il voyait tous les jours du bord de son bateau. Tout affolé de colère qu'il fût, il n'osa pas toucher le mendiant, et dit moins rudement:

—Je ne t'accuse pas; je ne te ferai pas de mal. Dis-moi seulement où sont les autres qui ont volé.

—Voilà bien un quart d'heure que j'ai entendu courir devant la porte, métayer de la Renardière. Mais, au train dont ils allaient, vous ne les rattraperez pas.

Et toujours couché, semblable à une statue par le calme des traits, parlant comme quelqu'un qui avait autorité, il demanda:

—Que t'ont-ils volé? Ton bonheur?

—Non.

—Un de tes enfants?

—Non.

—Ta conscience d'honnête homme qui a toujours bien travaillé et bien fait son devoir?

—Non. Ils m'ont pris quinze pistoles d'argent que j'avais mises dans mon armoire.

—Alors, dit le pauvre, tu n'as perdu que ce qui se répare. Que me donneras-tu si je te fais retrouver ce qu'on t'a pris?

—Choisis, dit le paysan.

—Je choisis la clé de ta grange, dit la Misère.

Le métayer de la Renardière regarda la longue pièce de fer rouillée, usée, qui dépassait la serrure, et haussa les épaules.

—C'est pour y revenir? dit-il.

—Moi ou d'autres; car tu perdras toujours plus à fermer ton cœur et ta grange qu'à les ouvrir l'un et l'autre. Décroche ta seine, ta plus grande, et suis-moi.

Il se leva, et le métayer, qui était grand, remarqua que ce pauvre avait la tête de plus que lui. Il n'en obéit que mieux, et sur un brancard, aidé par le fils et la femme, il emporta son filet.

Tous quatre, par les dunes où l'herbe était mouillée et fumait au matin, ils gagnèrent la plage. La mer, apaisée, roulait sur le sable des vagues d'un violet pâle, que bordait une frisure d'argent. Très lentement ils s'avançaient longeant le flot. La Misère ne disait rien, et regardait le creux des lames où l'eau était limpide. Parvenu au milieu de la vaste courbe, il fit signe:

—Tendez la seine.

Le métayer et son fils entrèrent dans la mer, et le filet s'arrondit sur près de cent brasses de long. Tandis qu'avec effort ils tiraient la seine, dont les lièges dansaient à la lame, et qu'ils formaient «la baillée», le pauvre monta sur la dune voisine et s'y tint debout. Les deux hommes, attelés aux bâtons, le corps rejeté en avant, les jarrets tendus, avançaient péniblement; on eût dit que derrière eux un poids insolite les retenait. L'eau restait

paisible, transparente, et semblait vide. Cependant l'énorme cercle se rétrécissait peu à peu, et des traits de feu le traversaient. Les pêcheurs, devinant le poisson, maintenant retournés vers la mer et courbés, et saisissant les mailles, en haut et en bas, aussi vite qu'ils pouvaient, amenaient la poche. Bientôt ils poussèrent un cri: dans le filet, ce n'était plus qu'une masse grouillante de mulets qui sautaient, battaient l'eau de leur queue, se précipitaient contre l'obstacle, se mêlaient, s'épouvantaient, et, enveloppés par les plis de la seine, entassés sur la plage, s'amoncelèrent en un tas, comme un écueil tout blanc d'écume.

— Cours à la maison, Julienne, attelle le cheval, amène la charrette: il y en a un tombereau plein. Ah! la belle journée!

Le métayer et son fils, pour ne rien laisser perdre, se précipitaient de droite et de gauche, et saisissaient les poissons qui tentaient de s'échapper en suivant la pente mouillée.

Quand ils se relevèrent, radieux, pour chercher la Misère, ils ne virent personne sur la dune. Les œillets de sable s'ouvraient au jour, et regardaient seuls.

.....

Depuis lors, la grange de la Renardière est restée ouverte. La clef n'a été ni rapportée ni remplacée. Jamais le métayer ne compte plus les mendiants que sa femme y reçoit, et ils sont nombreux, dans les mois d'hiver et en ce pays écarté. Pour elle, quand elle raconte cette histoire à ses enfants ou à ceux des autres, elle ajoute, sans y manquer jamais:

— Mes petits, recevez les pauvres, et ne vous effrayez

pas s'ils sont beaucoup: ce n'est pas à nous de choisir. Le premier peut être mauvais, et le second, et le troisième: c'est souvent le quatrième pauvre qui est le bon.

RENÉ BAZIN.

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)

---

## LA JUSTICE SOUS UN SAULE

Ce fut un instant solennel quand, ayant signé l'acquit sur le livre des messageries, M. Matrinet commença à défaire l'enveloppe du cadeau que, en bon souvenir de dix années de labeur et d'entente, lui envoyait l'associé auquel, par raison de santé, il venait de céder sa part du fonds commun.

«Je parie que c'est une canne-plant!» soutenait M<sup>me</sup> Matrinet.

Son mari, qui avait aussitôt flairé la vérité, souriait, en remuant négativement, au bout de son long corps, sa tête tout de noir barbue, et jaunie dans la surface du teint par les insoumissions de l'estomac.

Bébé, âgé de onze ans et demi, avec un nez en trompette, des oreilles un peu en anses, regardait, sans rien dire, espérant que c'était peut-être quelque chose que l'on adressait au papa, mais pour être remis tout de même au fils.

Premièrement, l'objet fut extrait des ficelages, des enroulements de papier extrafort, et puis de papier plus moelleux... Maintenant, se présentait un étui de serge verte, cousu dans toute sa longueur, et seulement fermé à l'une des extrémités par une boucle, entre deux boutons... Pendant une dernière minute, cela promit très pos-



siblement encore de pouvoir être un fusil pour enfant.

Mais M. Matrinet tira doucement, avec un de ces gestes recueillis dont on fait l'inauguration d'un monument voilé; et ce qui apparut, ce fut une canne à pêche rentrante, grosse comme le bras, dont la portée, après montage, devait être extraordinaire.

«Fichtre! fit M<sup>me</sup> Matrinet, les goujons n'ont qu'à bien se tenir.»

Son mari, en effet, était un pêcheur modèle, auquel ce genre d'aptitude avait valu, dès son installation, une notoriété dans le gros bourg de Vielmin-l'Épiphanie. Il chô-mait, pour le moment, à cause du temps du frai; mais en époque normale, personne n'aurait songé à lui contester la place qu'il avait faite sienne par sa ponctualité et ses appâts, près du point où la Réguelette se jette dans l'Oise. Il s'y rendait le matin et y retournait l'après-midi, ainsi que naguère à son magasin.

M. Matrinet, tournant et retournant la canne, sans souffler mot, appréciait. Il commença par tirer successivement chacune des six sections, qui étaient enfoncées les unes dans les autres. Ensuite, il se mit à les ajuster en les vissant, bout à bout, par leurs viroles de cuivre qui avaient l'air d'être plus belles que de l'or. Quand trois parties en furent à se superposer, d'un seul tenant, ce fut tout ce qu'il était possible de faire mouvoir, en long, en haut ou en large, dans la salle à manger où l'on venait de finir de jeuner.

D'après une indication que son mari lui faisait par un mouvement capable de la tête, M<sup>me</sup> Matrinet ouvrit la porte de la rue. Et, inclinant sa canne à pêche, dont le gros bout reposait sur le parquet en arrière de lui, M. Matrinet, dans l'attitude où l'on chargeait jadis les fusils à

baguette, le front haut, face à ce qui pouvait arriver, continua de monter la quatrième section. La cinquième section pointa loin dehors, comme une baïonnette.

«Bougre!» s'exclama M. Matrinet, en voyant qu'avec la sixième section il touchait, de l'autre côté de la rue, à l'enseigne du charron.

Par quelques saccades du poignet, ayant constaté avec quelle souplesse répondait le scion extrême, il ajouta:

«C'est pour la pêche à la mouche.»

Mais une particularité de poids l'intrigua, dans la main. Il inspecta ce qui, en quelque sorte, était la crosse de son instrument. Il avait encore un perfectionnement à mettre à jour, un ressort à faire jouer, d'où se darda, en effet, une tige d'acier, une espèce de poignard.

«Ah! nom d'un chien, dit-il, c'est épatant!...

—C'est un article de peut-être soixante francs, proposa M<sup>me</sup> Matrinet.

—Au moins quarante-cinq francs!» décida Matrinet en connaisseur.

Bébé demanda:

«Le couteau?... pour quoi est-il faire?»

Son père piqua cette pointe en terre, sur le seuil, en montrant la canne qui avait l'air, ainsi dressée, de bien savoir pêcher toute seule, pendant que lui-même, se croisant les bras, faisait le monsieur qui se repose.

Alors M. Matrinet se mit à dévisser, à démonter le mirifique appareil en disant avec importance:

«On se servira de ça quand la saison en sera venue.

—Oh! pourquoi pas tout de suite? clama Bébé dans une déception.

—Sacré petit mâtin! s'écria le père, qu'est-ce que tu as

encore à faire ici?... Veux-tu bien vite filer à ton institution!

—Allons, va! reprit M<sup>me</sup> Matrinet en lui tapotant une joue avec douceur, n'agace pas papa.»

Cela dépassait l'entendement de Bébé, en s'acheminant vers sa pension, que l'on pût se retenir d'étrenner un cadeau comme celui-là, dès qu'il vous arrivait. Et il ne concevait pas de saison plus désigné, pour se servir des objets que la première où ceux-ci venaient se mettre, neufs, à votre disposition.

Aussi, quelques jours plus tard, profitant d'une absence de son père et de la distraction de sa mère pour risquer une matinée d'école buissonnière, fit-il main basse sur une ligne, sur la boîte aux mouches artificielles et sur la merveille nouvelle, qui avait été accroché dans l'antichambre à une paire de cornes de la patère aux parapluies.

De sorte que, une demi-heure après être sorti de chez lui, le gaillard préludait à de radieuses prouesses de pêcherie, sur une rive écartée de la Régulette, où ni ses parents ni l'instituteur n'auraient pu avoir l'idée de l'aller rejoindre.

Toutefois, la tranquillité de Bébé devait y être courte.

Il sentit soudain une grosse main le saisir à l'épaule, en même temps qu'une grosse voix lui disait à l'oreille:

«Ha! ha! ha!... On vous y prend, mon garçon, à jeter la ligne en temps prohibé!... Votre compte est clair!... D'abord, confiscation des engins!... Ouste, passez-moi tout ça!...»

Bébé, très blême, s'était déjà laissé dessaisir de la canne d'au moins quarante-cinq francs. Il se voyait, avec terreur, en présence d'un petit gros homme au teint de

brique cuite, qui roulait férocement des yeux et portait une plaque de métal fulgurante, au moyen d'un bracelet de cuir, sur la saignée du bras.

Remarquant l'effet produit par son aspect, le petit gros homme reprit:

«On va donc se faire mener devant le tribunal!...»

A ces mots, Bébé fondit en larmes et en supplications.

«Bon! bon! Grommela le petit gros homme en promenant son doigt comme un balancier dont il cognait et reconnait le bout du nez de Bébé... Tu vois bien ce trou, dans ce vieux saule... Eh bien! Tous les dimanches, avant midi, tu viendras m'y déposer un paquet de tabac de dix sous... Si jamais tu y manques seulement une fois, je te flanque ma contravention, et tu passes en jugement!...»

La consternation de Bébé était écrasante, en s'en retournant les mains vides, et ainsi endetté... Dix sous, chaque dimanche! C'était juste ce qu'on lui donnait par semaine!... Et puis, la disparition de la canne à stylet, d'une canne de pêche pour ainsi dire d'honneur, comment le père allait-il prendre ce coup-là? Certes, il n'y avait qu'à faire celui qui ne sait point, qui ne comprend pas... Mais, quel drame!...

Pendant quelque temps, on ne s'aperçut de rien à la maison. Mais, un sombre jour, M. Matrinet, en se promenant les mains derrière le dos, ainsi qu'il s'y plaisait souvent à regarder ses affaires et leur bon rangement, poussa un cri de stupeur. La canne à pêche n'était plus là! Il interrogea sa femme, la bonne, Bébé. On fouilla la demeure de fond en comble... Rien, rien, nulle part. Le dépit de M. Matrinet fut violent. Et cela devint une amertume de tous les instants. Ne pouvant incriminer l'hon-

nôteté de la bonne, il en conclut qu'il y avait un gredin parmi les connaissances auxquelles sa porte avait été jusque-là ouverte. Et, dès lors, il fortifia les issues de chez lui avec des verrous de sûreté.

Pendant ce temps, l'infortuné Bébé subissait la loi qui lui avait été faite et, par toutes les intempéries, dans une totale indigence, allait acquitter son tribut hebdomadaire. Il lui fallait des ruses de Sioux pour faire son emplette obligatoire de chaque dimanche, sans être aperçu à l'entrée ou à la sortie du bureau de tabac, et pour obtenir les délais de liberté nécessaires. Faute de ressources, il avait appris à se passer de sucres d'orge, et à n'avoir plus aucune des fantaisies qui peuvent se procurer dans les cinquante centimes.

A la longue, M. Matrinet finit par découvrir cependant ce qu'il en était. Il y avait des mois que cela durait. Ayant eu vent des achats de tabac que faisait son fils, il'épia, le surprit, et lui arracha un aveu complet au milieu de sanglots.

Le dimanche suivant, il prit par la main Bébé tout effaré, en lui disant:

«Mène-moi à cet arbre... où vient l'individu.»

¶ Embusqués à quelque distance ils virent bientôt celui-ci arriver, dans sa démarche ronde et satisfaite.

M. Matrinet s'avança gravement, correctement, suivi de Bébé qu'il désigna.

M. Matrinet se redressa de toute sa maigre taille, bilieux comme la justice, terrible comme un pêcheur que l'on a dépouillé d'une canne à pêche d'honneur.

«Moi, dit-il, je suis le père de ce petit jeune homme!... Rendez-moi mon engin!»

Si le gros homme avait paru un monstre à Bébé,

M. Matrinet apparaissait comme un géant au gros homme.

«Je ne l'ai plus, balbutia-t-il...

—Tous les dimanches, reprit M. Matrinet... entends-tu, mon bonhomme? Tu viendras m'apporter, chez moi, avant midi, une pièce de quarante sous, si tu ne veux pas que j'informe le maire, le capitaine de gendarmerie, le préfet, tout le diable et son train!»

... Et, il y avait bientôt deux ans que M. Matrinet touchait exactement cette rente, chaque semaine, quand sa femme lui fit cette réflexion, comme si elle eût trouvé que, à la fin, il abusait un peu du droit d'être le père du petit jeune homme:

«Tu dois commencer à être joliment indemnisé de la perte?...

—Peuh! Objecta-t-il, en homme avec qui l'on est loin de compte, ça valait peut-être un prix dont nous ne nous doutons pas?... Et puis c'était un souvenir!...»

PAUL HERVIEU.

(Fayard, édit. Paris.)

---

## LES AFFAIRES SONT LES AFFAIRES

---

(Acte III.)

### SCÈNE II

ISIDORE, LE MARQUIS DE PORCELLET

ISIDORE (*allant au-devant du marquis*).—Monsieur le marquis... j'ai bien l'honneur de vous saluer...

LE MARQUIS (*tenue très élégante, allures distinguées*).—  
Cher monsieur Lechat...

*(Ils échangent une poignée de main.)*

ISIDORE. — Excusez-moi de vous avoir fait attendre...

LE MARQUIS. — Nullement... nullement...

ISIDORE *(avançant un fauteuil)*. — Donnez-vous donc la peine de vous asseoir.

LE MARQUIS. — Merci...

ISIDORE. — Un cigare?... *(Le marquis refuse d'un geste de la main.)* Un verre de Porto?...

LE MARQUIS. — Merci! Pas davantage... *(Remerciant d'un geste.)* Je désirais vous entretenir de quelque chose... d'assez... urgent...

ISIDORE. — Tout à votre disposition... monsieur le marquis...

LE MARQUIS. — Voilà... *(Il se dégante.)* Le règlement de la liquidation Gasselin... le marchand de bois de Melun...

ISIDORE. — Je sais... je sais...

LE MARQUIS. — N'avance pas... Le notaire, d'ailleurs, m'écrit que je n'ai malheureusement pas grand'chose à en attendre...

ISIDORE. — Rien du tout, monsieur le marquis...

LE MARQUIS. — Ah!... C'est aussi votre avis?...

ISIDORE. — Oui...

LE MARQUIS. — C'est bien ce que je craignais... *(Un temps.)* Une grosse perte pour moi... Cela me gêne beaucoup. J'ai justement des échéances assez lourdes... et pas d'argent disponible... Oui... enfin... je suis très gêné... très... très ennuyé... Je viens donc vous demander de me prêter encore deux cent mille francs...

ISIDORE, *très calme*. — Nous allons voir ça... monsieur le marquis... nous allons voir ça...

LE MARQUIS.—Vous ne pouvez pas savoir à quel point vous m'obligeriez, cher monsieur Lechat...

ISIDORE.—Tiens... J'ai justement... là... comme par hasard... votre petit dossier... (*Avec une bonne figure.*) Nous allons voir ça... (*Il feuillette rapidement le dossier.*) Quatre obligations de deux cent mille francs... une autre de quatre cent mille... douze cent mille... les intérêts à cinq pour cent restés impayés... depuis deux ans... treize cent vingt mille... C'est exact?...

LE MARQUIS.—Parfaitement exact...

ISIDORE.—Oui... oui... (*La tête levée vers le plafond... il a l'air, maintenant, de se livrer à des calculs mentaux.*) Eh bien... je le regrette... monsieur le marquis... mais... cette fois... impossible.

LE MARQUIS.—Vous refusez?...

ISIDORE.—Désolé... mais je refuse...

LE MARQUIS.—Pourtant... je vous apporte... toutes les garanties désirables...

ISIDORE (*faisant une grimace*).—Des hypothèques... encore?...

LE MARQUIS.—Quelles meilleures garanties... voulez-vous donc?

ISIDORE.—Mais votre terre est grevée de plus d'hypothèques... qu'elle ne vaut...

LE MARQUIS.—Mais... monsieur... je puis vous offrir... d'autres garanties... D'abord... mon honorabilité...

ISIDORE.—Je sais ce qu'elle vaut... et j'y rends hommage... Mais nous ne connaissons pas ça... dans les affaires...

LE MARQUIS.—Et puis... j'ai ma part... dans la succession de ma tante Sombreuse...

ISIDORE.—Heuh!



LE MARQUIS (*appuyant*).—Quatre-ving-trois ans!...

ISIDORE.—Oh! les successions à venir... et par le temps qui court...

LE MARQUIS (*un peu accablé... mais digne*).—C'est bien... monsieur... (*Il se lève.*) Il ne me reste plus qu'à m'excuser d'une démarche...

ISIDORE.—Monsieur... le marquis... faites-moi... l'amitié... de vous rasseoir...

LE MARQUIS.—Mais...

ISIDORE.—Je vous en prie!... (*Le marquis se rasseoit.*—*Un petit silence.*) Monsieur le marquis... je vous aime... moi... Vous me plaisez beaucoup... mais là... beaucoup... Et je voudrais vous tirer de la situation... désastreuse où vous êtes...

LE MARQUIS.—Désastreuse... Oh!...

ISIDORE.—Disons le mot... de la ruine...

LE MARQUIS (*feignant l'assurance*).—Peste!... comme vous y allez... cher monsieur Lechat..

ISIDORE.—Inutile de feindre avec moi... monsieur le marquis... Je connais votre position aussi bien que vous... Je la connais mieux que vous...

LE MARQUIS.—Ma position... comme vous dites... n'est pas très brillante... en ce moment... Elle n'est pas, non plus désespérée.

ISIDORE.—Si... monsieur le marquis... si... Elle l'est... (*Légalement ironique.*) Et... ma foi! je puis bien vous avouer une chose... Il y a longtemps que je caresse l'idée de réunir à la terre de Vauperdu... la terre de Porcellet... (*Sursaut du marquis.*) Mon Dieu, oui! C'est un de mes rêves... Quel domaine, monsieur le marquis!... (*Un petit silence.*) Ce rêve... (*Il montre le dossier ouvert sur la table.*) je puis le réaliser demain... (*âpre*) si je veux... (*Il re-*

*devient bonhomme.*) Mais vous me plaisez beaucoup... Et je me demande si... avant d'en arriver à des extrémités fâcheuses pour vous... et pour moi... pénibles... après tout... malgré mon rêve... je me demande si nous ne devons pas chercher un moyen d'entente... un terrain de conciliation... si nous ne pouvons pas nous arranger... comme de braves gens que nous sommes... ah!...

LE MARQUIS (*prudent... sans trop s'engager*). — Mon Dieu! . . Je le désire...

ISIDORE.—Cela dépend de vous...

LE MARQUIS.—Que me proposez-vous?...

ISIDORE.—Une combinaison admirable, monsieur le marquis...

LE MARQUIS.—Voyons...

ISIDORE.—Mais voilà... Vous êtes un homme à principes... à grands principes... Vous n'êtes pas, du tout, dans le mouvement moderne... Vous restez attaché aux vieilles idées du passé... et... permettez-moi le mot... à toutes sortes de préjugés... qui n'ont plus cours aujourd'hui... Chevaleresque... je veux bien... mais pas pratique... Et c'est grand dommage!...

LE MARQUIS.—Plaît-il?

ISIDORE.—Rien... pardon... Je pensais à mon fils... Une petite coïncidence... (*Un temps.*) Je ne suis pas un diplomate... moi... je n'ai pas l'art des réticences... et des circonlocutions... Je vais droit au but... et je joue cartes sur table... En deux mots... vous avez un fils... ruiné... j'ai une fille très riche... excessivement riche... (*Un temps.*) Marions les...

LE MARQUIS (*il se lève*). — Qu'est-ce que vous dites?

ISIDORE.—Marions-les... Et comme je sais faire la part

des choses... consentir aux sacrifices qu'il faut... je vous donne quittance des treize cent vingt mille francs... Et vous rentrez dans vos droits de propriété... intacts... sur le domaine de Porcellet... (*Un temps.*) Mais asseyez-vous donc, monsieur le marquis. (*Le marquis se rassied.*) Vous voyez qu'Isidore Lechat... cette canaille de Lechat... comme on dit... sait se conduire... à l'occasion... en vrai gentilhomme...

LE MARQUIS (*se parlant à lui-même*). — C'est impossible... (*Un temps.*) Vous n'y songez pas?

ISIDORE.—Je vous demande pardon... j'y songe parfaitement... Et je songe aussi à servir à ma fille une rente de deux cent cinquante mille francs... Je garde le capital... Il est mieux entre mes mains que dans les siennes... car le capital me connaît... et il s'amuse avec moi... (*Il rit.*)

LE MARQUIS.—Alors... c'est un marché?

ISIDORE.—C'est une affaire.

LE MARQUIS.—Vous voulez m'acheter... dites-le... m'acheter?

ISIDORE.—Ah! voilà les grands mots qui reviennent... Mais non... monsieur le marquis... je veux vous sauver du désastre... inévitable... Vous serez bien avancé quand vous devrez quitter cette belle terre de Porcellet... réduire à rien votre existence fastueuse... accablé de lourdes dettes... traqué par tous les hommes de loi... tombant de saisies en ventes; promenant, à travers tous les tribunaux votre fameux blason, coiffé de papier timbré... Heureux encore si, après trop de misères, vous trouvez un jour, comme le père de la Fontenelle... une place de régisseur... chez un brave homme tel que moi... Je sais ce que c'est, allez... J'ai été ruine deux fois... Ça n'est pas drôle... Mais moi... j'ai du ressort... Vous... vous n'avez que des princi-

pes... Maigre défense, croyez-moi... contre de pareils malheurs...

LE MARQUIS.—M'acheter!... moi!...

ISIDORE.—Ne répétez donc pas toujours la même chose... Je n'achète pas... J'échange... Les affaires sont des échanges... on échange de l'argent... de la terre... des titres... des mandats électoraux... de l'intelligence... de la situation sociale... des places... de l'amour... du génie... ce qu'on a contre ce qu'on n'a pas... Il n'y a rien de plus licite... et rassurez-vous... rien de plus honorable...

LE MARQUIS (*mollissant un peu*).—Mais... mon fils... n'a nullement l'intention de se marier...

ISIDORE.—Oui... je sais bien... On n'a pas l'intention de faire une chose... et puis... on la fait tout de même... Des circonstances imprévues... les nécessités de la vie... corrigent souvent les intentions les mieux arrêtées. Et, tenez, l'hôtel des Porcellet... ce superbe hôtel que feu votre frère, après le krach, vendit au prince Kartdoff... va être remis en vente... dans quelques mois... Vous ne le saviez pas?...

LE MARQUIS.—Du tout...

ISIDORE (*avec un sourire engageant*).—Vous voyez... Il faut que ce soit moi qui me préoccupe... et vous mette au courant des affaires de la famille... Cet hôtel... je pourrais le racheter... et le déposer... pierres, meubles, collections... dans la corbeille de noces de ma fille... Un cadeau vraiment royal!... (*Un petit silence.*) Remarquez que, dans cet échange que nous faisons... vous donnez autant que je donne... Par conséquent, correction parfaite de part et d'autre... Et même si nous évaluons en argent ce que vous apportez, et c'est là qu'il faut toujours en venir, car tout

a une valeur représentative de numéraire, votre apport est, peut-être, plus considérable que le mien... Calcul facile et qui doit apaiser toutes vos susceptibilités... (*Le marquis hoche la tête.*) Donc... si quelqu'un est acheté dans cette affaire... ce n'est pas vous... c'est moi... (*Le marquis regarde Lechat avec une expression d'étonnement croissant.*) Mais oui, mais c'est évident... D'abord, vous possédez un grand crédit... auprès du général du Bragard votre cousin germain... un militaire étonnant... qui va être nommé, bientôt, chef de l'état-major... je le sais...

LE MARQUIS.—Vous savez donc tout?

ISIDORE (*modestement*).—C'est mon métier, monsieur le marquis... Ce crédit, j'en ai besoin... pour m'assurer la protection bienveillante du général... dans une colossale affaire qui dépend un peu de lui... et à laquelle... cela va de soi... je vous intéresse... (*Avec mystère.*) J'ai la-dessus... certains projets de défense nationale... qui seront... je crois... approuvés par le général... car... vous ne doutez point n'est-ce pas... que je ne sois un bon et excellent patriote?... (*Avec une chaleur emphatique.*) Tout ce que vous voudrez... mais patriote... diable!... Nous en reparlerons... (*Un temps.*)

LE MARQUIS (*baissant un peu la tête, d'une voix moins assurée*).—C'est impossible!... (*Un silence.—Avec effort.*) Eh bien!... je verrai... je réfléchirai...

ISIDORE.—Non pas... Il faut que tout soit tranché quand vous sortirez d'ici... Vous avez la chance d'être veuf... par conséquent... libre de vos actes... Et puis... dans ces sortes de circonstances... on ne doit jamais réfléchir... L'inspiration... il n'y a rien de meilleur...

LE MARQUIS.—C'est une chose assez grave, pourtant... et à laquelle...

ISIDORE (*lui coupant la parole d'une voix plus dure*).— Outre Porcellet que je vous rends... il est bien entendu... que je vous donne les deux cent mille francs... et que je me charge de vos autres créanciers... (*Un petit silence. — Le marquis est debout la tête baissée... et il regarde obstinément une fleur du tapis.*) Monsieur le marquis... (*Le marquis lève les yeux vers Isidore, qui, à ce moment, pose le doigt sur le bouton de la sonnerie.*) Puis-je faire venir ma femme et ma fille?

LE MARQUIS (*après un effort*).—Faites... monsieur... (*Il se rassied lourdement dans le fauteuil... Isidore sonne... Un domestique se présente.*)

ISIDORE.—Va dire à Madame et à Mademoiselle que M. le marquis de Porcellet et moi... nous les prions de venir ici...

(*Le domestique sort... Le marquis est assis... le regard fixe... Isidore se promène... de long en large, au fond de la pièce... les mains dans ses poches... Long silence.*)

OCTAVE MIRBEAU.

(Tallandier, édit. Paris.)

---

## LA FAUSSE BOURGEOISE

---

### VOILÀ LES MANŒUVRES

Ces suppléments périodiques de service militaire que la constitution des armées européennes impose aux civils pour exercer les troupes de réserve et de territoriale, sont le cauchemar de bien des bourgeois paisibles, alour-

dis dans le bien-être du foyer, ou rivés à leur labeur quotidien par des chaînes que l'habitude a faites, à la longue, plus indispensables que des plaisirs.

Vieilli ou non, maniaque ou point, un civil de trente-cinq ans, convié à faire les manœuvres avec les troupes actives, songe d'abord au sursis. Si on le lui refuse (et, de délai en délai, on doit bien en venir là), il arrive au corps intimidé, méfiant, grognon. La divine, la folle jeunesse n'est plus là; elle n'égaye plus, comme naguère pour le conscrit, la monotonie de la caserne ou la fatigue des corvées... Maussade, le territorial endosse pourtant la capote, coiffe le shako, entre dans le rang. Les clairons sonnent: en marche, sac au dos! Voilà les manœuvres commencées.

Or, au bout du premier kilomètre, le boutiquier, l'employé, le petit propriétaire, ont déjà pris une allure plus martiale. A l'étape, ils s'étonnent de manger le repas improvisé d'un appétit qu'ils n'apportaient pas au fin déjeuner de la ménagère. Le soir, l'organisation du cantonnement les divertit et leur vaut parfois une aventure savoureuse à force d'imprévu. Le lendemain, les plaisanteries classiques du troupier fleurissent déjà sur leurs lèvres; le civil rajeuni marche comme à vingt ans, se passionne pour les « batailles » où l'on engage sa compagnie, devance à l'assaut ses camarades de l'active. Si des chefs ne l'arrêtaient à temps, il embrocherait d'une baïonnette réelle l'ennemi fictif. Il dort comme une bûche, mange comme un collégien, chante, siffle, lutine les chambrières. Son ventre rondelet s'aplatit. Lui qui se plaignait d'asthme, le voilà qui s'élançe au pas gymnastique dans les guérets. Sa jeunesse reconquise l'enchançe. Il s'étonne de battre aisément le record des jeunes

soldats, plus vifs, mais plus fragiles et moins endurants. Il ne s'ennuie plus. Il se sent vivre, il se sent un homme. Il achève les manœuvres avec une virile ardeur, et ses chefs doivent confesser que lui et ses pareils constituent le meilleur de l'armée.

Avec des nuances, des différences de plus ou de moins, l'officier de réserve ou de territoriale qui fait les manœuvres connaît les mêmes appréhensions à l'avance, suivies des mêmes revanches de gaieté et de vitalité. Lui aussi, civil parfois épaissi dans ses habitudes de bureau ou de cercle, profite de cette cure forcée. Lui aussi s'étonne de ne plus connaître l'insomnie, l'inappétence, le vide ennuyeux des heures. Lui aussi goûte l'imprévu des cantonnements, l'arrivée au crépuscule dans la petite ville de province. La petite ville somnolait à son ordinaire, quand, par l'effet d'une retraite inopinée ou d'un astucieux mouvement tournant, les «manchons blancs» refluèrent vers elle, l'envahissent à l'heure où s'allument ses rares réverbères. Emoi de la municipalité, ordre aux hommes de camper sur le foirail, distribution de billets de logement à MM. les officiers...

Le billet de logement! Quel nom délicieux, évocateur d'aventure, mot du passé légué au présent et qui garde dans le présent sa poétique parure de passé! L'officier de carrière, que ce rectangle de papier municipal a mis trop souvent en présence d'un couple de provinciaux revêches, de quelque vieille fille sordide, ou simplement de braves gens par trop ignorants de l'hygiène,—l'officier de carrière l'empoche sans émoi et pense simplement, avec une martiale philosophie: «Une mauvaise nuit est bientôt passée.» Mais le civil, travesti momentanément



en héros galonné, l'ingénieur, l'avocat, l'artiste surtout! c'est un coupon d'entrée dans l'imprévu, dans le roman, qu'on lui délivre, apostillé par le maire. Le précieux billet à la main, comme il fait sonner des éperons sur les pavés pointus de la rue du Mail ou du Parvis-Sainte-Opportune, en gagnant le logis qui va le recevoir! Et comme il se redresse dans son dolman, poudreux encore de l'étape, au moment où il lève le heurtoir de la porte et réveille l'âme assoupie de la provinciale maison!

MARCEL PRÉVOST.

(Fayard et Cie, édit. Paris.)

---

## LE NEVEU DE LA FRUITIÈRE

«Comment, malheureux!—répétait à son fils le père Lazare, cuisinier à Versailles,—tu auras six ans à Noël, et tu ne possèdes pas encore le moindre talent d'agrément: tu ne sais ni tourner la broche, ni écumer le pot!»

Et il faut avouer que le père Lazare avait quelque raison dans ses réprimandes, car, au moment où se passe cette scène, en 1776, il venait de surprendre son héritier présomptif en flagrant délit d'espièglerie et de paresse, s'escrimant, armé d'une brochette en guise de fleuret, contre le mur enfumé de la cuisine, sans souci d'une volaille qui attendait piteusement sur la table le moment d'être empalée, et de la marmite paternelle, qui jetait en murmurant des cascades d'écume dans les cendres.

—Allons, pardonnez-lui et embrassez-le, ce pauvre enfant; il ne le fera plus—disait une paysanne jeune encore, fruitière à Montreuil, et sœur de l'irritable cuisinier.—Marthe (c'était son nom) était venue à Versailles sous prétexte de consulter son frère sur je ne sais quel

procès, mais en effet pour apporter des baisers et des pêches à son neveu dont elle était folle.

Le père Lazare, voyez-vous, était un de ces cuisiniers renforcés et fanatiques, qui regardent leur métier comme le premier de tous. Quant à Marthe la fruitière, c'était une bonne et simple créature.

—Frère—dit-elle, émue et pleurant presque de voir pleurer son petit Lazare,—vous savez, ce grand bahut que vous trouviez si commode pour serrer la vaisselle, et que j'ai refusé de vous vendre? je vous le céderai maintenant si vous le voulez.

—J'en donne encore dix livres, comme avant.

—Frère, j'en veux davantage.

—Oui—poursuivit-elle, —je veux mon petit Lazare chez moi, et pour moi toute seule. Dès ce soir, si vous y consentez, le bahut est à vous, et j'emmène le petit à Montreuil.

Le frère de Marthe fit bien quelques difficultés, car au fond il était bon homme et bon père; mais l'enfant en litige lui faisait faire, suivant son expression, tant de mauvais sang et de mauvaises sauces!... les instances de Marthe étaient si vives... et, d'un autre côté, le bahut en question était si commode pour serrer la vaisselle!... enfin, il céda.

Le premier soin que prit la bonne tante, après avoir installé son neveu chez elle, fut de lui apprendre elle-même à lire, ce dont le père Lazare ne se fût jamais avisé. Le petit Lazare apprit vite, et avec tant d'ardeur, que l'institutrice était souvent obligée de fermer le livre la première, et de lui dire: «Assez, mon ange, assez, pour aujourd'hui; maintenant, va jouer, sois bien sage, et amuse-toi bien.»

Et l'enfant d'obéir et de chevaucher à grand bruit dans la maison ou devant la porte, un bâton entre les jambes. Quelquefois l'innocente monture semblait prendre le mors aux dents.—Mon Dieu, mon Dieu! il va tomber,—s'écriait alors la bonne Marthe qui suivait l'écuyer des yeux; mais elle le voyait bientôt dompter, diriger, éperonner son manche à balai avec toute la dextérité et l'aplomb d'une vieille sorcière, et rassurée, lui souriait de sa fenêtre comme une reine du haut de son balcon.

Cet instinct belliqueux ne fit qu'augmenter avec l'âge; si bien qu'à dix ans, il fut nommé, d'une voix unanime, général en chef par la moitié des bambins de Montreuil qui disputaient alors, séparés en deux camps, la possession d'un nid de merle. Inutile de dire qu'il justifia cette distinction par des prodiges d'habilité et de valeur. On prétend qu'il lui arriva même de gagner quatre batailles en un jour, fait inouï dans les annales militaires. (Napoléon lui-même n'alla jamais jusqu'à trois.) Mais son haut grade et ses victoires ne rendirent pas Lazare plus fier qu'auparavant, et tous les soirs le baiser filial accoutumé n'en claquait pas moins franc sur les joues de la fruitière. Mais, hélas! la guerre a des chances terribles, et un beau jour le conquérant éprouva une mésaventure qui faillit le dégoûter à jamais de la manie des conquêtes. Voici le fait: comme il se baissait pour observer les mouvements de l'ennemi, la main appuyée sur un tronc d'arbre et à peu près dans la posture de Napoléon pointant une batterie à Montmirail, le pantalon du général observateur craqua, et se déchira par derrière, où vous savez, laissant pendre et flotter un large bout de la petite chemise que Marthe avait blanchie et repassée la veille. A cette vue,

les héros de Montreuil pouffèrent de rire, aussi fort que l'eussent pu faire les dieux d'Homère, grands rieurs comme chacun sait. L'armée se mutina, le général eut beau crier comme Henri IV dont il avait lu l'histoire: «Soldats, ralliez-vous à mon panache blanc!» on lui répondit qu'un panache blanc ne se mettait pas là, et qu'on pouvait, sans faire injure aux couleurs françaises, les arborer sur une pareille brèche; si bien que le pauvre général brisa sur le dos d'un mutin son bâton de commandement, et rentra dans ses foyers, triste et penaud comme les Anglais abordant à Douvres après la bataille de Fontenoy...

Oui, mais souvenez-vous que nous approchons de 1789, époque féconde en miracles, et écoutez:

Lazare, engagé d'abord dans les gardes françaises, malgré les larmes de sa tante, qu'il tâchait en partant de consoler par ses caresses, ne tarda pas à devenir sergent. Puis le siècle marcha, et la fortune de bien des sergents aussi. Enfin, de grade en grade, il devint... devinez.—Colonel?—Il n'y avait plus de colonel.—Écuyer du roi?—Il n'y avait plus de roi.—Vous ne devinez pas? Eh bien! Lazare, le fils du cuisinier, Lazare, le neveu de la fruitière, devint général; non plus général pour rire, et en casaque de papier; mais général pour de bon, avec un chapeau empanaché et un habit brodé d'or; général en chef, général d'une grande armée française, rien que cela, et si vous en doutez, ouvrez l'histoire moderne, et vous y lirez avec attendrissement les belles et grandes actions du général Hoche. Hoche était le nom de famille de Lazare. Hâtons-nous de dire à sa louange que ses victoires, bien sérieuses cette fois, le laissèrent aussi modeste et aussi bon que ses victoires enfantines à Montreuil. Aussi,

lorsqu'un jour de revue, il passait au galop devant le front de son armée, il y avait encore, à une fenêtre près de là, une bonne vieille femme qui couvait des yeux le beau général, haletante de plaisir et de crainte, et répétant comme vingt ans auparavant: «Mon Dieu! mon Dieu! il va tomber!» Quant au cuisinier grondeur de Versailles, il était là aussi, émerveillé d'avoir donné un héros à la patrie, répétant avec un certain air de suffisance à ceux qui l'en félicitaient: «Vous ne sauriez croire combien j'ai eu de peine à élever cet enfant-là! Figurez-vous, citoyens, qu'à six ans, il ne savait pas écumer le pot!»

HEGÉSIPPE MOREAU.

(Nelson, édit. Paris.)

---

## CHANTECLER

---

(Acte I.)

### HYMNE AU SOLEIL

Toi qui sèches les pleurs des moindres graminées,  
Qui fais d'une fleur morte un vivant papillon,  
Lorsqu'on voit, s'effeuillant comme des destinées,  
Trembler au vent des Pyrénées,  
Les amandiers du Roussillon,

Je t'adore, Soleil! ô toi dont la lumière  
Pour bénir chaque front et mûrir chaque miel,  
Entrant dans chaque fleur et dans chaque chaumière,  
Se divise et demeure entière  
Ainsi que l'amour maternel!...

Tu fais tourner les tournesols du presbytère,  
Luire le frère d'or que j'ai sur le clocher,  
Et quant, par les tilleuls, tu viens avec mystère,  
Tu fais bouger des ronds par terre  
Si beaux qu'on n'ose plus marcher...

Gloire à toi sur les près! gloire à toi dans les vignes!  
Sois béni parmi l'herbe et contre les portails!  
Dans les yeux des lézards et sur l'aile des cygnes!  
O toi qui fais les grandes lignes  
Et qui fais les petits détails!

C'est toi qui, découpant la sœur jumelle et sombre  
Qui se couche et s'allonge au pied de ce qui luit,  
De tout ce qui nous charme as su doubler le nombre,  
A chaque objet donnant une ombre  
Souvent plus charmante que lui!

Je t'adore, Soleil! Tu mets dans l'air des roses,  
Des flammes dans la source, un dieu dans le buisson!  
Tu prends un arbre obscur et tu l'apothéoses!  
O Soleil! toi sans qui les choses  
Ne seraient que ce qu'elles sont!

E. ROSTAND.

(Fasquelle, édit. Paris.)

---

## CONTES DU JOUR ET DE LA NUIT

---

### LA ROCHE AUX GUILLEMOTS

Voici la saison des guillemots.

D'avril à la fin de mai, avant que les baigneurs parisiens arrivent, on voit paraître soudain, sur la petite plage

d'Étretat, quelques vieux messieurs bottés, sanglés en des vestes de chasse. Ils passent quatre ou cinq jours à l'hôtel Hauville, disparaissent, reviennent trois semaines plus tard; puis, après un nouveau séjour, s'en vont définitivement.

On les revoit au printemps suivant.

Ce sont les derniers chasseurs de guillemots, ceux qui restent des anciens; car ils étaient une vingtaine de fanatiques, il y a trente ou quarante ans; ils ne sont plus que quelques enragés tireurs.

Le guillemot est un oiseau voyageur fort rare, dont les habitudes sont étranges. Il habite presque toute l'année les parages de Terre-Neuve, des îles Saint-Pierre et Miquelon; mais, au moment des amours, une bande d'émigrants traverse l'Océan, et, tous les ans, vient pondre et couvrir au même endroit, à la roche dite *aux Guillemots*, près d'Étretat. On n'en trouve que là, rien que là. Ils y sont toujours venus, on les a toujours chassés, et ils reviennent encore; ils reviendront toujours. Sitôt les petits élevés, ils repartent, disparaissent pour un an.

Pourquoi ne vont-ils jamais ailleurs, ne choisissent-ils aucun autre point de cette longue falaise blanche et sans cesse pareille qui court du Pas-de-Calais au Havre? Quelle force, quel instinct invincible, quelle habitude séculaire poussent ces oiseaux à revenir en ce lieu? Quelle première émigration, quelle tempête peut-être a jadis jeté leurs pères sur cette roche? Et pourquoi les fils, les petits-fils, tous les descendants des premiers y sont-ils toujours retournés?

Ils ne sont pas nombreux: une centaine au plus, comme si une seule famille avait cette tradition, accomplissait ce pèlerinage annuel.

Et chaque printemps, dès que la petite tribu voyageuse s'est réinstallée sur sa roche, les mêmes chasseurs aussi reparaisent dans le village. On les a connus jeunes autrefois; il sont vieux aujourd'hui; mais fidèles au rendez-vous régulier qu'ils se sont donné depuis trente ou quarante ans.

Pour rien au monde, ils n'y manqueraient.

\*  
\* \*

C'était par un soir d'avril de l'une des dernières années. Trois des anciens tireurs de guillemots venaient d'arriver; un d'eux manquait, M. d'Arnelles:

Il n'avait écrit à personne, n'avait donné aucune nouvelle. Pourtant il n'était point mort, comme tant d'autres; on l'aurait su. Enfin, las d'attendre, les premiers venus se mirent à table; et le dîner touchait à sa fin, quand une voiture roula dans la cour de l'hôtellerie; et bientôt le retardataire entra.

Il s'assit, joyeux, se frottant les mains, mangea de grand appétit, et, comme un de ses compagnons s'étonnait qu'il fût en redingote, il répondit tranquillement:

—Oui, je n'ai pas eu le temps de me changer.

On se coucha en sortant de table, car, pour surprendre les oiseaux, il faut partir bien avant le jour.

Rien de joli comme cette chasse, comme cette promenade matinale.

Dès trois heures du matin, les matelots réveillent les chasseurs en jetant du sable dans les vitres. En quelques minutes on est prêt et on descend sur le perret. Bien que le crépuscule ne se montre point encore, les étoiles sont un peu pâlies; la mer fait grincer les galets; la brise est si fraîche qu'on frissonne un peu, malgré les gros habits.



Bientôt les deux barques poussées par les hommes, dévalent brusquement sur la pente de cailloux ronds, avec un bruit de toile qu'on déchire; puis elles se balancent sur les premières vagues. La voile brune monte au mât, se gonfle un peu, palpite, hésite et, bombée de nouveau, ronde comme un ventre, emporte les coques goudronnées vers la grande porte d'aval qu'on distingue vaguement dans l'ombre.

Le ciel s'éclaircit; les ténèbres semblent fondre; la côte paraît voilée encore, la grande côte blanche, droite comme une muraille.

On franchit la Manne-Porte, voûte énorme où passerait un navire; on double la pointe de la Courtine; voici le val d'Antifer, le cap du même nom; et soudain on aperçoit une plage où des centaines de mouettes sont posées. Voici la roche aux Guillemots.

C'est tout simplement une petite bosse de la falaise; et, sur les étroites corniches du roc, des têtes d'oiseaux se montrent, qui regardent les barques.

Ils sont là, immobiles, attendant, ne se risquant point à partir encore. Quelques-uns, piqués sur des rebords avancés, ont l'air assis sur leurs derrières, dressés en forme de bouteille, car ils ont des pattes si courtes qu'ils semblent, quand ils marchent, glisser comme des bêtes à roulettes; et, pour s'envoler, ne pouvant prendre d'élan, il leur faut se laisser tomber comme des pierres, presque jusqu'aux hommes qui les guettent.

Ils connaissent leur infirmité et le danger qu'elle leur crée, et ne se décident pas à vite s'enfuir.

Mais les matelots se mettent à crier, battant leurs bordages avec les tolets de bois, et les oiseaux, pris de peur, s'élancent un à un, dans le vide, précipités jusqu'au ras

de la vague; puis, les ailes battant à coups rapides, ils filent, filent et gagnent le large, quand une grêle de plombs ne les jette pas à l'eau

Pendant une heure on les mitraille ainsi, les forçant à déguerpir l'un après l'autre et quelquefois les femelles au nid, acharnés à couver, ne s'en vont point, et reçoivent coup sur coup les décharges qui font jaillir sur la roche blanche des gouttelettes de sang rose, tandis que la bête expire sans avoir quitté ses œufs.

\*  
\* \*  
\*

Le premier jour, M. d'Arnelles chassa avec son entrain habituel; mais, quand on repartit vers dix heures, sous le haut soleil radieux, qui jetait de grands triangles de lumière dans les échancrures blanches de la côte, il se montra un peu soucieux, rêvant parfois, contre son habitude

Dès qu'on fut de retour au pays, une sorte de domestique en noir vint lui parler bas. Il sembla réfléchir, hésiter, puis il répondit:

—Non, demain.

Et, le lendemain, la chasse recommença. M. d'Arnelles, cette fois, manqua souvent les bêtes, qui pourtant se laissaient choir presque au bout du canon de fusil; et ses amis riant, lui demandaient s'il était amoureux, si quelque trouble secret lui remuait le cœur et l'esprit.

A la fin, il en convint.

—Oui, vraiment, il faut que je parte tantôt, et cela me contrarie.

—Comment, vous partez? Et pourquoi?

—Oh! j'ai une affaire qui m'appelle, je ne puis rester plus longtemps.

—Puis on parla d'autre chose.

—Dès que le déjeuner fut terminé, le valet en noir reparut. M. d'Arnelles ordonna d'atteler; et l'homme allait sortir quand les trois autres chasseurs intervinrent, insistèrent, priant et sollicitant pour retenir leur ami. L'un d'eux, à la fin, demanda:

—Mais, voyons, elle n'est pas si grave, cette affaire, puisque vous avez bien attendu déjà deux jours!

Le chasseur tout à fait perplexe réfléchissait, visiblement combattu, tiré par le plaisir et une obligation, malheureux et troublé.

Après une longue méditation, il murmura, hésitant:

—C'est que... c'est que... je ne suis pas seul ici; j'ai mon gendre.

Ce furent des cris et des exclamations:

—Votre gendre?... mais où est-il?

—Alors, tout à coup, il sembla confus, et rougit.

—Comment! vous ne savez pas?... Mais.. mais... il est sous la remise. Il est mort.

Un silence de stupéfaction régna.

M. d'Arnelles reprit, de plus en plus troublé:

—J'ai eu le malheur de le perdre; et, comme je conduisais le corps chez moi, à Briseville, j'ai fait un petit détour pour ne pas manquer notre rendez-vous. Mais, vous comprenez que je ne puis m'attarder plus longtemps.

Alors, un des chasseurs, plus hardi:

—Cependant... Puisqu'il est mort... il me semble... qu'il peut bien attendre un jour de plus.

Les deux autres n'hésitèrent plus:

—C'est incontestable, dirent-ils.

M. d'Arnelles semblait soulagé d'un grand poids; encore un peu inquiet pourtant, il demanda:

—Mais là... franchement... vous trouvez?...

Les trois autres, comme un seul homme, répondirent.

—Parbleu! mon cher, deux jours de plus ou de moins n'y feront rien dans son état.

Alors, tout à fait tranquille, le beau-père se retourna vers le croque-mort:

—Eh bien! mon ami, ce sera pour après-demain.

GUY DE MAUPASSANT.

---

## UN NID

J'adore les enfants, tout haut, devant eux-mêmes,  
Et voyez si j'ai tort; un marmot m'entendit  
Et, de son air câlin: «Monsieur, puisque tu m'aimes,  
Je te promets, dit-il, de te donner un nid.»

Un nid! sentez-vous bien quelle divine chose?  
Cet ingénu trésor, l'appréciez-vous bien?  
Un enfant, dont le cœur pas plus gros qu'une rose  
Peut tenir dans un nid, fait ce présent au mien!

A quelque ambitieux que hante la chimère  
De graver à jamais son nom dans le granit,  
Un oiseau, tiède encor des ailes de sa mère,  
Offre tout simplement pour don suprême un nid!

Un nid! c'est la chaleur intime et le murmure.  
La tendresse et l'espoir dans l'ombre palpitant,  
C'est le libre bonheur bercé par la ramure,  
Bonheur bien enfoui, voisin du ciel pourtant.

Un nid! mon cher enfant, il me vient une larme,  
Tant ce petit mot-là m'est allé droit au cœur;  
Comme un chatouillement dont on souffre avec charme,  
De mes vœux fatigués il émeut la langueur.

Ce mot a rencontré dans l'infini de l'âme  
Une oasis profonde, et soudain découvre  
La source qui répand la fraîcheur sur la flamme,  
Et fait pour un moment oublier le désert...

---

### UN NID BRISÉ

Sous leur nid tombé, pêle-mêle,  
Gisent leurs pauvres petits corps,  
La patte inerte, inerte l'aile,  
Les uns mourants, les autres morts.

Suspendus au lien fragile  
Qu'un coup de vent rompt aujourd'hui,  
Que d'amours dans ce pot d'argile,  
Que d'espoirs brisés avec lui!

La mère n'en sait rien encore:  
Dans les champs, dès le point du jour,  
Pour sa famille elle picore;  
Elle reviendra... Quel retour!

Déserteurs du ciel solitaire  
Dont les hôtes sont mal nourris,  
Bien des moineaux plus près de terre  
Acceptent de nous leurs abris!

Oiseaux! n'acceptez rien des hommes,  
Nichez loin de nous, dans l'azur;  
Tout asile est traître, où nous sommes,  
Le nid pesant, le clou peu sûr.

---

## UN ONCLE

J'ai mal placé mon cœur, j'aime l'enfant d'un autre;  
Et c'est pour m'exploiter qu'il fait le bon apôtre,  
Ce petit traître, je le sais;  
Sa mère, quand je viens, me devine, et l'appelle,  
Sentant que je suis là pour lui plus que pour elle;  
Mais elle ne m'en veut jamais.

Le marmot prend alors sa voix flûtée et tendre  
(Les enfants ont deux voix), et dit, sans la comprendre,  
Sa fable, avec expression;  
Puis, il me fait ranger des soldats sur la table,  
Et m'obsède, et je trouve un plaisir ineffable  
A sa gentille obsession.

Je m'y laisse duper toutes les fois: j'espère  
Qu'à force de bonté je serai presque un père;  
Ne dit-il pas qu'il m'aime bien!  
Mais voici tout à coup le vrai père, ô disgrâce!  
L'enfant court, bat des mains, lui saute au cou, l'embrasse  
Et le pauvre oncle n'est plus rien.

SULLY PRUDHOMME.

---

## LA LÉGENDE DE S. JULIEN L'HOSPITALIER

...Un matin d'hiver, il partit avant le jour, bien équipé, une arbalète sur l'épaule et un trousseau de flèches à l'arçon de la selle.

Son genet danois, suivi de deux bassets, en marchant d'un pas égal faisait résonner la terre. Des gouttes de verglas se collaient à son manteau, une brise violente soufflait. Un côté de l'horizon s'éclaircit; et, dans la blancheur du crépuscule, il aperçut des lapins sautillant au bord de leurs terriers. Les deux bassets, tout de suite, se précipitèrent sur eux; et, çà et là, vivement, leur brisaient l'échine.

Bientôt, il entra dans un bois. Au bout d'une branche, un coq de bruyère engourdi par le froid dormait la tête sous l'aile. Julien, d'un revers d'épée, lui faucha les deux pattes, et sans le ramasser continua sa route.

Trois heures après, il se trouva sur la pointe d'une montagne tellement haute que le ciel semblait presque noir. Devant lui, un rocher pareil à un long mur s'abaissait, en surplombant un précipice; et, à l'extrémité, deux boucs sauvages regardaient l'abîme. Comme il n'avait pas ses flèches (car son cheval était resté en arrière), il imagina de descendre jusqu'à eux; à demi courbé, pieds nus, il arriva enfin au premier des boucs, et lui enfonça un poignard sous les côtes. Le second, pris de terreur, sauta dans le vide. Julien s'élança pour le frapper, et, glissant du pied droit, tomba sur le cadavre de l'autre, la face au-dessus de l'abîme et les deux bras écartés.

Redescendu dans la plaine, il suivit des saules qui

bordaient une rivière. Des grues, volant très bas, de temps à autre passaient au-dessus de sa tête. Julien les assommait avec son fouet, et n'en manqua pas une.

Cependant l'air plus tiède avait fondu le givre, de larges vapeurs flottaient, et le soleil se montra. Il vit reluire tout au loin un lac figé, qui ressemblait à du plomb. Au milieu du lac, il y avait une bête que Julien ne connaissait pas, un castor à museau noir. Malgré la distance, une flèche l'abattit; et il fut chagrin de ne pouvoir emporter la peau.

Puis il s'avança dans une avenue de grands arbres, formant avec leurs cimes comme un arc de triomphe, à l'entrée d'une forêt. Un chevreuil bondit hors d'un fourré, un daim parut dans un carrefour, un blaireau sortit d'un trou, un paon sur le gazon déploya sa queue; — et quand il les eut tous occis, d'autres chevreuils se présentèrent, d'autres daims, d'autres blaireaux, d'autres paons, et des merles, des geais, des putois, des renards, des hérissons, des lynx, une infinité de bêtes, à chaque pas plus nombreuses. Elles tournaient autour de lui, tremblantes, avec un regard plein de douceur et de supplication. Mais Julien ne se fatiguait pas de tuer, tour à tour bandant son arbalète, dégainant l'épée, pointant du coutelas, et ne pensait à rien, n'avait souvenir de quoi que ce fût. Il était en chasse dans un pays quelconque, depuis un temps indéterminé, par le fait seul de sa propre existence, tout s'accomplissant avec la facilité que l'on éprouve dans les rêves. Un spectacle extraordinaire l'arrêta. Des cerfs emplissaient un vallon ayant la forme d'un cirque; et tassés, les uns près des autres, ils se réchauffaient avec leurs haleines que l'on voyait fumer dans le brouillard.

L'espoir d'un pareil carnage, pendant quelques minu-



tes, le suffoqua de plaisir. Puis il descendit de cheval, retroussa ses manches, et se mit à tirer.

Au sifflement de la première flèche, tous les cerfs à la fois tournèrent la tête. Il se fit des enfonçures dans leur masse; des voix plaintives s'élevaient, et un grand mouvement agita le troupeau.

Le rebord du vallon était trop haut pour le franchir. Ils bondissaient dans l'enceinte, cherchant à s'échapper. Julien visait, tirait; et les flèches tombaient comme les rayons d'une pluie d'orage. Les cerfs rendus furieux se battirent, se cabraient, montaient les uns par-dessus les autres; et leurs corps avec leurs ramures emmêlées faisaient un large monticule, qui s'écroulait, en se déplaçant.

Enfin ils moururent, couchés sur le sable, la bave aux naseaux, les entrailles sorties, et l'ondulation de leurs ventres s'abaissant par degrés. Puis tout fut immobile.

La nuit allait venir; et derrière le bois, dans les intervalles des branches, le ciel était rouge comme une nappe de sang.

Julien s'adossa contre un arbre. Il contemplait d'un œil béant l'énormité du massacre, ne comprenant pas comment il avait pu le faire.

De l'autre côté du vallon, sur le bord de la forêt, il aperçut un cerf, une biche et son faon.

Le cerf, qui était noir et monstrueux de taille, portait seize andouillers avec une barbe blanche. La biche, blonde comme les feuilles mortes, broutait le gazon; et le faon tacheté, sans l'interrompre dans sa marche, lui tétait la mamelle.

L'arbalète encore une fois ronfla. Le faon, tout de suite, fut tué. Alors sa mère, en regardant le ciel, brama d'une voix profonde, déchirante, humaine. Julien exas-

péré, d'un coup en plein poitrail, l'étendit par terre.

Le grand cerf l'avait vu, fit un bond. Julien lui envoya sa dernière flèche. Elle l'atteignit au front, et y resta plantée.

Le grand cerf n'eut pas l'air de la sentir; en enjambant par-dessus les morts, il avançait toujours, allait fondre sur lui, l'éventrer; et Julien reculait dans une épouvante indicible. Le prodigieux animal s'arrêta; et les yeux flamboyants, solennel comme un patriarche et comme un justicier, pendant qu'une cloche au loin tintait, il répéta trois fois:

— « Maudit! maudit! maudit! Un jour, cœur féroce, tu assassineras ton père et ta mère! »

Il plia les genoux, ferma doucement ses paupières, et mourut.

Julien fut stupéfait, puis accablé d'une fatigue soudaine; et un dégoût, une tristesse immense l'envahit. Le front dans les deux mains, il pleura pendant longtemps.

Son cheval était perdu; ses chiens l'avaient abandonné; la solitude qui l'enveloppait lui sembla toute menaçante de périls indéfinis. Alors, poussé par un effroi, il prit sa course à travers la campagne, choisit au hasard un sentier, et se trouva presque immédiatement à la porte du château.

La nuit, il ne dormit pas. Sous le vacillement de la lampe suspendue, il revoyait toujours le grand cerf noir.

Durant trois mois, sa mère en angoisse pria au chevet de son lit, et son père, en gémissant, marchait continuellement dans les couloirs. Il manda les maîtres mires les plus fameux, lesquels ordonnèrent des quantités de drogues.

Les forces lui revinrent; et on le promenait dans la

cour, le vieux moine et le bon seigneur le soutenant chacun par un bras.

Quand il fut rétabli complètement, il s'obstina à ne point chasser...

GUSTAVE FLAUBERT.

(Trois contes. Édition Nelson. Paris.)

---

## LA VRAIE MÈRE

Femme, si l'être en qui tu mets ton espérance  
Ne met son espérance et son bonheur qu'en toi;  
Si, Français, il peut vivre étranger à la France,  
Ne connaissant partout que son amour pour loi;  
Si, sans te croire indigne et sans se croire infâme,  
Quand tout son pays s'arme, il n'accourt pas s'armer,

O femme! ta tendresse a déformé cette âme;  
S'il ne sait pas mourir, tu ne sais pas aimer!

Mère, si ton enfant grandit sans être un homme,  
S'il marche efféminé vers son devoir viril;  
Si, d'un instinct pratique et d'un sang économe,  
Sa chair épouvantée a l'horreur du péril;  
Si, quand viendra le jour que notre honneur réclame,  
Il n'est pas là, soldat, marchant sans maugréer,

O mère! ta tendresse a mal formé cette âme;  
S'il ne sait pas mourir, tu n'as pas su créer!

PAUL DÉROULÈDE.

---

## LES ROUGON-MACQUART

(L'ASSOMMOIR)

... Ils s'étaient engagés sous la porte ronde et avaient traversé la cour. Les Lorilleux demeuraient au sixième, escalier B. Coupeau lui cria en riant d'empoigner ferme la rampe et de ne plus la lâcher. Elle leva les yeux, cligna les paupières, en apercevant la haute tour creuse de la cage de l'escalier, éclairée par trois becs de gaz, de deux étages en deux étages; le dernier, tout en haut, avait l'air d'une étoile tremblotante dans un ciel noir, tandis que les deux autres jetaient de longues clartés, étrangement découpées, le long de la spirale interminable des marches.

—Hein? dit le zingueur en arrivant au palier du premier étage, ça sent joliment la soupe à l'ognon. On a mangé de la soupe à l'ognon pour sûr.

En effet, l'escalier B, gris, sale, la rampe et les marches graisseuses, les murs éraflés montrant le plâtre, était encore plein d'une violente odeur de cuisine. Sur chaque palier, des couloirs s'enfonçaient, sonores de vacarme, des portes s'ouvraient, peintes en jaune, noircies à la serrure par la crasse des mains; et, au ras de la fenêtre, le plomb soufflait une humidité fétide, dont la puanteur se mêlait à l'âcreté de l'ognon cuit. On entendait, du rez-de-chaussée au sixième, des bruits de vaisselle, des poêlons qu'on barbotait, des casseroles qu'on grattait avec des cuillers pour les récurre. Au premier étage, Gervaise aperçut, dans l'entrebâillement d'une porte, sur laquelle le mot: *Dessinateur*, était écrit en

grosses lettres, deux hommes attablés devant une toile cirée desservie, causant furieusement, au milieu de la fumée de leurs pipes. Le second étage et le troisième, plus tranquilles, laissaient passer seulement par les fentes des boiseries la cadence d'un berceau, les pleurs étouffés d'un enfant, la grosse voix d'une femme coulant avec un sourd murmure d'eau courante, sans paroles distinctes; et elle put lire des pancartes clouées, portant des noms: *Madame Gaudron, cardeuse*, et plus loin: *Monsieur Madinier, atelier de cartonnage*. On se battait au quatrième: un piétinement dont le plancher tremblait, des meubles culbutés, un effroyable tapage de jurons et de coups; ce qui n'empêchait pas les voisins d'en face de jouer aux cartes, la porte ouverte, pour avoir de l'air. Mais, quand elle fut au cinquième, Gervaise dut souffler; elle n'avait pas l'habitude de monter; ce mur qui tournait toujours, ces logements entrevus qui défilaient, lui cassaient la tête. Une famille, d'ailleurs, barrait le palier; le père lavait des assiettes sur un petit fourneau de terre, près du plomb, tandis que la mère, adossée à la rampe, nettoyait le bambin, avant d'aller le coucher. Cependant, Coupeau encourageait la jeune femme. Ils arrivaient. Et, lorsqu'il fut enfin au sixième, il se retourna pour l'aider d'un sourire. Elle, le tête levée, cherchait d'où venait un filet de voix, qu'elle écoutait depuis la première marche, clair et perçant, dominant les autres bruits. C'était, sous les toits, une petite vieille qui chantait en habillant des poupées à treize sous. Gervaise vit encore, au moment où une grande fille rentrait avec un seau dans une chambre voisine, un lit défait, où un homme en manches de chemise attendait, vautre, les yeux en l'air; sur la porte refermée, une carte de visite écrite à la main, indiquait: *Mademoiselle Clé-*

*mence, repasseuse*. Alors, tout en haut, les jambes cassées, l'haleine courte, elle eut la curiosité de se pencher au-dessus de la rampe: maintenant, c'était le bec de gaz d'en bas qui semblait une étoile, au fond du puits étroit des six étages; et les odeurs, la vie énorme et grondante de la maison, lui arrivaient dans une seule haleine, battaient d'un coup de chaleur son visage inquiet, se hasardant là comme au bord d'un gouffre.

— Nous ne sommes pas arrivés, dit Coupeau. Oh! c'est un voyage!

Il avait pris, à gauche, un long corridor. Il tourna deux fois, la première encore à gauche, la seconde à droite. Le corridor s'allongeait toujours, se bifurquait, réservé, lézardé, décrépi, de loin en loin éclairé par une mince flamme de gaz; et les portes uniformes, à la file comme des portes de prison ou de couvent, continuaient à montrer, presque toutes grandes ouvertes, des intérieurs de misère et de travail, que la chaude soirée de juin emplissait d'une buée rousse. Enfin, ils arrivèrent à un bout de couloir complètement sombre.

— Nous y sommes, reprit le zingueur. Attention! tenez-vous au mur; il y a trois marches.

Et Gervaise fit encore une dizaine de pas, dans l'obscurité, prudemment. Elle buta, compta les trois marches. Mais, au fond du couloir, Coupeau venait de pousser une porte, sans frapper. Une vive clarté s'étala sur le carreau. Ils entrèrent.

C'était une pièce étranglée, une sorte de boyau, qui semblait le prolongement même du corridor. Un rideau de laine déteinte, en ce moment relevé par une ficelle, coupait le boyau en deux. Le premier compartiment contenait un lit, poussé sous un angle du plafond man-

sardé, un poêle de fonte encore tiède du dîner, deux chaises, une table et une armoire dont il avait fallu scier la corniche pour qu'elle pût tenir entre le lit et la porte. Dans le second compartiment se trouvait installé l'atelier; au fond, une étroite forge avec son soufflet; à droite, un étau scellé au mur, sous une étagère où traînaient des ferrailles; à gauche, auprès de la fenêtre, un établi tout petit, encombré de pinces, de cisailles, de scies microscopiques, grasses et très sales.

— C'est nous! cria Coupeau, en s'avançant jusqu'au rideau de laine.

Mais on ne répondit pas tout de suite. Gervaise, fort émotionnée, remuée surtout par cette idée qu'elle allait entrer dans un lieu plein d'or, se tenait derrière l'ouvrier, balbutiant, hasardant des hochements de tête, pour saluer. La grande clarté, une lampe brûlant sur l'établi, un brasier de charbon flambant dans la forge, accroissait encore son trouble. Elle finit pourtant par voir madame Lorilleux, petite, rousse, assez forte, tirant de toute la vigueur de ses bras courts, à l'aide d'une grosse tenaille, un fil de métal noir, qu'elle passait dans les trous d'une filière fixée à l'étau. Devant l'établi, Lorilleux, aussi petit de taille, mais d'épaules plus grêles, travaillait, du bout de ses pinces, avec une vivacité de singe, à un travail si menu, qu'il se perdait entre ses doigts noueux. Ce fut le mari qui leva le premier la tête, une tête aux cheveux rares, d'une pâleur jaune de vieille cire, longue et souffrante.

— Ah! c'est vous, bien, bien! murmura-t-il. Nous sommes pressés, vous savez... N'entrez pas dans l'atelier, ça nous gênerait. Restez dans la chambre.

Et il reprit son travail menu, la face de nouveau dans

le reflet verdâtre d'une boule d'eau, à travers laquelle la lampe envoyait sur son ouvrage un rond de vive lumière.

E. ZOLA.

(Fasquelle, édit. Paris.)

---

## LES HAUTES CIMES

J'irai boire l'eau vierge aux sources des grands fleuves;  
Mes pieds se poseront sur l'azur du glacier.  
Je veux baigner mon corps aux flots des brises neuves,  
L'éther le trempera comme l'onde l'acier.

Dormons sur une cime avec effort gravie;  
Dans la neige éternelle il faut laver nos mains;  
L'air fait mouvoir là-haut des principes de vie,  
Allons l'y respirer pur des souffles humains.

Montons! le vent se meurt aux pieds du roc immense,  
Le doute ne saurait flotter sur ce haut lieu;  
Montons! enveloppé de calme et de silence,  
Sur ces larges trépièdes j'entendrai parler Dieu.

L'air aspiré là-haut vivra dans ma poitrine,  
Dans l'ombre de la plaine un rayon me suivra:  
Ceux qui m'ont vu gravir pesamment la colline  
Ne reconnaîtront plus l'homme qui descendra.

.....

V. DE LAPRADE.



## L'ÉVOLUTION DE LA POÉSIE LIRIQUE AU XIX<sup>e</sup> SIÈCLE

---

### L'ART ET LA MORALE

J'ai souvent entendu les théoriciens de l'art pour l'art comparer l'indifférence, ou plutôt l'impassibilité qu'ils réclament pour l'artiste, à celle qu'on permet au savant dans son laboratoire, et s'étonner qu'on ne leur accordât pas que l'art, comme la science, purifie tout ce qu'il touche. Mais ils n'avaient pas réfléchi qu'entre beaucoup d'autres difficultés, qui ne souffrent pas cette fallacieuse comparaison de la science avec l'art, il en est une d'essentielle, dont tous les raisonnements ne triompheront jamais, si la matière et les lois de la science nous sont à la fois extérieures, antérieures et supérieures. Quand nous n'existerions pas, les lois de la mécanique céleste ou celles de la chimie végétale n'en seraient pas moins tout ce qu'elles sont—on peut le croire, on peut le concevoir—et l'apparition de l'homme sur la terre n'a rien changé sans doute aux lois de l'affinité chimique, non plus qu'à celles de la pesanteur. Mais l'art, que serait-il à quoi répondrait-il, et comment pourrait-on le concevoir en dehors de l'homme? Certainement, s'il y a quelque part une création qui soit de l'homme, une invention que l'on ne puisse pas disputer à l'espèce, il semble que ce soit l'art. La morale même et la logique nous appartiennent moins, comme ayant peut-être leur fondement en dehors de nous! Si donc le savant n'a point à s'inquiéter des conséquences ou des relations d'une vérité dont la loi n'est pas en notre pouvoir, que nous n'avons pas faite, avec laquelle nous n'avons de commun que de co-

exister dans le temps, il en est autrement de l'artiste; et une autre origine, d'autres conditions, d'autres nécessités aussi de son art lui imposent peut-être une autre discipline... C'est un point que je me contente, aujourd'hui, d'avoir indiqué.

Serai-je traité maintenant de «bourgeois» si j'ajoute que l'artiste lui-même ne saurait exister, n'a de raison ou de lieu d'être que dans un certain état de société, dont il faut alors qu'il accepte les lois, puisqu'il en réclame et, si je l'ose dire, puisqu'il en perçoit les bénéfices? Tâchons donc une bonne fois de voir les choses comme elles sont. Pour qu'il y ait des peintres, des musiciens, il faut une civilisation qui leur crée des loisirs; et tandis qu'ils suivent leur «rêve intérieur», il faut des bourgeois, il faut des ouvriers, il faut des paysans qui s'acquittent, qui les acquittent plutôt, de ce que l'on pourrait appeler le «gros œuvre» de l'humanité. Ce ne sont point les peintres, généralement, qui engrangent le blé, ni les musiciens qui conduisent les locomotives. Et pourquoi ne dirions-nous pas qu'il leur faut aussi des moyens de vivre: j'entends des «amateurs» qui achètent leurs toiles et qui écoutent leurs symphonies? Car on ne peint pas pour les aveugles, on ne fait pas d'opéras pour les sourds. Et s'il se peut après cela, qu'aujourd'hui, dans quelque canton perdu de nos provinces, tout à coup, comme spontanément, le génie musical ou pittoresque s'éveille du fond d'une âme inculte, c'est encore un effet à distance de la civilisation ambiante, à moins que ce n'en soit un des hérités accumulées et entrecroisées. En toute occasion donc, les liens qui unissent l'art et la société reparaissent. Même ils sont d'autant plus étroits qu'étant plus savant et plus raffiné lui-même, l'art a besoin d'approbateurs plus cultivés ou

plus subtils. Et, si je voulais pousser plus loin encore, qu'est-ce à dire messieurs, sinon que la perversion même de l'art n'étant possible que par la perversion de la civilisation, le mal qu'en pareil cas ils se font l'un à l'autre est une preuve nouvelle de leur solidarité? Mais lorsque deux quantités croissent ou décroissent ensemble, et qu'elles varient simultanément, on les appelle des *fonctions* l'une de l'autre. L'art est *fonction* de la société.

BRUNETIÈRE.

(Blachette, édit. Paris.)

---

### CI-GIT UNE SAUTERELLE

Ici gît, Étranger, la verte sauterelle  
Que durant deux saisons nourrit la jeune Hellé,  
Et dont l'aile, vibrant sous le pied dentelé,  
Bruissait dans le pin, le cytise ou l'airelle.

Elle s'est tue, hélas! la lyre naturelle,  
La muse des guérets, des sillons et du blé;  
De peur que son léger sommeil ne soit troublé,  
Ah! passe vite, ami, ne pèse point sur elle.

C'est là. Blanche, au milieu d'une touffe de thym,  
Sa pierre funéraire est fraîchement posée;  
Que d'hommes n'ont pas eu ce suprême destin!

Des larmes d'un enfant sa tombe est arrosée,  
Et l'Aurore pieuse y fait chaque matin  
Une libation de gouttes de rosée.

J.-M. DE HEREDIA.

## ÉLOGE DE LA BOXE

Il convient, parmi nos soucis intellectuels, de s'occuper parfois des aptitudes de notre corps et spécialement des exercices qui augmentent le plus sa force, son agilité et ses qualités de bel animal sain, redoutable et prêt à faire face à toutes les exigences de la vie.

Je me souviens, à ce propos, qu'en parlant naguère de l'épée, entraîné par mon sujet, je fus assez injuste envers la seule arme spécifique que la nature nous ait donnée: le poing. Je tiens à réparer cette injustice.

L'épée et le poing se complètent et peuvent faire, s'il est gracieux de s'exprimer ainsi, fort bon ménage ensemble. Mais l'épée n'est ou ne devrait être qu'une arme exceptionnelle, une sorte d'*ultima et sacra ratio*. Il n'y faudrait avoir recours qu'avec de solennelles précautions et un cérémonial équivalent à celui dont on entoure les procès qui peuvent aboutir à une condamnation à mort.

Au contraire, le poing est l'arme de tous les jours, l'arme humaine par excellence, la seule qui soit organiquement adaptée à la sensibilité, à la résistance, à la structure offensive et défensive de notre corps.

\*  
\* \*  
\*

En attendant, l'étude de la boxe nous donne d'excellentes leçons d'humilité et jette sur la déchéance de quelques-uns de nos instincts les plus précieux une lumière assez inquiétante. Nous nous apercevons bientôt, que tout ce qui concerne l'usage de nos membres, l'agilité, l'adresse, la force musculaire, la résistance à la douleur, nous sommes tombés au dernier rang des mam-

mifères ou des batraciens. A ce point de vue, dans une hiérarchie bien comprise, nous aurions droit à une modeste place entre la grenouille et le mouton. Le coup de pied du cheval de même que le coup de corne du taureau ou le coup de dent du chien sont mécaniquement et anatomiquement imperfectibles. Il serait impossible d'améliorer, par les plus savantes leçons, l'usage instinctif de leurs armes naturelles. Mais nous, les «hominiens», les plus orgueilleux des primates, nous ne savons pas donner un coup de poing! Nous ne savons même pas quelle est au juste l'arme de notre espèce! Avant qu'un maître ne nous l'ait laborieusement et méthodiquement enseignée, nous ignorons totalement la manière de mettre en œuvre et de concentrer dans notre bras la force relativement énorme qui réside dans notre épaule et dans notre bassin. Regardez deux charretiers, deux paysans qui en viennent aux mains: rien n'est plus pitoyable. Après une copieuse et dilatoire bordée d'injures et de menaces, ils se saisissent à la gorge et aux cheveux, jouent des pieds, du genou, au hasard, se mordent, s'égratignent, s'empêtrent dans leur rage immobile, n'osent pas lâcher prise, et si l'un d'eux parvient à dégager un bras, il en porte, à l'aveuglette et le plus souvent dans le vide, de petits coups précipités, étriqués, bredouillés; et le combat ne finirait jamais si le couteau félon, évoqué par la honte du spectacle incongru, ne surgissait soudain, presque spontanément, de l'une ou l'autre poche.

Contemplez d'autre part deux boxeurs: pas de mots inutiles, pas de tâtonnements, pas de colère; le calme de deux certitudes qui savent ce qu'il faut faire. L'attitude athlétique de la garde, l'une des plus belles du corps viril, met logiquement en valeur tous les muscles de

l'organisme. Aucune parcelle de force qui de la tête aux pieds puisse encore s'égarer. Chacune d'elles a son pôle dans l'un ou l'autre des deux poings massifs surchargés d'énergie. Et quelle noble simplicité dans l'attaque! Trois coups, sans plus, fruits d'une expérience séculaire, épuisent mathématiquement les mille possibilités inutiles où s'aventurent les profanes. Trois coups synthétiques, irrésistibles, imperfectibles. Dès que l'un d'eux atteint franchement l'adversaire, la lutte est terminée à la satisfaction complète du vainqueur qui triomphe si incontestablement qu'il n'a nul désir d'abuser de sa victoire, et sans dangereux dommage pour le vaincu simplement réduit à l'impuissance et à l'inconscience durant le temps nécessaire pour que toute rancune s'évapore. Bientôt après, ce vaincu se relèvera, sans avarie durable, parce que la résistance de ses os et de ses organes est strictement et naturellement proportionnée à la puissance de l'arme humaine qui l'a frappé et terrassé.

\*  
\* \* \*

Il peut sembler paradoxal, mais il est facile de constater que l'art de la boxe, là où il est généralement pratiqué et cultivé, devient un gage de paix et de mansuétude. Notre nervosité agressive, notre susceptibilité aux aguets, la sorte de perpétuel qui-vive où s'agite notre vanité soupçonneuse, tout cela vient, au fond, du sentiment de notre impuissance et de notre infériorité physique qui peine de son mieux à en imposer, par un masque fier et irritable, aux hommes souvent grossiers, injustes et malveillants qui nous entourent. Plus nous nous sentons désarmés en face de l'offense, plus nous tourmente le désir de témoigner aux autres et de nous persuader à

nous-mêmes que nul ne nous offense impunément. Le courage est d'autant plus chatouilleux, d'autant plus intraitable que l'instinct effrayé, tapi au fond du corps qui recevra les coups, se demande avec plus d'anxiété comment finira l'algarade. Que fera-t-il, ce pauvre instinct prudent, si la crise tourne mal? C'est sur lui que l'on compte, à l'heure du péril. A lui sont dévolus le souci de l'attaque, le soin de la défense. Mais on l'a si souvent, dans la vie quotidienne, éloigné des affaires et du conseil suprême, qu'à l'appel de son nom il sort de sa retraite comme un captif vieilli qu'éblouirait soudain la lumière du jour. Quel parti prendra-t-il? Où faudra-t-il frapper, aux yeux, au ventre, au nez, aux tempes, à la gorge? Et quelle arme choisir, le pied, la dent, la main, le coude ou les ongles? Il ne sait plus; il erre dans sa pauvre demeure qu'on va détériorer, et durant qu'il s'affole et les tire par la manche, le courage, l'orgueil, la vanité, la fierté, l'amour-propre, tous les grands seigneurs magnifiques, mais irresponsables, enveniment la querelle récalcitrante, qui aboutit enfin, après d'innombrables et grotesques détours, à l'inhabile échange de horions criards, aveugles, hybrides et pleurards, piteux et puérils et indéfiniment impuissants.

Au contraire, celui qui connaît la source de justice qu'il détient en ses deux mains fermées n'a rien à se persuader. Une fois pour toutes il sait. La longanimité, comme une fleur paisible, émane de sa victoire idéale mais certaine. La plus grossière insulte ne peut plus altérer son sourire indulgent. Il attend, pacifique, les premières violences, et peut dire avec calme à tout ce qui l'offense: «Vous irez jusque-là.» Un seul geste magique, au moment nécessaire, arrête l'insolence. A quoi

bon faire ce geste? On n'y songe même plus tant l'efficacité est sûre. Et c'est avec la honte de frapper un enfant sans défense, qu'à la dernière extrémité on se résout enfin à lever contre la plus puissante brute, une main souveraine qui regrette d'avance sa victoire trop facile.

MÆTERLINK.

(Nelson, édit. Paris.)

---

## UN INGRAT

—Voilà un homme qui a de l'aplomb! murmura Serviet en lisant la carte que lui tendait le garçon de bureau. Vous êtes sûr, continua-t-il, que c'est à moi qu'il désire parler?

—Oui, monsieur.

—A moi personnellement? Ou bien vient-il pour affaires concernant l'administration?

—Pour affaires personnelles à Monsieur, je le lui ai déjà demandé.

—Voyons: c'est un homme de cinquante ans environ?

—A peu près.

—Portant toute sa barbe? large d'épaules?

—Oui.

—Et un binocle?... C'est bien lui. Que diable peut-il me vouloir? Introduisez-le.

Serviet, qui était à l'ordinaire d'une humeur nonchalante et paisible et qui menait aujourd'hui la vie pacifique d'un employé dans une compagnie d'assurances, ne gardait de toute sa carrière qu'un mauvais souvenir. Quand un incident quelconque ou un hasard de mémoire lui rappelait le nom de Nicolas Rajon, ses mains se crispaient



machinalement. C'était un agent d'affaires véreux, auquel il avait eu plusieurs fois recours, pour des emprunts, à l'époque où il n'avait que des ressources précaires; et ce Rajon l'avait poursuivi, traqué, avec un acharnement incroyable, sans même lui donner ces répités que les pires usuriers eux-mêmes accordent à leurs clients. Le nom de Rajon était mêlé à tous les événements néfastes de la vie de Serviet: à une saisie de son mobilier suivie d'une vente, à une brouille avec sa famille, à un mariage avantageux manqué au dernier moment. Nicolas Rajon, en toutes ces circonstances, ne s'était pas conduit seulement comme un créancier farouche, mais comme un ennemi impitoyable.

Et pendant que le garçon de bureau poussait la porte, Serviet songeait: «Si je n'étais pas aussi sûr de ne plus rien lui devoir, je crois que j'aurais peur!»

Nicolas Rajon se présenta d'un air timide, tournant son chapeau entre ses doigts et regardant de côté. Physiquement, il n'avait guère changé depuis sept ou huit ans que Serviet ne le fréquentait plus, mais il lui avait laissé pourtant dans l'œil une autre impression, celle d'un homme remuant sans cesse les bras et les jambes, bavard, criard et agressif. Le Rajon, au contraire, qui était là devant son bureau de sous-chef, se tenant presque avec humilité et cherchant par où commencer son discours, était un Rajon amorti et penaud, et d'une attitude tellement inoffensive que Serviet en ressentit une sorte de plaisir vague.

—Asseyez-vous donc, monsieur Rajon! dit-il poliment.

Rajon balbutia:

—Merci, monsieur Serviet; vous êtes bien amable.

Et il se hasarda à demander:

—Ça va-t-il, les affaires, monsieur Serviet?

—Et les vôtres, sont-elles toujours aussi brillantes que de mon temps?

—Comment, brillantes? s'écria Rajon; mais vous ne savez donc pas?... On ne vous l'a donc pas dit?

—Non, quoi?

—Mais, mon pauvre monsieur Serviet, j'ai été dévoré, positivement dévoré par mes créanciers... Mes affaires avaient fini par mal tourner... Mon cabinet a été vendu... Il y a cinq ans de cela, et depuis cinq ans je vis je ne sais pas comment... Tout le monde m'est tombé dessus... J'avais encore quelques clients qui me devaient des sommes impossible de leur tirer un centime.

—Et les amis? Vous n'aviez donc pas d'amis?

—Vous me croirez si vous voulez, monsieur Serviet. J'ai été dur quelquefois, mais quelquefois aussi j'ai rendu des services à des personnes... Eh bien, je peux m'adresser maintenant à ces personnes-là, elles me reçoivent comme un chien, monsieur, comme un chien. Alors, vous ne savez pas ce que je me suis dit: «Puisque les gens que tu as obligés te tournent le dos, essaie des autres. Ils n'ont peut-être pas de rancune. Et j'ai pensé à vous, monsieur Serviet.»

Serviet se leva, ébahi.

—A moi? Pourquoi faire, monsieur Rajon?

Rajon baissa les yeux:

—Pour me prêter un louis, monsieur Serviet... ou cent sous. Ma parole d'honneur, je n'ai pas déjeuné ce matin.

Depuis les dernières paroles de l'usurier, Serviet ne conservait plus aucune trace de ses anciens ressentiments. A cet aveu, il fut, sinon ému, du moins étonné; mais, en

mettant la main à la poche, il ne put s'empêcher de faire un peu de morale. D'ailleurs, Rajon lui en fournissait l'occasion, sans se ménager.

—Je n'ai pas toujours été convenable avec vous, monsieur Serviet; je ne me le dissimule pas, allez.

—Vous rappelez-vous, Rajon, que vous m'avez fait saisir?

—Hé oui!

—Et vendre mes meubles à l'encan, sur la voie publique?

Rajon soupira:

—En 1881! C'était le bon temps!

—Je ne parle pas, continua Serviet, de ce mariage que j'ai manqué par le fait de vos calomnies...

—Je me le reproche encore, monsieur Serviet; sur ma parole, je me le reproche. Mais un homme comme vous, monsieur Serviet, est incapable de se venger de quelqu'un qui lui a fait du mal il y a si longtemps.

—Je ne dis pas...

—Et puis, c'est peut-être tous ces ennuis-là qui vous ont porté bonheur. Vous voilà aujourd'hui dans une belle position, vous pouvez penser: «Hein! quand j'étais jeune, j'ai été vendu sur la voie publique, et aujourd'hui je suis sous-chef de bureau dans une grande compagnie d'assurances!»

Serviet sourit.

—Voilà un louis, Rajon, et tâchez de vous débrouiller.

—Je n'ai pas besoin de vous remercier, monsieur Serviet. C'est, entre nous, à la vie, à la mort.

Serviet lui tendit la main et le reconduisit jusqu'à la porte. Puis il se mit à sa table de travail et, tout en fumant des cigarettes, fit, sur l'instabilité de la fortune et

la bizarrerie des destinées humaines, des réflexions qui lui firent agréablement passer le temps jusqu'à l'heure du départ.

Quelques semaines après, Rajon revint. Il avait trouvé une petite place, mais son patron était sur le point de faire faillite et ne payait plus ses employés. Serviet comprit immédiatement le sens de cette histoire. Il lui donna cent sous et lui conseilla le travail.

— Il est bien pénible de commencer, à mon âge, à travailler pour les autres, mais je vais y être obligé. Vous qui avez beaucoup de relations, si vous étiez bien gentil, vous m'en trouveriez, une place, une bonne place, dans le contentieux par exemple.

Serviet promit de s'en occuper, et, sous ce prétexte, Rajon vint l'attendre le surlendemain, à la sortie du bureau, sur le trottoir. Il voulut l'entraîner dans un café, afin de prendre un vermouth, et le sous-chef, pour l'éviter, fut obligé de lui prêter quinze francs, dont Rajon avait absolument besoin pour solder un compte.

Puis, comme les affaires continuaient à ne pas aller, et que Serviet, d'ailleurs, négligeait de faire des démarches et de lui procurer une place, Rajon contracta peu à peu l'habitude de stationner chaque jour devant la porte de l'administration, en attendant la sortie des employés. Serviet commençait à froncer les sourcils dès qu'il l'apercevait, mais il lui était impossible de fuir; il dut, à diverses reprises, lui prêter encore de menues sommes d'argent, et même le recommander à son propre tailleur pour qu'il lui fît une redingote, car la redingote de Rajon remontait à l'époque de sa splendeur.

Cependant, une fois, il refusa nettement un louis.

— Vous comprenez, mon cher, je ne puis plus... Mes

moyens ne me permettent pas... Vous êtes arrivé à me devoir pas mal.

—Ce sera le dernier, insista Rajon.

—Impossible, vraiment, tout à fait impossible.

Rajon murmura, piqué:

—C'est comme il vous plaira. Vous êtes le maître, n'est-ce pas? Vous ne me devez rien... Mais j'espérais qu'en souvenir de nos relations...

Serviet haussa les épaules et l'autre s'éloigna en mâchonnant:

—Ah! quand on est tombé dans le malheur, il n'y a plus de camarades!

Le sous-chef s'en crut définitivement débarrassé quand il le recontra huit jours après, au même endroit, la figure souriante. C'était l'heure du départ, et tous les employés s'évadaient, en causant et roulant des cigarettes.

—Encore vous! Voyons...

—Ah! cette fois-ci, monsieur Serviet, mes malheurs, sont finis. Je suis casé...

—Tant mieux, Rajon! tant mieux!

—Seulement, il me faut un petit cautionnement... Si j'avais cent francs, je gagnerais tout de suite trois ou quatre cents francs par mois... Alors, je me suis dit. «M. Serviet est là... Il ne refusera pas à un ancien...»

—Vous êtes fou, hein? Cent francs! s'écria Serviet. Elle est bonne!

—Vous me refusez, à moi? fit Rajon stupéfait. Pas possible!...

—Je vous refuse carrément et je vous prie de me laisser tranquille à l'avenir... Au revoir!

Alors, comme d'autres employés s'étaient arrêtés pour

écouter la scène, Serviet s'éloigna rapidement. Et Rajon s'adressant à eux, s'écriait :

— Il s'en va ! Il me refuse ! A moi !... Lui !... un homme que j'ai obligé plus de cent fois... quand il n'était rien...

Et Serviet, à la suite de cette histoire, ne perdit jamais complètement la réputation d'un homme ingrat.

ALFRED CAPUS.

(Gillequin, édit. Paris.)

---

## MON FRÈRE YVES

---

### LE QUART À BORD DU «PRIMAUGUET»

La nuit est claire et délicieuse... Le temps du quart se passe à veiller au milieu de ces grandes paix étranges des mers australes.

Tout est d'un bleu vert, d'un *bleu nuit*, d'une couleur de profondeur ; la lune qui se tient d'abord très haut, jette sur la mer des petits reflets qui dansent, comme si partout, sur les immenses plaines vides, des mains mystérieuses agitaient sans bruit des milliers de petits miroirs.

Les demi-heures s'en vont l'une après l'autre, tranquilles, la brise égale, les voiles très légèrement tendues. Les matelots de quart, en vêtement de toile, dorment à plat pont, par rangées, couchés sur le même côté tous emboîtés les uns dans les autres, comme des séries de momies blanches.

A chaque demi-heure, on tressaille en entendant la cloche qui vibre ; et alors deux voix viennent de l'avant du navire, chantant l'une après l'autre, sur une sorte de

rythme lent: «Ouvre l'œil au bossoir... tribord!» dit l'une. «Ouvre l'œil au bossoir... bâbord!» répond l'autre.

On est surpris par ce bruit qui paraît une clameur effrayante dans tout ce silence, et puis les vibrations des voix et de la cloche tombent, et on n'entend plus rien.

Cependant la lune s'abaisse lentement, et sa lumière bleue se ternit; maintenant elle est plus près des eaux et y dessine une grande lueur allongée qui traîne.

Elle devient plus jaune, éclairant à peine, comme une lampe qui meurt.

Lentement elle se met à grandir, à grandir, démesurée, et puis elle devient rouge, se déforme, s'enfonce, étrange, effrayante. On ne sait plus ce qu'on voit: à l'horizon, c'est un grand feu terne, sanglant. C'est trop grand pour être la lune, et puis maintenant des choses lointaines se dessinent devant en grandes ombres noires: des tours colossales, des montagnes éboulées, des palais, des Babels!

On sent comme un voile de ténèbres s'appesantir sur les sens; la notion du réel est perdue. Il vous vient comme l'impression de cités apocalyptiques, de nuées lourdes de sang, de malédictions suspendues. C'est la conception des épouvantes gigantesques, des anéantissemments chaotiques, des fins de monde...

Une minute de sommeil intérieur qui vient de passer, malgré toute volonté, un rêve de dormeur debout qui s'est envolé très vite.

Mirage!... A présent, c'est fini, et la lune est couchée. Il n'y avait rien là-bas que la mer infinie et les vapeurs errantes, annonçant l'approche du matin; maintenant que la lune n'est plus derrière, on ne les distingue même

pas. Tout vient de s'évanouir, et on retrouve la nuit, la vraie nuit, toujours pure et tranquille.

Ils sont bien loin de nous, ces pays de l'Apocalypse: car nous sommes dans la mer de Corail, sur l'autre face du monde, et il n'y a rien ici que le cercle immense, le miroir illimité des eaux...

Un timonier est allé regarder l'heure à la montre. Par déférence pour la lune, il doit noter, sur ce grand registre toujours ouvert, qui est le *journal du bord*, l'instant très précis auquel elle s'est couchée.

Puis il revient pour me dire:

«Capitaine, il est l'heure de *réveiller au quart.*»

Déjà! déjà finies mes quatre heures de nuit,—et l'officier de relève qui va bientôt paraître.

Je commande:

«Chefs et chargeurs à réveiller au quart!»

Alors, quelques-uns de ceux qui dormaient à plat pont, comme des momies blanches, se lèvent, en éveillant quelques autres; ils partent toute une bande, et descendent. Et puis on entend en bas, dans le faux-pont, une vingtaine de voix chanter l'une après l'autre,—en cascade comme on fait pour *Frère Jacques*,—une sorte d'air très ancien, qui est joyeux et moqueur.

Ils chantent:

«As-tu entendu, les tribordais, debout au quart, debout debout, debout!... as-tu entendu, les tribordais, debout au quart, debout, debout, debout!...»

PIERRE LOTI.

(Calmann-Lévy, édit. Paris.)



## LA FRANCE EN 1614

### Aperçu géographique.

#### III

#### LE LOUVRE, LA COUR, LE ROI

Le Louvre séjour ordinaire du roi à Paris, présentait, du côté de Saint-Germain-l'Auxerrois, une face rude et barbare: de hauts logis percés d'étroites fenêtres; dans les deux coins, des tours rondes, couvertes de toits de tuiles et toutes lépreuses de vétusté; au milieu, une porte basse et sans ornement, précédée d'un pont-levis; c'était tout ce qui restait de la vieille forteresse de Philippe-Auguste et de Charles V.

Au contraire, du côté de la Seine, le palais déployait l'élégante gaité de sa construction moderne. Pour élever cette façade, François I<sup>er</sup> avait démoli la *Grosse Tour*, orgueil des rois ses prédécesseurs. Plus près de la rivière, on avait construit le bâtiment carré nommé *Pavillon du Roy*. Henri II, Charles IX, Henri III poursuivirent l'œuvre, et commencèrent les deux Galeries: la *Petite* et celle du *Bord de l'Eau*. Henri IV, averti par la journée des Barricades et voulant se ménager une sortie sur la campagne, avait continué le travail des Galeries qui, enjambant l'enceinte de Charles V, rejoignaient les Tuileries.

L'œuvre présentait encore des lacunes. Cependant des morceaux exquis étaient achevés. La frise de Jean Goujon illustrait déjà le Louvre de Henri II. Le pavillon, qu'on a nommé depuis Lesdiguières, portait sa lanterne ajourée au-dessus de la ligne de faîte; enfin, les pilastres

et les frontons d'Androuet du Cerceau, dessinaient, gravement, tout le long de l'eau, leurs motifs corrects et froids qui rejoignaient les nouvelles Tuileries.

Du bord de la rivière, on ne voyait guère que les toits, car les échafaudages n'étaient pas enlevés, et le pied du bâtiment était obstrué par un fouillis d'échoppes et de constructions provisoires où l'on entendait grincer la scie des tailleurs de pierres. Du côté des cours, la construction était moins avancée encore. De vieilles bâtisses infâmes, habitées par la lie de la population parisienne, venaient buter contre le palais neuf. La rue Saint-Thomas-du-Louvre, partant de la rue Saint-Honoré, pénétrait comme un coin dans les cours intérieures, où le gazon poussait, et où les pierres verdies attendaient l'ouvrier. Au-dessus des galeries à l'italienne, on distinguait les clochers de trois ou quatre chapelles ou églises gothiques qui se trouvaient là: Saint-Thomas du Louvre, Saint-Nicaise, les Quinze-Vingts.

En somme, demi-ruiné, demi-construit, mi antique, mi-moderne, tout enserré dans la gaine du moyen âge, dont il essayait de se dégager depuis des siècles, le palais des rois était encore à l'état d'ébauche, et, justement, il donnait assez bien l'idée de ce qu'était le royaume lui-même: bâtiment séculaire sur les substructions duquel un édifice nouveau était en train de s'élever.

Le jeune roi Louis XIII, successeur de Charlemagne, descendant de Hugues Capet et de saint Louis, héritier des Valois, fils de Henri IV, habitait d'ordinaire le *Pavillon du Roy*. Après avoir franchi l'étroite porte située presque en face l'église Saint-Germain-l'Auxerrois, on traversait de biais la cour carrée, on montait à droite le grand escalier, on suivait tout le long de la salle des gar-

des, et on arrivait enfin à «l'antichambre du Roi». C'était là ce qu'on appelait *la Cour*.

Tout ce qui avait à Paris figure de courtisan était admis. Fœneste, qui est pourtant un pauvre hère, y entre comme au moulin. Son gascon nous la décrit en termes si expressifs qu'il faut le laisser parler: «Étant ainsi, couverts de broderie, avec trois laquais plutôt loués, un bidet plutôt emprunté, vous voilà dans la cour du Louvre.—Tout à cheval, dit Enay.—Non pas, non. On descend entre les gardes, entendez. Vous commencez à rire au premier que vous rencontrez; vous saluez l'un, vous dites le mot à l'autre: «Frère, que tu es brave, épanoui comme une rose! Tu es bien traité de ta maîtresse? cette cruelle, cette rebelle. Rend-elle point les armes à ce beau front, à cette moustache bien troussée? et puis cette belle grève, c'est pour en mourir?» Il faut dire cela en démenant les bras, branlant la tête, changeant de pied, peignant d'une main la moustache et d'autre fois les cheveux... et puis nous causons de l'avancement en Cour, de ceux qui ont obtenu des pensions, quand il y aura moyen de voir le Roi, combien de pistoles a perdu Créqui ou Saint-Luc, ou, si vous ne voulez point discourir de choses si hautes, vous philosophez sur les bas de chausses de la Cour... Quelquefois nous entrons dans le grand cabinet, dans la foule de quelque grand; nous sortons sous celui de Beringhen, descendons par le petit degré et faisons semblant d'avoir vu le Roi... c'est alors qu'il faut chercher quelqu'un qui aille dîner.»

Dans l'entourage du Roi, les hommes d'épée tenaient le haut bout. En se pressant aux antichambres, ils faisaient, autour du prince, ces «confusions de France» dont parle Fontenay-Mareuil. Avec le bruit, les rires, les que-

relles, les grandes hallebardes des soldats, les panaches, les bottes, éperonnées, c'était un bourdonnement vivant et animé qui rappelait les camps.

Pourtant, on voyait passer des figures devant lesquelles les portes s'ouvraient: des têtes graves et barbues d'hommes d'État, d'ambassadeurs, de cardinaux; des robes noires aussi, très nombreuses. Sous la régence de Marie de Médicis, l'élément ecclésiastique dominait. Le Nonce du pape avait ses entrées à toute heure; les jésuites confesseurs et prédicateurs, même les capucins, pieds nus et robe de bure, se glissaient aux chambres closes, aux couloirs secrets, poursuivant, dans les dédales du palais, l'intrigue «catholique» et la politique des «mariages espagnols».

Il y avait ainsi une petite cour silencieuse dans la grande cour bruyante. Au fond de ces entresols retirés dont parle Sully, elle se tenait tapie et comme murée. La Reine y vivait dans sa nonchalance italienne, caressée par les propos insignifiants de ses femmes et de ses favoris, bercée par la musique de ses joueurs de luth, laissant le poids des affaires aux ministres Villeroy, Sillery, Jeannin, soucieuse seulement de vivre et de gagner du temps.

La robe du magistrat se mêlait à la robe ecclésiastique et lui disputait le pouvoir. Les «secrétaires d'État», hier encore personnages effacés et discrets, sortaient de leur réserve et, dépouillant le manteau, l'habit noir et le rabat, prenaient leur vol vers de plus hautes destinées. Cependant, cette autorité des ministres n'était pas encore si fortement établie qu'elle ne fût obligée d'user de ménagement.

La Cour restait une puissance chatouilleuse et suscep-

tible. A côté des conseils secrets, on laissait subsister le Conseil du roi, plus nombreux et plus tumultueux que jamais. «La Reine le tenait dans la salle voisine de l'antichambre, assise sur une chaise, entourée de princes du sang, avec les conseillers debout autour d'elle; elle laissait entrer toutes les personnes de condition et faisait même approcher ceux qui avaient intérêt à ce qu'on disait.»

C'est par là que les Grands retenaient quelque part de l'exercice du pouvoir; c'est par là que les cabales se soutenaient, se poussaient. En s'approchant de l'antichambre, les officieux finissaient par savoir quelque chose des affaires publiques, par se mêler à quelque parti de finance, par décrocher quelque pension. Aussi la Reine, obligée de ménager la noblesse, tenait, avec une certaine régularité, ces conseils, auxquels le Roi assistait rarement.

Henri IV, plus libre et plus cavalier, s'était moins astreint. De son temps, les affaires les plus importantes se traitaient dans une galerie, dans un jardin, les gens de son conseil allant et venant avec lui, les secrétaires d'État suivant de loin et s'approchant sur un signe, pour prendre note, une fois la décision arrêtée. Cette mobile familiarité était le caractère distinctif de la cour de France et elle étonnait les étrangers, notamment les Espagnols, habitués à la grave étiquette de l'Escorial. Mais les Français se plaisent ainsi dans un perpétuel mouvement.

La Cour était loin d'être fixée à Paris. Elle suivait partout le roi, pour un rien, comme lui à cheval. En ce temps-là, le pouvoir sentait l'écurie et non pas le bureau. Le roi disait le matin à son lever: «Messieurs, nous parti-

rons tantôt», et tout le monde troussait bagage: courtisans, gardes, pages; les femmes sur des haquenées, les secrétaires sur des mules, avec leurs sacs et leurs écritoires, quelques carrosses pour les vieillards et les dames âgées, des charrettes pour le lit et le couvert. On se mettait en route sans savoir toujours où l'on coucherait; le roi avait le droit de gîte dans son royaume, et il en usait: tantôt dans une abbaye, tantôt dans un château, tantôt dans une-bonne ville. On arrivait à l'improviste et on mettait tout au pillage. Le roi, d'ailleurs, avait des habitations à lui un peu partout dans les provinces. Un jour, c'était Fontainebleau, puis Monceau, puis Saint-Germain, puis Blois, puis Amboise, puis Chambord: ou bien il chassait, ou bien il visitait un ami, ou il allait surveiller une province, maintenir un grand seigneur, calmer une sédition. Les courriers porteurs de dépêches se fatiguaient à poursuivre les ministres, qui, obligés d'accompagner le roi, fuyaient sans cesse devant eux.

Depuis des siècles, le roi circulait ainsi à travers le pays, et le royaume s'était comme fixé et coagulé autour de cet embryon sans cesse en mouvement. La «maison» du roi, sa «mesnie», sa «cour» s'était accrue jusqu'à devenir un royaume. Le mince seigneur féodal, maître d'une ville bien située et de quelques châteaux fortifiés dans l'Ile-de-France, avait lentement reculé jusqu'à des distances éloignées les limites de sa domination. Le fils des Capets était devenu l'un des plus grands princes de la chrétienté.

Ce roi-soldat entouré d'officiers, de prêtres et de magistrats, de courtisans, d'artistes et de poètes, vivant dans l'éclat d'une cour, dès lors, l'une des plus raffinées de l'Europe, ramassait dans sa personne dix siècles d'histoire

et les volontés de quinze millions d'hommes. Sur les habitants du royaume qui se reconnaissaient ses *sujets*, il exerçait une puissance de *fait* et jouissait d'une autorité de *droit*.

La royauté, fière de son passé, était forte dans le présent; un avenir brillant s'ouvrait devant elle. Au seuil du dix-septième siècle, au moment où le futur cardinal de Richelieu entrait dans la vie publique, elle atteignait son apogée; elle avait entrepris de grandes choses, il lui restait à les achever. Il est naturel de s'arrêter à ce point culminant pour essayer de démêler les causes anciennes de sa grandeur et les premiers symptômes de sa lointaine décadence.

Dans *l'ordre politique*, dans *l'ordre social*, dans *l'ordre religieux*, une étude attentive peut relever les principales conditions du développement de la civilisation française. De l'examen de ces différents sujets, se dégagera le programme politique imposé aux ministres des rois, par les nécessités de l'histoire, quatre ans après la mort de Henri IV.

GABRIEL HANOTAUX.

(Nelson, édit. Paris.)

## CURIOSIDADES LITERARIAS

---

### I

#### Deux avares.

Un avare ayant entendu dire que le médecin Dumoulin l'emportait sur lui (1), alla le voir sur les huit heures du soir, en hiver, dans une chambre enfumée par une petite lampe qui ne donnait presque point de clarté; il lui dit en entrant:

— J'ai appris, Monsieur, que vous êtes l'homme le plus économe du monde; je le suis un peu; mais je souhaiterais l'être davantage, et je voudrais bien que vous me fissiez l'amitié de me donner quelques leçons d'économie.

— Ne venez-vous que pour cela, répliqua brusquement M. Dumoulin? Prenez ce siège. Et, en même temps, il éteignit sa lampe, disant: Nous n'avons pas besoin, d'y voir pour parler; nous en serons moins distraits.

— Ah! Monsieur, s'écria l'avare, cette leçon me suffit; je vois bien que je ne serai jamais qu'un petit garçon auprès de vous.

Il se retira aussitôt à tâtons.

---

(1) Lo aventajaba.



## II

### L'esprit du bouffon.

Triboulet, qui vécut sous Louis XII et François I<sup>er</sup>, est un de bouffons les plus célèbres. Son esprit, fertile en saillies, ne ménageait personne; mais ses bons mots étaient si plaisants que, d'ordinaire, le rire qu'ils provoquaient disposait à l'indulgence. Cependant il rencontra parfois sur son chemin des gens qui accueillirent mal ses plaisanteries. Un jour même, certain seigneur se fâcha si fort contre Triboulet qu'il le menaça de lui passer son épée à travers le corps. Le pauvre bouffon, tout effrayé, vint se plaindre au roi du mauvais traitement dont on le menaçait. «Que ton ennemi, s'écria François I<sup>er</sup>, ne s'avise jamais (1) de commettre une aussi sotte action, car je le fais pendre un quart d'heure après. — Merci, prince, répondit le bouffon; je n'attendais pas moins de votre générosité. Mais voulez-vous mettre le comble (2) à votre bonté? — Que dois-je donc t'accorder encore? — Faites-le pendre un quart d'heure avant!»

## III

### Les quarante disciples.

Voici d'après de Segonzac le curieux stratagème qu'employa le célèbre Marabout Ben-Aïssa pour fonder dans le Maroc, son pays, une confrérie religieuse et faire un choix parmi ses fidèles dévoués.

Un jour que la foule de ses admirateurs se pressait plus nombreuse que de coutume à la porte de son logis, il parut sur le seuil et déclara que Mahomet lui avait or-

(1) No se le ocurra nunca.

(2) Llevar hasta el último extremo.

donné d'immoler son disciple le plus cher; « que le plus fidèle entre dans ma maison et vienne y donner sa vie à Dieu! » Un des fidèles s'avance, la porte se referme. On entend un grand cri et le sang, passant sous la porte, coule dans le ruisseau. Ben-Aïssa revient couvert de sang et demande une autre victime. Un deuxième disciple vient s'offrir et, comme tout à l'heure (1), on entend un grand cri et le sang ruisselle.

Ainsi, quarante fois de suite, l'arabe vient demander des victimes. A la quarantième la place était déserte.

Or, cette hécatombe n'était qu'un simulacre. Le sang du ruisseau provenait du mouton que chaque élu devait égorger en poussant (2) un grand cri. Ainsi se trouva formé le Conseil chargé d'administrer la Confrérie.

#### IV

##### Le loup et le jeune mouton.

Des moutons étaient en sûreté dans leur parc. Un loup affamé vint, par les fentes de l'enceinte, reconnaître l'état du troupeau. Un jeune mouton sans expérience et qui n'avait jamais rien vu, entra en conversation avec lui: « Que venez-vous chercher ici? dit-il au glouton. — L'herbe tendre et fleurie, lui répondit le loup. Vous savez que rien n'est plus doux que de paître dans une verte prairie émaillée de fleurs, pour apaiser (3) sa faim, et d'aller éteindre sa soif dans un clair ruisseau. — Il est donc vrai, repartit le jeune mouton, que vous ne mangez point la chair des animaux et qu'un peu d'herbe vous suffit! Si cela est, vivons comme frères, et paissons en-

(1) Como antes.

(2) Lanzando.

(3) Saciar.

semble.» Aussitôt le mouton sort du parc dans la prairie, où le sobre philosophe le mit en pièces (1) et l'avala.

Défilez-vous, dit Fénelon, des belles paroles (2) des gens qui se vantent d'être vertueux. Jugez-en par leurs actions et non par leurs discours.

## V

### Pensées de Pascal.

—L'homme n'est ni ange ni bête, et le malheur veut que qui veut faire l'ange fait la bête.

—Le cœur a ses raisons que la raison ne connaît point.

—Diseur de bons mots (3), mauvais caractère.

—Ceux qui font les antithèses en forçant les mots sont comme ceux qui font de fausses fenêtres pour la symétrie. Leur règle n'est pas de parler juste, mais de faire des figures justes.

—Voulez-vous qu'on croie du bien de vous? n'en dites point.

—Quand dans un discours se trouvent des mots répétés, et qu'essayant de les corriger, on les trouve si propres qu'on gâterait le discours, il faut les laisser; c'en est la marque.

## VI

### La naïveté d'une enfant.

Victor Hugo raconte ce mot de la fille d'un de ses amis:

Salvandy dînait dernièrement chez Villemain. Le dîner fini, on passa dans le salon, on causa. Huit heures du

---

(1) Lo despedazó.

(2) De las buenas palabras.

(3) Chistes.

soir sonnante (1), les trois petites filles de Villemain entrent pour embrasser leur père et lui dire bonsoir. La dernière s'appelle Lucette; sa naissance a coûté la raison à sa mère; c'est une douce et charmante enfant de cinq ans.

—Eh bien, Lucette, lui dit le père, chère enfant, est-ce que vous ne direz pas une fable de La Fontaine avant de vous aller coucher?

—Voilà, dit M. de Salvandy, une petite personne qui dit aujourd'hui des fables et qui fera faire un jour des romans.

Lucette ne comprit pas. Elle se contenta de regarder avec ses grands yeux étonnés Salvandy qui se pavane.

—Et bien, reprit Salvandy, Lucette, nous direz-vous une fable?

L'enfant ne se fait pas prier, et commence avec sa petite voix naïve, ses beaux yeux honnêtes et doux toujours fixés sur Salvandy:

On se croit aisément un personnage en France.

## VII

### Un héros.

Le comte de Susini, mort depuis une dizaine d'années, était l'homme le plus décoré du monde. Un jour qu'il exhibait ses médailles, un de ses amis se récria; il avait reconnu une médaille réservée exclusivement à l'homme qui aurait fait un grand nombre de sauvetages.

—Vous avez donc sauvé vingt-cinq personnes!

—Comment vingt-cinq? Peut-être deux cents, peut-être mille!

---

(1) Al dar las ocho.

—Comment cela?

—En faisant cadeau (1) d'une pompe à incendie à un village qui n'en avait pas.

## VIII

### Un empereur de cinq ans.

Le jour où les Brésiliens proclamèrent empereur, à l'âge de cinq ans, Don Pedro II d'Alcantara, le précepteur du jeune prince trouva son élève dans une villa éloignée de quelques milles de Rio Janeiro, mangeant des œufs à la coque (2).

Il lui apprit que, depuis deux heures, tout en lui était majestueux et sacré, et il le ramena au palais.

Chemin faisant, la pluie se mit à tomber, et Don Pedro II gagna vite une cahute à la porte de laquelle il heurta solidement, comme doit faire tout monarque qui n'a pas de parapluie.

Alors, à une petite lucarne apparut une vieille femme, au teint cuivré, aux rides pendantes, véritable tête de mauvais temps (3), qui demanda d'une voix chevrotante qui frappait ainsi:

— Eh! ouvre donc vite, sorcière! répondit le petit homme; je suis Joao-Carlos-Leopoldo-Salvator-Bibiano-Francisco-Xavier-do-Paula-Leocadia-Miguel-Gabriel-Raphaël-Gonzaga-Dom-Ped...

— Ah! miséricorde, bonne sainte Vierge! Vous pouvez alors chercher gîte ailleurs, dit en l'interrompant la pau-

---

(1) Regalando.

(2) Huevos pasados por agua.

(3) Cara de pocos amigos.

vre vieille, car je n'ai pas dans ma chaumière assez de place pour contenir tant de monde.

Et, là-dessus (1), elle referma sa lucarne.

## IX

### Un trait de probité.

Il ne faut jamais profiter (2) d'une erreur pour s'approprier le bien d'autrui. Etre honnête et ne vouloir rien garder de ce qui est aux autres, c'est remplir le plus élémentaire des devoirs.

Un jour, à la gare du chemin de fer de Lyon, un riche voyageur s'entend appeler au moment de monter dans un wagon de première classe. Il se retourne et se trouve en face du petit marchand à qui il vient d'acheter un journal et qui lui dit, en lui présentant une pièce d'or. «Monsieur, vous venez de me donner une pièce de vingt francs pour un sou; la voici.»

—Tu pouvais garder la pièce, lui dit le riche voyageur; je n'y aurais jamais pensé.

—Et moi, répondit le jeune homme avec une noble fierté, j'y aurais pensé toujours.

## X

### Une Méprise.

Turenne, si terrible aux ennemis de la France, était dans la vie ordinaire d'une extrême douceur envers tout le monde. Un jour, accoudé à une fenêtre de son château, il prenait le frais en costume du matin. Un jeune domestique vint à passer par cet endroit, et, en voyant par derrière ce flâneur habillé si simplement, il ne supposa pas

---

(1) Diciendo esto, acto seguido.

(2) No hay que aprovecharse nunca.

un instant que ce fût là le propre maître du logis. Pensant avoir affaire (1) à un de ses camarades, il s'approcha à pas de loup, et lança à toute volée (2) une tape formidable à l'illustre maréchal de France. Celui-ci se retourna furieux. Le domestique le reconnut, et, saisi d'effroi (3), se jeta à ses pieds. «Oh! balbutiait-il naïvement, j'ai cru que c'était Georges.—Eh! répondit notre héros, qui avait déjà repris possession de lui-même, eh! quand (4) c'eût été Georges, il ne fallait pas frapper si fort.»

## XI

### Le succès d'un sermon.

Avant l'abolition de la loterie, le curé d'une pauvre paroisse prêchait contre ce jeu qui achevait la misère de bien des gens. S'adressant surtout aux femmes de son auditoire.

«Oui, s'écria-t-il, je ne connais que trop (5) votre crédulité. Vous croyez aux songes. Qu'il vous arrive de rêver du n° 5, du n° 20, du n° 60, ou de tel autre, aussitôt vous sacrifiez vos épargnes pour placer sur ces trois numéros, sans penser que vous enlevez le pain de vos enfants, que vous contrevenez aux recommandations de l'Eglise, etc., etc.»

Le lendemain, une pauvre vieille venait lui demander humblement:

—Voulez-vous avoir la bonté de me redire vos trois numéros d'hier.

---

(1) Habérselas.

(2) Con toda su fuerza.

(3) Sobrecogido de espanto.

(4) Aun cuando.

(5) Conozco demasiado.

## XII

### Un joueur.

Le président Boiveau, de la Chambre des Comptes de Dijon, était un grand joueur. Une veille de Noël, après avoir joué la nuit, et même une partie du lendemain, il ne rentra qu'à deux heures après midi. Il avoua sans façon (1) qu'il venait de l'Académie et qu'il avait perdu quinze cents pistoles.

—Comment! dit sa femme. Vous avez joué jusqu'à l'heure qu'il est, vous n'avez donc pas entendu la Messe? Ah! malheureux, il ne faut pas vous étonner si vous avez perdu.

—Ma mie (2), répliqua le président sans s'émouvoir, celui qui a gagné ne l'a pas entendue non plus.

## XIII

### Le grenadier de Napoléon.

Pendant les conférences d'Erfurt, Napoléon fit remarquer à l'empereur Alexandre le visage martial d'un grenadier en faction (3), une cicatrice le coupait en deux.

—Que pensez-vous, mon frère, d'hommes pouvant résister à de telles blessures?

—Que penser aussi de ceux qui sont capables de les faire?

Napoléon restait court (4) quand le grenadier vint à son aide:

—Ils sont morts! fit-il sourdement.

---

(1) Desoaramente.

(2) Amiga mía.

(3) De centinela.

(4) No sabía qué decir.



XIV

**Pensées de Chamfort.**

—L'amitié extrême et délicate est souvent blessé du repli d'une rose.

—On fausse son esprit, sa conscience, sa raison, comme on gâte son estomac.

—Célébrité: l'avantage d'être connu de ceux que vous ne connaissez pas.

—Le changement des modes est l'impôt que l'industrie des pauvres met sur la vanité des riches.

—Il y a des sottises bien habillées, comme il y a des sots très bien vêtus.

—Un sot qui a un moment d'esprit, étonne et scandalise, comme des chevaux de fiacre au galop.

—On n'imagine pas combien il faut d'esprit pour n'être pas ridicule.

—Pour être heureux dans ce monde, il y a des côtés de son âme qu'il faudrait entièrement paralyser.

XV

**Voltaire et Piron.**

Voltaire et Piron avaient été passer quelque temps dans un château. Un jour Piron écrivit sur la porte de Voltaire: *coquin*.

Sitôt que Voltaire le vit, il se rendit chez Piron, qui lui dit:

—Quel hasard me procure l'avantage de vous voir?

—Monsieur, lui répondit Voltaire, j'ai vu votre nom sur ma porte et je viens vous rendre votre visite.

XVI

Lettre d'Edmond About à sa fille Valentine.

Pour ton quinzième anniversaire qui va sonner (1), fille chérie, je t'offre ce roman: *Le roman d'un brave homme*, comme un bouquet de vérités simples et de sentiments naturels. Tu peux le lire d'un bout à l'autre (2), j'aime à espérer que plus tard tu le liras à mes petits-fils. Ils y apprendront maintes choses que tu possèdes déjà mieux que personne: le culte de la patrie, l'amour de la famille, la passion du bien, le sentiment du droit, le respect du travail, l'esprit de solidarité qui unit les pauvres aux riches, ceux qui n'ont et ne sont rien encore à ceux qui ont et qui sont presque tout.

La vie sera probablement moins difficile pour tes enfants qu'elle ne l'a été pour ton père; c'est un bonheur périlleux et qui, si l'on n'y prenait garde (3), nous exposerait à devenir inutiles. Si l'un des tiens manifestait la peur ou le dégoût du travail, tu lui diras combien de fois, à ton réveil, tu m'as vu penché sur les feuilles de ce manuscrit. Et si jamais la sottise vanité empoisonnait quelqu'un de tes fils, tu lui rappelleras que l'auteur de ce livre, ainsi que son héros, n'a pour ancêtres que des pauvres, des humbles et des petits.

XVII

Un mot de Dumas, fils.

Certain publiciste avait, en deux fois, demandé à Dumas fils un millier de francs remis aussitôt au porteur du billet dépeignant sa détresse. Naturellement, le deman-

(1) A cumplirse.

(2) De cabo á rabo.

(3) Si no se tuviera cuidado con ello, á no estar prevenidos contra ello.

deur paie sa dette en maltraitant la première pièce donnée au Gymnase par celui qui l'avait obligé. Bien qu'il eût été le seul de son avis (1), il se joint bravement aux complimenteurs du lendemain. Dumas l'accueille bras croisés (2).

—Qu'est-ce? fait l'autre, vous ne me donnez pas la main.

—A quoi bon! (3) il n'y a rien dedans.

## XVIII

### Un rendez-vous dangereux.

Voici encore un fait rapporté par Victor Hugo:

«Il y a quelques jours, le roi disait au maréchal Soult (devant témoins):—Maréchal, vous souvient-il du siège de Cadix?—Pardieu, sire, je le crois bien! (4) j'ai assez pesté devant ce maudit Cadix. J'ai investi la place et j'ai été forcé de m'en aller comme j'étais venu.—Maréchal, pendant que vous étiez devant, j'étais dedans.—Je le sais, sire.—Les cortès et le cabinet anglais m'offraient le commandement de l'armée espagnole.—Je me le rappelle.—L'offre était grave. J'hésitais beaucoup. Porter les armes (5) contre la France! pour ma famille, c'est possible; mais contre mon pays! J'étais fort perplexe. Sur ces entrefaites, vous me fîtes demander par un affidé une entrevue secrète, entre la place et votre camp, dans une petite maison située sur la Cortadura. Vous en souvenez-vous, monsieur le maréchal?—Parfaitement, sire; le jour même fut fixé et le rendez-vous pris.—Et je n'y vins pas.

---

(1) De su opinión.

(2) Con los brazos cruzados.

(3) ¿Para qué?

(4) ¡Ya lo creo!

(5) Hacer armas.

—C'est vrai.—Savez-vous pourquoi?—Je ne l'ai jamais su.—Je vais vous le dire. Comme je me disposais à vous aller trouver, le commandant de l'escadre anglaise, averti de la chose je ne sais comment, tomba brusquement chez moi et me prévint que j'étais sur le point de (1) tomber dans un piège; que, Cadix étant imprenable, on désespérait de m'y saisir, mais qu'à la Cortadura je serais arrêté par vous; que l'empereur voulait faire du duc d'Orléans le second tome du duc d'Enghien, et que vous me feriez immédiatement fusiller. Là, vraiment, ajouta le roi avec un sourire, la main sur la conscience, est-ce que vous vouliez me faire fusiller?—Le maréchal est resté un moment silencieux, puis a répondu, avec un autre sourire, non moins inexprimable que le sourire du roi:—Non, sire, je voulais vous compromettre.

La conversation a changé d'objet. Quelques instants après le maréchal a pris congé (2) du roi, et le roi, en le regardant s'éloigner, a dit en souriant à la personne qui entendait cette conversation:—Compromettre! compromettre! cela s'appelle aujourd'hui compromettre. En réalité, c'est qu'il m'aurait fait fusiller!>

## XIX

### Pour entrer au Paradis.

Lorsque viendrait son heure dernière, le connétable de Montmorency recommandait qu'on eût soin de le vêtir d'une robe de capucin.

—Par ma foi! vous ferez bien, dit en riant Mondragon, l'un de ses gentilshommes, car, si vous n'êtes pas déguisé, on ne vous laissera jamais entrer au Paradis.

---

(1) *Á punto de.*

(2) *Se ha despedido.*

## XX

### L'âge de Gramont.

Un jour, au grand couvert (1), Louis XIV demande à l'évêque de Senlis, aussi fort vieux, s'il ne savait point l'âge du comte de Gramont.

—Sire, j'ai quatre-vingt-quatre ans, Gramont en a au moins autant; car nous avons fait nos études ensemble.

—Que dites-vous à cela, Monsieur de Gramont? Voici un témoin irréprochable.

—Sire, l'évêque de Senlis se trompe; ni lui ni moi n'avons jamais étudié.

A l'occasion, Gramont prenait sa revanche. Pendant que Louis XIV jouait au tric-trac, il arrive après un coup (2) fort discuté.

—Jugez-nous, dit le roi.

—Sire, vous avez perdu.

—Mais vous ne savez rien encore.

—Je sais que ces Messieurs ne disent rien. Si le coup avait été seulement douteux, ils auraient déjà décidé en votre faveur.

## XXI

### Un docteur idéal.

—Mangez-vous? Buvez-vous? demandait Falconet à un malade imaginaire:

—Sans doute.

—Digérez-vous facilement?

—Oui, docteur.

—Et le sommeil?

---

(1) En una comida de gala.

(2) Una jugada.

—Il n'est pas mauvais.

—Hé bien! je vais vous donner un remède qui vous enlèvera (1) tout cela.

## XXII

### Dévouement du chevalier d'Assas.

Voltaire raconte ceci dans son *Précis du siècle de Louis XIV*:

Le prince héréditaire de Brunswick allait surprendre l'armée française près de Wesel. Le général français, qui se doute (2) du dessein du prince, fait coucher son armée sous les armes; il envoie à la découverte, pendant la nuit, M. d'Assas capitaine au régiment d'Auvergne. A peine cet officier a-t-il fait quelques pas, que des grenadiers ennemis, en embuscade, l'entourent et le saisissent à peu de distance de son régiment. Ils lui présentent la baïonnette, et lui disent que s'il fait du bruit, il est mort. M. d'Assas se recueille un moment pour mieux renforcer sa voix, il crie: «A moi, Auvergne! voilà les ennemis!» Il tombe aussitôt, percé de coups. Ce dévouement, digne des anciens Romains, aurait été immortalisé par eux. On dressait alors des statues à de pareils hommes; de nos jours, ils sont oubliés.

## XXIII

### Décision originale.

Le jour d'une grande fête, le duc d'Osuna, vice-roi de Naples en 1618, s'était rendu sur une galère pour user du droit de délivrer quelque forçat. Aussi était ce à qui l'in-

---

(1) Le quitará.

(2) Que sospecha.

téresserait à sa cause (1). A les en croire, tous étaient innocents. Un seul reconnut qu'il était là pour ses mauvaises actions.

—Qu'on me chasse ce coquin! ordonne le duc en lui faisant donner la liberté... Autrement, il me gênerait tous ses honnêtes compagnons!

## XXIV

### Le Faon.

Voici ce que Georges Sand raconte dans son œuvre *Histoire de ma vie*:

Une fois, Murat monta dans mon appartement vers minuit, et s'approcha de mon berceau. Mon père et ma mère étaient avec lui. Ils revenaient d'une partie de chasse, et rapportaient un petit faon de biche, que Murat plaça lui-même à côté de moi. Je m'éveillai à demi, et vis cette jolie petite tête de faon qui se penchait languissamment contre mon visage. Je jetai mes bras autour de son cou, et me rendormis sans pouvoir remercier le prince.

Mais le lendemain matin, en m'éveillant, je vis encore Murat auprès de mon lit. Sa voix m'éveilla, mais on n'est pas courtisan à quatre ans, et mes premières caresses furent pour le faon, qui semblait vouloir me les rendre, tant la chaleur de mon petit lit l'avait rassuré et apprivoisé.

Je le gardai quelques jours et je l'aimais passionnément. Mais je crois bien que la privation de sa mère le fit mourir car un matin je ne le revis plus, et on me dit qu'il s'était sauvé (2). On me consola en m'assurant qu'il retrouverait sa mère, et qu'il serait heureux dans les bois.

---

(1) Todos, á cual más, procuraban interesarlo en su favor.

(2) Se había escapado.

## XXV

### Impartialité d'un sultan.

Saadi, dans son «Jardin des Roses», nous offre le trait admirable d'un sultan persuadé qu'une grâce que l'on accorde à un criminel est une injustice envers le public. Un Arabe était venu se jeter à ses genoux pour se plaindre des violences que deux inconnus exerçaient dans sa maison. Le sultan s'y transporta (1) aussitôt, et après avoir ordonné qu'on éteignît les lumières, qu'on saisît les criminels et qu'on enveloppât leur tête d'un manteau, il voulut qu'on les poignardât en sa présence. Lorsqu'on eut exécuté ses ordres, le sultan fit rallumer les flambeaux et considéra les corps de ces criminels; puis il leva les mains vers le ciel avec un soupir de joie, et il rendit grâce à Dieu...—Quelle faveur, lui dit son vizir, le ciel vous a-t-il donc accordée?—Vizir, répondit le sultan, j'ai cru que mes fils avaient commis ces violences; c'est pourquoi (2) j'ai voulu qu'on éteignît les flambeaux, et que l'on couvrît d'un manteau le visage de ces malheureux; j'ai craint que la tendresse paternelle ne me fît manquer à la justice qu'un prince doit à ses sujets. Vois si je dois remercier le ciel, maintenant que la sévérité du juge n'a porté aucune atteinte (3) à la tendresse du père!

## XXVI

### Pensées de la Bruyère.

—La modestie est au mérite ce que les ombres sont aux figures dans un tableau: elle lui donne de la force et du relief.

---

(1) Se presentó allí.

(2) Por esta razón.

(3) No ha menoscabado.



—Il y a du plaisir à rencontrer les yeux de celui à qui l'on vient de donner.

—Les choses les plus souhaitées n'arrivent point; ou, si elles arrivent, ce n'est ni dans le temps, ni dans les circonstances où elles auraient fait un extrême plaisir.

—Il faut rire avant que d'être heureux, de peur de mourir sans avoir ri.

—Qu'il est difficile d'être content de quelqu'un!

—L'on est plus sociable et d'un meilleur commerce par le cœur que par l'esprit.

—Personne presque ne s'avise de lui-même (1) du mérite d'un autre.

—Si le financier manque son coup (2), les courtisans disent de lui: c'est un bourgeois, un homme de rien, un malotru; s'il réussit, ils lui demandent sa fille (3).

—Il n'y a pour l'homme que trois événements: naître, vivre et mourir: il ne se sent pas naître, il souffre à mourir, et il oublie de vivre.

## XXVII

### Amitié intime.

Au temps où l'on jouait au Palais-Royal, rapporte M. de Ségur dans ses *Souvenirs*, le chevalier de C... avait gagné 1.500 louis qu'il tenait dans son chapeau; quelqu'un s'approche:

—*Cher ami*, de grâce (4), prêtez-moi cent louis.

—Je le veux bien (5), *cher ami*, pourvu que vous disiez comment je m'appelle.

---

(1) No se entera por sí mismo.

(2) Fracasa en sus proyectos, se equivocó.

(3) Le piden su hija (en matrimonio).

(4) Por favor.

(5) Con mucho gusto.

L'autre demeura court (1).

—Vous voyez bien, *cher ami*, reprit le chevalier, que vous seriez trop embarrassé de me trouver pour rendre les cent louis.

## XXVIII

### Les duellistes.

Le roi de Suède Gustave-Adolphe, considérait les combats singuliers comme l'anéantissement de la discipline. Dans le dessein de détruire cette coutume barbare, il avait prononcé la peine capitale contre tous ceux qui se battraient en duel. Quelque temps après que cette décision souveraine eut été portée, deux officiers qui avaient eu quelques contestations ensemble demandèrent au roi l'autorisation de vider (2) leur querelle l'épée à la main. Gustave fut d'abord indigné de la proposition; il y adhéra (3) cependant; mais il ajouta qu'il voulait être témoin du combat, dont il indiqua l'heure et le lieu.

Le jour venu, il s'y rend avec un corps d'infanterie qui entoure les deux champions; puis il appelle l'exécuteur des hautes-œuvres (4), et lui dit: «Ces deux hommes vont se battre; dès qu'il y en aura un de tué (5), coupe devant moi la tête à l'autre.» A ces paroles, les deux officiers restèrent quelque temps interdits; mais bientôt, reconnaissant la faute qu'ils avaient commise, ils se jetèrent aux pieds du monarque, en sollicitant son pardon, et en se jurant l'un à l'autre une éternelle amitié.

---

(1) No supo qué decir.

(2) Ventilar.

(3) Prestó su asentimiento.

(4) El ejecutor de la justicia.

(5) No bien muera uno.

XXIX

**Différentes tournures pour commencer et pour terminer  
les lettres.**

En voici quelques unes pour commencer:

Monsieur,—Messieurs,—Cher Monsieur,—Monsieur le  
Préfet,—Monsieur le Président,—Monsieur le Marquis,—  
Monsieur le Ministre,—Mon cher professeur.

Madame,—Mesdames,—Ma chère dame,—Madame la  
Duchesse.

Mademoiselle,—Mesdemoiselles,—Mademoiselle la  
Directrice.

Cher ami,—Mon cher ami,—Mes chers amis,—Mon  
cher fils,—Ma chère sœur,—Chères et respectables pa-  
rents.

Et voici maintenant les tournures les plus employées  
pour terminer les lettres:

Recevez, cher Monsieur, l'hommage de mes saluta-  
tions;—de ma considération;—de mes sentiments de res-  
pectueuse affection, etc.

Veillez agréer, Monsieur, la nouvelle assurance de  
mes sentiments dévoués;—de tout mon dévouement;—  
de ma considération très distinguée, etc.

Veillez agréer, Monsieur le Président, l'hommage de  
mon dévouement le plus respectueux.

Veillez recevoir, Madame, l'hommage de respect  
avec lequel j'ai l'honneur d'être votre très reconnaissant  
serviteur.

Veillez accepter, cher Monsieur, l'expression de ma  
parfaite gratitude.—Je saisis cette occasion pour me dire  
votre ami dévoué.

Adieu, chère fille; je t'embrasse de tout mon cœur.

A bientôt, chers amis, le plaisir de vous revoir; en attendant je vous serre très cordialement la main.—Encore une fois je me dis votre humble serviteur.

### XXX

#### Le savant et le voleur.

L'abbé de Molières, dit Chamfort, était un homme simple et pauvre, étranger à tout, hors à ses travaux sur le système de Descartes; il n'avait point de valet, et travaillait dans son lit, faite de bois, sa culotte sur sa tête par-dessus son bonnet, les deux côtés pendant à droite et à gauche. Un matin, il entend frapper à sa porte. «Qui va là?—Ouvrez...» Il tire un cordon et la porte s'ouvre. L'abbé de Molières, ne regardant point: «Qui êtes-vous?—Donnez-moi de l'argent.—De l'argent?—Oui, de l'argent.—Ah! j'entends, vous êtes un voleur?—Voleur ou non, il me faut de l'argent.—Vraiment oui, il vous en faut? Eh bien! cherchez là-dedans...» Il tend le cou, et présente un des côtés de la culotte; le voleur fouille: «Eh bien! il n'y a point d'argent.—Vraiment non; mais il y a ma clef.—Eh bien! cette clef?...—Cette clef, prenez-la. Je la tiens.—Allez-vous-en à ce secrétaire; ouvrez...» Le voleur met la clef à un autre tiroir. «Laissez donc, ne dérangez pas! Ce sont mes papiers. Ventrebleu! finirez-vous? ce sont mes papiers; à l'autre tiroir, vous trouverez de l'argent.—Le voilà.—Eh bien! prenez. Fermez donc le tiroir...» Le voleur s'enfuit. «Monsieur le voleur, fermez donc la porte. Il laisse la porte ouverte!... Quel chien de voleur! (1). Il faut que je me lève par (2) le froid

(1) ¡Qué diablo de ladrón!

(2) Con.

qu'il fait! Maudit voleur!» L'abbé saute en pied, va fermer la porte, et revient se remettre au travail, sans penser peut-être qu'il n'avait pas de quoi payer son dîner.

### XXXI

#### Remède contre la colère.

Un homme sage qui avait un ami violent et emport lui dit: «Mon ami, tu es malade; la colère est une maladie grave dont on peut même mourir. J'ai une eau excellente pour prévenir les accès de ce mal: en voici une bouteille, fais-en l'essai. Quand tu te sentiras prêt à te mettre en colère, va vite prendre la bouteille et bois-en une cuillerée: tu en verras l'effet.»

Le remède réussit merveilleusement, de sorte que, quand cet homme eut achevé sa bouteille, il revint à son ami en demander une autre. «Remplis ta bouteille à la fontaine simplement, lui dit celui-ci, car je t'ai donné de l'eau claire. Ce n'est pas cette eau qui t'a guéri de la colère; c'est le temps que tu as pris pour aller chercher ton remède; c'est la volonté que tu as eu de ne pas t'abandonner à ton premier mouvement. Continue, mon ami, de veiller ainsi sur toi-même et avec une volonté ferme et le secours de Dieu, tu seras guéri pour toujours.»

### XXXII

#### Le repas de l'Empereur.

Un jour de chasse, l'empereur Joseph II ne trouva que deux œufs durs à manger dans une ferme isolée.

Pour ce maigre repas, on demande une forte somme qu'il paye, avec cette réflexion ironique:

—Il paraît que les œufs sont rares ici.

—Non, sire, ce sont les empereurs, répondit naïvement le fermier.

### XXXIII

#### Pensées de Vauvenargues.

—Pour exécuter de grandes choses, il faut vivre comme si l'on ne devait jamais mourir.

—C'est un grand signe de médiocrité de louer toujours modérément.

—Nos plus sûrs protecteurs sont nos talents.

—Si nos amis nous rendent des services, nous pensons qu'à titre d'amis, ils nous les doivent, et nous ne pensons pas du tout qu'ils ne nous doivent pas leur amitié.

—On dit peu de choses solides, lorsqu'on cherche à en dire d'extraordinaires.

—Les grandes pensées viennent du cœur.

—Les grands hommes parlent comme la nature, simplement.

—On doit se consoler de n'avoir pas les grands talents comme on se console de n'avoir pas les grandes places. On peut être au-dessus de l'un et de l'autre par le cœur.

### XXXIV

#### Marlborough et le prisonnier.

Après la défaite de Hochstett, Marlborough, passant la revue des prisonniers, est frappé par l'air martial d'un grenadier du régiment de Navarre, et dit à sa suite:

—Avec cent mille hommes de cet air-là (1), le roi de France serait plus souvent victorieux.

---

(1) De ese porte.

—C'est un homme comme vous, et non cent mille comme moi, qui manquent à mon maître, dit le grenadier.

### XXXV

#### Un noble exemple.

Mon cher Monsieur: j'ai reçu votre lettre du 15 courant et le mémoire qui y était joint. Le tableau que vous me faites de votre situation m'afflige. Je vous envoie dix louis, je ne prétends pas vous donner cette somme; je vous la prête seulement. Lorsque vous serez de retour dans votre patrie, vous ne pourrez manquer de trouver une occupation qui vous mettra en état de payer vos dettes. Dans ce cas, si vous rencontrez un honnête homme qui se trouve dans une détresse semblable à celle que vous éprouvez en ce moment, payez-moi en lui prêtant cette somme et vous lui enjoindrez d'acquitter sa dette par une semblable opération dès qu'il sera en état de la faire (1). J'espère que les dix louis passeront de la sorte (2) dans beaucoup de mains avant de rencontrer un coquin qui en arrête la marche. Je ne suis pas assez riche pour consacrer beaucoup à de bonnes œuvres et je suis obligé d'user d'adresse afin de faire le plus de bien possible avec peu d'argent.

C'est en vous offrant mes vœux pour le succès de vos affaires présentes et pour votre prospérité future que j'ai l'honneur d'être, mon cher Monsieur, votre tout dévoué serviteur.

---

(1) En cuanto pueda hacerlo.

(2) De este modo.

### XXXVI

#### Justice de Soliman.

Comme (1) Soliman, empereur des Turcs, allait à la conquête de Belgrade, l'an 1521, une femme s'approcha de lui et se plaignit vivement de ce que (2), pendant son sommeil, des soldats lui avaient volé des bestiaux qui faisaient toute sa fortune.

«Il fallait que tu fusses plongée dans un sommeil bien profond, lui dit en riant le prince, puisque tu n'as pas entendu entrer les ravisseurs.—Oui, je dormais fort paisiblement, repartit la vieille, dans la certitude où j'étais que Votre Majesté veillait pour la sécurité générale.»

Soliman ne s'irrita point de ce mot, tout hardi qu'il était (3), et il ordonna à son ministre de compenser généreusement la perte que cette femme avait subie.

### XXXVII

#### L'examen de théologie.

L'archevêque de Toulouse, M. de Brienne, faisait subir à un séminariste, avant de l'ordonner sous-diacre un léger examen théologique: «De quoi se sert-on pour baptiser?

—De l'eau.

—Si l'eau était altérée, si c'était du bouillon par exemple, le baptême serait-il nul?

—Monseigneur, il faut distinguer: avec votre bouillon, oui... Avec celui du séminaire, non.

---

(1) Cuando.

(2) De que.

(3) Tan atrevida.



### XXXVIII

#### Esope et son maître Xantus.

Un certain jour de marché, Xantus qui avait le dessein de régaler quelques amis commanda à Esope d'acheter ce qu'il y avait de meilleur (1) et rien autre chose. «Je t'apprendrai, dit en soi-même le Phrygien, à spécifier ce que tu souhaites sans t'en remettre (2) à la discrétion d'un esclave.» Il n'acheta donc que des langues qu'il fit accomoder à toutes les sauces: tout ne fut que des langues. Les convives louèrent d'abord le choix de ces mets; à la fin, ils s'en dégoûtèrent. «Ne t'ai-je pas recommandé, dit Xantus, d'acheter ce qu'il y aurait de meilleur?—Eh! qu'y a-t-il de meilleur que la langue? reprit Esope. C'est le lien de la vie civile, la clef des sciences, l'organe de la vérité et de la raison. Par elle, on bâtit les villes et on les police; on instruit, on persuade, on règne dans les assemblées, on s'acquitte du premier de tous les devoirs, qui est de louer les dieux.

—Eh bien! dit Xantus, qui prétendait l'attraper, achète-nous demain ce qu'il y a de pire: les mêmes personnes viendront chez moi et je veux diversifier.» Le lendemain, Esope ne fit encore servir que les mêmes mets, disant que la langue est la pire chose qui soit au monde; c'est la mère de tous les débats, la nourrice des procès, la source des divisions et des guerres. Si l'on dit qu'elle est l'organe de la vérité, c'est aussi celui de l'erreur, et, ce qui est pis de la calomnie. Par elle, on détruit les villes, on persuade de méchantes choses. Si d'un côté elle loue les dieux, de

---

(1) Lo mejor que hubiera.

(2) Encomendarte para ello.

l'autre, elle profère des blasphèmes contre leur puissance.

Quelqu'un (1) de la compagnie dit à Xantus que véritablement ce valet lui était fort nécessaire, car il savait le mieux du monde exercer la patience d'un philosophe.

### XXXIX

#### Un barbier courageux.

Un vieux capitaine entre pour se faire raser (2) dans la boutique d'un barbier et dit en posant près de lui une paire de pistolets:

—Si tu m'écorches, voici de quoi te casser la tête (3).

La barbe s'achève sans une éraflure, et le rasé demande en se contemplant au miroir:

—Tu n'as donc pas eu peur?

—Que nenni! (4) car si je vous avais entamé la peau, j'étais prêt à vous couper la gorge.

### XL

#### Pensées de La Rochefoucauld.

—La parfaite valeur est de faire sans témoins ce qu'on serait capable de faire devant tout le monde.

—Le trop grand empressement qu'on a de s'acquitter d'une obligation est une espèce d'ingratitude.

—La véritable éloquence consiste à dire tout ce qu'il faut et à ne dire que ce qu'il faut.

—La gravité est un mystère du corps inventé pour cacher les défauts de l'esprit.

---

(1) Uno.

(2) Afeitarse.

(3) Te levanto la tapa de los sesos.

(4) ¡Cal!

—Le soleil ni la mort ne se peuvent regarder fixement.

—Les défauts de l'esprit augmentent en vieillissant, comme ceux du visage.

—Nous sommes si accoutumés à nous déguiser aux autres qu'enfin nous nous déguisons à nous-mêmes.

—On aime mieux dire du mal (1) de soi-même que de n'en point parler.

—Un homme d'esprit serait souvent bien embarrassé sans la compagnie des sots.

—Le refus des louanges est un désir d'être loué deux fois.

## XLI

### Le quart d'heure de Rabelais.

Rabelais, à ce qu'on raconte, se trouva un jour à Lyon sans argent pour payer son hôte, en même temps il se voyait dans l'impossibilité de continuer son voyage jusqu'à Paris. L'ingénieux auteur eut alors recours (2) au stratagème suivant: il fit écrire, par un enfant, des étiquettes qu'il colla sur de petits sachets; elles portaient les mots: *poison pour le roi, poison pour la reine, poison pour le dauphin*. L'enfant effrayé prévint l'aubergiste, et celui-ci, pris d'un beau zèle (3) fit aussitôt arrêter notre homme.

Rabelais fut conduit à Paris sous bonne escorte..., et aux frais (4) de l'État. Arrivé dans la capitale, il demanda qu'on le menât immédiatement devant le roi. François I<sup>er</sup>, en reconnaissant le prétendu criminel qu'on lui présen-

---

(1) Hablar mal.

(2) Parece que recurrió entonces.

(3) Lleno de ardiente celo.

(4) Á expensas.

tait, devina qu'il s'agissait de quelque bon tour (1). Il se fit conter les faits et en rit beaucoup avec le héros de l'aventure.

C'est dans cette anecdote qu'il faudrait, voir l'origine d'une expression bien connue: *le quart d'heure de Rabelais*.

## XLII

### La tenue de l'employé.

Le comte de Puymaigre rappelle en ses mémoires que M. de Castéja, préfet de Colmar sous l'Empire, plaisantait volontiers. Il dit un jour à un employé plus que négligé dans sa mise:

—Vous devez faire bien des dépenses pour votre toilette!

—Moi, Monsieur le Préfet! mais non! je vous assure.

—Alors, où diable pouvez-vous trouver assez de linge sale pour en changer comme cela tous les jours?

## XLIII

### Lettre d'un père à sa fille.

Sans doute, ma chère enfant, tu as fort bien deviné le sentiment qui empêche ta maman de te vanter à toi-même; il en pourrait résulter deux inconvénients, celui d'augmenter ton amour-propre et celui de nourrir ta paresse. Tu sens bien par toi-même qu'on est toujours porté à s'arrêter en chemin, à dire: c'est assez, et c'est un grand mal.

Ta maman voudrait donc éviter cette nonchalance et te porter constamment à de nouveaux efforts: mais il est bien sûr, et tu en es persuadée, qu'il n'y a personne qui t'aime plus que cette bonne mère et qui rende mieux jus-

---

(1) Alguna jugarreta.

tice aux efforts que tu fais pour être une bonne et aimable jeune fille. Jamais tu ne fais quelque chose de bien sans qu'elle ait soin de m'en faire part (1), plus tu vivras (2), ma chère enfant, plus tu regarderas autour de toi, et plus tu verras que nulle part (3) tu ne peux être mieux qu'auprès de'elle.

Je suis content de ton style et de ton orthographe.

Tu feras fort bien, ma chère enfant, de m'écrire de temps en temps (4), mais il faut laisser courir ta plume et me dire tout ce qui se passe dans ta tête. Tu as toujours quatre chapitres à traiter: tes plaisirs, tes ennuis, tes occupations et tes désirs; avec cela on peut remplir quatre pages. Pour moi, il me suffit de quatre mots, en suivant cette même division: mon plaisir serait d'être avec toi, mon chagrin est d'en être éloigné, mon occupation est de trouver le moyen de te rejoindre et mon désir est d'y réussir.

Adieu, ma chère fille; je t'embrasse de tout cœur. —  
*X. de Maistre.*

## XLIV

### Les demandes de Louis XV.

—Combien avez-vous d'enfants? demandait Louis XV à un officier de sa garde-robe.

—Quatre, sire!

Le roi distrait, répète sa question un peu après et obtient la même réponse. Le soir, à son coucher, il redemande encore:

---

(1) De comunicármelo.

(2) Cuanto más vivas.

(3) En ninguna parte.

(4) De vez en cuando.

—Combien avez-vous d'enfants?

—Six, sire.

—Mais il me semble que vous avez dit quatre.

—Sans doute, mais je crains d'ennuyer Votre Majesté en redisant toujours la même chose.

## XLV

### La Source.

Trois voyageurs se rencontrèrent un matin près d'une source. L'un était un artisan, l'autre un vieillard au front grave et l'autre un candide jeune homme. Au-dessus du bassin de la source, on lisait cette inscription, tracée en caractères antiques: «Prenez-moi pour modèle.» En se désaltérant les trois voyageurs cherchèrent la signification de ces paroles.

«Cette source, dit l'artisan, promène ses eaux dans une verte contrée; elle se mêle à des ruisseaux, à des rivières et finit par devenir un grand fleuve. L'inscription nous avertit qu'il faut sans cesse travailler à nous enrichir.» Le vieillard s'exprima ainsi: «Je vois un autre sens dans cette légende. La source désaltère gratuitement ceux qui s'approchent de son bassin. Son exemple nous dit qu'il faut être utile à son prochain.»

Le jeune homme s'exprima à son tour (1) sans embarras: «L'eau d'une source n'a de valeur, dit-il, que par sa pureté. Dès qu'on la souille (2) elle devient un objet de dégoût, les animaux eux-mêmes refusent d'y tremper leurs lèvres: «Pour être estimé il faut être pur.»

---

(1) Á su vez.

(2) Apenas se la enturbia.

## XLVI

### La politesse des hindous.

Le juge Cunningham nous a raconté une anecdote amusante, qui montre bien la vraie politesse des hindous.

Il y avait un juge qui, à la chasse, était célèbre comme mauvais tireur. Au retour d'un déplacement, on demandait à un garde qui l'avait guidé:

—Eh bien! comment le juge a-t-il tiré cette fois-ci?

—Merveilleusement, répond notre homme, mais Dieu a été plein de miséricorde pour le gibier.»

## XLVII

### La petitesse d'un territoire.

Un petit prince d'Italie ayant appris qu'un Français, qui était en sa Cour, avait fait quelques railleries de lui et de ses desseins, lui envoya dire qu'il eût à sortir (1) dans trois jours de ses États.

—Il me fait trop de grâce (2), répondit le Français, de m'accorder un si long terme, je n'ai pas besoin de plus de trois quarts d'heure pour lui obéir.

## XLVIII

### Pensées de Montesquieu.

—L'étude a été pour moi le souverain remède contre les dégoûts de la vie, n'ayant jamais eu de chagrin qu'une heure de lecture n'ait dissipé.

---

(1) Que tenia que salir.

(2) Me favorece demasiado.

—Je suis presque aussi content avec des sots qu'avec des gens d'esprit: car il y a peu d'hommes si ennuyeux qui ne m'aient amusé; très souvent il n'y a rien de si amusant qu'un homme ridicule.

—Si je savais quelque chose qui me fût utile et qui fût préjudiciable à ma famille, je le rejetterais de mon esprit. Si je savais quelque chose qui fût utile à ma famille, et qui ne le fût pas à ma patrie, je chercherais à l'oublier. Si je savais quelque chose utile à ma patrie et qui fût préjudiciable à l'Europe et au genre humain, je le regarderais comme un crime.

—J'aime mieux (1) être tourmenté par mon cœur que par mon esprit.

—Les bêtes n'ont point les suprêmes avantages que nous avons; elles en ont que nous n'avons pas. Elles n'ont point nos espérances, mais elles n'ont pas nos craintes; elles subissent comme nous la mort, mais c'est sans la connaître: la plupart même se conservent mieux que nous, et ne font pas un aussi mauvais usage de leurs passions.

## XLIX

### Un avancement inattendu.

Pendant une revue sur la place du Carrousel, un brusque écart de cheval fait tomber le chapeau de Napoléon. L'officier le plus rapproché se précipite, le ramasse et le présente.

—Merci, capitaine.

—Dans quel régiment, sire? demande aussitôt l'officier qui était un simple lieutenant.

---

(1) *Prefero.*



—Ah! c'est juste... (1) fait Napoléon en souriant.

—Hé bien! (2) dans ma garde.

## L

### L'Ame du Licencié.

Deux écoliers allaient ensemble de Peñafiel à Salamanca. Se sentant las et altérés, ils s'arrêtèrent au bord d'une fontaine qu'ils rencontrèrent sur leur chemin. Là, tandis qu'ils se délassaient après avoir bu, ils aperçurent par hasard auprès d'eux, sur une pierre, à fleur de terre, quelques mots déjà un peu effacés par le temps et par les pieds des troupeaux qu'on menait pour les abreuver à cette fontaine. Il jetèrent de l'eau sur la pierre pour la laver, et ils lurent ces paroles en castillan: «Ici est enfermée l'âme du licencié García.»

Le plus jeune de ces écoliers, qui était vif et étourdi, n'eut pas plus tôt achevé (3) de lire l'inscription qu'il dit en riant de toutes ses forces: «Rien n'est plus plaisant (4). Ici est enfermée l'âme...! Une âme enfermée...! Je voudrais savoir quel original (5) a pu faire une aussi ridicule épitaphe.» En achevant ces paroles, il se leva pour s'en aller. Son compagnon, plus judicieux, dit en lui-même: «Il y a là-dessous quelque mystère; je veux demeurer ici pour l'éclaircir.»

Celui-ci laissa donc partir l'autre, et sans perdre du temps se mit à creuser avec son couteau tout autour de la pierre. Il fit si bien qu'il l'enleva. Il trouva dessous une bourse de cuir qu'il ouvrit; il y avait dedans deux cents

---

(1) Es verdad.

(2) Pues bien.

(3) Apenas acabó.

(4) Nada más gracioso.

(5) El bromista que.

ducats avec une carte sur laquelle étaient écrites ces paroles en latin: «Sois mon héritier, toi qui as eu assez d'esprit pour démêler (1) le sens de l'inscription, et fais un meilleur usage que moi de mon argent.»

L'écolier ravi de cette découverte, remit la pierre comme elle était auparavant et reprit le chemin de Salamanca avec l'âme du licencié.

---

(1) Desentrañar.

# ÍNDICE

## DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

	Páginas
<i>Resumen histórico</i> .....	7
TROZOS SELECTOS.—Le serment de Strasbourg.....	61
Chanson de Roland.....	62
Le Roman de Renard.....	62
Le Roman de la Rose. (Guillaume de Lorris.).....	63
Mémoires. Les croisés devant Constantinople. (Villehardouin).	64
Chronique de France. (Froissart.).....	66
Ballade pour prier Notre-Dame. (François Villon.).....	68
Mort de Louis XI. (Commines.).....	70
Ballade. (Charles d'Orléans.).....	70
Les deux richesses. (Marot.).....	71
Sonnet. (Ronsard.).....	72
Défense et illustration de la langue française. (Du Bellay.)..	72
Une aventure. (Montaigne.).....	74
Les tragiques. (Agrippa d'Aubigné.).....	76
Gargantua et Pantagruel. (Rabelais.).....	77
A ma muse. (Sodelle.).....	79
Harangue de M. d'Aubray pour le tiers-état. (Satyre Mé- nippée.).....	82
Vie des hommes illustres. (Amyot.).....	83
Consolation à M. du Périer. (François de Malherbe.).....	84
La religion. (Vauquelin de la Fresnaye.).....	86
Lettre à Chapelain. (Balzac.).....	87
Discours de la méthode. (Descartes.).....	88
Pensées. (Pascal.).....	89
Le Cid. (Corneille.).....	90
Építaphe d'Elisabeth Ranquet. (Idem.).....	92
Discours en éloge de Corneille. (Racine.).....	93
Mithridate. (Idem.).....	95
Les plaideurs. (Idem.).....	97
Le misanthrope. (Molière.).....	100
Le renard et la cigogne. (La Fontaine.).....	103

	Páginas.
Les frelons et les mouches à miel. (La Fontaine.)	104
Les grenouilles qui demandent un roi. (Idem.)	106
Art poétique. (Boileau.)	107
Mon portrait. (La Rochefoucauld.)	108
L'esclave de la mode. (La Bruyère.)	112
L'homme universel. (Idem.)	113
Dialogue des morts. (Fénelon.)	114
Oraison funèbre de Henriette-Anne d'Angleterre. (Bossuet.)	117
Sermon de petit Carême. (Massillon.)	119
Mémoires. Portrait du cardinal Dubois. (Saint-Simon.)	120
Lettre de madame de Sévigné à sa fille, madame de Grignan, sur la mort de Vatel.	121
Lettre de madame de Maintenon au Comte d'Aubigné.	123
Discours sur la modération. (Voltaire.)	124
Zadig. (Idem.)	125
Émile. (Rousseau.)	128
Paradoxe sur le comédien. (Diderot.)	230
Élégie. (André Chénier.)	131
Le malade. (Idem.)	133
Le mariage de Figaro. (Beaumarchais.)	134
L'esprit des lois. (Montesquieu.)	135
Le sauvage d'O-taïti. (Delille.)	137
Histoire naturelle. (Buffon.)	138
Le perroquet. (Florian.)	140
Paul et Virginie. (Bernardin de Saint-Pierre.)	141
Discours sur la contribution patriotique. (Mirabeau.)	143
Portraits littéraires. (Mme. de Staël.)	145
Le jeune sibérienne. (Xavier de Maistre.)	148
Une leçon d'astronomie populaire. (Lamartine.)	151
Le charmeur de serpents. (Chateaubriand.)	154
Mémoires d'outre-tombe. (Idem.)	155
Mon habit. (Béranger.)	158
La mort de Jeanne d'Arc. (Delavigne.)	159
Paroles d'un croyant. (Lamennais.)	161
Choses vues. (Victor Hugo.)	163
A ma petite Jeanne. (Idem.)	171
L'aieul. (Idem.)	173
L'espérance. (Idem.)	173
L'expiation. (Idem.)	174
Légendes rustiques. (Georges Sand.)	176
Le cor. (A. de Vigny.)	177
Diane de Turgis. (Prosper Mérimée.)	179
La poésie. (A. de Musset.)	185
A mon ami Alfred T. (Idem.)	186
Un preux d'hier. (Idem.)	187
Scènes de la vie militaire. (Honoré de Balzac.)	187

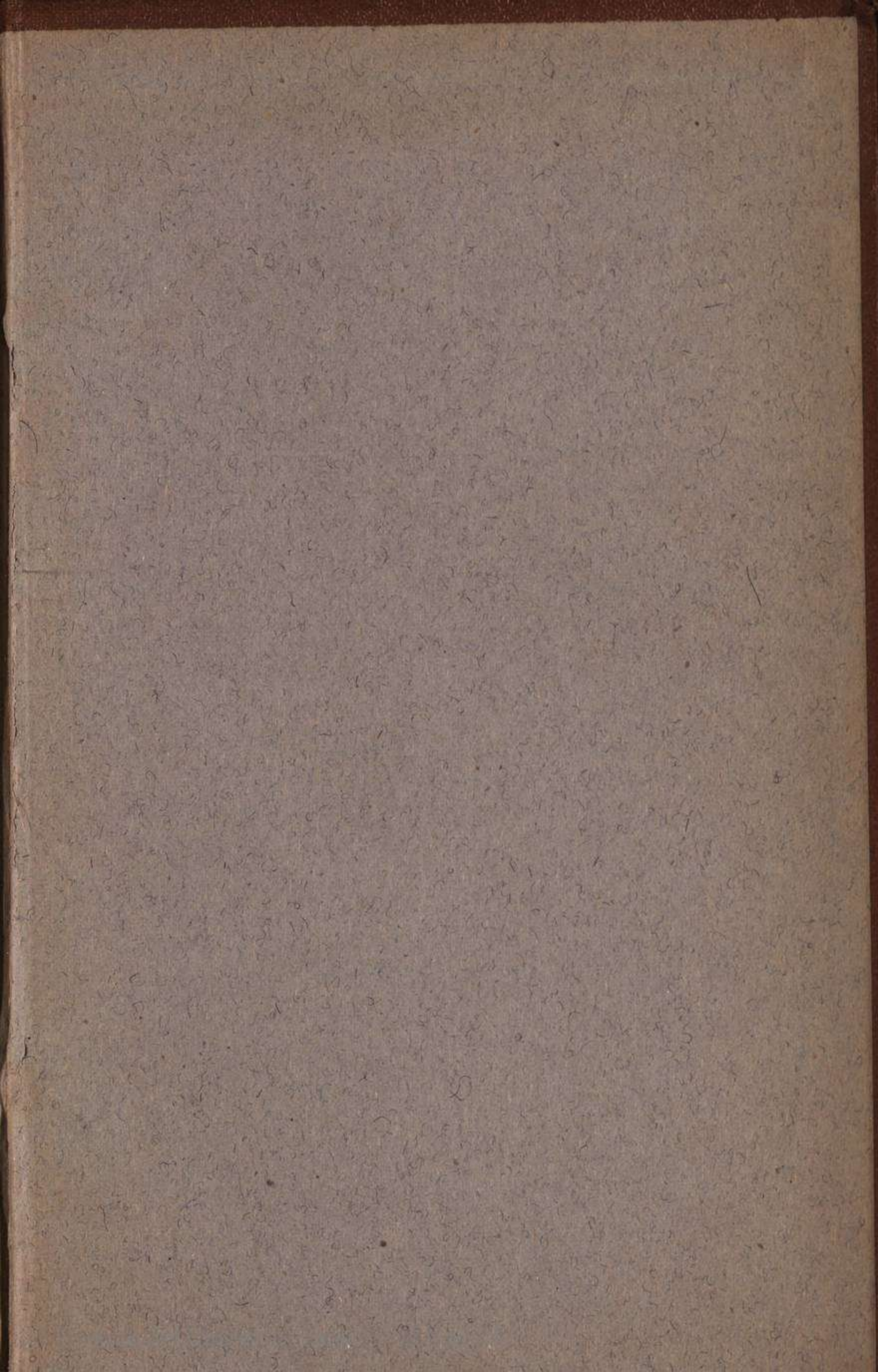
Lucrèce. (Ponsard.)	196
Histoire de France. (Michelet.)	199
Guillaume Mona. (A. Dumas, père.)	200
Le gendre de Mr. Poirier. (Émile Augier.)	207
Éssai sur l'histoire du tiers-état. (Thierry.)	211
Histoire du Consulat et de l'Empire. (Thiers.)	213
Émaux et camées. (Gautier.)	215
Histoire de la philosophie moderne. (Victor Cousin.)	216
Sagesse. (Paul Verlaine.)	217
L'avenir de la science. (Renan.)	220
Le repos du paysan. (Eugène Manuel.)	222
Ballades en prose. (A. Daudet.)	223
Les éléphants. (Leconte de Lisle.)	227
La chanson du rouet. (Idem.)	228
L'étui de nacre. (Anatole France.)	229
Souhait d'un ami. (Théodore de Banville.)	236
Le disciple. (Paul Bourget.)	238
Pêcheur à la ligne. (François Coppée.)	247
Aux bains de mer. (Idem.)	247
Le louis d'or. (Idem.)	248
La Fontaine et ses fables. (Taine.)	254
Le quatrième pauvre. (René Bazin.)	257
La justice sous un saule. (Paul Hervieu.)	268
Les affaires sont les affaires. (Octave Mirbeau.)	274
La fausse bourgeoise. (Marcel Prévost.)	282
Le neveu de la fruitière. (Hégésippe Moreau.)	285
Chantecler. (E. Rostand.)	289
Contes du jour et de la nuit. (Guy de Maupassant.)	290
Un nid. (Sully Prudhomme.)	296
Un nid brisé. (Idem.)	297
Un oncle. (Idem.)	298
La légende de S. Julien l'Hospitalier. (Gustave Flaubert.)	299
La vraie mère. (Paul Déroulède.)	303
Les Rougon-Macquart. (E. Zola.)	304
Les hautes cimes. (V. de Laprade.)	308
L'évolution de la poésie lyrique au XIX <sup>e</sup> siècle. (Brunetière.)	309
Ci-git une sauterelle. (J.-M. de Heredia.)	311
Éloge de la boxe. (Mæterlink.)	312
Un ingrat. (Alfred Capus.)	316
Mon frère Yves. (Pierre Loti.)	322
La France en 1614. (Gabriel Hanotaux.)	325
Curiosidades literarias.	332













3978

Monis.- frozos selectos de autores franceses. N<sup>o</sup>